triunfo

ULTIMO NUMERO

AÑO XXXVI ● 6.ª EPOCA ● NUMEROS 21-22 ● JULIO-AGOSTO 1982 ● 250 PESETAS



Ni Bradbury ni McLuhan

EL FUTURO DE LA ESCRITURA

FEIFFER


LA EDUCACION SEXUAL ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LOS HOMOSEXUALES SON UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LAS RELACIONES PREMATRIMONIALES SON UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LAS MADRES QUE TRABAJAN SON UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LOS NIÑOS REBELDES SON UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LA OBSCENIDAD ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LA NUEVA ESCUELA ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA!


LA MUSICA ROCK ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LAS RELACIONES SEXUALES EN EL MATRIMONIO SON UNA AMENAZA PARA EL MATRIMONIO.


EL ABORTO ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


EL DIVORCIO ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LOS LIBROS SOBRE SEXO SON UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


LA TELEVISION ES UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.
10-27


LOS PADRES, LAS MADRES Y LOS NIÑOS SON UNA AMENAZA PARA LA FAMILIA.


ESTOY SOLO.

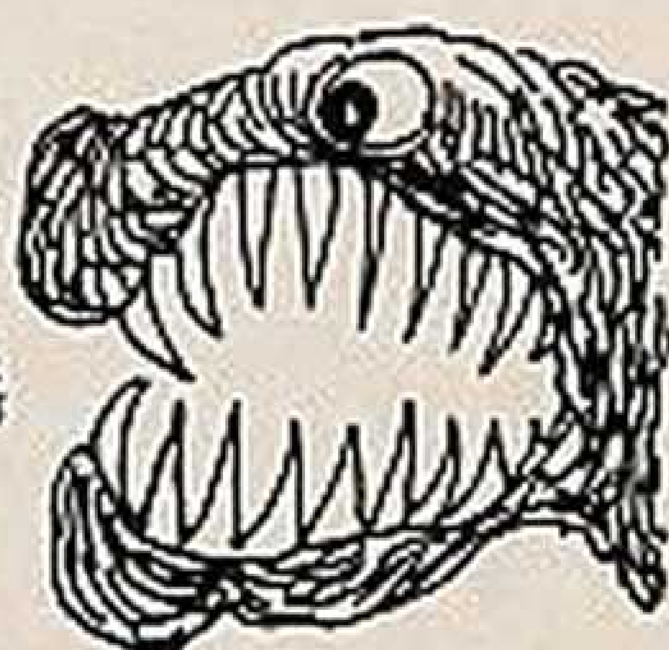

LA BESTIA SE HA IDO.

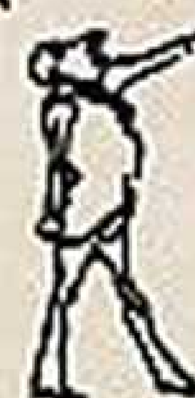

LLORO POR LA BESTIA


YO BUSCO A LA BESTIA.


¡BESTIA!, ¡BESTIA ¡BESTIA!, ¡BESTIA!, ¡BESTIA!, ¡BESTIA!.


¡BESTIA!



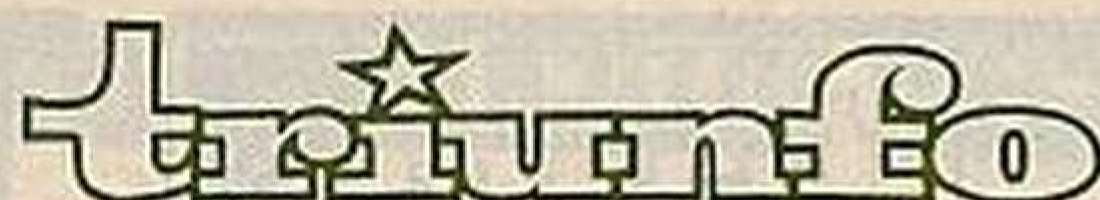

¡NO ME RUJAS DE ESTE MODO BESTIA HORRENDA!


ESTOY SOLO.
1-3

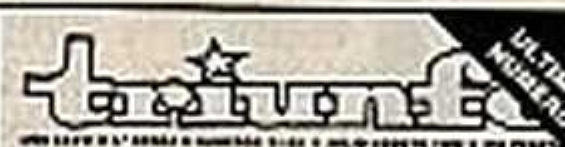

¡VUELVE!, ¡VUELVE!, MORIRE SI NO VUELVES, BESTIA


LA BESTIA ES MI HOGAR.

Escaneo original: http://www.triunfodigital.com/
Digitalización final en .pdf: http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/



AÑO XXXVI  JULIO-AGOSTO 1982  6.ª EPOCA





EL FUTURO DE LA ESCRITURA

PORTADA

Eduardo Vicente (1908-1968), tuvo el más fino pincel de acuarelista que haya pintado nunca a Madrid y los madrileños. Supo desentrañar la elegancia de lo popular. No fue Madrid, de todas maneras, su único límite, ni el paisaje su único tema. En nuestra portada reproducimos un cuadro de Eduardo Vicente (propiedad de la Asociación de la Prensa de Madrid) en el que aparece un gran reducto de la cultura impresa: la cuesta de Claudio Moyano, de Madrid, con sus puestos de libros.

SUMARIO

LA ESCRITURA

NARRACIONES

DIRECTOR: José Angel Ezcurra. **SUBDIRECTOR:** Eduardo Haro Tecglen. **REDACCION:** Carmen Fernández Ruiz, Cristina Rubio. **COLABORACION:** Juan Aldebarán, Juan Aranzadi, Bernardo de Arrizabalaga, Pablo Berbén, Thomas G. Buchanan, Manuel Campo Vidal, José Corredor-Matheos, Ramiro Cristóbal, Juan Cueto, Ramón Chao, Diego Galán, Eduardo Galeano, José Luis García Delgado, Fernando López Agudín, Víctor Márquez Reviriego, Felipe Mellizo, Enrique Miret Magdalena, Rosa Montero, Eric Nepomuceno, Cristina Peri Rossi, Pozuelo, Joaquín Rábago, Ignacio Ramonet, Antonio Ramos Espejo, Ramón Rodríguez, José Ramón Rubio, Robert Sténuit, Francisco Umbral, Ignacio de la Vara, Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent. **ILUSTRACIONES:** Fuencisla del Amo, Guillén, Honoré, Ricardo Zamorano, Joan Cruspinera. **HUMOR:** Feiffer, Quino, Ramón, Romeu. **DIRECCION TECNICA Y DISEÑO:** Antonio Castaño.

REDACCION: Plaza Conde Valle de Suchil, 20. MADRID-15. Tel.: 447 27 00. Cables: PRENSAPER. Telex: 43840 TRFO E. **ADMINISTRACION:** CEMPRO. Fuencarral, 96. Teléfono: 221 29 04-05. MADRID-4. **PUBLICIDAD:** Joaquín Moreno Lago. C. Rafael Herrera, 3-1.º A. Teléfonos: 733 40 44 y 733 21 88. MADRID-16. Emilio Becker, Avenida Príncipe de Asturias, 6. Teléfonos: 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **IMPRIME:** ROTEDIC, S. A. Ctra. de Irún, km. 12,450. Fuencarral. MADRID-34. Teléfono: 734 71 00. Depósito Legal: M-1 272-1958. ISSN 0211-2888. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A., Ctra. de Irún, km. 13,350. MADRID-34. **EDITA:** Prensa Periódica, S. A. Cables: PRENSAPER.

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1982. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos ni aun citando su procedencia. TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain. Ejemplares atrasados: 200 pesetas. Precio Canarias (Servicio aéreo): 205 pesetas.

ari «TRIUNFO» es miembro de la Asociación de Revistas de Información. ARI asociada a la Federation International of Periodical Press. FIPP.

ULTIMO NUMERO

triunfo

ULTIMO NUMERO



Ni Bradbury ni McLuhan

EL FUTURO DE LA ESCRITURA

TRIUNFO ha llegado al final de un largo camino. Estas líneas pretenden hacer escueta la despedida que debemos a nuestros lectores, el adiós que corresponde a esta improrrogable situación.

En el número inicial de la más reciente etapa de TRIUNFO describíamos su cambio de periodicidad como «una salida de urgencia para una situación agónica». La esperanza en esta «salida» descansaba en el argumento de que, atemperando con una periodicidad más dilatada las muy graves dificultades económicas que comportaba la aparición semanal de la revista, ampliábamos su permanencia en el tiempo y añadíamos probabilidades a favor de una posterior «solución». Solución que, para nosotros, no podía ser otra que el regreso a la específica vocación profesional de la revista que había sido: un semanario de opinión, de inequívoca significación democrática, cuya voz independiente debía seguir contribuyendo a favor de la libertad en esta lenta y difícil transición en que todavía estamos.

No es fácil, y es triste confesar que no hemos conseguido nuestros propósitos. Las previsiones se nos quedaron demasiado cortas. Y las circunstancias adversas –disminución paulatina de difusión, aumento acelerado de costes, descenso en picado de los mínimos ingresos publicitarios programados– crecieron con desmesura y, en los últimos meses, de forma galopante. En definitiva, nos ha desbordado una realidad que, aunque no nos parezca razonable, posee la razón histórica. No es útil revolverse contra ella y considerarla culpable de todos nuestros males. Probablemente, además de inútil es injusto. Lo que, en cambio, sí es cierto es que no hemos logrado alcanzar la cuota con la que aspirábamos a contribuir a la transformación de esa realidad desapacible y versátil.

Aplicando un criterio darwinista a la cuestión, quizá cabría sugerir que la implacable selección natural –y esa desapacible y versátil realidad como su agente– ha eliminado a TRIUNFO de la evolución de esta especie comunicacional. Entre otras causas, por no haber sabido –o no haberlo querido por no considerarlo coherente con la propia trayectoria– adaptarse a un medio en el que, por ahora, se elude o se pospone el ejercicio de la reflexión y del libre examen.

TRIUNFO ha llegado, pues, al final de su largo camino. A una situación irreversible, sin más allá, sin otra esperanza ya que el recuerdo positivo que pueda suscitar ese largo camino, honesta y libremente recorrido. ■ **J. A. E.**

ES preciso tomar prestado el conocido título de la obra de Luckacs para sintetizar la confusa y contradictoria situación política que vive nuestro país o recurrir a la última novela de Semprún «La Algarabía», para describir la ceremonia de la irracionalidad política en la que nos encontramos. España, sobre todo en los últimos tiempos, siempre ha sido la piedra de escándalo de cualquier teoría política y, por lo general, aquí siempre ha sucedido lo contrario de lo que debía teóricamente suceder; pero lo que ocurre en las últimas semanas marca ya un salto cualitativo: España es ahora la piedra de escándalo para la razón y el sentido común. Y es precisamente esta ola de irracionalidad uno de los signos más preocupantes y sintomáticos del panorama político; sabido es que cuando se llegan a estos extremos empieza a llegar la hora de quienes hacen del asalto a la razón su concepción ideológica, su modo de existencia y su método de acción: la involución con sus dos vías, la vía armada del golpe de Estado y la vía pacífica del retroceso constitucional.

Es una constante en la corta historia del último proceso democrático español el hecho de que cuando aparentemente más se da la sensación de avance de las fuerzas progresistas mucho más en realidad se retrocede; así sucedió con la firma de los pactos de la Moncloa que precedieron en pocos meses la defenestración de Fuentes Quintana y así sucedió con la moción de censura contra Adolfo Suárez que precediera en pocas semanas la caída del primer presidente democrático y constitucional en más de cuarenta años. En ambas ocasiones el aparente éxito inicial no era tal; en realidad esta supuesta victoria formaba parte de la táctica de quienes toleraban a corto plazo este paso adelante para a continuación dar dos pasos atrás. Está fuera de toda discusión hoy que los reales vencedores de estos dos ilusos avances progresistas fueron sus adversarios.

Desgraciadamente esta constante vuelve a reproducirse estos días: tras la sensación de incontenible avance socialista, provocada por los resultados aplastantes de las elecciones autonómicas andaluzas, comienza a tenerse la impresión de que estamos en las vísperas de un nuevo retroceso generalizado. No sólo debido a la existencia de unas sentencias del Consejo de Guerra contra los responsables de un intento de golpe de Estado que

EL ASALTO A LA RAZON

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

harán época en la jurisprudencia de este tipo de procesos, sino por la evidencia de maniobras subterráneas políticas que tienden a crear o a resucitar el viejo esquema antidemocrático de las dos Españas frente a frente.

Es decir, hoy cuanto más existe la imagen de un corrimiento hacia la izquierda, más derechizado aparece realmente el entramado político. Y es que sobre el telón de fondo de una permanente conspiración golpista, que está ahí y va a seguir estando, el proceso de bipolarización social que está apuntando en el horizonte no tiene más que un ganador seguro: la derecha no centrista ni centrada. Los elogios que desde esta acera se lanzan hacia los de la acera izquierda del socialismo no son más que el homenaje que el vicio involutivo rinde a la virtud de la socialdemocracia. Sin ninguna duda la crisis que atenaza a Unión de Centro Democrático es a la vez la crisis que paraliza e involuciona todo el escenario político; la sola posibilidad de que el espacio social y electoral de la derecha democrática puede ser representado masivamente por una opción no centrista ni centrada es realmente alarmante.

La doble vía de la involución

Quizá el bosque de la perspectiva golpista, no deja de ser otro síntoma curioso que el final del Consejo de Guerra no disminuye sino que aumenta la sensación de la amenaza de golpe de Estado, no deje ver los variados árboles que componen la fauna y flora de la involución. El esquema involucionista se mueve en una doble vía, no necesariamente coordinada ni dirigida desde el mismo centro, que a veces se entrelaza y a veces se separa. La meta o el destino final, poner punto a las mínimas transformaciones políticas registradas en este país desde hace un quinquenio, cuenta con la autopista del golpe de Estado y la carretera general del retroceso constitucional; la autopista de momento ha sido bloqueada, aunque no ha desaparecido, pero está la carretera general en la que estorba el autobús de Unión de Centro Democrático y la conducción consensuada que hasta aquí han desarrollado el citado autobús, el autobús socialista, los coches nacionalistas y la bicicleta comunista. Así no ha habido manera de avanzar por la ruta general.

Al margen de los problemas de fondo que genera la crisis del partido gubernamental, no hay crisis que surja en función del exterior sino todas brotan en base a los datos internos de cada situación crítica, la vía pacífica de la involución necesita de los pasajeros del autobús centrista, necesita que éstos pasen al taxi y que el vehículo del centrismo se vea emparedado en un sandwich formado desde los flancos de la derecha y de la izquierda. Y parece obvio que lo está consiguiendo, tanto por la acción de quienes lo pasan por la izquierda a velocidad de vértigo como por los errores de conducción de los conductores del autobús. La indecisión y la vacilación del chófer del autobús centrista, más las pasadas por la izquierda, han hecho ya del taxi no centrista un microbús.

A la vez, es condición «sine qua non», necesitar romper la conducción ordenada y consensuada desarrollada hasta el momento con los altibajos conocidos; de lo contrario no le queda espacio para sus maniobras. Necesita que cada uno de estos vehículos choque con el otro, que cada uno de ellos se lance en una carrera frenética olvidando su primer deber prioritario de cerrar el paso a la involución; su verdadero objetivo es transformar a los vehículos democráticos citados en uno de esos autochoques infantiles que existen en los parques de atracciones. Es decir, mientras organiza el trasvase de viajeros del pinchado autobús centrista a su nuevo flamante microbús es preciso y urgente romper la unidad de los que defienden la actual Constitución y rechazan cualquier revisión de un joven y frágil texto constituyente.

El tiro al vascocatalán

Siguiendo con el símil verbenero lanzan el tiro al blanco de las barracas de feria, en este caso el tiro al vasco catalán con la escopeta de dos cañones recortados de la Loapa, como medio de convertir el patio democrático en un gallinero. Aprovechando la cuestión del terrorismo del nacionalismo vasco radical, que todas las fuerzas democráticas condenan, reeditan toda la vieja literatura del separatismo y de la ruptura y quiebra de la unidad de España; aprovechando la sensibilidad extraordinaria por estos temas existentes en el seno de las Fuerzas Armadas colocan la trampa de la Loapa en la que han caído tanto el autobús deteriorado del centrismo como el autobús recién pintado del socialismo.

El objetivo es bien patente: tensar la relación entre el Congreso de los Diputados y las Fuerzas Armadas si no se da vía libre a este disparate o dividir a las fuerzas democráticas. La Loapa supone el enfrentamiento de las comunidades autonómicas vasco catalana, dos de los bastiones históricos de todas las experiencias democráticas fallidas en nuestro país, con el resto de la España democrática; la separación de la burguesía periférica democrática de la burguesía centralista democrática y la oposición de esta derecha nacionalista constitucional con la izquierda. Aparte, claro está, lo que supone la no resolución de uno de los problemas cardinales del proceso democrático.

Pero, sobre todo, esta concesión es un triunfo para cualquiera de las dos vías de la involución. De igual manera que el proyecto armonizador de las autonomías fue elaborado con el telón de fondo de los disparos del señor Tejero en el Congreso de los Diputados, su aprobación final por la Comisión Constitucional correspondiente del Parlamento tenía como decorado la ola de rumores sobre el alcance de las sentencias contra los responsables de un intento de golpe de Estado. De hecho la Loapa no es más que una minirreforma encubierta y vergonzante de la

Constitución, de su título octavo, frente a la reforma al por mayor, abierta y reivindicada de los agentes políticos de la involución no armada. Así el tiro al vascocatalán es un *boomerang* que se vuelve contra todo el abanico de fuerzas democráticas e indica la suma debilidad e irracionalidad del sistema democrático.

La fragilidad del poder civil

Disparate que sólo hace reflejar la extremada fragilidad del poder civil; fragilidad bien patente tras el anuncio público de las sentencias del Consejo de Guerra. Falta de fuerza y autoridad que, precisamente, es denunciada por aquellos que cercan y hostigan este poder civil con la intención de sustituirlo por otro poder autoritario, la vía pacífica de la involución o dictatorial, la vía armada de la involución. Es un poder civil que cada día cuenta menos y que progresivamente va recorriendo el camino que otros poderes civiles similares recorrieron antes de sucumbir en otras latitudes europeas o latinoamericanas.

Sin embargo, y seguimos con las paradojas irracionales de este momento político, no se intenta desde el abanico de fuerzas constitucionales arroparlo con nuevas fórmulas gubernamentales de colaboración democrática entre los principales partidos constitucionales con el apoyo de los minoritarios, no se busca acabar la legislatura con un Gobierno fuerte democrático sino se persigue ir tirando débilmente hasta la anticipación de la convocatoria de las elecciones generales. Es decir, justamente lo que desean los partidarios de la involución: llegar a las urnas con la máxima expresión de fragilidad y debilidad de un Gobierno democrático para aumentar sus posibilidades alternativas como fórmula de autoridad y energía.

En lugar de recurrir a una política de unidad democrática, para hacer frente a este esquema involucionista, se cae en la trampa del electoralismo más desenfrenado como si España fuera Inglaterra o Suecia y la nuestra una monarquía constitucional consolidada. Cuando hoy lo prioritario es restablecer la preeminencia del poder civil democrático, ante el desafío de las dos caras de la involución, la mayor parte de los agentes políticos democráticos se enzarzan en discutir el adjetivo centrista o socialdemócrata de este poder civil sin ver cómo esta polémica les debilita en conjunto –aunque aparentemente alguno de ellos saque a corto plazo tajada electoral– ante la verdadera alternativa involutiva que se va gestando ante sus ojos.

Y para cerrar este capítulo de despropósitos que debilitan la democracia dos de los partidos constitucionales, el centrista y el comunista, se desangran en medio de una serie de escisiones y fracciones sin sentido alguno: ¿cuál es la verdadera interpretación del comunismo o del centrismo cuando lo que está en juego es la consolidación de la democracia? La renovación del centrismo o de la izquierda podrá ser necesaria, pero lo que desde luego es necesario es la consolidación de la democracia sin la cual no habrá renovación de ningún tipo.



La racionalidad de lo irracional

Si se mira la práctica política de estos últimos meses se llega rápidamente a otra conclusión paradójica: quienes únicamente actúan con una mínima dosis de racionalidad política son las crecientes fuerzas de la irracionalidad política. La capacidad política, el esfuerzo profesional, la habilidad táctica y la visión estratégica están hoy del lado de los partidarios de la involución política; frente a este conjunto de datos racionales los demócratas dan una sensación bastante lamentable por la general desunión en la que se mueven y la falta de profundidad de sus jugadas.

Todavía no ha terminado la batalla, aún pueden quedar algunas esperanzas, pero si los próximos meses son como los transcurridos nadie podrá dudar del éxito de las fuerzas de la involución; la suma de éxitos conseguidos en corto espacio de tiempo así lo augura: la quiebra de Unión de Centro Democrático, el arrastre del PSOE hacia una política de confrontación y bipolarización social entre las dos Españas, la separación de catalanes y vascos del resto de las fuerzas democráticas, la agudización de la tensión entre las relaciones de los aparatos de Estado y el arco de partidos constitucionales, la descomposición del pluripartidismo político en beneficio de su opción de dos frentes nacionales y rojos, la polarización de la vida social y política, la ofensiva contra los pactos sociales tipo el ANE, etcétera.

Todo está preparado, pues, para el último asalto a la razón y de momento, no se detectan signos de que las fuerzas que encarnan la racionalidad salgan de la profunda irracionalidad política en la que se mueven. No está de más recordar lo que decía Simone de Beauvoir a comienzos de la década de los sesenta: la peor jugarreta que puede hacernos el diablo es convencernos de que no existe. Esa es la jugarreta del diablo involucionista español: convencernos de que no existe y que no es más que una alternativa democrática. Y hay muchos engañados ya, sobre todo en la izquierda, que contribuyen a este engaño; bien porque no quieren ver lo que ven, bien por un iluso cálculo electoral. ■F.L.A.

El Consejo Supremo de Justicia Militar ha dicho su opinión, su sentir. O sea, ha dictado sentencia.

Las notas que siguen no pretenden ser examen jurídico de lo resuelto, sino solamente exposición de los términos legales en que se puede producir el recurso. Y también breves consideraciones sobre el proceso y sus efectos para la Justicia.

Hay quien entiende que la resolución del Consejo Supremo no concuerda con los hechos. O con el Derecho. Decirlo así es tanto como expresar una discrepancia, lo que siempre es saludable. En este caso mucho más saludable, y necesario, porque el asunto no puede estar fuera de la opinión de todos –ya que a todos atañe. Y porque, por fin, se reconoce públicamente –desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca– que las sentencias judiciales son criticables, que el Derecho no es cosa de técnicas, ni de sapiencias, sino de criterios sobre la vida ciudadana; y cada cual, cada grupo, cada clase, tiene los suyos. Así que hemos oído al Gobierno o a miembros destacados de él, y a cualquier Sánchez o Martínez censuras, generalmente, o loas, tal vez, aunque en los medios humanos que conozco no suele haber gentes de esta manera de pensar.



«El Derecho no es cosa de técnicas ni sapiencias, sino de criterios sobre la vida ciudadana». Sala del Servicio Geográfico del Ejército, donde tuvo lugar el proceso por el intento de golpe de Estado.

DE LA SENTENCIA Y EL RECURSO DE CASACION

JESUS VICENTE CHAMORRO

Las sorpresas del juicio

En este aspecto la sentencia ha sido un hecho positivo. Ha colocado a cada uno en su lugar. Como lo ha sido el juicio, acontecimiento dilatado y sorprendente –insólito en los anales de pleitos y procesos– con acusados que no tienen convicción de serlo, con fórmulas de ausencias y exigencias sin duda innovadoras en el Derecho Procesal, que tal vez produzcan jurisprudencia y agradecidos secuaces. El juicio, según nos lo han contado, ha sido más peregrino que el mismo golpe. En estos meses pasados la conciencia de los ciudadanos ha estado sometida a hechos insospechados, que jamás conseguían inmunizarnos contra la sorpresa siguiente. El golpe, por el contrario, aunque no forme parte de la vida histórica cotidiana, está más en los términos de lo admisible para los españoles. Ya en el siglo pasado, según dicen, entró un caballo en el Congreso. Los propósitos y los comportamientos de ciertos sectores de la sociedad española hacen perfectamente posible, y por tanto asimilable, lo que ocurrió el día 23 de febrero del año pasado –estamos curados de espanto.

Pero el juicio ha sido otra cosa. Los españoles que han conocido el funcionamiento de los Tribunales –ordinarios o militares– tenían otro concepto de los procesos, del vigor de la autoridad, de la respetabilidad de los símbolos y fórmulas, de la implacabilidad de la ley, y de su peso.

Las penas y las futuras condenas

Sin embargo, la sentencia ha sorprendido también. No se comprende que nadie pueda ser en adelante condenado a treinta años, cuando el más grave delito –«la más vil cosa y la peor que puede caer en corazón de hombre», según el rey Sabio– es así castigado, y aún con propuesta de insulto y rebaja de pena.

Pero sobre todo, la sentencia inquieta como acto de autoridad que afecta al principio de autoridad. Hay gentes que no comprenden que habiéndose producido ataque personal y no sólo desacato, sino ofensa de hecho y puesto manos en autoridad– y todo ello difundido más que el denuesto del conde Lozano– hayan sido absueltos los que tal hicieron, cuando el que da una bofetada a un guardia municipal es tenido por autor de atentado, y por ello reo de pena desde seis meses y un día a seis años. Así que la máxima definición y ejercicio de la autoridad, que es la sentencia penal, parece que dejase en desamparo el principio en que se apoya ➡

DE LA SENTENCIA Y EL RECURSO DE CASACION

y que ejerce. Tal contradicción es para el ciudadano medio causa de perplejidad. Y más aún en nuestro país.

El principio de autoridad

Entre nosotros las instituciones arraigadas son pocas, por desgracia. Los pueblos españoles por pequeños que sean, exhiben como casi únicas instituciones históricas la casa-cuartel de la Guardia Civil, que es el poder a palo seco –honni soit qui mal y pense–; la iglesia, con su responsable permanente, su homilía dominical y los movimientos de masas (adoración nocturna, hijas de María, ropero de S. Vicente de Paul, entre otras). Y la plaza de toros, periódicamente el totem es jugado, corrido y muerto mientras la tribu salta de alegría y aplaude, representada por el héroe que ha vencido al toro.

Así que entre nosotros, ante la penuria de instituciones ciudadanas, el principio de autoridad es exigencia y necesidad del Estado. Y, además, constantemente ha sido reclamado su respeto.

Ahora, se espera por tanto, que su vigor sea restablecido a través del recurso de casación que decidirá la sala 2.ª del Tribunal Supremo. En el orden judicial ordinario está la esperanza de muchos ciudadanos. Pero conviene conocer los términos del campo en que puede actuar el Tribunal Supremo.

El recurso de casación. Sus límites

Ante todo el recurso de casación no es un nuevo juicio, una segunda instancia. Esto es conocido por los alumnos de Derecho Procesal –so pena de suspenso– y debe serlo por los ciudadanos. El Tribunal Supremo no enjuicia de nuevo las conductas de los procesados, sino la del Tribunal del juicio. Es decir, examina si las garantías procesales se han cumplido –si el procedimiento fue legal y justo–, y si la sentencia es acorde a Derecho.

Hay, por tanto, que decidir si las condiciones en que se produjo el juicio crearon indefensión, desigualdad entre las partes. O si la sentencia está formalmente mal dictada –por razón de las personas que concurrieron a dictarla o por su defectuosa redacción–. Los motivos de casación por quebrantamiento de forma, que así se llaman, son taxativos, escuetos– así que puede haber motivos de escándalo, que no lo sean de casación; infracciones formales que no impliquen quebranto de forma–. Pero además, están pensados en la Ley de Enjuiciamiento Criminal para el juicio que ella misma regula y ordena que no es igual al procedimiento militar del Consejo de Guerra.

Por lo demás, si la Sala 2.ª del Tribunal Supremo entendiere que se había incurrido en quebrantamiento de forma, ha de volver la Causa al Tribunal del juicio para que la reponga en el estado que tenía cuando se cometió la falta y la continúe con arreglo a Derecho. Esto es, para que se observen y respeten las garantías debidas. En estos supuestos, naturalmente, se alarga y dilata el curso y final del proceso.

La infracción de ley da lugar a que se rectifique el fallo, que no se acomodaba al castigo debido, que no se ajustaba a los hechos que la propia sentencia declara probados. Es de advertir que el Tribunal ante el que se celebró el juicio es soberano para declarar cuáles son los hechos probados según su conciencia. Solamente si hubiere documentos auténticos que evidenciasen su error al apreciar las pruebas, puede el Tribunal Supremo modificar los hechos que el Tribunal del juicio consideró probados.

Así, pues, han de entenderse las limitaciones del recurso de casación para saber los que podemos esperar. Ni los defectos de investigación –si los hubo– ni las anomalías procesales salvo las específicas que la ley considera esenciales, ni la valoración de la prueba a no ser que haya documento auténtico que la desvirtúe, ni las facultades o arbitrio concedidos por la ley al Tribunal del juicio, pueden ser objeto de recurso.

El Ministerio Fiscal y este recurso

Por otra parte la crítica de la sentencia en cuanto a la absolución de personas acusadas o castigadas con menor pena que la pedida sólo puede ser ejercitada por el fiscal. (Los ciudadanos están excluidos como posibles acusadores por el Código de Justicia Militar –arts. 452 n.º 2, redacción de ley de 6 de noviembre de 1980)–, aunque en esta clase de procesos, por hechos políticamente antidemocráticos, se ha acreditado la eficacia del ejercicio de la acción popular tanto en la investigación como en el juicio). El fiscal formulará –interpondrá– ante la Sala 2.ª del Tribunal Supremo el recurso de casación por los motivos –de quebrantamiento de forma, de infracción de ley– que considere fundados. Y se opondrá –impugnará– los motivos que considere infundados de los recursos interpuestos por los defensores de los condenados que recurran.

Pero también aquí existen ciertas dificultades, nacidas del original sistema procesal creado por la ley de 6 de noviembre de 1980.

Durante la instrucción del sumario y en la celebración del juicio, el fiscal militar no ha estado legalmente referido al fiscal general del Estado. La calificación penal de los hechos realizados por los procesados, la producción de las pruebas, las actuaciones procesales del Fiscal militar, no han estado legalmente regidas por un criterio único –se ha dado una hipótesis extraña, absurda, en que el Ministerio Fiscal no es uno para todo el Estado (art. 22, n.º 1 del Estatuto–, sino dos. En supuestos de gravedad el proceso se sigue en todas sus fases con conocimiento de la Fiscalía General del Estado, preparando la calificación y el juicio y previendo la posibilidad de recurso de casación. Así, pues, en el presente caso la Fiscalía General del Estado ha de actuar sobre la historia de un proceso y el contenido de una sentencia sin haber podido legalmente intervenir con un criterio rector en los actos que los condicionaron y definieron.

Leve meditación

Las dificultades que crea el híbrido procesal aportado por la ley de 6 de noviembre de 1980 son indudables. Y aún deben ser evidentes, porque se piensa –así se ha dicho– en la conveniencia de modificarlo. Ha sido un invento que, al parecer, ha fallado en el acto del estreno y ha dejado malparados a los inventores, aunque un silencio interesado atenúe los efectos del estropicio. Tal vez el método de la conciliación, el pragmatismo, el eclecticismo o como quiera llamársele, no da buenos resultados. Hay quien cree que el justo medio no nace de la moderación al modo de Martínez de la Rosa, sino de la tensión de los extremos, que engendra y da luz el medio con vigor y limpieza. El lugar del disimulo, la clarificación; en vez de la timidez, la presencia de ánimo.

Y con ello nos hubiéramos ahorrado, cuando menos, la oportunidad de escribir este artículo. ■ **J.V.CH.**

Madrid, 16 de junio de 1982

BESTIARIO

MANUEL VAZQUEZ MONTALVAN

Será o no será él? Por si acaso emitió el nombre entre interrogantes.

–¿Adolfo?

–Sí. ¿Santiago?

–Sí.

–¡Adolfo!

–¡Santiago!

Se abrazaron los dos hombres en mitad de la acera de la calle de Alcalá.

–¡Cuánto tiempo! ¿Qué es de tu vida?

–Pues ya ves, tirando.

–Unos van para arriba y otros vamos para abajo. ¿A qué te dedicas ahora, Santiago?

–Al periodismo.

Carrillo se sacó un cigarrillo encendido del bolsillo y aprovechó la cortina de humo para duplicar la distancia entre sus ojos acristalados y los de Adolfo Suárez.

–¿Periodismo político?

–De todo un poco. Ya sabes lo que es este oficio.

–Es que no he visto tu nombre en la Prensa política. O quizá no me haya fijado lo suficiente, pero me extraña.

–Bueno. De hecho practico sobre todo otro tipo de periodismo. Acabo de volver de Mónaco donde he hecho una entrevista en exclusiva a la princesa Carolina con motivo del nacimiento de su tercer hijo. Comprenderás que este tipo de periodismo requiere un seudónimo y yo he escogido el de Fefa Ursúliz.

–¿Tú eres Fefa Ursúliz?

–Eso es.

–¿La que... perdón, consiguió la exclusiva del divorcio de la reina Isabel de Inglaterra después del ligue que tuvo con Galtieri?

–Eso es.

–¿El que hizo aquel reportaje memorable sobre Calvo Sotelo, cuando dejó de ser jefe de Gobierno y se contrató como pianista en el circo de Angel Cristo?

–Fui yo, en efecto.

–¡Fefa Ursúliz, un mito periodístico! Quien me iba a decir que Fefa Ursuliz y Santiago Carrillo eran una misma persona. ¿Y cómo fue el dedicarte a esta variedad de periodismo?

–Verás, yo había manifestado muchas veces mi deseo de dedicarme al periodismo una vez alejado de la política. Como recordarás estuve a punto de conseguir mis deseos cuando dimití de la Secretaría General del PCE ¡qué tiempos aquellos! en junio del 82, pero como todos se empeñaron en que me quedara porque no valía la pena cambiar de secretario general para lo poco que quedaba del partido, pues me quedé y solo un año después, atadas y bien atadas las elecciones generales, un día le pregunté a Adolfo Piñero: *¿Cuántos militantes quedan? Así, a bulto, seis o siete. Pues date de baja de la Compañía Eléctrica y cierra el local.* Le di el encargo a él porque era y es ingeniero y pensé ¿quién mejor que un ingeniero para cosas de electricidad? No es que yo crea a pie juntillas en la división del trabajo y te diré que más bien tengo una perspectiva gramsciana de la cuestión, pero en fin, cada cual según sus virtudes y defectos.

Y Piñero como ingeniero industrial era el más adecuado para darnos de baja de la luz. Y así hice con todo lo demás. A Dolores le dimos la bandera y yo me llevé a casa como recuerdo los ceniceros que hicimos hacer para festejar la legalización. Bueno, ya me tienes a mi con una mano detrás y otra delante y sin oficio ni beneficio. Con que, me dije, aplica tu gran experiencia política a ejercer como periodista. Vaya fiasco. España sin Prensa de izquierda y los empresarios más avanzados me decían: «Mire, don Santiago, no escribe usted mal, pese a algunos galicismos, pero es que lo comunista no vende y usted tiene esa etiqueta». La gente compra de socialista para aquí, no de comunista para allá». Y un empresario que había sido del partido llegó a decirme: «Estamos en una situación de reflujo de la izquierda - izquierda y lo que vende es contenido centro con formalización radical y respaldado por el aparato judicial. Bueno, me dije. Si no me aceptáis como periodista en España pues me voy al extranjero. Al fin y al cabo Marx se ganó la vida colaborando en la prensa norteamericana. Y así lo hice. Exilé mi cerebro, me fui a París, a New York, a Londres. Nada. Me invitaban a todos los saraos sociales que puedas imaginarte presentándome como el último comunista español y había bofetadas para que asistiera a los cocktails, pero de periodismo, nada, y al decirme que no, me daban parecidos argumentos a los que ya me habían dado en España. Ya estaba desesperado, amargado, aburrido, oye, aburrido, cuando cenando una noche con Debray, Regis tuvo una idea genial: ¿Por qué no te dedicas a *otro tipo de periodismo?* En efecto, apostilló Mitterrand que estaba al quite, me consta, añadió François que Vázquez Montalbán por ejemplo, cuando no pudo ejercer el periodismo porque tenía ficha de comunista se dedicó a escribir en revistas de muebles y de ropa interior de señora y luego, con los años, pudo hacer el periodismo de su gusto hasta que se murió Franco, llegó la democracia y se quedó fácticamente sin la posibilidad de escribir sobre política. «Imita su ejemplo», me dijo Mitterrand. Yo, la verdad, no estaba muy decidido. ¿Cómo voy a imitar el ejemplo de un tío que trata de matarme en una novela, que insinúa la necesidad de que me autocese en un artículo y que me puso de poeta chino en un «Bestiario» de la revista TRIUNFO? Pero una cosa, Adolfo es el proponer y la otra el disponer. El cerco profesional era evidente, la asfixia económica también. Ni siquiera Lara me ofrecía escribir libros donde contara mi experiencia política. Memorias no podía escribirlas porque ya las había escrito y publicado Claudín. Deja algo para mi, Fernando, le pedí, pero no, implacable, contó todo lo que yo podía contar, cierto o falso. Hasta sus mentiras era las mismas que yo hubiera dicho. Me inclinaba cada vez más por darle la razón a Mitterrand y Debray, y, finalmente, lo vi todo muy claro. Fue en el transcurso de un concurso de *baion* convocado por la princesa Margarita de Inglaterra a beneficio de la Cruz Roja y la propia princesa fue la que comenzó a conformar lo que sería una espléndida idea. Me dijo: Don Santiago, me gustaría ver esta fiesta con sus ojos: ¡La cantidad de cosas que usted ve y yo no! Eureka. Esta era la fórmula. Aquella noche, nada más regresar a la habitación del hotel me puse a redactar una crónica sobre lo que había visto y cuando iba a firmar contuve el impulso de poner mi nombre y busqué un seudónimo. No me salía. Telefoneé a Umbral: «¡Búscame un seudónimo!» Minutos después lo tenía: Fefa Ursúliz. Así, al principio, me chocó, pero Paco me lo razonó suficiente-

mente: Fefa es un nombre de pija introducida en la jet society y Ursúliz suena a ursulina y a vasco o aragonés, suena a chorizo magro y a falda larga. Firmé pues Fefa Ursúliz y aquí me tienes. Me va bastante bien. Me gano la vida mucho mejor que como secretario general del PCE y los militares no me dan sustos. ¿Y tú, qué?

–No he tenido tanta suerte como tú, Santiago. Como ya sabrás, me predispuse a la travesía del desierto montando un bufete por todo lo alto. Yo quería volver a la política y le dije a Leopoldo: Tú le pones seriedad a la cosa y cuando los poderes fácticos estén aplacados vuelvo yo y tú a tocar el piano o de ministro de Asuntos Exteriores, que es lo que te gusta. Dicho y hecho. Pero ya sabes lo que pasa. Le prestas la silla a alguien y se la queda.

–Qué me vas a contar a mí. Por eso yo no la solté. Cuando me iba de viaje me la llevaba conmigo.

–Bien. Leopoldo me salió un cenizo. Más serio que un fusilamiento y más tozudo que un norteamericano borracho. A mí el bufete me iba cojonudo, porque eran muchos los que esperaban que un día u otro volviera a la política activa y así fue hasta lo de Andalucía. Ya sabes lo que ocurrió. Se desmembró UCD, todas las ratas se fueron a Alianza Popular y los conejos a donde pudieron. Todos querían que yo saliera de UCD y ayudara a montar un partido bisagra. Tamames, Fernández Ordóñez, Solís Ruíz, Arrese... todos, Adolfito, vente con nosotros a montar un partido bisagra. Y yo, nada. O UCD o nada. Me animó mucho, te lo confieso, Santiago, el cariño que tú pusiste en la defensa de UCD.

–Jamás olvidaré que me legalizaste y que me convocabas a la Moncloa para preguntarme qué podría pasar si la Real Sociedad ganaba la Liga.

–Siempre he reconocido en ti a un estadista. Al mejor secretario general que hubiera podido tener el PSOE en el momento del retorno de la democracia. Lo hubieras tenido fácil, Santiago de no haberte precipitado con lo de la JSU.

–La vida es la vida y a lo hecho, pecho.

–Ahora serías jefe de Gobierno español en el exilio, como Felipe, que está muy bien visto en las cancillerías europeas.

–Ya estoy de exilios hasta el coco y me gusta ser lo que soy, un periodista cotizado. Pero prosigue tu historia.

–Para bien o para mal hice oídos sordos de cuantas propuestas me llegaron. Si UCD se hunde, me decía, yo sigo de abogado y espero a que se clarifique el panorama. Ya notaba que iban disminuyendo los clientes, pero lo atribuí al caluroso verano del '82, a la espectativa por los mundiales, a la visita del Papa y luego al período preelectoral que contiene los esfínteres de toda actividad. Cuando pasen las elecciones, me decía, volverán los clientes. Se celebraron las elecciones y ya sabes el resultado: el PSOE un ochenta y dos por ciento, Alianza Popular un catorce por ciento y el resto para minoría catalana, el PNV y Ramón Tamames, que se presentó al frente de una coalición política de simpatizantes del Atlético de Madrid. ¡Qué desastre! ¿Cuántos votos tuvisteis vosotros?

–Votaron comunista, disciplinadamente, todos los miembros de los comités centrales de los diferentes partidos comunistas de España y algunos de sus familiares.

–Siempre he admirado vuestro sentido de la disciplina. En UCD ni eso. Sumados los votos que obtuvimos no salían ni los miembros de la familia de Aurelio, mi cuñado y de la mía, en edad de votar.

–Vivíamos rodeados de traidores.

–Bien, me dije, pues a la abogacía. ¡Ca! Ni un cliente. Y me fui comiendo las reservas, me cambié de despacho para peor, despedí a Meliá y me quedé sin quien me escribiera los artículos. Nadie me consultaba. Ni siquiera tuvieron la delicadeza de meterme en un campo de concentración cuando dieron el golpe de Estado a fines de 1983.

–A por mí sí vinieron. Vino Tejero en persona al grito de: Esta vez no te escapas. Pero yo salí y le dije muy claramente: Yo no me echo al suelo, aquí está mi carné de *freelance* y un certificado de buena conducta del director de la revista *Hola*. Tejero se leyó el certificado una y mil veces. ¡Pero usted es el de Paracuellos! Que yo con Paracuellos no tengo nada que ver. En teoría lo hicieron subordinados míos. Pero es como si usted, Tejero, le cargara a otro la responsabilidad que usted tuvo en el asalto al Congreso. ¡Eso sí que no! Rugió Tejero y me dejó estar, no sin advertirme que me vigilaría muy estrechamente y a poco que me apartase del buen camino venía a por mí.

–Pues a mí ni me molestaron, hasta el punto de que fui a ver a Milans y me ofrecí como preso. ¡Quítese de ahí antes de que me dé cuenta de que está! Y ni levantó la lista del expediente que estaba mirando.

–El muerto al hoyo y el vivo al bollo. Se confirmaron nuestras previsiones. ¿Recuerdas aquella conversación que tuvimos sobre la OTAN cuando Leopoldo se empeñó en meternos en ella? Yo le dije: en la OTAN se meterán los militares constitucionalistas y los golpistas y es bien sabido que la OTAN tiene una brigada especial de golpes de Estado. Bastará que Tejero aprenda el inglés durante su cautiverio.

–Yo la verdad es que no veía la necesidad de entrar en la OTAN con los pocos votos que vosotros teníais. Pero Leopoldo se puzo tozudo. Confiaba en que los presuntos golpistas verían el mundo, verían cómo funciona el mundo democrático... insensato. Pero déjame terminar mi historia porque tengo que sincerarme con alguien. Como te iba diciendo, los clientes escaseaban, yo me iba comiendo las reservas, luego se produjo el golpe y ya no tuve ni casos de divorcio porque se prohibió el divorcio. Recurrí a mis amigos estadistas latinoamericanos, pero el que no estaba fusilado estaba en peores condiciones. Sólo Castro tuvo un detalle y me mandó una caja de puros de no te menees. La situación era insostenible y decidí hacer oposiciones para el funcionariado, recordando aquellos tiempos en que empecé como secretario de un gobernador civil. Me suspendieron por motivos políticos. No querían propiciar mi escalada. De mal en peor hasta que por fin Rodolfo Martín Villa me dijo un día: Haz como yo, métete de cobrador del seguro de entierro del OCASO, vas a tanto por ciento y te combinas el cobro de los recibos cuando quieras, es esclavo porque es muy pesado subir y bajar escaleras, pero lo haces cuando quieres y tienes horas libres. Y en eso estoy. No me puedo quejar porque me saco comisiones apañadas, pero no sabes tú lo que brego y es que se han perdido los modos y nadie quiere enterrarse como Dios manda. Sencillito, me dicen. Hace cuatro meses que no coloco un servicio con ataúd de madera de caoba. Por cierto, Santiago ¿tú estás asegurado de entierro?

–Ya he dispuesto que me incineren.

–Qué burrada y además es muy arriesgado. Porque aún no se ha demostrado de qué manera se relacionan alma y cuerpo. Imagínate que la supervivencia inmortal de la conciencia sólo es posible si va abandonando el cuerpo a medida que se descompone. Vas tú y zas, te haces incinerar y al hacerte incinerar quemas toda posibilidad de despegue de la conciencia eterna.

–No había pensado en eso.

–Mal hecho. Piénsalo bien.

–Pero, imagínate que dentro del ataúd te pudres mal y como conse-



cuencia sale la conciencia algo averiada.

–Es un riesgo, lo reconozco, pero algo es algo. Toma mi tarjeta. Ya sabes dónde me tienes. ¿Qué hacen las viejas amistades?

–Cada cual se fue por su lado.

–¿Qué se hizo de Sartorius?

–Da clases de eurocomunismo en una universidad de Siberia.

–¿Y de aquel catalán, el que llevaba barbita y se parecía a Lenin, pero con pelo?

–¿Gutiérrez Díaz? Está de veterinario en Las Malvinas.

–De Camacho ya sé que está en la cárcel esperando el juicio por el proceso 1.002. ¿Pilar Bravo?

–Tuvo un *amour fou* con un prosoviético y se la ha visto cantando tangos en cabarets de Leningrado.

–¿Y Azcárate?

–Escribe novelas en francés. Creo que este año le han dado el Femina. ¿Y los tuyos?

–Pues Martín Villa está en lo mismo que yo, en lo del seguro de entierro. Fernández Ordóñez está cumpliendo la condena de treinta años que le impuso un tribunal especial de padres de familia numerosa. Arias Salgado aún resiste al frente del maquis en las montañas de León, Rupérez secuestró a un comando de ETA pm y cobró un rescate de chúpate los dedos, vive como un señor en una finca colindante con la que tiene Julio Iglesias en Miami.

–¿Y Pérez Llorca?

–Es gobernador civil y jefe provincial del Movimiento en Lérida.

–Nada es como era. Me han llegado noticias de que el partido comunista se está conformando otra vez y me han ofrecido la secretaría general. No sé qué hacer. Las ideas tiran mucho.

–Acéptalo. Cada uno es lo que es y tú eres secretario general, eres un secretario general como la copa de un pino.

–Y tú también, Adolfo.

–Tú más, Santiago, tú más.

–Yo te lo puedo decir porque nadie está más capacitado para descubrir madera de secretario general que un secretario general.

–Me lo dices tú y me pones la carne de gallina, porque en tu boca una afirmación de este tipo tiene un valor total. No creas. A mí también me vienen a ofrecer la secretaría general de UCD clandestina. De momento la lleva Calvo Ortega que va por ahí disfrazado de taxista.

–¿Cómo puede disimular las ojeras?

–Le han hecho un estirado de piel y se las han puesto en las mejillas. Pero, a pesar de las ofertas, no me atrevo y no es por miedo. Es porque todo aquello pasó y nunca las segundas partes fueron buenas.

–Marx dijo algo parecido a esto: Cuando la historia se repite lo que fue la primera vez tragedia se convierte en comedia.

–No sería yo tan tajante, pero algo de eso hay.

–Toma también mi tarjeta y cuando necesites algo me llamas.

–Un día de estos se me casa la chica mayor.

–Te hago un reportaje para «Hola».

–Piensa tú lo del Seguro de Entierro. Te haría una cuota especial.

–Me lo pensaré, pero ya estaba muy mentalizado con lo de la incineración.

–Al quemar tu cuerpo pueden quemar el alma de un secretario general.

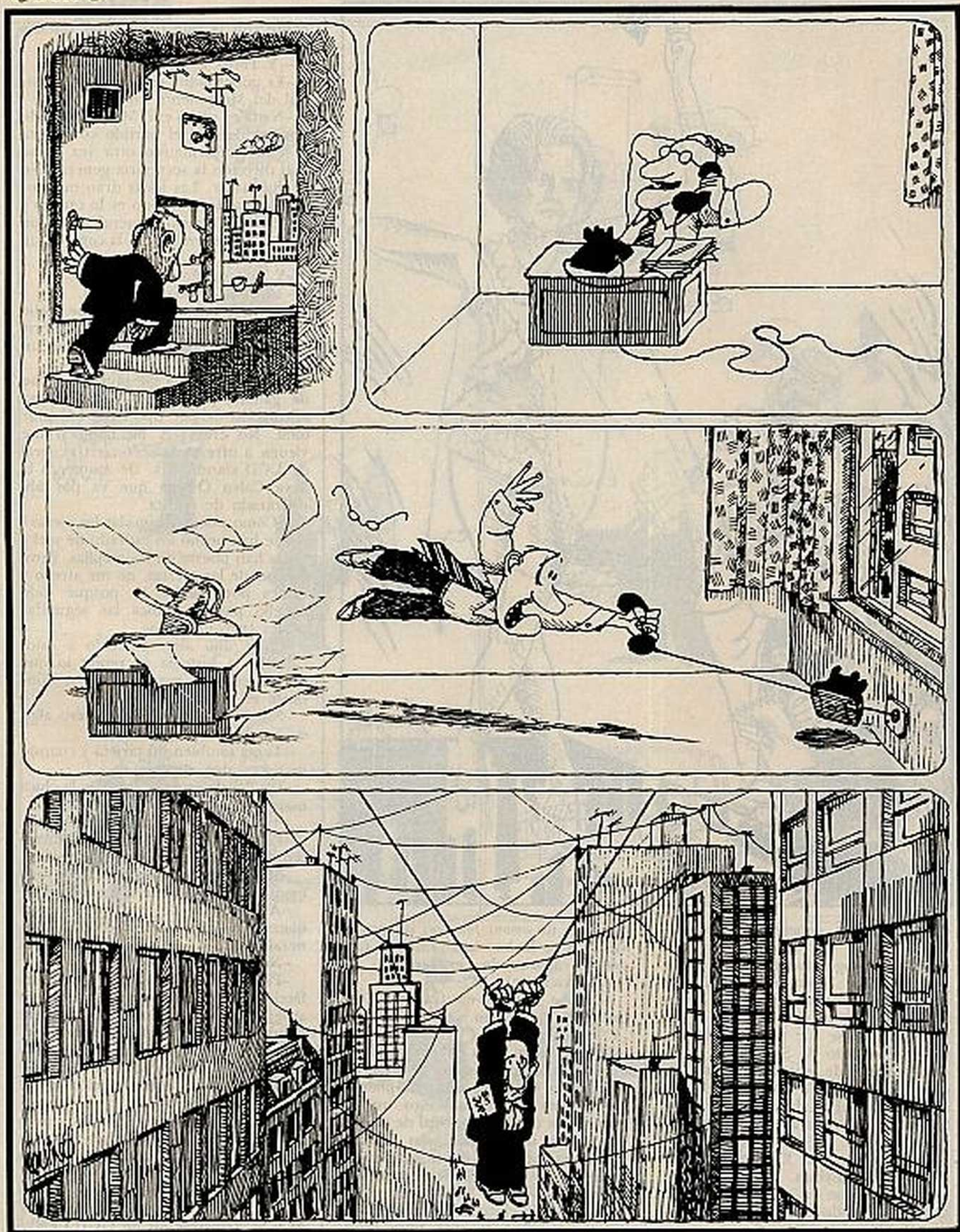
–No sé... no sé...

–Piénsalo bien, Santiago. ¡Qué satisfacción la de tus enemigos si te vieran arder del todo! ¡Pienso que podrías seguir siendo secretario general espiritual de un PCE anímico e indestructible! ¡Hasta puedes conseguir formar un gobierno de concentración en el mundo extrasensorial!

–Yo no quiero ser ministro, pero me gustaría serlo para darles una lección a los renovadores y a un prosoviético.

–Eso está hecho. Firma aquí y el gobierno de concentración es tuyo. ■

M.V.M. (Ilustración de GUILLÉN).



UN JUICIO POR BLASFEMIA

LUIS CARANDELL

NUNCA había asistido a un juicio por blasfemia ni pensé que en nuestra época pudiese existir tal cosa. Conocía de mis tiempos de la Facultad, la figura delictiva que aún permanece en nuestro código penal y hace ya algunos años tuve ocasión de ver de cerca al único procesado que había conocido en mi vida por este delito, un amigo mío que se puso a dar voces supuestamente «blasfemas» en una ocasión, ante un colegio de los que entonces se llamaban «de curas».

Había llovido mucho en España desde que la pasión de las autoridades por la vigilancia de las buenas costumbres hacía posible que se procesara a una persona no ya por blasfemia sino por hechos o palabras de importancia menos «grave». Sin haberlo pensado, vivía yo confortado en la seguridad de que tales cosas no sucedían. De ahí mi sorpresa cuando a mediados de abril recibí una carta del abogado Miguel Cid Cebrián diciéndome que se había tomado la libertad de proponerme como perito, en mi condición de escritor, para un juicio que debía celebrarse en el juzgado de San Lorenzo de El Escorial contra un concejal de un pueblo de la Sierra de Madrid por supuesto delito de blasfemia.

Me anunciaba que habían sido designados igualmente peritos para el mismo juicio y propósito el sociólogo Francisco Javier Alonso Torrens y el teólogo Benjamín Forcano. Y me enviaba una copia de las diligencias preparatorias del Ministerio Fiscal en las que se decía que estando celebrando sesión pública el Ayuntamiento del pueblo, se originó una discusión durante la cual el concejal acusado *«se levantó y a voces dijo "me c... en Dios", frase que provocó la inmediata y airada reacción de las personas presentes con el consiguiente alboroto, lo que obligó al alcalde a suspender la sesión y requerir el auxilio de la Guardia Civil para despejar el local.»*

Acudimos los peritos, igual que lo hicieron los testigos, en el día y hora señalados y fuimos llamados uno por uno a presencia de la señora juez para prestar declaración. Doña Manuela Carmena, juez de San Lorenzo de El Escorial, si no la primera, una de las primeras mujeres que han alcanzado en España la judicatura, es persona desde hace tiempo conocida en los medios jurídicos, políticos y periodísticos españoles porque perteneció durante años, mucho antes de ser juez, al famoso despacho de abogados de la calle de Atocha. Revestida de su autoridad, bajo el gran tapiz con las balanzas de la Justicia, se disponía ahora a juzgar un supuesto delito de blasfemia en una causa incoada por el Ministerio Fiscal.

Fui el último de los peritos en ser llamado para prestar declaración y no escuché por tanto las de Alonso Torrens y Forcano aunque sí la de los testigos llamados a continuación. Cuando entré, el abogado defensor Cid Cebrián, me preguntó si conocía el motivo por el cual había sido procesado el concejal. Le dije que sí y él preguntó entonces: «Entonces sabe usted que la frase pronunciada por él y que el Ministerio Fiscal estima como constitutiva de delito de blasfemia fue...». Y aquí repitió el exabrupto. El fiscal protestó: «La pregunta es improcedente, señoría. Ruego que conste en acta mi protesta». «No es improcedente», repuso la juez. Y, dirigiéndose a mí, dijo: «Entonces, ya sabe usted que de lo que el Ministerio Fiscal acusa al concejal es de haber dicho...». Y aquí la juez repitió con gran aplomo la malsonante frase.

Siempre tuve en gran estima, aun sin haberla tratado mucho, a Manuela Carmena. En esta ocasión admiré su temple de ecuánime juzgador que no sólo rechazaba la protesta del fiscal que había incoado la causa por delito de blasfemia sino que repetía ella misma la frase protestada.

En cuanto a mí, basé mi peritaje en la idea de que, siendo España un país de honda tradición religiosa, el nombre de Dios era con frecuencia mencionado en el lenguaje coloquial. No solamente se dice, en efecto, frases como «si Dios quiere», «gracias a Dios», «vaya usted con Dios» y otras semejantes, sino que el nombre surge en frases aparentemente menos respetuosas aunque igualmente inocuas tales como «no hay Dios que haga tal cosa», «que venga Dios y lo vea», «no ha venido ni Dios» o «está como Dios».

En el tipo de expresiones como la que el fiscal quería blasfemia, se trata de frases hechas que, si deben considerarse malsonantes —«yo reconozco que está mal», decía en el pasillo el acusado antes de comenzar el juicio—, no pueden constituir blasfemias porque el que las pronuncia ni piensa en ningún momento en el nominal destinatario de la improcedencia pronunciada en un momento de crispación del ánimo. El concejal había pronunciado en efecto esa frase al discutir con otro concejal, éste perteneciente a Fuerza Nueva, que había inspirado la publicación en un diario de un artículo en que se decía que la corporación municipal estaba llena de «chorizos».

A preguntas de la señora juez reconocí que difícilmente podía haber habido escándalo público —requisito imprescindible para tipificar el delito de blasfemia del artículo 239 del Código Penal— teniendo en cuenta el nada infrecuente uso que, especialmente en la zona rural, se hacía de esta expresión.

Pero lo más asombroso de todo el juicio fue cuando, al exponer sus conclusiones, el fiscal, que en el interrogatorio a los testigos trató de obtener declaraciones de que la frase había sido proferida varias veces con escándalo de los presentes, afirmó que la opinión de los peritos, entre los que se incluía a un teólogo, no tenía nada que ver con la blasfemia, que aquí era un hecho jurídico. El teólogo Forcano, claro, había centrado su peritaje en la afirmación de cuán poco podía ofender a Dios el exabrupto juzgado.

Con esto y la ulterior absolución del acusado acabó el insólito juicio durante el cual me sentí extrañamente transportado a tiempos pasados. ■

LAS TRES GUERRAS Y LA IZQUIERDA

EDUARDO HARO TECGLEN

LA guerra de las Malvinas ha terminado. Sólo hacia su final, o inmediatamente después de él ha empezado a cobrar un sentido que, desde el principio, todos le habíamos negado. Era el 2 de abril –cuando se inició la ocupación argentina– una guerra calificada de tonta, de estúpida, de inútil y de desesperante. Se aceptaban, en cambio, las otras dos guerras que transcurrían al mismo tiempo: la del Irak y el Irán, que terminaba a su vez, y la del asalto de Israel al Líbano, concebida a la manera alemana de la «blitzkrieg» o guerra relámpago: una operación veloz hecha para un exterminio determinado y para conseguir unos objetivos políticos. Estas dos guerras parecían *justificadas*, por lo menos para nuestro sentido de la lógica, y aun dejando aparte los calificativos morales que pudieran despertar. En esta forma de medir los acontecimientos hay una especie de eurocentrismo, de occidentalismo y hasta de racismo. No se deja fácilmente de pensar de una manera que nos han inculcado los siglos, y es la de que nuestra civilización es «la» civilización. Los iraníes han aparecido ante nosotros como unos seres lejanos y extraños, más bien bárbaros, sobre todo desde que perdieron la misión que nosotros, ingenuamente –con la infinita ingenuidad del progresismo mundial– les habíamos atribuido: los valerosos rebeldes del Irán, que desafiaban el medievalismo del Shah y de sus señores de la guerra, que abrían sus camisas ante los fusiles de la represión –una metáfora viva, pero solamente una metáfora: la leve tela es inconsistente frente a las balas– iban en el sentido de las libertades individuales y colectivas. Trataban de construir una nación abierta y limpia.

Ilusión óptica

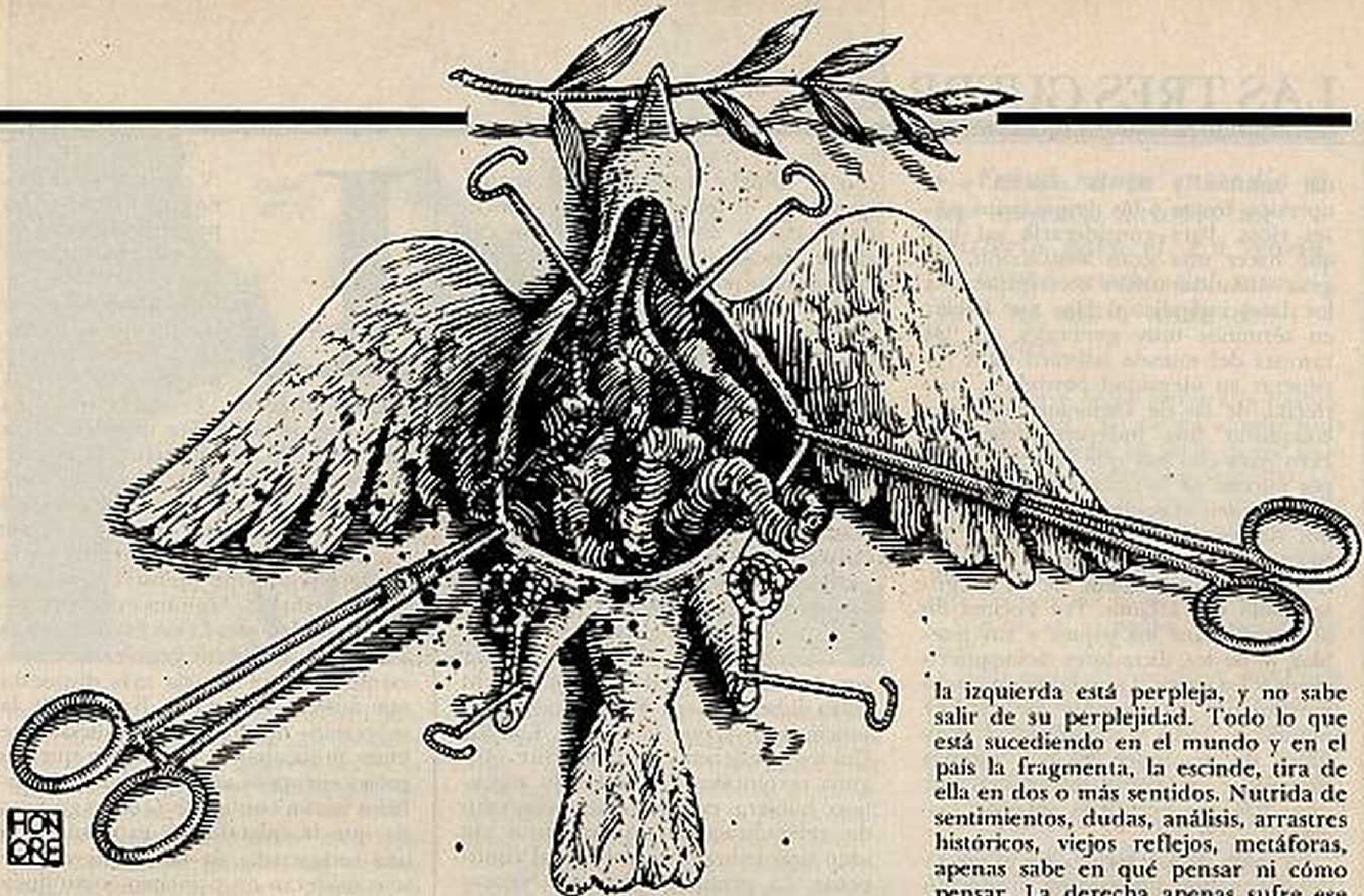
Era una ilusión óptica. El imán y sus ayatollahs tenían un sentido de la vida y de la revolución que nosotros no podíamos ni siquiera olfatear. Muy pronto escaparon a nuestras normas. Asaltaban edificios diplomáticos, tomaban rehenes, les amenazaban de muerte. Ahorcaban a los adúlteros, a los bebedores de alcohol, a las fornicadoras; a su propia izquierda. Fusilaban sin apenas juicio. Creímos que nos habían traicionado. La izquierda europea es muy sensible a todo lo que traiciona sus propias utopías: a la rigidez cubana, a la invasión de Afganistán, a la represión de Polonia, a los manicomios soviéticos, a la esclerosis de los cuadros dirigentes de Moscú. Tiene una razón bastante considerable. Los mejores aspectos de la civilización actual en Occidente los ha conseguido ella misma mediante sus luchas y sus sacrificios: desde el «habeas corpus» hasta la libertad de prensa, desde el sistema parlamentario hasta la libre disposición del propio cuerpo. No son todavía conquistas lo suficientemente asentadas: aún hay que luchar por ellas, y por otras más que todavía no se han conseguido. Esta izquierda europea ha mantenido esa lucha no sólo para sí misma, sino para todos. Las declaraciones de derechos del hombre se califican siempre de «universales»: se apoyan en el mito de la redención de la humanidad. Cuando las gentes de la izquierda en Europa y en Estados Unidos se jugaban sus puestos de trabajo, su libertad, a veces hasta su vida, por defender la causa del Vietnam, sentían esa universalidad. La sintieron por el Irán, y se encontraron traicionados. Cuando el Irak se precipitó unilateralmente sobre el Irán en nombre de unas viejas reclamaciones fronterizas se comprendió que era una incitación, una provocación, por parte de la dirección militar y política de Occidente para acabar con la revolución del Irán; pero ya nadie estaba dispuesto a mover un dedo para defender a aquellos curas islámicos fanáticos. Se prefirió adoptar la postura antigua de atribuir la guerra sangrienta –enormemente sangrienta, y generadora de miseria– a cosas de otras gentes, de otras razas. Deplorable, desde luego; pero ajena. El triunfo del Irán ha podido sentirse con una cierta satisfacción, pero no más. Muertos, al fin y al cabo, de tercera clase.

La imagen de Israel

El tema Israel-Líbano tiene algunas características semejantes. El tema de Israel es de los que también dividieron en su momento, y dividen aún, a la izquierda occidental. Israel representó a los judíos, los judíos han sufrido recientemente su enorme martirio por el nazismo; y han proporcionado a la izquierda grandes maestros de su propio pensamiento –no sólo Marx– y continuos vigilantes de las libertas en los libros y en la prensa, en el cine y en la televisión. Hay muchas razones para identificarse con los judíos. Se han hecho muchas veces a costa de un inmenso olvido de los verdaderos judíos de nuestros días, los palestinos: perseguidos, diezmados, lanzados a la diáspora. Los palestinos han reaccionado frente a la agresión y al olvido con el terrorismo, inventado y repetido siempre con un enorme acto de propaganda, de llamar la atención sobre la desgracia propia. En estos tiempos ya no vale. La izquierda occidental no es partidaria de la violencia, condena al terrorismo con unanimidad y, en general, consideró a los palestinos como unos intolerables aguafiestas; y a los árabes que parecían apoyarles con el «arma del petróleo» como los causantes de la desgraccia económica de Europa. Hay todavía una izquierda tercermundista que comprende la causa árabe, que va mucho más allá de la fuerza y el dinero de sus jeques. Pero tiene poca capacidad de extresión. El asalto de Israel al Líbano se ha comprendido como una necesidad de preservar la defensa del pequeño estado amenazado (menos amenazado, evidentemente, que sus vecinos árabes) y su seguridad. Se ha hablado en esta ofensiva de treinta, de cuarenta mil muertos. Han pesado menos en los titulares de los periódicos del mundo que los trescientos ahogados del «Belgrano».

El fascismo argentino

En esta disposición de ánimo la guerra de las Malvinas ha sorprendido también a todos. Los muertos ya no son de tercera: son los de dos naciones consideradas cultas y civilizadas, inscritas en nuestro órden de vida (aunque el orden de vida de Argentina haya sido secuestrado por sus propios generales). Una gran parte de la izquierda, sobre todo de la izquierda organizada



en partidos –en España el comunista y el socialista, unidos curiosamente en el mismo empeño que el partido gubernamental, Alianza Popular y la extrema derecha golpista– ha reverdecido sus viejos temas de lucha: el colonialismo, el imperialismo británico había vuelto al ataque. Una nación del Tercer Mundo volvía a ser agredida. Para más señales, los países progresistas del mundo –la URSS, Cuba, Nicaragua– aunque pudieran ser vituperados por otros excesos, señalaban claramente la dirección a seguir. Y los Estados Unidos apostaban el colonialismo y, por lo tanto, el predominio sobre Latinoamérica. Parecía suficiente.

Para otros, en cambio, no lo era. Otros veían en las Malvinas una tierra en la que vivían dos mil personas dentro de un régimen democrático en el que consentían, y al que preferían. Si trabajan por cuenta de una gran compañía capitalista, eso no les distinguía de los habitantes de París, Madrid o Nueva York, que más o menos se encuentran en las mismas condiciones. No podían desprenderse, por mucho que hicieran, de la visión más clara de quienes habían provocado la guerra: una Junta Militar que ha presidido varios millares de muertes, de desapariciones, que ha mantenido prisiones, torturas; que ha lanzado al exilio miles de personas de la inteligencia del país, y que ha arrollado todas las libertades públicas. Con los dictadores de la Argentina no había ninguna duda para la izquierda hasta el 2 de abril: eran absolutamente vituperables. A partir del 2 de abril algunos creyeron posible cambiar de posición: como les decían que lo estaba haciendo el propio pueblo argentino. Pero muchos otros supieron que era una forma más del fascismo, que la invasión de las Malvinas tenía el mismo sentido que un golpe de estado. Las proclamas de la derecha y la extrema derecha no dejaban lugar a dudas de lo que estaba sucediendo; el apoyo a la Argentina era sobre todo un apoyo a un régimen militar, a una negación de la democracia. Se traducía, como todo en España, a una metáfora interior. Puede pensarse, después de todo pasado, que si los náufragos hubieran sido los ingleses y los vencedores los dictadores argentinos, algunas cosas podrían no ser las mismas en España, y algunas actitudes se habrían cambiado. Algo debemos, aquí, a los soldados ingleses y hasta a la mismísima señora Thatcher.

La izquierda sacrificial

Naturalmente, las cosas no son tan sencillas como quedan anotadas. Se habla de dos grupos de la izquierda con demasiada facilidad: en realidad, el efecto de todas estas guerras, y muy especialmente la de las Malvinas, es mucho más demoledor. Las divisiones pueden hacerse no sólo dentro de una izquierda, dentro de un partido; sino dentro de las personas mismas, de los individuos. Hace ya muchos años que la izquierda está perpleja, y no sabe salir de su perplejidad. Todo lo que está sucediendo en el mundo y en el país la fragmenta, la escinde, tira de ella en dos o más sentidos. Nutrida de sentimientos, dudas, análisis, arrastres históricos, viejos reflejos, metáforas, apenas sabe en qué pensar ni cómo pensar. La derecha apenas sufre ese mal. El pensamiento no es su primera necesidad; lo es la fuerza, y todavía la tiene. A la hora de tomar partido, lo toma sin equivocarse nunca por aquello que más la pueda convenir en su situación actual y en sus necesidades actuales. La izquierda es sacrificial, masoquista y librepensadora. Es su grandeza y es también, su pérdida desde el momento en que, cargada con todo esto, no sabe qué actitud tomar.

Es evidente que la victoria inglesa sirve para probar que hay que enfrentarse directa y claramente con la agresión, y muy claramente con una agresión fascista. Pero también le parece evidente que no tiene por qué estar junto a los Estados Unidos, junto a Reagan, junto a la OTAN. Es evidente que hay que enfrentarse con cualquier forma de colonialismo: lo ha hecho siempre, en el último medio siglo –Indochina, Argelia, Vietnam, Corea...– pero no es tan evidente que las Malvinas sean un país colonizado, y que la herencia del colonialismo español esgrimida por la Argentina tenga más validez que la herencia del colonialismo inglés mantenida por Gran Bretaña.

El más allá del Tercer Mundo

Hay, todavía, un Más Allá. Es aquel por el cual pueden unirse las tres guerras como un enfrentamiento del mundo subdesarrollado, del mundo

del hambre y de la miseria y la opresión frente a los despiadados países ricos. Para considerarlo así hay que hacer una gran abstracción, un gran distanciamiento con respecto a los datos inmediatos. Hay que hablar en términos muy generales: de las razones del mundo islámico para recuperar su identidad perdida y maltrecha, de las de Latinoamérica para conquistar una independencia real. Pero para ello hay que colocarse muy por encima de la situación inmediata: del régimen argentino, de los desmanes de Jomeini, de la ferocidad de Beguín, la manipulación y la dictadura de Sadm Hussein, de las irregularidades del Líbano. Por encima de la ducha entre los jeques y sus pueblos, o de los dictadores latinoamericanos y los suyos. La idea de que todo movimiento procedente del tercer mundo es justo y razonable es muy difícil de mantener. Si por algunas razones se excluye el terrorismo, por otras hay que excluir la agresión fascista.

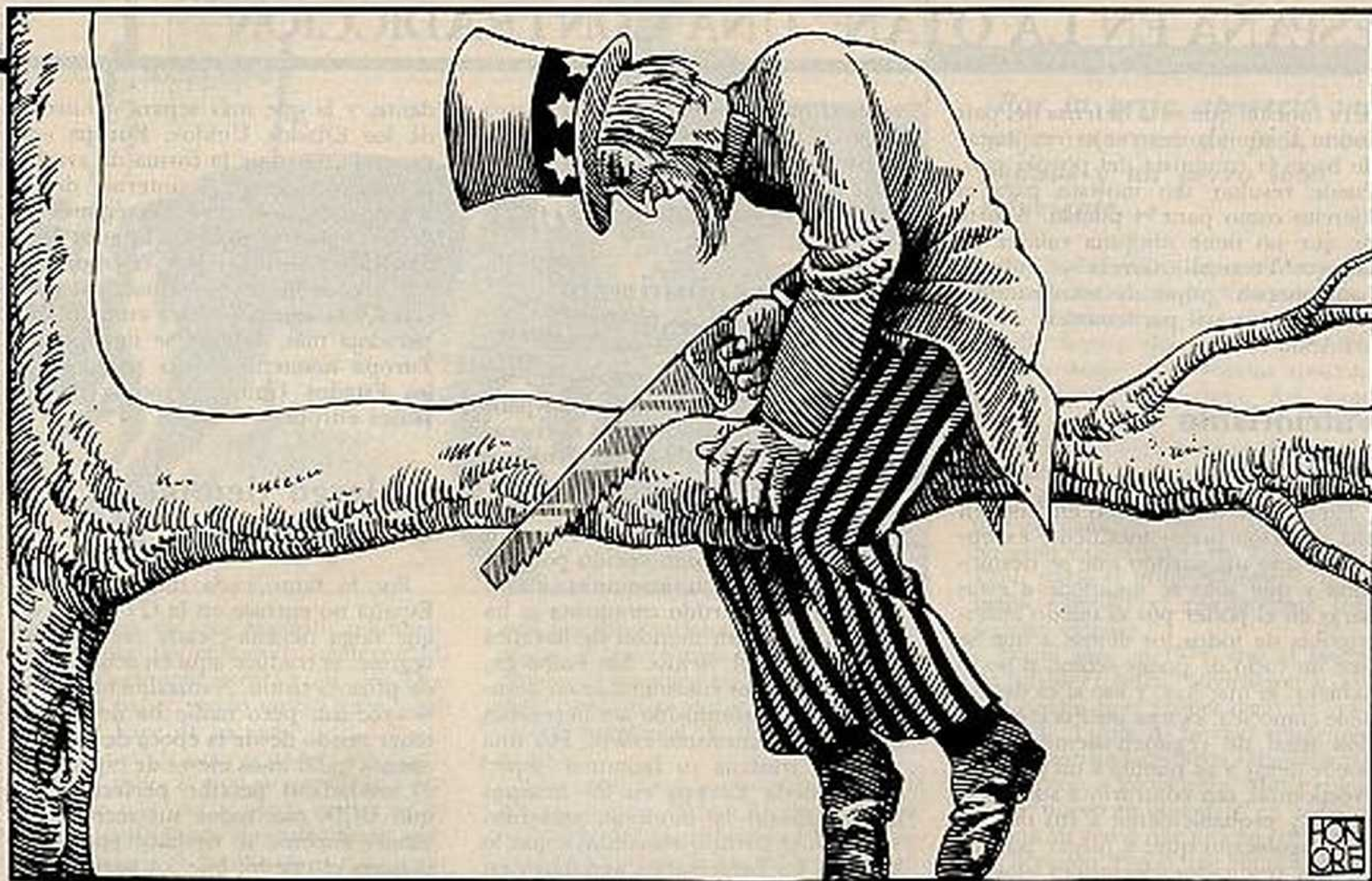
La caída de las Malvinas y el efecto desmoronador que esto ha producido sobre la Junta Militar argentina vuelven a dar un sentido a lo que en un principio se calificó como guerra estúpida. Hay pocas dudas de que la utilización patriótica del tema de las Malvinas no es más que una trampa de la Junta Militar. Todo el que tenga todavía recuerdos –los nuevos tiempos tratan de borrar los antiguos– sabe perfectamente cómo el fascismo español utilizó el tema de la exclusión de las Naciones Unidas o de Gibraltar para cimentarse a sí misma. Es el mismo esquema el que puede aplicarse en esta ocasión. Sólo que Franco fue siempre mucho más prudente, y le tenía un miedo pavoroso al extranjero –se lo tuvo cuando el extranjero eran Italia y Alemania y cuando fueron los Estados Unidos– y no trataba de llevar la exaltación patriótica a un punto sin regreso. Galtieri no aprendió la lección. Galtieri es tan mal político como mal militar: sólo ha podido gobernar al país, como sus inmediatos antecesores, por el terror y la muerte; sólo ha podido intentar hacerle trascender mediante un golpe de mano. Nunca supo calcular la fuerza del enemigo que provocaba. Podría decirse que no lo supo del todo hasta que tuvo en sus manos el mensaje del general Menéndez comunicándole que no podía resistir más. Y, naturalmente, lo de «hasta la muerte» no es felizmente más que una frase retórica.

Lo que Galtieri parecía estar provocando –y sus compañeros de Junta y de Ejército aunque le eligiesen a él sólo y a su nombre para que cargase con la culpa y tratar ellos de seguir ejerciendo el poder– era una especie de respuesta latinoamericana de carácter fascista, o, dicho con algún eufemismo, populista. Era un cálculo genuinamente estúpido, como todo lo que ha provocado esta situación: el de unos regímenes fundamentalmente anticomunistas y al mismo tiempo con un cierto sabor de reivindicaciones populares y nacionalistas pudieran encontrar un apoyo amplio en Estados Unidos. Serían una alternativa a las «otras revoluciones» –Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Cuba–; podrían desbancarlas. Galtieri no ocultó nunca en sus proclamas el asombro que le provocó la reacción de Estados Unidos al ponerse al lado de Gran Bretaña. No fue capaz de ver que lo que estaba inventando lo había inventado ya Perú y no había funcionado; y que lo que los Estados Unidos prefieren es, claramente ninguna revolución. Si el ejemplo argentino hubiera cundido, un sobresalto de reivindicaciones nacionalistas de todo tipo habría estremecido al continente. La prontitud con que Nicaragua y Cuba, y desde luego la Unión Soviética, corrieron a apoyar las reivindicaciones argentinas y su acto militar mostraron en seguida al verdadero fondo de la situación. Completado con la prudencia de las otras naciones del Continente, con la equívoca declaración de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los países «no alineados» en La Habana, muchos de los cuales negaron su apoyo a la Argentina.

Los que ganan

Parece que los dos vencedores claros de este episodio son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Reagan se precipitó sobre el tema para mostrar su atlantismo, su fidelidad a la OTAN, su aspiración a ser primo de la reina: eran las vísperas de su viaje a Europa, y su postura le sirvió de alfombra roja al pie del avión presidencial (aunque, finalmente, se encontrase con las reticencias de siempre). La pérdida de imagen ante los países latinoamericanos le importaba menos: sabe de sobra que la tiene mala en los pueblos, y que los dirigentes no van a cambiar su alianza de la que reciben, entre otros beneficios, el de permanecer en el poder. Y la Unión Soviética, a su vez, volvía a erguirse como defensora de los países subdesarrollados, como enemiga del colonialismo y el imperialismo: volvía a renovar su antigua oferta que nunca ha cumplido enteramente de luchar al lado de los parias de esta tierra. ■ **E.H.T.**

La entrada de España en la OTAN se ha producido en uno de los momentos menos oportunos: por la situación del mundo al que se incorpora oficialmente nuestro país, y por la situación interna. Coincide con una elevación de la tensión mundial y con unas guerras en marcha; cualquier analista internacional sabe que estamos más cerca de la guerra mundial que antes (lo cual no quiere decir que sea inevitable, ni mucho menos) y con la correspondiente ofensiva contraria, la del pacifismo. Algunos estrategas indican que la entrada de España ayuda a resolver un cierto problema de desarme: Reagan estaría más dispuesto que antes a tratar con Brejnev de la supresión de los «euromisiles» que tanto preocupan a la URSS y que los países europeos en que estarían instalados miran con mucho recelo en vista de que la «plataforma española», en una retaguardia de las fronteras que se consideran en principio como línea de frente en caso de una guerra, podría albergar un armamento mayor y una capacidad de respuesta inmediata. No es una opinión tranquilizadora. La idea de que España aumente su personalidad guerrera y armamentista para que las otras naciones de Europa pueden reducir sus riesgos es más bien repugnante: por lo menos, desde un punto de vista español. La inoportunidad de la entrada en la OTAN se subraya, también, por la naturaleza de las guerra que se combatían en ese momento, y que en ningún caso han llegado a un final resolutorio, sino que plantean una serie creciente de problemas, dificulta también la política exterior española. Esta política exterior se viene elaborando, desde los primeros tiempos del franquismo y sin mingún cambio hasta ahora –más bien todo lo contrario– sobre la amistad de España con dos bloques de países: los latinoamericanos por una parte, los árabes por otro. España ha entrado en la OTAN cuando ésta, al enfrentarse con Argentina y apoyar a Gran Bretaña, marcaba una posición contundente y clara que España no podía seguir; y cuando la agresión de Israel al Líbano, sostenida y defendida por la cabeza de Occidente, significaba un nuevo alejamiento del mundo islámico y de los países árabes. Calvo-Sotelo trató, en la sesión solemne en que España se incorporaba, de convertir en útil la situación embarazosa de España, al decir que en estos casos nuestro país, desde dentro de la OTAN, podría servir de mediador. Ese servicio podría haber sido realmente



ESPAÑA EN LA OTAN: UNA CONTRADICCION

JUAN ALDEBARAN

planteado desde fuera, y no desde dentro de una organización militar que tiene sus planes y sus opciones perfectamenre claras. Y aun así, España no tiene ahora la calidad ni la fuerza pare mediar en conflictos donde otros mediadores no han conseguido nada a pesar de sus altas representaciones internacionales.

Ruptura de neutralidad

La situación nacional tampoco parece propicia para este paso decisivo, que supone nada menos que romper una tradición de neutralidad que se ha mantenido en las dos grandes guerras europeas; en la primera bajo los gobiernos de Alfonso XIII y en la segunda bajo los de Franco. Es una situación endeble. El presidente del Gobierno se ha mostrado muy ufano de haber conseguido lo que prometió hace año y medio, como si fuese una cuestión personal. Calvo-Sotelo llegó al poder al día siguiente de un golpe de Estado que no había sido enteramente liquidado, sino solamente reconocido y sigue en él cuando las sentencias por ese mismo golpe le han parecido a él mismo tan poco concluyentes que unos minutos después de ser anunciadas las descalificaba ya y anunciaba el recurso ante el Supremo, cometiendo incluso el error político y jurídico de decir al mismo tiempo que no conocía su texto. Se sabe que poco después ha habido incidentes en el Consejo Supremo de Justicia Militar, y una carta de los defensores al Rey, y un cierto malestar entre muchas personas del estamento militar y civiles afines. Lo que se quiere decir con todo esto es que el Gobierno presidido por Calvo-Sotelo ha gobernado durante un tiempo que puede calificarse de psicológicamente excepcional –aunque no constitucional ni jurídicamente– en el que toda la política ha estado como sonada por aquel golpe y sus consecuencias. No es ajeno a todo ello –sino más bien consecuencia– que el propio partido de gobierno esté moral y materialmente desecho: roto por dento, y cada vez más insignificante por fuera. No es tampoco ajeno que el partido más a la derecha de las Cortes –el de Fraga Iribarne– haya recuperado posiciones; que el socialista se haya vuelto de una prudencia extrema y que el comunista esté estallando por todas partes. Las defensas verbales, las tergiversaciones lingüísticas en que se apoya la política española desde hace muchos años –y en todos los partidos– apenas tienen ya validez ante una situación real y una decisiva incredulidad del elector y del ciudadano en general. No es posible articular la cuestión de la entrada en la OTAN sobre dos medidas diferentes: una, ofrecérselo al Ejército para que canalice por esa vía su profesionalidad, su vocación política anticomunista, su abrazo de los más antiguos valores occidentales; otra, ofrecérselo al país como una manera de «entretener» al Ejército, de desviarlo hacia su verda-

dera función que es la defensa del país frente al enemigo extranjero en lugar de hacia la conquista del propio país. Puede resultar tan molesto para el Ejército como para el pueblo. Aparte de que no tiene ninguna validez de seguro: Portugal, Grecia y Turquía han conocido golpes de estado militares durante su permanencia en la OTAN.

Patriotismo y pacifismo

Parece que un gobierno endeble en una situación psicológicamente excepcional, que un partido que se desmorona y que sólo se mantiene a estas horas en el poder por el miedo indescriptible de todos los demás a que se cree un vacío de poder –como si no lo hubiera: lo que hay, y eso sí es defendible como sea, es una institucionalización legal de régimen democrático– puede llevar a su pueblo a un paso tan excepcional, tan contrario a sus tradiciones y probablemente a sus deseos. Es un gobierno que, a juzgar por los últimos resultados electorales –los de Andalucía– y por las encuestas de opinión pública no es ya representativo de una mayoría de opinión: lo fue, y no lo es. El país ha cambiado.

Pero Calvo-Sotelo puede tener una cierta razón al mostrar que no hay una oposición válida: ni en el Parlamento ni en la calle. En los otros países europeos el pacifismo es una manifestación ya casi continua: ha alcanzado a Nueva York. Hay una decisión muy clara en los pueblos de Occidente en que se reduzcan como sea los riesgos de guerra y la política de rearme. El propio Reagan lo ha comprobado durante su reciente viaje por Europa. Esta presión popular tiene el efecto inmediato de hacer reflexionar a gobernantes y a políticos que dependen de unas elecciones libres y abiertas. En España no ha existido nada de eso. Las manifestaciones contra la OTAN han sido escasas, desnutridas, y muy poco representativas; los movimientos pacifistas estan muy circunscritos. Hay que pensar que todo ello se debe, precisamente, a la percepción por el ciudadano de la existencia de esta situación de excepción psicológica, a esa falta de fe en la fuerza de sus partidos y de sus sindicatos. El tema de la OTAN, como el del pacifismo, han sido presentados como se hacía muchos años atrás, en tiempos de la guerra fría, y en tiempos del senador McCarthy cazando brujas desde el Senado de los Estados Unidos: como una cuestión provocada por el «oro de Moscú», como movimientos criptocomunistas o de «compañeros de viaje». Es decir, con la argucia de explicar que el patriotismo está dentro de la OTAN y de una preparación de la guerra, y el antipatriotismo –al servicio del enemigo– en la petición de paz y de neutralidad.

Un anticomunismo sin comunistas

Debían ser movimientos que no tuvieran cabida mental en nuestro país. Entre otras razones porque el comunismo ha hecho la última maniobra contra sus enemigos tradicionales simplemente desapareciendo como partido, como movimiento, como opción revolucionaria y como opción política. Es muy difícil ser anticomunista en un país donde el partido comunista se ha convertido en un montón de harapos agitados por el viento. Sin embargo, hay un empeño considerable en mantener el anticomunismo sin necesidad de que el comunismo exista. Por una parte se traslada su fantasma –aquel que recorría Europa en los tiempos del manifiesto– al modesto, pudoroso y tranquilo partido socialista, como lo hicieron los empresarios andaluces en su famosa campaña. Por otra, se sigue esgrimiendo la acusación de «Rusia es culpable» que pronunció Serrano Súñer en los grandes tiempos de la guerra mundial: culpable del aplastamiento de Polonia, culpable del aplastamiento de Afganistán y culpable de perpetrar otro tipo de agresiones. Entre otras, la de preparar una tremenda guerra contra el mundo. La descripción, por ejemplo, de los ensayos atómicos soviéticos que hizo el 19 de junio el Departamento de Estado, y las continuas alusiones al rearme soviético que hace Reagan, tienden sobre todo a recuperar la imagen soviética como enemigo vivo. No es una realidad absoluta. Si el comunismo desaparece en España, si se atenúa cada vez más en otros países, es precisamente por la noción de que la URSS está en el período más grave de su historia: ha perdido su capacidad de ilustrar a nadie, y parece, sin necesidad de exageración por parte de la propaganda contraria, como un país caduco, envejecido, con una población mal resignada. Cuando Reagan eleva sus ataques y sus preparativos no es, precisamente y como él dice, porque la URSS sea una potencia cada vez más arrogante y cada vez más fuerte, sino porque es cada vez más débil, menos extendida, menos fuerte ideológicamente. Eso sí, su armamento es considerable, y existe la posibilidad de que una situación excepcional de cerco, en un caso de vida o muerte, llegue a emplearlo. Esta es la idea básica que más se discute en el mundo de Occidente, y la que más separa a Europa de los Estados Unidos: Europa –en general– cree que la forma de ayudar al desmoronamiento interno de la URSS y de su cambio de régimen es dejarla agotarse sola; los Estados Unidos –Reagan– que, por el contrario, hay que estimular esa situación con el cerco y la amenaza. Para cumplir una paradoja más, España se incorpora a Europa manteniendo la posición de los Estados Unidos y no la de los países europeos.

El largo tiempo del miedo

Por lo tanto cada intento de que España no entrase en la OTAN –o de que salga de ella–, cada rechazo del rearme, se traduce aquí en acusaciones de prosovietismo. Naturalmente nadie lo cree así; pero nadie ha dejado de tener miedo desde la época de Franco; apenas hubo unos meses de esperanza. El ciudadano percibe perfectamente que UCD, con todos sus secretos de estado encima, se deshace porque la domina el miedo; que los partidos de la izquierda la apuntalan, la sostienen y procuran evitar como pueden ganar unas elecciones anticipadas, porque también tienen miedo. Tiene miedo una gran parte de la Prensa escrita; y de las radios y de la televisión. Cuando el ciudadano, que tiene una finísima sensibilidad para percibir situaciones de las que puede ser la primera víctima, siente ese miedo, actúa en consecuencia; lo recibe, lo comparte. Es un círculo vicioso. Los partidos que tienen miedo se lo contagian al ciudadano; el miedo del ciudadano regresa a los partidos, que se ven privados de las fuerzas de las masas. Y todo se paraliza. El círculo se completa con la natural arrogancia de quienes utilizan ese miedo, y lo aumentan y lo acrecientan, y se inventan más espectros de los que hay para conseguir esa reacción.

Así hemos entrado en la OTAN. Debería dar más miedo que nada esa adscripción a un organismo preparado para una guerra mundial, a ese servicio de plataforma en la retaguardia, que cualquier otra consecuencia. Pero se tiene siempre más miedo a lo próximo que a lo lejano. Sobre todo porque una guerra civil parece mucho más improbable que una situación a la turca, a la argentina, a la chilena o a la polaca. Y así se ha aceptado la LOAPA, la LAU –o sus sucedáneos–, y así se aceptarán los presupuestos del Estado. En este pacto de silencio y resignación. Esperando tiempos mejores, pero con ninguna actividad posible para conquistarlos. ■ J. A.

UIT ESPAGNOLE

TIEMPO de HISTORIA

ULTIMO NUMERO

Director:
EDUARDO
HARO TECGLEN

AÑO VIII
NUMS. 92-93
250 PESETAS

ASI FUE LA POSGUERRA

«Toda posguerra mal tratada y regulada puede convertirse en una preguerra. Ese sería nuestro destino si no nos prestásemos a reflexiones más profundas, más actuales. Mostrar cómo fue la larga posguerra de España –propósito de este número– puede hacernos, tal vez, un poco más fuertes y más vivos en el trabajo de cerrar definitivamente las posguerras y comenzar la paz.»

ASI FUE LA POSGUERRA

Andaluza

COLABORAN EN ESTE NUMERO, CORRESPONDIENTE A LOS MESES DE JULIO-AGOSTO

CAMILO JOSE CELA
MIGUEL DELIBES
F. FERNAN GOMEZ
DIEGO GALAN
EDUARDO DE GUZMAN
JUAN HERMANOS
FERNANDO LARA
ADOLFO MARSILLACH
RICARDO MUÑOZ SUAY
TERESA PAMIES
LUIS ROMERO
MIGUEL SALABERT
CARLOS SAMPELAYO
JEAN-PAUL SARTRE
E. TIERNO GALVAN
FRANCISCO UMBRAL



«El resultado de una guerra nuclear no serían millones de muertos, sino la aniquilación de la especie humana.» En la fotografía, el **hongo de la bomba de Hiroshima.**

SONABA LA SIRENA

ARIEL DORFMAN

SONABA la sirena, y nosotros teníamos que escondernos. La profesora cerraba su libro con lo que ahora supongo era palidez, y en una voz susurrada y sin estridencias, nos decía: –Debajo de los escritorios, niños–. Como hablando en un funeral. Y nosotros, de rodillas, de rodillas con la cabeza entre las piernas.

Era el invierno de 1951, yo tenía ocho años, y vivíamos en Nueva York.

Un ejercicio solitario aquel, lleno de presagios. Estaba prohibido mirar al vecino o hacer comentarios. Las risas se iban sofocando de a poco. A uno se le olvidaba, incluso, la opción –no demasiado obsesiva a esa edad, me imagino– de vislumbrarle la punta de los calzones a alguna compañerita esquiva. Nos habían dicho que era un simulacro, que alguien nos quería matar desde el cielo, que no había nada que temer. Pero entonces, ¿por qué y para qué nos estábamos preparando?

Yo no sabía nada de armas nucleares. Vagamente, que el hombre tenía la capacidad de devastar regiones enteras, y que dos nombres de ciudades japonesas aparecían en las misteriosas conversaciones de los adultos con el tono que se reserva para el demonio o quizá Dios. No sabía de los efectos radiactivos, de la contaminación atmosférica, del plutonio o el uranio, del proceso de fusión y fisión del átomo. No sabía que, seis años antes, el 16 de julio de 1945, Robert Oppenheimer, uno de los sabios que ayudó a fabricar la bomba, al contemplar su primera explosión en el desierto de Nuevo México, había recordado las palabras hindúes de Vishnu: «Me he convertido en la Muerte, aquel que deshace mundos.» No sabía nada de esto. Y, sin embargo, en alguna zona, sí lo sabía. Mis ojos estaban cerrados entre mis manos, mis oídos no escuchaban una palabra o un chiste de mis amigos. La indefinición de la amenaza, junto con su enormidad, era aterradora. El silencio se había tragado el mundo. Si ese silencio seguía, podía tragarse para siempre el mundo.

Pero tales anticipaciones de la extinción no tienen derecho a persistir a la luz del sol. Cuando la sirena se acallaba, y volvían los patios y las pelotas, los árboles y los calzones de las niñas, desaparecía también el miedo. Se dejaba de lado, convenientemente, hasta la próxima emergencia.

Después, unos años más tarde, esas pesadillas se me desdibujaron. Retornamos a América Latina, donde los fenómenos nucleares siguieron sin interesarme mayormente. Para explicarme tal indiferencia, si es que me lo llegué a preguntar, me sirvió la mudanza geográfica. Si había sido lejana e incontrolable esa situación para un niño en Nueva York, para un adolescente en Chile resultaba directamente irreal, casi inexistente. Una parte de mi mente iba aprendiendo que la humanidad había descubierto una fórmula que permitía utilizar, para el bien y para el mal, toda la energía encerrada en la masa del universo. No quise admitir que la ciencia había desnudado leyes físicas que podían desencadenar todas las muertes la muerte sin que el hombre hubiera diseñado simultáneamente un sistema global de convivencia que hiciera imposible la guerra de todas las guerras. Rechazaba, supongo, contemplar el abismo que existe entre la capacidad tecnológica para destruir y la capacidad humana, social, para controlar esa omnipotencia. Por otra parte, no me quedaba más alternativa que conjeturar que los estadistas de los países que poseían armas atómicas eran seres responsables, y que jamás serían lanzadas, pese a las predicciones del doctor Strangelovex o las instituciones de un universo sin palabras o gestos como el de Beckett. Como un holocausto era impensable, alguien adentro mío había decidido, muy simplemente, que era necesario dejar de pensarlo.

No recuerdo, en todo caso, que mi apatía me pareciera anormal o molesta. Es probable que la hubiera atribuido a la distancia, mi doble distancia, del centro de operaciones. Por una parte, me sentía absuelto por el sencillo hecho de que no había nada que yo pudiera hacer. Por la otra, si tales maniobras apocalípticas llegaran a producirse, me quedaba el sombrío y fúnebre consuelo de que su sitio era otro: un lugar donde los niños se escondían en posición fetal, las profesoras cerraban los libros con brusquedad, las radios enmudecían con falsas alarmas, un lugar donde las sirenas eran más frecuentes que los pájaros. En alguna zona cero de mi cabeza, sin duda una vocecita triste se decía que

el remoto Norte había monopolizado el poder y los recursos tecnológicos. Ahora, que monopolizara sus frutos.

Pero dudo de que le haya otorgado a tales meditaciones melancólicas más de unos instantes, antes de pasar a otras urgencias. Era algo que no me concernía.

Ahora, sin embargo, de vuelta en los EE. UU., me he dado cuenta de que mi indiferencia no era, primariamente, un producto de mi lejanía, de mi sumergimiento en el Tercer Mundo. Me queda claro que, durante las últimas décadas, los habitantes de su inconmovible mayoría, continuaron tejiendo su vida cotidiana como si la teoría de la relatividad de Einstein no contuviera la receta que permite exterminar hasta el último ser que respira en esta tierra.

De repente, sin embargo, en los últimos meses, todo ha cambiado. La Administración Reagan, que ha hablado de la posibilidad de ganar una guerra nuclear limitada, que busca una superioridad estratégica sobre la URSS, que ha disminuido los gastos sociales mientras aumenta el presupuesto militar, ha sembrado en su el mundo) hicieran algo similar. No obstante lo cual, los obispos católicos de esas urbes anunciaron su oposición a la fabricación de tales artefactos: uno retendrá la mitad de sus impuestos en protesta, el otro pidió a los trabajadores que renunciaran a ese tipo de labor para buscar algo más pacífico. Todas las profesiones exhiben este tipo de activismo, siendo los médicos los más categóricos y estrepitosos. Muchos de ellos recorren el país, explicitando los agrios pormenores que esas explosiones ocasionarían, y rechazando la idea de prepararse



«En Hiroshima, el número de víctimas se estimó en más de 7.000 muertos y 10.000 heridos graves, hoy en día todavía sigue muriendo gente a consecuencia la bomba. Más del 70 por ciento de los edificios quedaron arrasados, como muestra la foto.

este país que puede recibir o desencadenar la exterminación, me queda claro que tampoco ellos le habían dado importancia al asunto. Ellos también se levantaron del suelo, dejaron atrás los escritorios y la profesora pálida y lograron enterrar en los subterráneos de su mente la eventualidad de una guerra nuclear. Se sentirían tan ajenos al fenómeno y su control, como los ciudadanos de tantos países miserables y marginales se sienten frente a las catástrofes del hambre, del desempleo, de las dictaduras. Aunque hubo un breve intervalo en que la crisis de los misiles de Cuba y la revelación de los efectos a largo plazo de la radioactividad, estimularon un movimiento significativo de la opinión pública, aquello duró poco tiempo, y no alteró –aparentemente– los hábitos de los estadounidenses. En propio pueblo las semillas de una reacción que, esta vez, no parece ser transitoria. Es difícil describir la amplitud de la agitación que hoy existe acá en torno al dilema nuclear. No se trata tan sólo de una movilización visible, de cúpulas, senadores y representantes que piden congelar –¿y luego reducir?– la producción de armas mortales. Garret Park, un pequeño pueblo a dos kilómetros de mi casa en Maryland, acaba de declararse «una zona libre de lo nuclear». No se podrán, proclamaron sus mil residentes, producir, transportar, montar, estar armas. Una decisión ante todo simbólica. No es imaginable que ciudades como Seattle (que vive de la industria Boeing) o Amarillo (el lugar en Texas donde se ensamblan todos los componentes nucleares para después dispersarlos por el continente y para atender a las víctimas. Maratones de diverso tipo se organizan: corredores por la paz, niños que pintan contra la guerra, poetas que leen durante varias jornadas sus obras, seminarios interminables. Cada día son más los que se incorporan a una de las organizaciones, multipartidarias, multirraciales, que florecen. Una amiga que trabaja en una coordinadora de estos movimientos dice que el teléfono suena incesantemente, hasta el punto de que van a tener que emplear más personas solamente para responder a los miles y miles de llamadas de todo el país.

Los ejemplos podrían multiplicarse.

Pero lo que importa, lo que indica que no se trata de un tema que está de moda hoy y que mañana volverá a olvidarse, es el cambio de clima. Lo que se está modificando, profunda-



SONABA LA SIRENA

mente, es el modo en que las personas sienten y piensan el fenómeno.

Tal vez, por eso, entre todas las manifestaciones, la que ha causado mayor impacto intelectual es el extraordinario libro de Jonathan Schell, *The Fate of the Earth (El Destino de la Tierra)*, que acaba de sacar Alfred A. Knopf en Nueva York, y que ya ha agotado sus primeras ediciones, vendiendo centenares de miles de ejemplares. Schell, que venía trabajando el tema hacía cinco años, postula que los efectos de una guerra nuclear no pueden predecirse en forma estadística y normal; el resultado no sería millones de muertos y heridos, sino que la aniquilación de la especie humana y, con toda probabilidad, de todos los seres vivos, dejando –si el planeta tiene suerte– una «república de insectos y pasto». Estas formas de vida, por cierto, son las más tenaces, las menos vulnerables. Para que el lector pueda concebir, hacer suyo, esa conclusión, Schell explora, con pesadumbre, con asfixia, con seca alucinación, toda la metódica gama del dilema nuclear.

Comienza, justamente, por enfrentar la pregunta que yo nunca me hice, que dejé abandonada debajo del escritorio cuando salí a gozar del sol de la niñez, la pregunta que nadie se quiere hacer: ¿Cómo es posible que podamos dejar el futuro de nuestros hijos, y del planeta, las decisiones más importantes de nuestra historia, en otras manos?

Según Schell, que así sea puede resultar inverosímil y delirante, pero es también comprensible. No se trata tan sólo de que una muerte de esas proporciones nos transforma simultáneamente en víctimas y verdugos, en suicidas, de que el precipicio nunca ha sido un concepto cómodo. No se trata tan sólo de que tendríamos que cambiar toda nuestra mentalidad si nos creyéramos verdaderamente capaces de desatar una matanza –en nombre de qué ideales superiores, en nombre de qué valores– de la humanidad entera.

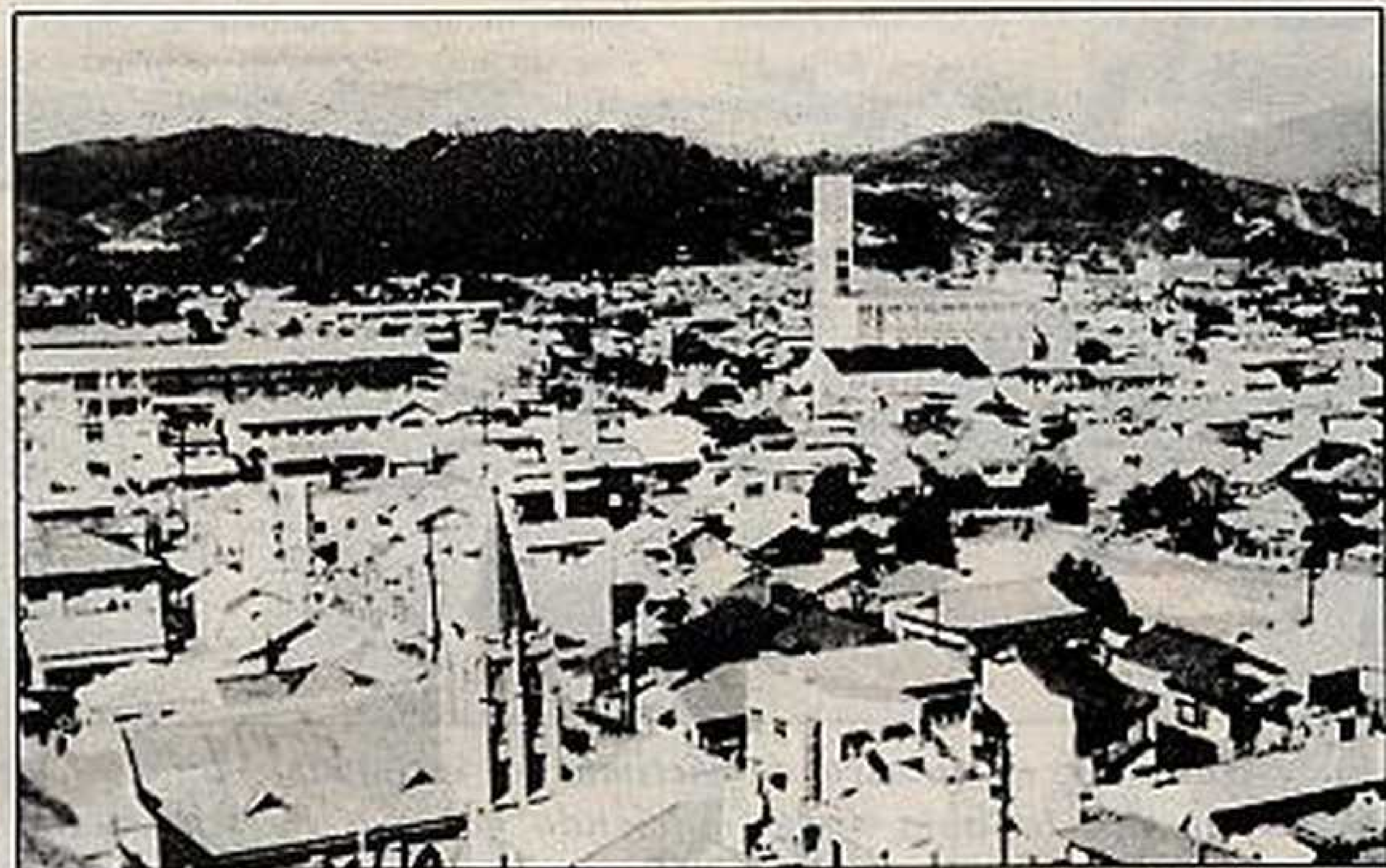
Se trata según Schell, de una incapacidad que encuentra su origen en la estructura misma del fenómeno nuclear, la normalidad aparente de la vida como ahora existe, la ruptura súbita que podría sobrevenir.

La brecha que existe ante la inmensidad de la energía del universo y la insignificancia del botón que puede desamarrarla, se reproduce en el terreno del conocimiento. Somos incapaces, casi todos, de penetrar las leyes científicas que conducen a tales resultados. Colocar en términos tangibles la dimensión invisible, por interior y mínima, del átomo, o invisible por exterior y colosal, de un holocausto, es una tarea ardua. Tanto las causas como las consecuencias son, inimaginables. Como con el fascismo, lo que existe es el presente atrozmente habitual y tranquilo.

Una guerra nuclear supera, además, las formulaciones convencionales. Hiroshima y Nagasaki, los únicos casos reales de que disponemos, pueden ser cuantificados: basta multiplicar todo lo peor que conocíamos antes. Pero una multiplicación de Hiroshimas (una bomba de 20 megatones equivale a 1.500 Hiroshimas) no nos ayuda a evocar lo que sería un cataclismo nuclear. Para empezar, porque en el caso de una guerra total contemporánea, a diferencia de las ciudades japonesas, no existiría «afuera», un lugar desde donde podría llegar socorro. Huir de una región sería huir hacia otra región igualmente devastada. ¿Y cómo concebir la vida sin la ozona, la capa atmosférica que nos protege de la luz ultravioleta, y cuya aparición lenta en nuestro planeta fue lo que permitió a los organismos vivos desarrollarse?

No es raro, entonces, que el mismo Schell constantemente dude de sus esfuerzos por describir la situación. No hay experiencia de aquello, no hay memoria, no hay términos de comparación. Hiroshima ya está en el límite de lo increíble.

Esta dificultad para narrar un desastre nuclear no es, entonces, sólo una autodefensa de parte de sus posibles víctimas. La distancia entre el mundo actual y el súbito mundo del apocalipsis es, de hecho, intransitable en la imaginación. Necesitaríamos –ahora y después– ojos totales, absolutos, una perspectiva inhumana, para reflejarlo. Habría que proyectarse en un cadáver vivo, en una divinidad muerta, para ver lo que ningún sobreviviente tendrá ocasión de ver, lo que no cabe en ninguna mente.



Es esta incertidumbre lo que le brinda al volumen su extraña, horrible, irreal calidad. El infierno al que se nos invita a descender es uno muy especial. Porque no se trata de otro mundo, sino de la continuación fantasmagórica de éste. Como no es verificable lo que ha de suceder, cuántos pájaros quedarán ciegos, cómo se afectará la fotosíntesis de las plantas, de qué manera se caerán los dientes de los que subsisten en zonas alejadas, y después el pelo, y después la piel, como no se sabe a ciencia cierta qué modificaciones de clima habrán de ocurrir, con qué rapidez morirán los pinos y las mariposas, cuánto tiempo tardará en extinguirse nuestra madre, el paisaje termina siendo desolado y a la vez especulativo, obscenamente especulativo. Nada es empírico, pero todo puede suceder. El quizás, el quién sabe, el tal vez de que se habla,



Imágenes de Hiroshima, antes y después de que cayera la bomba: «El problema de lo nuclear estaría en una incapacidad que encuentra su origen en la aparente normalidad de la vida como ahora existe, la ruptura súbita que podría sobrevenir.»

no es un juego de espejos, sino que se refiere a nuestra supervivencia misma. Por eso, cualquier alternativa, por incalculable y drástica que sea, puede resultar una subestimación. Cada año, nos dice Schell, descubrimos algo peor que puede suceder. Examina con minuciosidad los círculos centrífugos de la destrucción, que se irán acumulando y sobreponiendo: la primera explosión, las bolas de fuego que convierten kilómetros enteros en crematorios, los vientos incinerantes, el sol a medianoche, la inaudible e impalpable radiación entrándonos a los pulmones. Hay quienes sugieren que hace falta estudiar la edad media para saber cómo vivir con autosuficiencia. Schell, con un lenguaje que agrega a la sensación de irrealidad, por ser técnico, preciso y elegante y aplicarse a todas esas muertes sucesivas y simultáneas, dice que no perdamos el tiempo. Lo dice como si estuviera exhibiendo, desapasionadamente, un experimento inexistente en un laboratorio demasiado existente. El hombre no sólo destruiría su sociedad, la historia que lo condujo hasta la subdivisión del átomo, sino que suprimiría también toda la cadena ecológica que nos sustenta y, con ello, la especie misma. Los otros animales, los océanos, la vegetación, la bioesfera. Nadie puede predecir qué ocurriría al desequilibrar los delicados acuerdos de la naturaleza. La tierra podría quedar arrasada y sin destino, un baldío radioactivo. Es, paradójicamente, como si la humanidad, habiendo llegado a este dominio de las fuerzas del universo, pudiera realizar ahora el camino inverso, involutivo, retornar al momento en que nada vivo existía sobre el planeta.

No es seguro esto, escribe Schell. No es seguro que lo que tardó billones de años en desarrollarse, pudiera extinguirse en un espasmo, en lo que dura prender una ampolleta.

Solamente es probable.

Es un riesgo, sin embargo cuya magnitud no podemos darnos el lujo de medir.

En una sección que a mí me pareció la más atrayente de todas, Schell medita acerca de la influencia que ejerce una eventual guerra nuclear en la conciencia de la segunda mitad del siglo XX. La mera posibilidad de tales acciones resulta un crimen contra el futuro y contra el pasado, contra todos los que no han nacido y jamás nacerán, contra todos los que han muerto y jamás serán recordados. Como yo acabo de terminar una novela en que un feto organiza una huelga contra los adultos en nombre de los que aún no han sido engendrados y en nombre también de los antepasados que han caído en el olvido, los argumentos de Schell me parecieron casi familiares, casi íntimos. Como él señala, todos tenemos que morir alguna vez. Esa primera muerte es lo más solitario y personal que existe, una experiencia irrepetible. El nacimiento, en cambio, es aquello que nos pertenece a todos, que es de toda la comunidad. Una guerra nuclear significaría la muerte de la humanidad, una segunda muerte que asesinaría, junto con el tiempo presente, todos los otros tiempos humanos.

Pero esta extinción –que fue prefigurada en la solución final hitleriana– ensombrece además nuestra vida contemporánea. Porque aunque el niñito aquel no sabía de qué se trataba la



SONABA LA SIRENA

amenaza, ese niño agachado debajo de su escritorio, aunque durante décadas casi no se hablaba del fenómeno, aunque era una situación abstracta e incomprensiva, que parecía no tocar ni alterar lo cotidiano, la normalidad era espúrea. Espúrea e indecente. Se abre una grieta, dice Schell, entre lo que sabemos y lo que sentimos. Esa grieta envenena todo, como un cáncer, como la radiación misma. «Colocamos nuestros quehaceres diarios en un compartimento de nuestras vidas, y la amenaza contra toda la vida en otro... Dentro de poco, la negación de la realidad se vuelve un hábito y la falta de respuesta y sensitividad se vuelve un modo de vida. La sociedad que ha aceptado su posible aniquilamiento encuentra luego que es difícil reaccionar contra males menores, porque una sociedad no puede al mismo tiempo estar despierta y dormida, sana e insana, contra la vida y a su favor.»

Aunque creo que Schell se equivoca al tratar de reducir toda la alienación contemporánea al dilema nuclear, su examen de las diversas formas en que este tipo de circunstancia afecta al norteamericano contemporáneo es altamente iluminador. Tiene la tendencia etnocéntrica, típica de su país, de suponer que la humanidad vive una crisis similar a la que asedia a su nación, de proyectar sobre los demás sus propios problemas. Pero no cabe duda de que su análisis de cómo todos los actos humanos quedan impregnados por el perverso peligro de la autodestrucción, coloca en una nueva luz una serie de hechos: el deterioro de las relaciones de la pareja, el arte de los happening, el imperio de la pornografía, el renacimiento del pensamiento conservador, la confianza en el propio placer como única medida mientras se desconfía de toda acción política, toda reforma social. Cuando el hombre es capaz de asesinar a todos sus semejantes, a convertir lugares como Auschwitz en la norma y no en la aberración, es su moralidad lo que se desintegra, su capacidad para ser vínculo entre los ancestros y los descendientes. Al contemplar la posibilidad de quedar sin historia, la humanidad asesina la esperanza y la memoria.

Esta situación crítica no es, además, pasajera ni desandable. Su irrevocabilidad depende de la existencia objetiva de la materia y de la estructura racional, igualmente permanente, de la raza. «Nunca más —dice Schell— habrá un momento en que la autoextinción no esté al alcance de nuestra especie.» Siendo así, siendo éste el único universo posible, siendo reconquistables sus leyes físicas, es ahora el momento para encontrar una solución. «Tenemos que aprender a vivir políticamente en el mundo en que ya vivíamos científicamente», es decir, hay que dar un salto «cuántico» en nuestra comprensión de la amenaza y en la respuesta ética de ella. Hay que ajustarse. Nuestros cuerpos no pueden habilitar el presente, mientras nuestro pensamiento funciona en la era prenuclear. Termina Schell abogando por cambios drásticos en las relaciones internacionales y en el modo mismo en que se han construido los estados nacionales, exigiendo que la supervivencia de la humanidad como tal se anteponga a cualquier otro interés.

Las proposiciones de Schell son, inevitablemente, vagas y utópicas. Incluso, la derecha norteamericana ridiculiza sus predicciones, aprovechando sus sugerencias prácticas. Pero sin poder yo mismo idear una solución adecuada al dilema, creo que Schell tiene razón al denunciar la profundidad de la crisis en que nos hallamos, la encrucijada definitiva a la que nos vamos aproximando. Tenemos la capacidad para destruirnos, pero no disponemos de los medios para evitar esa destrucción. Nuestra mente, nuestra imaginación, nuestras emociones, nuestros esfuerzos de organización social, no están a la altura de nuestra vocación para el suicidio colectivo.

Aunque el libro de Schell es una toma de conciencia de la gravedad de nuestro predicamento, y para mí resulta así una verdadera revelación, a mi juicio subestima las dificultades que habrá que superar para reapropiarnos de nuestro destino. El desea apelar a todos los hombres, a todas las clases, a todas las naciones. Y cuando pinta su cuadro de implicancias filosóficas y concretas, no analiza por lo tanto los intereses industriales, militares, políticos, que están detrás del armamentismo.

Tampoco conecta la falta de control que sentimos frente a las armas nucleares con el hecho previo, y generalizado de que los ciudadanos comunes y corrientes casi no ejercen control en ningún aspecto de sus vidas. Si la gente no participa democráticamente en sus barrios en sus comunidades, en sus sociedades, ¿cómo ha de decidir que los megatones dejen de fabricarse? Quienes no dominan su propio trabajo y su ocio, quienes no disponen del poder para escoger su empleo o educación, quienes se sienten indefensos ante la Policía y la Justicia, ¿cómo van a rebelarse contra la oculta, insensible dominación que establecen las autoridades sobre la vida de las futuras generaciones?

En la sociedad de masas, ni siquiera se controla el tipo de información que se recibe sobre estos aspectos.

Un ejemplo lo probará.

Hace ocho, nueve meses atrás, la NBC presentó un teleteatro en dos partes, *La Tercera Guerra Mundial*, en que se mostraba el modo en que podía suceder, de aquí a unos años, un holocausto. Con Rock Hudson como presidente de los EE. UU. (lo que no es tan extraño, en vista de que el actor Ronald Reagan es el real primer mandatario del país), se enfocaba el engranaje de agresiones y malos entendidos que podrían conducir a nuestra auto-eliminación. Pero el énfasis se ponía en los políticos y los militares, bienintencionados, pero torpes. Era un film fundamentalmente de guerra, sucediendo la mayoría de las maniobras en Alaska (donde los rusos supuestamente atacaban una refinería de petróleo). La población civil aparecía fugazmente al final, una serie de instantáneas a punto de ser icineradas, congeladas en un suave fuego atómico. La catástrofe era abstracta, remota, casi invisible.

Ahora *Lou Grant*, una de las teleseries más populares, ha comenzado a mostrar, desde la ficticia sala de Prensa de un periódico en Los Angeles, la forma en que una ciudad entera se prepara para una guerra nuclear. Es como si se colocara al hombre medio norteamericano, y por lo tanto al espectador, frente a los dilemas concretos que esa situación entrañaría, como si el guión siguiera al pie de la letra el libro de Schell. Por ejemplo, los planes multimillonarios para la defensa civil (evacuación de ciudadanos, facilidades de salud y alimentos, construcción de refugios anti-nucleares) se muestran como absurdos. Una adolescente que ha sufrido quemaduras en un accidente en la carretera, necesita terapia intensiva durante meses para poder sobrevivir.





«Cuando el hombre es capaz de asesinar a todos sus semejantes, de convertir lugares como Auschwitz en la norma y no en la aberración, es su moralidad la que se desintegra.» Dos imágenes de las víctimas en Nagasaki.

Se podría atender, en condiciones normales (con drogas, electricidad, enfermeras, baños especiales) a quince casos como el de ella. Y después de una sola explosión nuclear, ¿cuántos pacientes (léase sobrevivientes) se pueden esperar? En el área de Los Angeles, unos cuantos millones, es la respuesta.

Cuando yo vi ese primer episodio, que debía continuar durante semanas, la verdad es que me entusiasmé. Tal vez exageré su trascendencia. Después de todo, que un programa como ese popularice el tema indica que no sólo apasiona a los exclusivos lectores del *New Yorker*, la sofisticada revista que serializó, originalmente, en forma de artículos, el ensayo de Schell. Cuando una situación pasa a tener un ángulo humano, cuando se pone un rostro reconocible y anecdótico, cuando atraviesa por el filtro del melodrama y de la comedia, entonces, paradójicamente, comienza a poseer, en EE. UU., un aura de realidad incontrarrestable. Para que algo sea creíble y verdadero, tiene antes que poder traducirse a los parámetros del espectáculo habitual.

Pero mi entusiasmo disminuyó rápidamente. CBS acaba de anunciar que está descontinuando *Lou Grant*. Las razones no están claras, y no quisiera adelantar la sospecha de que se debe a que los guionistas se atrevieron a enfrentar un tema tan contemporáneo y conflictivo. Se dice que habría caído en las preferencias de los telespectadores. O puede haber influido la controversia en torno a Ed Asner, estrella del *show* y presidente del sindicato de actores. Recientemente apareció acá en Washington para donar dinero para atención médica para la guerrilla salvadoreña.

¿O será que mostrar la autodestrucción en forma tan inmediata, cercana, a través de celebridades que representan al hombre común en la pantalla, lejos de la abstracción de los «juegos de guerra» y de los presupuestos militares ininteligibles, es simplemente un plato demasiado fuerte para el norteamericano medio?; ¿será que la muerte total es una situación que simplemente no cabe en la pantalla chica y en el optimismo grande de Norteamérica?

No lo sé, no tengo cómo saberlo.

Lo que sí está claro es que alguien que yo conozco tomó la decisión de que yo –y millones que saben de esto mucho menos que yo– no pudiéramos ver en la televisión la dramatización de este problema de vida o muerte, que durante años jamás se ha tocado el tema.

Es en este tipo de mundo, de comunicaciones verticales, en que no controlamos la información o los recursos del pensamiento, es en este tipo de mundo que hay que organizar el movimiento por la abolición de las armas nucleares.

El libro de Schell no indica cómo realizar esa hazaña.

Pero hace algo primordial y eso lo hace endemoniadamente bien. Después de haberlo leído, nadie puede seguir viviendo como si todavía estuviera debajo de un escritorio porque una voz nos mandó que nos escondiéramos. Nadie puede seguir obedeciendo una voz que nos ordena no abrir los ojos, no escuchar, no decir ni una palabra.

El ensayo de Jonathan Schell, y millones que se movilizan en USA, Europa y otras partes del mundo, están avisando que ha llegado el momento de decir más, mucho más, que una palabra. ■ **A. D.**

EL SOL NUNCA SE PONE EN LA TRILATERAL

JULIA OVALLE

SI el sol nunca se pone en la empresa transnacional, el sol brilla fijo en los dominios de la Comisión Trilateral (CT), un territorio controlado por 300 *socios agrupados en sociedad* en los Estados Unidos, Canadá, Japón y Europa occidental que se ha reunido para salvar el sistema capitalista y que intentan, como el lema de las máquinas de coser SINGER, «trabajar pacíficamente para conquistar el mundo».

Llevan ocho años en este afán y en este período han demostrado que lo reducido del club no comporta, necesariamente, el fracaso de su ambición. En efecto, 63 trilateralistas han ocupado u ocupan altos cargos en los gobiernos del área, una galería de ex tan conspicuos como el presidente Carter, el ministro de Asuntos Exteriores nipón Miyazawa o el primer ministro francés Barré; o en activo como Caspar Weinberger, Lord Carrington o George Bush.

También son socios el director de la CIA, Henry Kissinger, doce secretarios generales de sindicatos de países miembros, los presidentes de la patronal española y de Alemania Federal, y 50 directivos de la Banca mundial. Bancos como el «Bank of America», que en 1976 manejaba un activo de 72.200 millones de dólares, superior al presupuesto nacional conjunto de México y de Bolivia (1), de ese año, los 24 de los 50 bancos más importantes del mundo, todos los cuales, a excepción del «Banco de Brasil», se encuentran en territorio de la trilateral.

Del ámbito intelectual, el club ha escogido hombres de la Prensa, de la cátedra y del foro que ejercen su influencia a través de instrumentos tan eficaces como «The Times», la Universidad de Tokyo, la Corte Europea de Justicia, o los «*think tanks*», grupos de estudio que vienen proporcionando el soporte ideológico a los sucesivos Gobiernos de los Estados Unidos, desde la II Guerra Mundial.

Pero sin duda, donde la creación de David Rockefeller tiene mayor poderío es en el universo de la empresa transnacional, donde el mundo de naciones separadas ya no existe, y donde los países son considerados como fábricas, granjas o supermercados de esas empresas.

Desde la empresa como centro de poder, una élite dominante internacional fomenta en su propio beneficio prácticas de cooperación entre las regiones de la CT, que tienen la mayor participación en el comercio y las finanzas mundiales, y que representan los 2/3 de la producción industrial del planeta. Y para que todo continúe igual, para que la riqueza no cambie de mano, esa élite erige a la CT como el nuevo gendarme colegiado del sistema, el último invento capaz de salvaguardar el capitalismo a perpetuidad.

«El público y los dirigentes de la mayor parte de los países continúan viviendo en un universo mental que ya no existe —un mundo de naciones separadas— y les resulta muy difícil pensar en términos de perspectivas mundiales y de interdependencia.»

(Informe del grupo de trabajo de la CT, «*Hacia un sistema internacional renovado*», 1977).

ESTE credo traducido en cifras tiene la siguiente significación: Según Holly Sklar en «Trilateralism», (1) sólo 22 países tenían en 1976 un PNB mayor que el volumen de venta de la EXXON, transnacional del grupo Rockefeller, miembro de la CT. Pues bien, si ese mismo año se sumaba el activo de todas las empresas del clan, los Rockefeller pasaban del puesto número 22 a ocupar el lugar de la novena potencia económica mundial, con 180.000 millones de dólares (2). Es decir, un grupo de personas controlaban un poder económico superior al de España, que entonces ocupaba el puesto n.º 11 en la clasificación de las principales economías por países y empresas del mundo, y que tenía 35 millones de habitantes. A escala latinoamericana, la relación era la que sigue: el grupo Rockefeller gestionaba un capital ligeramente inferior al PNB conjunto de Brasil y Argentina, países que tenían 135 millones de habitantes.

Esta situación vigente hasta hoy, sin embargo, es improbable que perdure a largo plazo, y los teóricos de la Trilateral son conscientes de este peligro. Saben que no bastará con su oferta estable de materias primas, de mano de obra barata, de crédito con el que hipotecar a los países pobres, para mantener su «orden mundial renovado», renovado para y por la TRILATERAL, S.A.

Por otra parte, y cada vez con mayor fuerza, los países del Tercer Mundo reclaman un Nuevo Orden Económico Internacional más justo, luchan por alcanzar su independencia económica y, a veces, logran mejores relaciones de intercambio.

Ante esta realidad surge la gran polémica, aún no resuelta, entre los trilateralistas partidarios de imponerse por la fuerza, y los dispuestos a cooptar a aquellos países de clase media, con tal de separarlos de las filas tercermundistas. La discusión continúa y se ha encajonado en un zapato chino con la llegada al poder de Reagan, pero discurre dentro de la horma trazada por Brezinski, asesor de Seguridad Nacional de Carter y co-fundador de la CT: «Vemos que el escenario internacional está dominado en su aspecto visible más bien por el conflicto entre el mundo avanzado y el mundo en desarrollo, que por el conflicto de las democracias de la Trilateral y los Estados comunistas... A mi juicio, las nuevas aspiraciones del Tercer y Cuarto Mundo unidos plantean una importantísima amenaza al carácter del sistema internacional, y al fin de cuentas, a nuestras propias



Para Holly Sklar, autora del libro más importante sobre la Comisión Trilateral «la receta para salir de la crisis, sería que los países pobres fabriquen bienes de consumo baratos, los de clase media automóviles y los de la Trilateral satélites».

sociedades. Esta amenaza es el rechazo a la cooperación.»

De la incidencia de la Trilateral en el Tercer y Cuarto Mundo, de los cambios de táctica del club, de la involución que sufren creaciones trilateralistas como la política de Derechos Humanos y la distensión, conversamos con Holly Sklar, editora del libro más importante que se ha escrito sobre la CT, en su departamento cercano a la Universidad de Columbia, en Manhattan, Nueva York.

«Lo que más interesa es que los países de la CT sigan constituyendo el centro vital de la administración, las finanzas y la tecnología de la economía mundial, una economía –en palabras de Brezinski– que abarcaría y cooptaría al Tercer Mundo, e iría integrando gradualmente a la Unión Soviética, Europa occidental y China.»

H. Sklar, *«Trilateralism»*, pág. 8.

DESDE hace unos años se ha producido una clara desmovilización en la lucha sindical en España. ¿Tiene esto algo que ver con la incorporación de 13 miembros españoles en la CT, entre ellos el señor Ferrer Salat, presidente de la patronal CEOE?

–No soy una experta en la realidad española, de modo que no puedo contestarle. Puedo, en cambio, darle un ejemplo de la otra cara de la moneda en mi país. El presidente y el secretario tesorero de la AFL-CIO –el sindicato más grande de los EE. UU.– y varios dirigentes sindicales más, apoyaron la política de austeridad de Carter, a pesar de que hacía recaer el peso de la crisis en los trabajadores, a los que se suponía debían defender. Todos esos dirigentes eran y son de la CT.

–¿Cuál es la receta de la CT para superar la crisis?

–En lo fundamental, lograr una reindustrialización en los EE.UU., y en los demás países desarrollados, basada en el incremento de la tecnología de punta como la microelectrónica, la ingeniería biológica y los servicios de información. Esto supondría una reducción planificada, hasta llegar a cero, de toda la industria tradicional mediante despidos masivos, subvenciones fiscales y automatización. En términos gráficos se trataría de que los países pobres fabriquen bienes de consumo baratos, los de clase media, automóviles, y los de la Trilateral, satélites.

–¿Qué significa Tercer y Cuarto Mundo en la nomenclatura trilateralista y por qué constituyen una amenaza mayor que el socialismo para el sistema?

–La CT califica de Cuarto Mundo a los países pobres en recursos que carecen de grandes reservas de divisas, de buenas perspectivas de exportación, o de la capacidad para el servicio del crédito en términos comerciales. Comprende 30 países con casi 1.000 millones de habitantes, entre ellos la India y Paquistán, algunos países tropicales africanos y unos cuantos países de América Latina. En el Tercer Mundo figuran países como México, Brasil, Turquía o Nigeria y desde luego los países de la OPEP. España integra el Primer Mundo, y en su calidad de tal, fue aceptada en la CT en 1979.

Constituyen una amenaza porque tienen un enorme potencial económico, altas tasas de crecimiento demográfico, porque se están organizando y porque ya no están dispuestos a aceptar que «los ricos de los países ricos y pobres se hagan más ricos, a expensas de los pobres de todos los países». Por ello podría decirse que existe una mayor beligerancia entre el Norte y el Sur que entre el Este y el Oeste.

–¿Cuál es el grado de influencia de la CT en América Latina?

–Muy grande, y con Carter casi tanto como la influencia de los EE.UU. en el área en la medida en que, desde el propio presidente hasta los 25 puestos claves de su Gobierno, estaban controlados por miembros de la CT. Con Reagan, los trilateristas han perdido fuerzas puesto que comparten el poder con la derecha tradicional, la nueva derecha y los neo conservadores, y sólo ocupan 12 cargos en la actual Administración.

No obstante, hay que tener en cuenta otros hechos. Desde luego, el acuerdo tácito de los demás miembros de la CT de seguir considerando a América Latina como la zona de influencia «natural» de los EE. UU. Las buenas relaciones comerciales que tiene España con sus ex colonias –para citarle un ejemplo muy especial– son más aprovechadas por las transnacionales de los EE. UU. que por la industria española.

Otro hecho es que la política económica de Reagan defiende a ultranza al gran capital, cuyos representantes principales son de la CT. Resulta evidente que, si en 1976, cuatro bancos y cinco empresas del club controlaban un activo de 335.900 millones de dólares, equivalente al PNB

EL SOL NUNCA SE PONE EN LA TRILATERAL

conjunto de los nueve países económicamente más importantes de América Latina, la influencia de la CT no conocía límites. Era y es, porque esos nueve consorcios continúan teniendo hoy la misma o mayor capacidad económica que esos nueve países (3). Una empresa por país, esa es la cuestión.

«Nuestra oferta de cambio internacional es la vía intermedia entre la espada del conservadurismo y la pared de la revolución... Los que quieren cambios profundos podrían matar a la gallina de los huevos de oro del crecimiento.»

Christopher J. Makins, *«Is reform an illusion? A Trilateral Perspective on International Problems»*, «Trialogue», n.º 8, 1975.

¿Hasta qué punto coincide la «Política de la Seguridad Nacional (SN) con los intereses de la CT?

–En principio, todo lo que favorezca al desarrollo de la libre empresa coincide con los intereses de la CT, pero no quiero dar una respuesta tan simplista. Yo diría que desde la política de la CT en el golpe de Chile en 1973 –a través del FMI y la ITT–, a la desestabilización a fines de los años 70 del Gobierno de Manley en Jamaica, por el mismo FMI, ha habido un cambio. Creo que prefieren a un Guzmán en República Dominicana, que a la casta militar gobernando en Argentina, o a un régimen como el uruguayo.

Sin embargo, no hay que perder de vista que la CT utiliza dos estrategias aparentemente contradictorias para alcanzar un mismo fin: impedir que las élites conservadoras pro occidentales de América Latina se vean sustituidas por fuerzas progresistas. En primer lugar, respaldan a los regímenes de la SN, siempre que puedan ser estables, útiles a las necesidades del capitalismo, y ejerzan su función de policía regional. Y en segundo lugar, fomentan la liberalización en las dictaduras clientes en pro del crecimiento de la clase media, de la ampliación de mercados, y de una «democracia viable».



Mientras los gobiernos de la SN abran sus economías al capital foráneo, y de paso liquiden a la oposición, la CT los apoyará. Si en cambio, el potencial revolucionario se apoya en una amplia base, muchas veces como respuesta a los agentes de la SN, la CT respaldará la segunda fórmula. En ambos casos enarbolará la bandera de los Derechos Humanos, una postura que le es tan éticamente conveniente como gratuita.

–¿Qué entiende la CT por «democracia viable»?

–Una libertad política formal que permita el crecimiento de sectores intermedios de empresarios y consumidores, dentro de una economía capitalista. Esto comporta un mínimo de justicia social y de reforma, pero en absoluto una auténtica participación política. La democracia viable es la sociedad de consumo. Como describiría el historiador Daniel Boorstin en «Fortune»: «La comunidad de consumo es democrática; por lo general acoge complacida a gentes de todas las razas, orígenes, ocupaciones, de todos los niveles de ingreso, siempre que puedan pagar el precio de la entrada. El jefe y el obrero tienen la misma marca de lavadora».

–¿Comparte la CT el «modelo de Chicago» de la economía?

–Creo que no, aunque le permite una rápida acumulación de capital en estos momentos. Los trilateralistas tienen objetivos a más largo plazo, y aspiran a una nueva división internacional del trabajo basada, fundamentalmente, en el fortalecimiento de las capas medias. Para ella es más interesante que muchos compren un FORD o un TOYOTA, que unos pocos un ROLLS ROYCES.

Ahora bien, a juicio de la CT, la Escuela de Chicago ha impuesto en los regímemes de la SN cuestiones positivas, salvo una: la proletarización de las clases medias y, por ende, la limitación del mercado. Y en un balance con perspectivas de futuro, los trilateralistas estiman que la receta no sólo va a resultar cara para el sistema, sino que puede subvertirlo en el área.

«... No creo que los EE. UU. tengan más que una opción, y es la del neocolonialismo. Por muy mal nombre que hayan tratado de darle, el neocolonialismo significa que las empresas multinacionales seguirán gozando de gran influencia en el Tercer Mundo... Creo, sencillamente, que da la casualidad de que el capital y la tecnología están en manos de esa gente a la que llaman neocolonialista.»

Andrew Young, ex embajador de los EE.UU. ante la ONU, Conferencia de Prensa sobre Africa Meridional en Chicago, 17-XI-76. Young es miembro de la CT.

¿Hasta qué punto la Trilateral puede frenar la lucha del Tercer Mundo contra el neocolonialismo?

–En Brasil, Ecuador o en el Perú, las cosas les están resultado, pero su fracaso es notorio en Nicaragua, Granada, Zimbabwe y en Irán. Esto los ha dividido y desconectado. Los partidarios de la reforma y de los Derechos Humanos se llevan las manos a la cabeza cuando en lugar de un Muzorewa les sale un Mugabe, o cuando no pueden reemplazar al Shah por un Baktiar o un Bazargan. Se preguntan si no es necio arriesgarse por la reforma en circunstancias que, con o sin ella, la revolución llega igual.

Lo grave es que ante estos hechos terminan por hacer lo que hizo Carter y continúa haciendo Reagan en El Salvador, es decir, optar por la intervención. Hay indicios flagrantes de que los trilateralistas duros estarían dispuestos a lanzar una Fuerza de Despliegue Rápido para defender el

petróleo en el Golfo Pérsico; cada día queda más desdibujada la tragedia de Viet Nam, y es a todas luces evidente el auge de una concepción militarizada de la sociedad. Si los Derechos Humanos no abren nuevas oportunidades de inversión, hay que dejar que hablen los fusiles.

–Entonces la CT ha abandonado su política de distensión expresada en el Tratado SALT II

–No, siguen convencidos de que tanto los EE.UU. como la URSS se aniquilarían en una confrontación nuclear; continúan aconsejando una mayor cooperación con las potencias trilaterales, pero son partidarios de una «contención limitada». El problema reside en dónde, cómo y cuándo trazar la raya de ese tipo de contención. Y todo esto se complica aún más cuando, al parecer, es la derecha tradicional la que lleva las riendas de la política exterior de Reagan. O sea, la de afirmar el poderío de los EE.UU. mediante una contención general, cada vez que un país se oponga a los intereses estadounidenses.

–Por último, *¿qué papel juega la OTAN en la concepción trilateralista?*

–La consideran clave para garantizar la seguridad y la paz futuras, y creen que hay que dotarla de mayores responsabilidades para que ejerza como policía en Oriente Medio y Africa. De allí la importancia que tiene para la CT el ingreso de España en la OTAN, lo que permitiría a la organización ampliar su radio de acción al sur de Gibraltar.

También apoyan el controvertido proyecto de Reagan de crear la Organización del Tratado Atlántico Sur (OTAS), integrado por los EE.UU., Uruguay, Argentina, Chile y Sudáfrica. Con ello los EE.UU. controlarían todo el Atlántico y con el ingreso de Chile, el Pacífico Sur. ■ J. O.

---

(1) Holly Sklar, «Trilateralism», Boston 1980; págs. 10, 12 y 14. En 1978, México tuvo un PNB de 68.900 millones de dólares y Bolivia un PNB de 3.000 millones de dólares.

(2) El clan Rockefeller controla cinco empresas petroleras; dos bancos que ocupan los lugares n.º 4 y 24 de los 50 más grandes del mundo; dos de las tres compañías de seguros más grandes de los EE. UU.; la séptima empresa de transporte estadounidense; el «Rancho Rockefeller», la mayor explotación agropecuaria privada del mundo y numerosas fundaciones universitarias y filantrópicas.

(5) Entre los bancos, H. Sklar se refiere al «Bank of America», «Chase Manhattan», «Hanover» y al «Morgan»; entre las empresas, a la EXXON, GENERAL MOTORS, FORD, TEXACO y US. STEEL. Los países son: Brasil, México, Argentina, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Cuba y Puerto Rico.

Una experiencia única

MEDICINA PARA EMIGRANTES

FRANCISCO SANCHEZ RUANO

EN el barrio de Acton, en la calle de Churchfield Road, número 28ª, hay un chalet en donde está la sede del «Community Health Group for Ethnic Minorities», o Grupo de Salud Comunitaria para las Minorías Etnicas. Es esta una organización voluntaria integrada por trabajadores emigrantes, médicos, enfermeros, etc., cuyo objetivo es medir el estado de salud física y mental de las comunidades emigrantes en el Reino Unido. El Grupo de Salud Comunitaria cuenta con un servicio telefónico de ayuda para emigrantes (Ethnic Switchboard), que brinda –en español, árabe, portugués, chino, urdú, punjabí, italiano, turco, griego y polaco–, información cultural a diferentes grupos de emigrantes: cuentos artísticos, teatrales, música, restaurantes, así como consejos en relación al uso de los servicios de salud y un servicio de intérpretes de emergencia.

El centro está abierto durante la semana de 10 a 5 de la tarde, y facilita toda la información sobre los problemas de los emigrantes a los miembros que están suscritos, no sólo de la salud sino sociales. Los servicios comprenden conferencias (el año pasado se dio una conferencia sobre los problemas de las poblaciones antillanas y africanas en Inglaterra: «Black Health», y otra sobre la Salud de la Mujer), reuniones, investigaciones, proyectos especiales, exhibiciones, publicaciones, librería e información.

El doctor Carlos Ferreyra nació en Argentina, pero lleva bastantes años en el Reino Unido, y es el director del Grupo de Salud Comunitaria, que se compone de otras 16 personas –todas de países africanos, asiáticos y latinoamericanos– que atienden los servicios citados antes, y entre los cuales está su propia mujer, una guapa y joven india, que además es profesora de baile en el Imperial College. El año pasado el doctor Ferreyra consiguió una subvención de 100.000 libras ➧



«La tasa de mortalidad infantil entre los emigrantes lleva 25 años de retraso respecto a la inglesa.» En la foto, la sede de Grupo de Salud Comunitaria para Minorías Etnicas.

MEDICINA PARA EMIGRANTES

de la «Manpower Service Commission», para un proyecto sobre la salud que durará 12 meses, y servirá para pagar los sueldos de sus empleados que adquirirán experiencia y entrenamiento como oficiales de enlace. El doctor Ferreyra en declaraciones a la prensa británica, dijo: «Será el programa más amplio de Europa occidental en relación con los emigrantes y sus problemas de salud. Por lo menos seis autoridades me han expresado y su interés en el entrenamiento de oficiales de enlace.» Citó su fuerte apoyo a la vitamina D en algunos alimentos típicos asiáticos, y su gran preocupación por la mortalidad infantil, que según dijo es el doble que el de la población infantil británica.

El doctor Ferreyra es epidemiólogo y su centro le da bastante importancia a las estadísticas, a la educación primaria de la salud y la prevención de enfermedades de emigrantes. También pretende, además de los entrenamientos a estos oficiales, suministrar información en un área abandonada por el Servicio Nacinal de la Salud. Como dice en su tesis, **Trabajadores emigrantes y salud pública en la región europea** (8 capítulos) al referirse a la salud de los emigrantes: «... hay una total ausencia de política coordinada de la Salud, a nivel local o regional, para los emigrantes.» En este trabajo (1), pretende desarrollar la Medicina de la Emigración, como nueva especialidad, intentando la elaboración de un Programa de Salud de la Emigración para la Región Europea en el cual Organismos Internacionales como la OMS, ONU, ILO, OCDE, CEE, deben jugar un papel substancial.

Conocimos al doctor Ferreyra el año pasado en la Casa de España, centro del Instituto Español de Emigración, ubicado en el popular barrio de Portobello, donde tuvo una mesa redonda sobre los problemas que plantea la medicina para emigrantes. Le preguntamos: «¿Cuándo nació su consultorio?»: *«El Grupo de Salud Comunitaria es una organización caritativa y voluntaria a escala nacional, establecida en 1978 por un grupo de profesionales interesados en el estatus de la salud de las minorías étnicas en Gran Bretaña. En general, no ha habido, en los países desarrollados, mucha atención para los emigrantes por parte de los Gobiernos. Los emigrantes viven en las zonas pobres o ghettos, los «inner-city». Tenga en cuenta que los indicadores de salud reflejan los índices socio-económicos. Yo he estudiado en Latinoamérica y me fijé que en los países subdesarrollados, la inmigración va a los «cinturones» o «outer-city». Pero los indicadores de salud son los mismos que los de los emigrantes de los países desarrollados: un alto porcentaje de mortalidad infantil, de enfermedades infecciosas, etc. La media de vida en Occidente son unos 72 años, y ellos viven unos 15 años menos. En Gran Bretaña miran con superioridad a los países subdesarrollados, cuando en el mismo país hay índices similares a los subdesarrollados. Yo me he especializado en asentamientos urbanos porque en Gran Bretaña los médicos están generalmente poco preparados en este tema, cuando los "inner city" que se ven aquí no son muy diferentes a algunas poblaciones latinoamericanas.»*

Mientras me lleva en su coche a ver en el Southall el barrio de los asiáticos, lleno de restaurantes indios y de gentes, con sus turbantes característicos, el doctor Ferreyra me relata algunos incidentes raciales que se han desarrollado aquí últimamente: *«En 1976-77, la tasa de mortalidad infantil para los asiáticos: indúes, bengalíes, pakistaníes, etcétera, fue la de 1950 para los británicos, o sea que llevan un retraso de unos 25 años. Se da una falta de adecuación médica para captar esto, pues hay que poner más al día nuestra profesión. Las tasas de mortalidad standarizadas, en enfermedades coronarias es para los británicos de 26 por ciento, para los indios de 21 por ciento; mientras que en hipertensión, los británicos tienen un 1 por ciento, los indios el 6 por ciento y los negros el 14 por ciento.»*

Comemos en un restaurante hindú, y me explica: «La dieta hindú es bastante mejor que la de un país desarrollado. Por ejemplo, los negros por el mero hecho de serlo, tienen «stress» debido a miradas, risas, disgustos, problemas, desprecio, etc. La mayoría de los negros, asiáticos, etc. están en paro encubierto, pues tienen que realizar otras profesiones. Pero debo señalar que los profesionales de las clases altas de los países subdesarrollados que viven en Gran Bretaña, viven menos porque olvidan sus dietas, y se adecuan al nivel de vida británico: comidas diferentes, tabaco, alcoholismo, otras costumbres, etc. Mientras las clases bajas, conservan su dieta y su nivel de vida, y eso les hace vivir más.»

Ya en su consultorio, el doctor Ferreyra recibe a varios periodistas más, tanto británicos como suecos. Nos dice en su despacho: *«No sólo miramos los aspectos médicos, sino preventivos y el sector primario de la salud: alimentación, vivienda, etc. Mi especialidad es la comunidad, más que los individuos. La medicina social no cambia nada, es un concepto falso; pues los médicos reciben una enseñanza para las poblaciones asentadas, pero no se les entrena en las poblaciones emigrantes. Nuestro grupo lo integran trabajadores sociales y de la salud que consideran la emigración como el principal factor del cambio de la población en el mundo desarrollado actual. En Europa la fertilidad es negativa, la mortalidad estacionaria, por lo que el mayor factor de cambio de la población, es la emigración. Pero no hay por qué controlar el desarrollo de la población, por lo que ese malthusianismo de gobernantes y médicos está de más. En Latinoamérica la fertilidad es el mayor cambio, pues los emigrantes van a las «villas miseria» (outer city); mientras que en cambio, en los países desarrollados viven en los "inner city", o sea, en el interior de la ciudad. Pero los índices de mortalidad son similares en ambos casos. El "stress" de negros y asiáticos hace que en Gran Bretaña, en 1973, por cada blanco muerto por hipertensión, murieron 14 jamaicanos (negros), 15 pakistaníes, 16 bengalíes, etc. Y después no hay que olvidar el problema de los que son empleados en trabajos diferentes a su profesión. Por ejemplo, un maestro griego trabaja en Suecia durante 15 años de mozo de restaurante y vuelve a Grecia de otra cosa. Esto produce trastornos psíquicos, que terminan en problemas psicosomáticos y en un mayor "stress" que el que debería ser.»*

¿Hay algún otro centro similar al suyo en el mundo?». Responde rápidamente: *«No. Este es el único, si bien se están empezando a formar grupos en Europa tomando a éste como modelo; así tenemos 100 miembros europeos que son miembros de nuestra Asociación en lo relativo a información. También tenemos un grupo de médicos especializados que pueden recetar a los enfermos en caso de necesidad. Ciertamente los socios pagan su cuota, pero en casos extremos, les ayudamos igual. En cuanto al problema monetario, siempre tenemos problemas, pese a las subvenciones del Gobierno, y a que en el sector privado y en organismos internacionales nos ayudan económicamente.»*

«¿Cuáles son sus proyectos para el futuro?» *«El año pasado dimos una serie de conferencias sobre "Educación de la Salud en una Sociedad Multi-cultural", "Jóvenes Minorías Etnicas y la Salud", culminando con "Etnicidad y Salud-El Camino a Seguir". De momento estamos organizando una conferencia internacional a gran escala sobre emigrantes-inmigrantes y la salud, que se celebrará en 1983. Creo que España, con un elevado número de emigrantes en todo el mundo, puede tener interés en el tema. Nuestro Comité Ejecutivo se reúne esta tarde, y sólo lo hace cada dos meses, pues vienen médicos de todas las partes del Reino Unido.»*

(1) La versión completa de este estudio está en el «Centre Link» (en el mismo domicilio social), que es un centro mundial para la información sobre la Salud y la Emigración.



«En Gran Bretaña miran con superioridad a los países subdesarrollados, cuando en su mismo país hay índices similares.» Emigrantes caribeños celebran el carnaval en Notting Hill.

En 1982, el doctor Ferreyra ha conseguido renovar la subvención para emplear doce oficiales de Enlace para la Salud, a través del Programa de Empleo Especial Temporal. Es la 2.ª vez que consigue esta subvención anual. El conocimiento de estos doce oficiales es comprobado cada tres meses con ensayos y múltiples tests. El servicio telefónico para las necesidades más urgentes de los emigrantes (con traducción hasta diez lenguas), trabaja de lunes a sábado de 9,30 de la mañana a 9,30 de la noche; pero tiene esperanzas de que se abran servicios telefónicos en ciudades como Birmingham, Manchester y Leeds, en donde ya hay grupos asociados.

El oficial de Información, Michael Leary suministra un material básico del Centro de Información que cuenta con unos 500 libros y reportajes, 3.000 artículos relevantes y algún material de educación de la salud. El trabajo de los oficiales de Enlace no sólo abarca a la nutrición, sino a la odontología y el ciudado sobre el aborto, etc. La Unidad de Investigación, en el consultorio, pretende identificar áreas de investigación y luego coordinar y dirigir la investigación en las áreas específicas. También el doctor Ferreyra le da su importancia a los problemas de la segunda generación, que afectan principalmente a los niños (por eso su trabajo de investigación sobre los emigrantes se lo ha dedicado por completo a su hija «Tania, una segunda generación de emigrantes»).

El divide la patología de la emigración en tres áreas: patología importada, patología adquirida y patología de adaptación. La primera es la que el emigrante trae consigo; la segunda es la que desarrolla en el país receptor (condiciones particulares de las que estaba inmunizado en su país); y la tercera está principalmente representada por desórdenes psiquiátricos, relacionados con la vulnerabilidad a los «stress» de adaptación (ésta depende de circunstancias individuales, por ejemplo: un refugiado tendrá siempre más «stress» que otro emigrante). También esta el factor «stress» del que se casa con persona de distinta nacionalidad; así como el de las mujeres asiáticas que están deprimidas porque son explotadas por sus propios maridos.

También estima que es necesario un suplemento de vitaminas en los dos o tres primeros años de la vida, durante la pubertad y en algunas ocasiones de gran necesidad en la vida adulta. De ahí la importancia que el doctor Ferreyra le da a los cursos de entrenamiento para el personal del servicio de la salud, y su temor de que no se de la importancia debida a grupos como el suyo, en beneficio de otras respetables organizaciones «blancas». El está convencido de que las comunidades de emigrantes deben resolver sus problemas de salud por sí mismos. En relación con la Investigación Scarman sobre los disturbios raciales del último verano, cree que ahora es el momento para que se tengan en cuenta las necesidades de las minorías étnicas, y así evitar una escalada del resentimiento y de la incomprensión. Por eso el oficial del Desarrollo Internacional del Grupo está promoviendo los lazos con otros países, para dar y recibir información.

Rogelio Zapatero trabaja en la Compañía de Seguros «Abbey Life» es el tesorero del Grupo de Salud Comunitaria, y miembro del Comité Ejecutivo. Le pregunto: ¿Cuántas personas componen el Comité Ejecutivo? *«Somos de doce a catorce personas (hasta quince estatutariamente), elegidas y por cooptación. El presidente es médico y viene de Warwick, los demás vienen de toda Gran Bretaña.*

«¿Cuántas veces se reúnen al año?» *«El pleno se reúne seis veces, y en los meses sin pleno hay una reunión del Comité de estudio. Los miembros del Comité son voluntarios, pero el doctor Ferreyra como director del Grupo de Salud Comunitaria cobra un sueldo y sigue las instrucciones del Comité Ejecutivo.»*

Rogelio Zapatero, que lleva diecisiete años residiendo en Gran Bretaña, refleja su opinión, no la del Comité, pero nos hace ver que se trata de un grupo de presión para que el Gobierno actúe, pues el que los emigrantes no sepan el idioma, tengan una alimentación diferente, estén solos, etcétera, a la larga puede acarrear graves problemas; si bien en la segunda generación, en la que la dieta es menos aguda, tienen un 50 por ciento más de oportunidades de desarrollo. «¿Qué problemas tenéis con las fuentes de financiación?» *«Además de la subvención del Gobierno, tenemos una subvención del Ayuntamiento de Londres. El Consultorio sirve de centro de salud, para reuniones, cursillos, etc., y los gastos se reparten. Hay quince personas a sueldo y los voluntarios trabajan unas horas a la semana, principalmente en trabajos de interpretación.»* «¿A qué tipo de emigrantes alcanza vuestro Consultorio?» *«Todas las minorías étnicas son bienvenidas, toda la emigración: principalmente la laboral, también la política, la religiosa, etc. El que no se pueda pagar la cuota voluntaria no significa que no se ayude a los emigrantes necesitados de los servicios del Consultorio (si no pagan la cuota, entonces no pueden votar en las asambleas únicamente). En cuanto a la emigración española utiliza el Consultorio si lo necesita, pero se utiliza más el médico de la empresa o el particular. Se pretende ayudar a los médicos locales, por ejemplo, el Consultorio no receta en enfermedades somáticas, pero se envía a los enfermos al médico británico, facilitándole intérpretes. Utilizamos las dependencias locales de los médicos especializados, en la Seguridad Social británica.»*

Terminamos estas entrevistas y este trabajo con la idea clara de que se trata de una experiencia interesante que merece todo el apoyo posible, sobre todo por parte de España que tiene cerca de tres millones de emigrantes en el mundo. ■ **F.S.R.**

LEJANOS SUSPIROS DE BUÑUEL

DIEGO GALAN

BUÑUEL sorprende con su «último suspiro», el libro de memorias que nos regala ahora, tras una inactividad cinematográfica de cinco años. El origen del texto es una larga conversación con Jean-Claude Carrière, guionista de sus últimas películas, guionista ahora también de Carlos Saura. Parte de esa conversación constituye un mediometraje que se exhibió en el festival de Cannes, antes de pasar a los circuitos normales de cines y televisión franceses; en España aún no lo conocemos, quizá no lo conozcamos nunca; la obra de Buñuel nos ha llegado casi siempre tarde, o no nos ha llegado nunca.

Ví esa película junto a Luis G. Berlanga, aún más nervioso que de costumbre: presentaba en aquel festival, a concurso, su «Patrimonio nacional». La normal inquietud del director se vio acentuada cuando, desde la pantalla, Buñuel citaba como los únicos buenos directores del cine español a dos aragoneses como él, Saura y Borau, ignorando, por lo tanto, a otros varios realizadores que, con esfuerzo y a veces con talento, han realizado una obra que a nosotros nos importa mucho. Berlanga, valenciano, es un hombre clave de nuestra cultura. No se le puede olvidar. A otros muchos, quizá sí.

De cualquier forma, la injusticia de Buñuel era menor comparada con la que él mismo ha sufrido en nuestro país. Censurado durante muchos años, manipulado por quienes debían contárnoslo bien, ha aportado poco a la evolución de nuestro cine. Fue un mito antes que una realidad, y hoy vemos con horror cómo la mayoría de los jóvenes que empiezan a hacer cine toman como referencia la cultura cinematográfica norteamericana, tan lejana de nuestra sensibilidad y nuestros intereses, por mucho que en ella haya películas aisladas de indiscutible valía.

¿Qué podría haber hecho Buñuel en nuestro país? Hasta 1960 no hubo la mínima oportunidad de que pudiera rodar entre nosotros, y aun así, «Viridiana», como se sabe, fue prohibida de forma rotunda y escandalosa. Tuvieron que pasar diecisiete años para que su exhibición se autorizara; coincidió el día del estreno con la legalización del Partido Comunista. Cuando salimos de la histórica proyección, encontramos la calle abarrotada de banderas rojas y la venta legal de «Mundo obrero». Una jornada insólita.

La mayoría del joven cine español que entonces nacía, no cambió, sin embargo, por ello. Continuó empeñado en contar historietas pequeñoburguesas, conflictillos amorosos de poca monta, enredos triviales. Buñuel partía de un revulsivo vital de una moral surrealista «agresiva y clarividente, que solía ser contraria a la moral corriente, que nos parecía abominable, pues nosotros —dice— rechazábamos en bloque los valores convencionales. Nuestra moral se apoyaba en otros criterios, exaltaba la pasión, la mixtificación, el insulto, la risa malévola, la atracción de las simas. Nuestra moral era más exigente y peligrosa, pero también más firme, más coherente y más densa que la otra». El joven cine español al que me refiero, del que rápidamente hay que aislar a varios realizadores, Gutiérrez Aragón, naturalmente, entre ellos, nace de un compromiso distinto, de un mediocre afán de supervivencia antes que de comunicación.

Aunque más tarde, en el mismo libro, diga también Buñuel que «el surrealismo triunfó en lo accesorio y fracasó en lo esencial», lo cierto es que desde su postura encontró una forma de enfrentarse al mundo. No hay arte desde el conformismo.

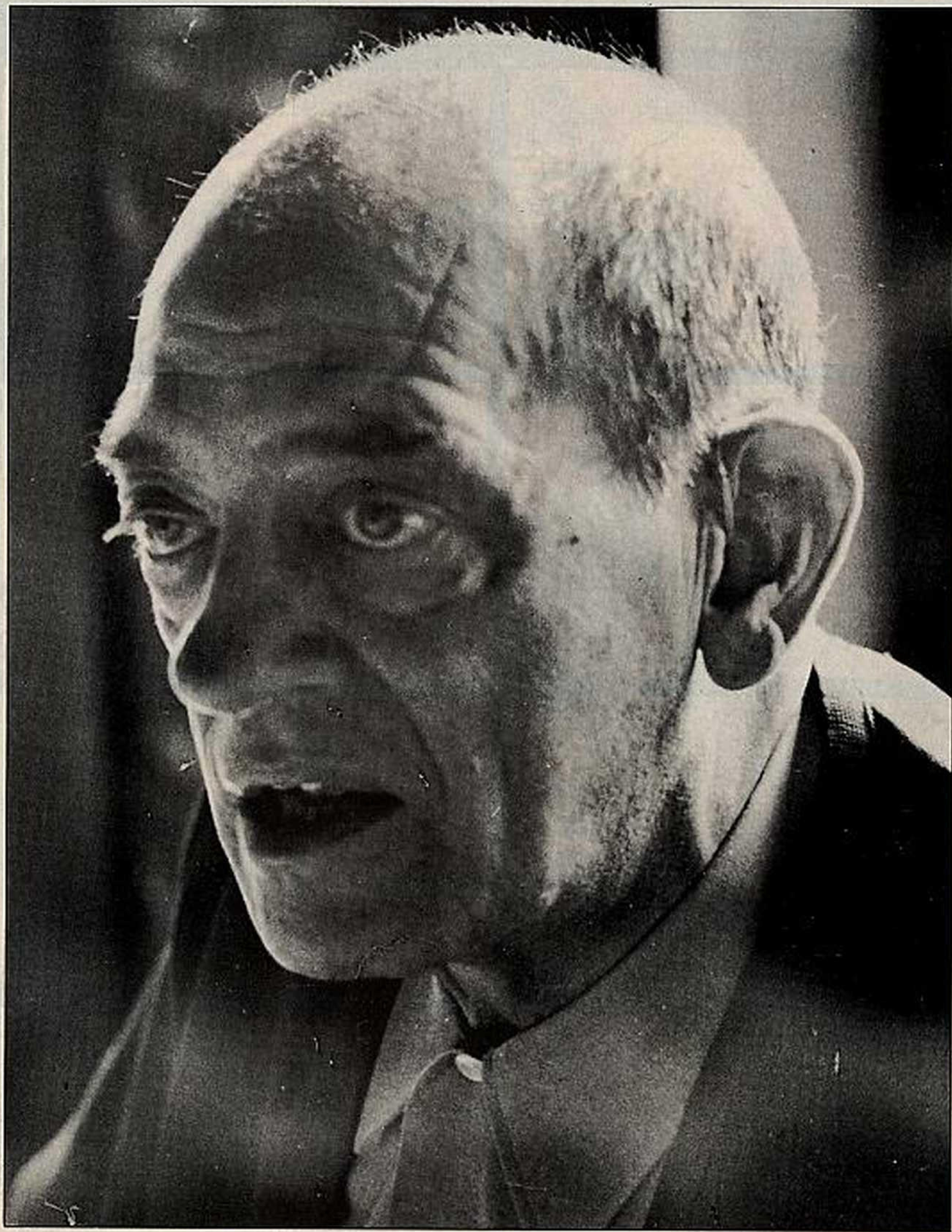
Creíamos en España que sólo se trataba de un republicano que no soportaba el régimen de Franco, que hacía películas inspiradas en las tradiciones religiosas españolas y que añoraba regresar. Quienes habían tenido oportunidad de conocer sus películas nos describían su espíritu rebelde sin entender que esa rebeldía iba mucho más allá del antifranquismo, que no tenía, incluso, mucho que ver con él, salvo por estar involucrado en el desprecio a cualquier totalitarismo que Buñuel preconizaba. Nos lo contaron mal, como también nos habían contado mal a Brecht; deformarlo fue, sin duda, una necesidad histórica, una miopía coyuntural, las mismas que nos hacían admirar autores cuyo auténtico valor residía en riesgos extracinematográficos. Nos quedamos sin conocer al auténtico Buñuel.

Nada que ver su poética con la inmediatez de nuestras necesidades políticas. A Buñuel le importaba «el libre acceso a las profundidades del ser, reconocido y deseado, este llamamiento a lo irracional, a la oscuridad, a todos los impulsos que vienen de nuestro yo profundo». A nosotros nos urgía salir de la dictadura. Perdimos mucho tiempo: sólo mejoró nuestra situación cuando el dictador murió por su cuenta y, a cambio, nos quedamos ya con su cultura chata e inútil.

Hubo, naturalmente, esfuerzos, tendencias, aciertos a lo largo de los larguísimos cuarenta años (Berlanga, en primer lugar; Saura, más tarde; Borau y otros, después), pero no pudieron conectar sus aportaciones personales, aisladas, sin lazos. Buñuel no transformó la cultura mexicana aunque trabajara en ella con frecuencia ni alteró en apariencia los rígidos esquemas de los intelectuales franceses, pero aportó una visión que les enriquecía. Probablemente, España hubiera sido un terreno más fértil, pero no nos enteramos.

Su libro ahora, es un asombro. Nos lo revela en su intimidad a lo ancho de tantos años de exilio; no habla mucho de su cine («Una vida no se puede confundir con un trabajo», dice), pero invita a reencontrarlo. Una libertad como la suya es la que necesitan conocer quienes se colocan tras una cámara sólo para que el espectáculo no muera o, lo que es peor, porque la ley obliga a que el cine español sobreviva. O se descubre con urgencia a Buñuel o seguimos viviendo la dictadura. Al menos, ya digo, los que no ofrecen más que sus ganas de ser contratados.

Buñuel está vivo, mucho más de lo que han declarado, con absurda suficiencia, algunos de nuestros cineastas. Si no quieren entenderlo así, habrá que olvidarles. ■



YO. DON NICO, DEMOCRATA
(de toda la vida)

ROMEU

















LAS RUINAS DE LA MONCLOA

POZUELO

ANOCHE soñé que volvía al Palacio de la Moncloa. Al pasar las verjas se me apareció el palacio iluminado como en las noches de fiesta. Luego, una nube oscureció la luna y se vio la desgarrada silueta de las ruinas...

Lo que soñé anoche era que yo era Adolfo Suárez; Adolfo Suárez que soñaba que volvía al Palacio de la Moncloa y se lo encontraba en ruinas. Curioso sueño. Mi psicoanalista se frotaría las manos con fruición, me pediría detalles. Yo le explicaría que todo estaba formado de las vivencias de unos cuantos días. Había visto otra vez el casi inenarrable «travelling» del principio de *Rebeca* –«Anoche soñé que volvía al castillo de Manderley...»–, asoma un poco en los televisores que hay en escena en «El taxidermista», de García Pintado: me había fascinado tanto volver a ver de nuevo esa profundidad que luego la repetía y repetía en mi recuerdo. Durante aquellos días leía con el apasionamiento del que todavía es uno capaz las trapisondas de UCD después de las elecciones de Andalucía...

–¿Por qué usa usted la palabra «trapisonda»? –me pregunta el psicoanalista.

–Bueno...

–¿Qué le sugiere a usted la palabra «trapisonda»?

–El Imperio de Trapisonda... o de Trebisonda, según otros autores... Ya sabe usted, esa especie de apéndice, de miembro separado, del imperio otomano que fundaron los Comnenus, los descendientes de Manuel Eróticus Comnenus hacia el siglo XIII...

–¿Ha dicho usted «eróticus»? ¿Ha situado usted ese nombre en una frase donde aparecen también las palabras «apéndice», «miembro»? ¿Al decir «miembro» no ha añadido usted «separado»; o sea, escindido, o sea, cortado: o sea, castrado...?

–¡Ah, no, eso no, por favor! No sea usted siempre así, tan, tan..., freudiano, tan reichiano, tan obseso sexual... Déjeme seguir con mi propio hilo. Bueno, el imperio de Trebisonda salía mucho en las novelas de caballerías, estaba relacionado con las Cruzadas, y se describía como un mundo de enredos, jaleos, tumultos, algarabía... Bueno, la palabra algarabía se me ha metido dentro por el título de la última novela de Jorge Semprún. Estuve en su presentación, y un caballero mayor le reprochó a Semprún utilizar esa palabra que tenía en castellano un sentido peyorativo para referirse a las experiencias del mayo francés... Me hace usted perderme otra vez. Si pudiera callarse un momento, que es la parte principal de su trabajo...

Hace un gesto y se calla. Mi psicoanalista no existe en la realidad externa, pero sí en la interna: lo llevo dentro de mí y a veces lo suelto contra los demás. Me es muy grato dejarle hablar por dentro cuando estoy en el círculo familiar: veo a mi suegra, dulce, tersa y falsamente juvenil, que quisiera sustituir a su hija en el papel de ama de casa; veo a su hija, mi esposa, que por días se hace austera, dirigente, controladora y dominante: querría ser su madre. Veo a mi hija, que querría ser yo, y al mismo tiempo su madre, y al mismo tiempo su abuela. Me veo a mí mismo rodeado de mujeres... Lo peor es cuando mi psicoanalista se encarniza conmigo mismo. No puedo pensar sin contar con él. A veces pienso que hay una verdadera sustitución, que el psicoanalista es el de fuera y yo el de dentro...

–Eso se puede llamar transferencia –interrumpe otra vez.

–Bien, el caso es que no es muy extraño que relacione UCD y la imagen de país creada por UCD con el reino, o imperio, de Trapisonda. Algunos de ellos son trapisondistas, como se entiende vulgarmente... Quizá está terminando todo en ruinas, también... El Palacio de la Moncloa es un símil del Imperio de la Transición (relacione usted, por favor, Transición con trapisonda...) En resumen, soñé que era Adolfo Suárez que volvía a la Moncloa y se encontraba con las ruinas de UCD...

–¿En qué se identifica usted con Adolfo Suárez?

–No, no, en nada... que yo sepa (añado cautelosamente): la cuestión es más simple. El nombre de Adolfo Suárez me surgió viendo a la compañía de la ópera de Leipzig cantando «Los maestros cantores». Había llegado difícilmente al final, a pesar de la perfección de la orquesta y la que podía tener los coros apelotonados en la escena: están acostumbrados a un espacio grande, y el de la Zarzuela les quedaba pequeño: son tantos... Y son tan gordos... Bueno, pues había soportado toda la dureza de la larga ópera, el sueño y el hambre de un hombre encerrado con Wagner desde las seis de la tarde, y el reloj se aproximaba ya a las once de la noche, cuando oí a «Walter» rechazar los honores, los títulos y los laureles: «Ich Meister? Nein!», canta. Y entonces me acordé de Suárez, que parece rechazar el regreso a UCD y al gobierno...

–Detengámonos en Wagner. Parece usted antiwagneriano.

–Sí, creo que lo soy.

–Es una polémica demasiado antigua la de los wagnerianos y los antiwagnerianos es tan antiguo y tan fuera de lugar como ser anticlerical...

–Pues yo soy así de antiguo: anticlerical y antiwagneriano. Y no creo que sean cosas tan pasadas. Ya ve usted una parte del viejo clero montaraz, como está ahora... En cuanto a Wagner no soy capaz de no relacionarle con el nazismo. La música de Wagner ayudó a castrar durante generaciones a la juventud intelectual alemana. Como estaba diciendo, en los «Maestros Cantores», cuando llega la escena final del desfile de los gremios, con los sastres representados por una inmensa tijera...

–Detengámonos un momento más. Ha empleado usted la palabra «castrar» y luego, de las varias insignias de los gremios de Nuremberg, ha destacado usted las tijeras. No la enorme bota, ni la rosca de pan; las tijeras. Ya sabe usted el gran terror del hombre a las tijeras; son castrado-

ras. A veces recuerdan las piernas abiertas de la mujer, y el miedo original a introducirse entre ellas por angustia de que se cierren y produzcan la castración...

–¡Cielos, no! Todo es mucho más sencillo...

–... y antes ha hablado usted con cierta inquietud de las tres mujeres que le rodean en el hogar. Podían resumirse en una sola: tres, y al mismo tiempo una...

–Como la Santísima Trinidad...

–En efecto. Una mujer en la vida de un hombre puede descomponerse siempre en tres: la madre, dominante y castradora; la esposa, dueña y administradora de nuestra sexualidad; la hija, o el tabú del incesto, el miedo a imaginarla amando a un hombre...

–¡Váyase al cuerno!

–...y si en una mujer se pueden ver al mismo tiempo esas tres situaciones de opresión, en tres, como es su caso, se puede ver una sola, la Gran Mujer. Viejos fantasmas, recrudecidos en la actualidad por el feminismo, que ha vuelto a despertar los terrores ancestrales del hombre...

–En todo caso, yo quería contarle a usted mi sueño. Anoche soñé que era Adolfo Suárez que soñaba que volvía a la Moncloa.

–De su sueño estábamos hablando. ¿No vio usted el debate sobre la caída de la sexualidad masculina?

–No, no estaba en casa...

–Y no se le ocurrió dejar el vídeo programado para ese debate. Significativo, muy significativo. Debió de ser muy interesante; yo tampoco lo vi. Usted habría ido a cualquier sitio, vista la afición que tiene usted a los acontecimientos mundanos.

–Volví a la ópera. Daban «La flauta mágica»...

–La flauta: un símbolo fálico. Yo también estuve allí. Estaba todo claro: el hombre, el muchacho aún, utiliza su flauta para alcanzar a la doncella: la levanta en alto, dura, erecta...

–Doctor ¿ha visto usted alguna vez una flauta flácida? Y, además, Mozart disponía de pocos elementos musicales para esta ficción. No iba a escribir «El violoncello mágico», o «El clavecín mágico». ¿Se imagina usted a Tamino esgrimiento en escena un contrabajo, o un timbal? En realidad, era una alegoría política, no sexual. Era una manera de burlar las prohibiciones de María Teresa a la masonería y repetir ante el público, en escena, los ritos más secretos...

–¿Y cree usted que la política no forma parte de los sexual? Veamos, usted sueña con Adolfo Suárez, o sueña que es usted Adolfo Suárez regresando al poder: a la virilidad. Adolfo Suárez es mucho más símbolo sexual que Leopoldo Calvo Sotelo. Suárez fue un seductor, Calvo-Sotelo un honesto padre de familia.

–¡Qué Dios le perdone, doctor!

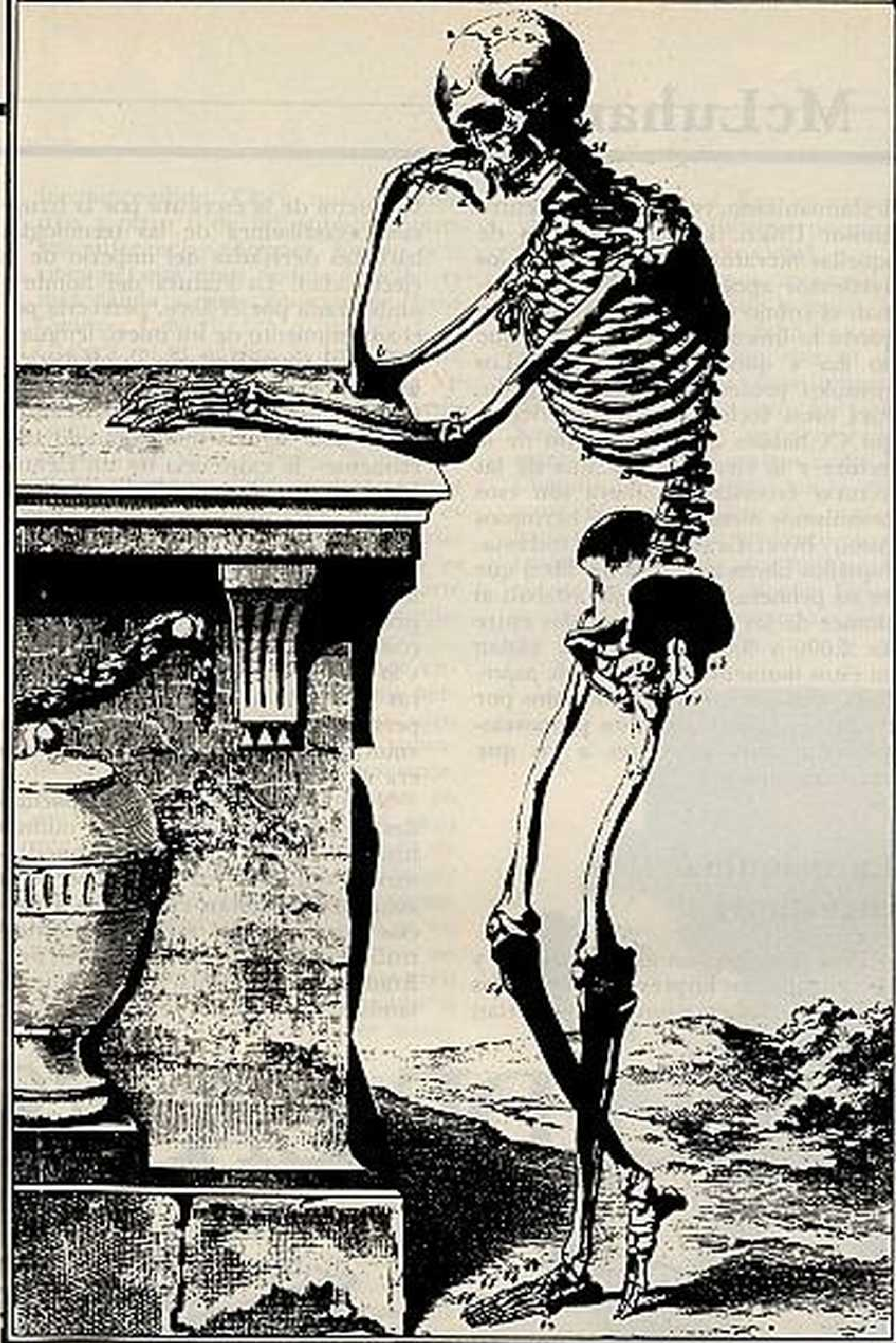
–... y por eso Suárez ganaba las elecciones y Calvo-Sotelo las pierde. No tiene nada que hacer ante el sexuado Felipe González. No hay seducción. UCD se equivocó al cambiar la imagen. Hay momentos en que los pueblos buscan un padre, un hombre tranquilo y mayor que les de sensación de imperturbabilidad, de serenidad. Pero este no es el momento español. Recuerdo un viejo cuento inglés: hay un incendio en un teatro, se va a producir una peligrosísima estampida del público cuando alguien salta al escenario y dice: «No olvidemos que somos ciudadanos ingleses, flemáticos, impasibles, serenos ante el peligro. Permanezcamos tranquilos, salgamos con pausa...» Y perecieron todos en el incendio. Esta es la imagen de Calvo-Sotelo, impasible y tranquilo, dejando tiempo y espacio para la serenidad. Así se embrolla en el asunto de las Malvinas, así asiste al proceso del 23 de febrero, así nos lleva a la OTAN. No moverá un músculo hasta que perezcamos todos en el primer incendio. Es el incendio del Palacio de la Moncloa, que podría resultar premonitorio si usted y yo creyéramos en las premoniciones: usted lo ha visto en ruinas en su sueño. Quizá recordase usted que una vez dispararon contra el Palacio desde un automóvil y que otra vez, en una cafetería de Argüelles, comenzó la «Operación Galaxia», que fue a derivar con alguno de sus mismos protagonistas –Tejero, sobre todo– en el golpe del 23 de febrero. Usted ve en la Moncloa el símbolo de un poder que se hunde, al mismo tiempo que quienes levantaron ese Palacio –lo arreglaron, lo amueblaron con su propio estilo–, o sea, UCD. En Adolfo Suárez usted sueña el salto atrás, el volver a empezar, el sueño eterno de la eterna juventud... Como si se pudiera volver a antes del 23 de febrero. Mucha gente de UCD y de los estamentos políticos lo sueñan así. Mientras los otros sueñan que son Franco y que vuelven al Palacio del Pardo en ruinas. Somos un pueblo descontento de su propio pasado, somos profetas del pasado. El mismo libro de Jorge Semprún a cuya presentación usted asistió, sin duda llevado de su deseo de reconstruir su propio pasado con Semprún –la época de la gran ilusión, la época de las esperanzas– lo que la ficción imagina es que el pasado fue otro: De Gaulle muerto en un helicóptero mientras en las calles de París triunfaba definitivamente el movimiento de mayo de 1968. Hemos llegado a una época en la que en lugar de tener pensamientos utópicos para con el futuro los tenemos para con el pasado. Como si a partir de un punto todo se hubiera equivocado y fuese necesario volver a ese punto para hacerlo todo bien.

–Por fin se aleja usted de la sexualidad y entra en una cierta razón, dentro del disparate...

–Ni por un momento me he alejado de la sexualidad. Volver atrás es siempre volver a la plenitud sexual. Al tiempo de la virilidad.

–Y eso, por ejemplo, le está vedado a las mujeres, que en ningún caso pueden volver a la virilidad... A menos que se haga usted tan antiguo, tan discípulo del antiguo maestro, que recuerde la historia de la «envidia del pene»... Y del complejo de castración de la mujer...

–Cuidado, no es algo tan antiguo. Y no están excluidas las mujeres de todo esto. Una madrugada pasada, cuando probablemente estaba usted entregado a Dios sabe que acto cultural con el que disfrazar su angustia, escuché por radio la voz tranquila de Montserrat Roig, una de las grandes feministas serenas. Hablaba de su despertar sexual, de la noción de su propio cuerpo, y relacionaba todo ello con sus inicios en la literatura y el periodismo. Explicaba la emoción intensa que sintió cuando le publicaron su primer trabajo en TRIUNFO, cuando publicar un artículo en TRIUNFO significaba «alcanzar lo que no se podía alcanzar». Cambie usted el nombre de virilidad por el de feminidad –en el mejor sentido de la palabra– y tendrá la misma sensación de volver a vivir la utopía. El tema de la plenitud sexual es el mismo para las mujeres que para los hombres. Si he utilizado la palabra virilidad es solamente por una corrupción del lenguaje. En cuanto a la «envidia del pene», es una frase que se ha entendido mal: se ha tomado el rábano por las hojas, si usted me permite una expresión que también es un poco fálica. No es un impulso biológico, una frustración incosciente de la mujer, sino la consecuencia de una educación, de una culturización, de una colonización de la mujer. Revelarlo es



luchar contra él, hacerlo patente para poder combatirlo, como está pasando ahora. Además, es algo que también sienten los hombres de esta civilización disparatada en la que vivimos: la envidia del pene de los otros hombres. La colonización del hombre, su inculturación obligada, incluye también la falocracia. Al hombre se le educa en la idea de que su pene tiene que tener un tamaño descomunal: se habla de medidas enteramente fantásticas. Como se habla de verdaderos «Récords» en el ejercicio del acto sexual. El hombre, a solas con su cosita, piensa siempre que la de los demás es superior; y cuando se encuentra con los límites normales de su ejercicio, los compara con los de las leyendas orales, con los de la literatura y el cine pornográficos. Y se encuentra mal dotado.

–Si lo que usted quiere decir es que cuando yo soñaba que era Adolfo Suárez lo que estaba era envidiando el falo de Adolfo Suárez, podemos tener un disgusto importante...

–En cierta forma, sí, y procure usted evitar el disgusto: los disgustos no tiene razón de ser y hoy se combaten con píldoras. Se ha identificado el machismo con el poder. No tiene usted más que ver la adoración de ciertas damas por lo que suponen ser la contextura de Tejero. Y la admiración por la Argentina en esos mismos sectores, convencidos como están de que la Junta Militar es viril. Hay una clara contraposición entre el general Galtieri, macho con frases machistas –«treinta millones de argentinos irán a la guerra...»– con la de Margaret Thatcher, femenina. He oído decir a alguien cuyo nombre me callo, que si Gran Bretaña estuviera dirigida por un hombre, el conflicto no se habría producido. Hubiera sido posible de todos modos: no olvide usted que las Malvinas tienen nombre de mujer, y que los cañones apuntando hacia las islas, y los soldados violándolas, son un residuo del pensamiento sexual.

–Doctor, usted está loco.

–Es mi oficio.

Me pasa siempre. El psiquiatra interior va saliendo poco a poco de dentro. Le invoco con una cierta burla, para inventarme un interlocutor válido, dada la soledad familiar que me rodea, las mujeres castradoras que dirigen mi vida, mi puesto subalterno ante hombres que son jefes, la tendencia psicológica a sumarme al femeinismo. La invoco, con el ánimo de tener de quien burlarme. Termina creciendo, hablando más que yo. Termina en el borde de esa forma de locura que se llama la frivolidad, y soy yo quien se va callando, silenciando.

Vuelvo al salón de la casa. Las tres mujeres contemplan ahora la televisión. La abuela hace calceta al mismo tiempo, para fingir que no acepta que la televisión sea algo total, sino meramente secundario, un simple fondo que no es capaz de llenarla, a ella, precisamente a ella. La madre es de otra generación y contempla fascinada la pantalla. La hija es ya como la abuela: hace como que passsa, fumotea tontamente, hojea libros, no que se queda con ninguno; se mira las uñas, se esponja el pelo, se mira atentamente las piernas como si fueran un tesoro. Están viendo, a pesar de todo, nada menos que Stand Laurel y Oliver Hardy en «Fra Diávolo». Contemplan sus torpezas, sus difíciles relaciones mutuas y al mismo tiempo su unidad; el viejo truco de Cervantes. Apenas se ríen: se ve que les desprecian. Pronto comprendo la verdad: les identifican conmigo. Con el ridículo, con el que quiere ser un condottiero y apenas llega a personaje cómico e inútil. Yo tengo que abstraerme. Me siento donde puedo –yo antes tenía un sillón, mi sillón; ahora lo ocupa cualquiera de ellas– y trato de identificar a los dos personajes. Pueden ser Calvo-Sotelo y Adolfo Suárez. Caminando por su edad media, cabalgando com pueden, contemplando las ruinas de la Moncloa. ■ P.

Ni Bradbury ni McLuhan

EXISTE todo un género de libros cuyo tema central es la muerte del libro como género. Se trata de una escritura profética que se distingue de todas las demás por su espléndida nulidad profética respecto de la escritura. Es un tipo de literatura que logra sus mejores momentos tramando un mundo sin literatura. Son narraciones que han logrado el privilegio del futuro, de la posteridad, precisamente por haber sabido referir la idea de un futuro sin narraciones.

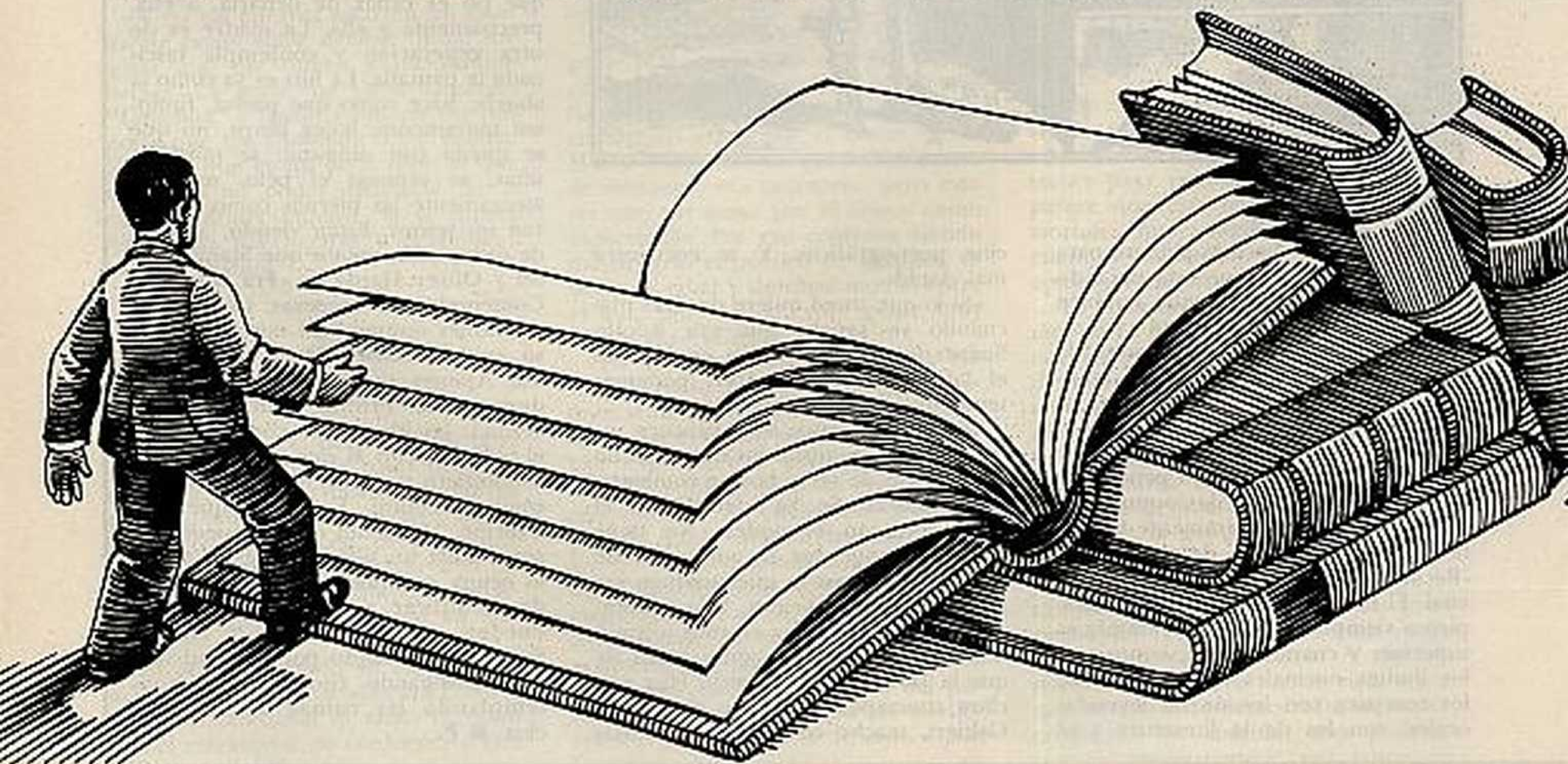
Me refiero a Huxley, Orwell, Bradbury y compañía (incluso me refiero a su contrafigura profética: McLuhan), pero sobre todo, a sus actuales epígonos despistados: esos intelectuales de letras que aprovechan cualquier innovación técnica no relacionada con la vieja imprenta de Gutenberg para citar en su ayuda a los bomberos quemalibros que en 1984 nos confinarán en el universo ágrafo y desmemoriado de Lenina Brown, delante de pantallas gigantes, entre altavoces perversos y hacia un porvenir clonizado, robótico, deshumanizado, regido por un Centro Emisor Unico. Lo cierto es que de aquellas literaturas proféticas que los irredentos apocalípticos de hoy estiman el colmo de la premonición sólo quedó lo único que denunciaban que no iba a quedar: *la literatura*. Los ejemplos proféticos se han vengado. Para estas fechas postrimeras del siglo XX habían augurado el fin de la lectura y lo cierto es que una de las lecturas favoritas de ahora son esos pesimismos metafóricos tan hermosos como inverificados. Más todavía. Aquellos libros agoreros del libro que en su primera edición sólo estaban al alcance de las élites, con tiradas entre los 2.000 y 3.000 ejemplares, andan en estos momentos en forma de *paperbacks*, millonariamente difundidos por las dos galaxias y a precios proporcionalmente muy inferiores a los que entonces tenían.

La máquina incestuosa

Pero hay algo aún más paradójico y divertidamente imprevisible. Aquellas alarmas bellamente noveladas inferían la muerte de la escritura por la irrupción avasalladora de las tecnologías bárbaras derivadas del imperio de la electricidad. La cultura del hombre, simbolizada por el libro, perecería por el advenimiento de un nuevo lenguaje universal sin tratos con lo alfabético, lo tipográfico, lo impreso. Los profetas pesimistas imaginaban –sus discípulos aún siguen imaginándolo diariamente– la existencia de un Centro Emisor Unico de mensajes audiovisuales que disolvería lo social –la pluralidad– y liquidaría lo personal –lo individual–. Que eliminaría el libro de nuestras costumbres, en definitiva. El profeta optimista de Canadá, por el contrario, veía en el triunfo de lo oral y lo acústico nuevas maneras liberadoras y creativas de lo social y de lo personal, bastante menos tiránicas y autoritarias que las procedentes de la era alfabética.

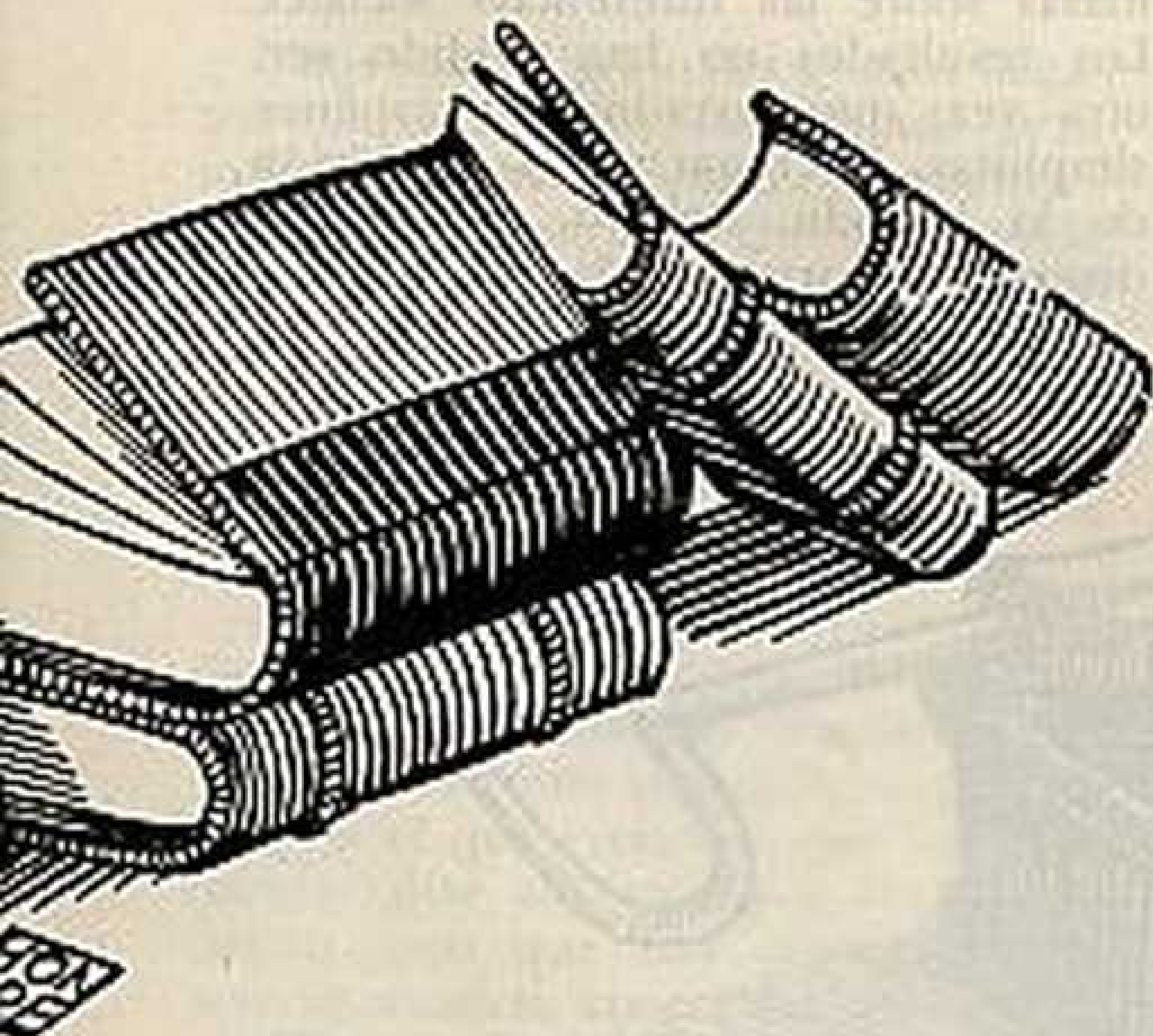
Ni lo uno ni lo otro. Las simplicidades se pagan caras en un mundo hipercomplejo. Sucedió, sencillamente, que esas máquinas que en la actualidad reeditan en serie y a precios populares los infundados catastrofismos librescos de Huxley, Orwell, Bradbury y compañía, a la vez que los también infundados entusiasmos de

EL FUTURO DE LA ESC



RITURA

JUAN CUETO



McLuhan y sus amigos del alma eléctrica, son el resultado más sofisticado de la alianza entre la electrónica, la informática y lo audiovisual y las viejas técnicas tipográficas. La nueva máquina con la que se fabrican los libros es un ordenador integrado a una impresora. Es decir: una máquina altamente incestuosa, fruto admirable del coito jamás profetizado entre Gutenberg y Marconi. Algo que unos y otros habían decretado *contra natura* –contra cultura– por la vieja manía metodológica de reducir a duelo de *western* el complejo discurso de lo real.

La termodinámica nos enseña el valor creador del desorden, la microfísica nos advierte del papel preponderante de la incertidumbre, la biología nos demuestra la aleatoriedad de las mutaciones genéticas, la información nos grita de la función central del ruido y la furia, la actualidad nos alecciona diariamente acerca del carácter volcánico, imprevisto, caótico, irregular y desordenante del acontecimiento histórico, incluso las ficciones que todavía merecen tal nombre nos previenen constantemente contra lo lineal, lo obvio, lo redundante, por la exhibición estética de lo irregular, lo desviante y lo paradójico. Sólo el discurso intelectual del literato, cuando siente tambalear alguno de sus antañones privilegios culturales, parece empeñado en plantear la realidad –la *no ficción*, si se quiere– en términos de disyunciones infantiles, reduccionismos baratos, simplificaciones atroces, certidumbres grotescas, profecías lineales que no resisten el paso de un lustro, apocalipsis biodegradables que no dejan rastro y patetismos de un solo uso.

El truco siempre es el mismo, el característico de todo pensamiento no complejo. Consiste en aislar y privilegiar un solo término de los varios posibles –en el caso de la polémica sobre la muerte o resurrección del libro, una nueva *proposición metafórica*– como principio simple al que deben reducirse servilmente todos los demás para que la narración funcione, es decir, la argumentación esté dotada de planteamiento, nudo y desenlace. Un concepto-maestro que nace, vive y triunfa o fracasa por oposición a su par antagónico, diseñado a imagen y *desemejanza* del mismo. O sea: Gutenberg contra Marconi, lo tipográfico contra lo audiovisual, la comunicación escrita contra la comunicación eléctrica, el libro contra la pantalla.

Ese método, ya digo, puede estar muy bien para que Gary Cooper pasee con elegancia indescriptible Hadley-Ville durante hora y media. O para que Fraga le robe la derecha a Calvo Sotelo en su feudo. Pero la cultura

contemporánea, por desgracia, resulta bastante menos simplificable y ordenada que los duelos de territorialidades primitivas.

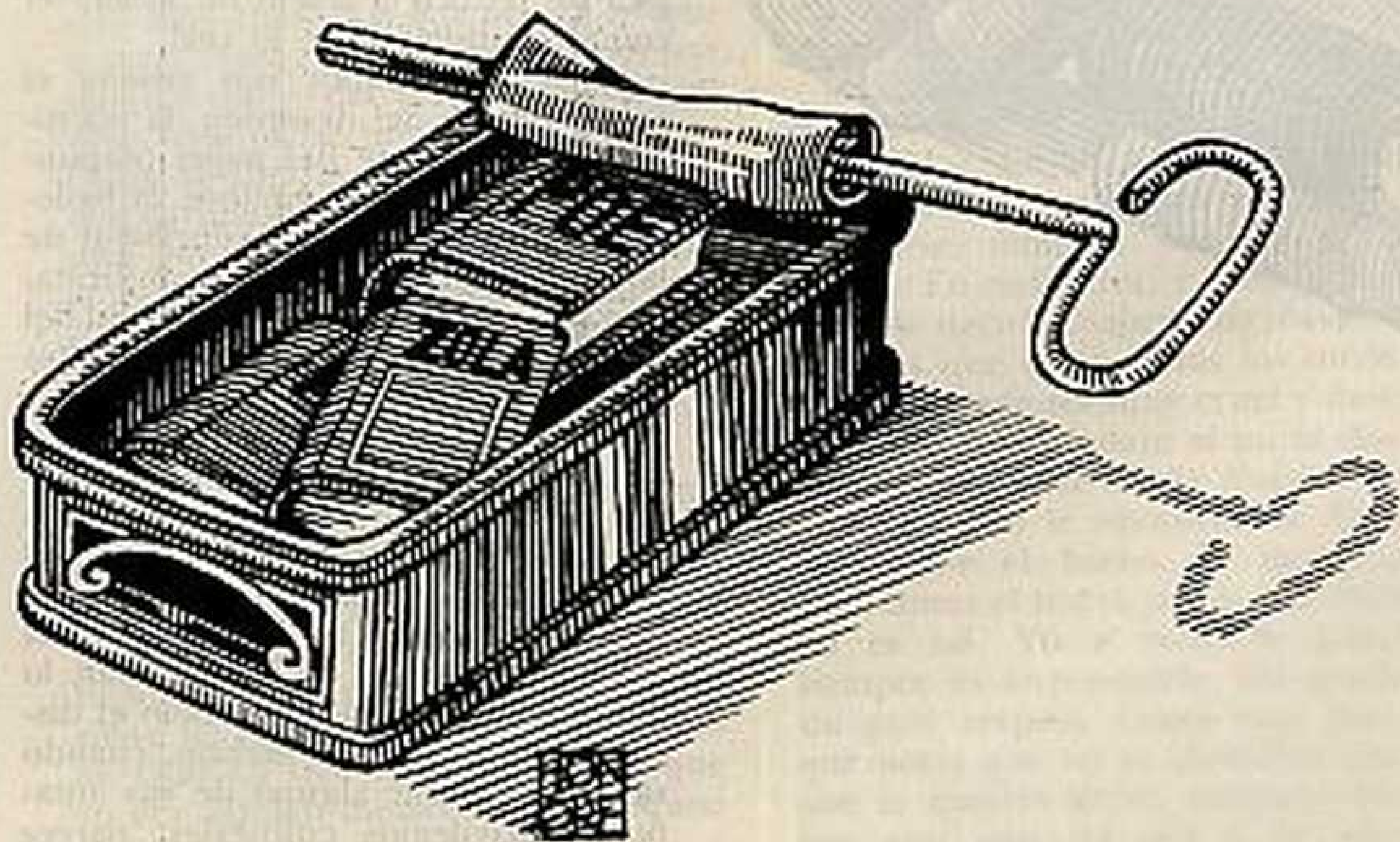
Quemalibros en paro

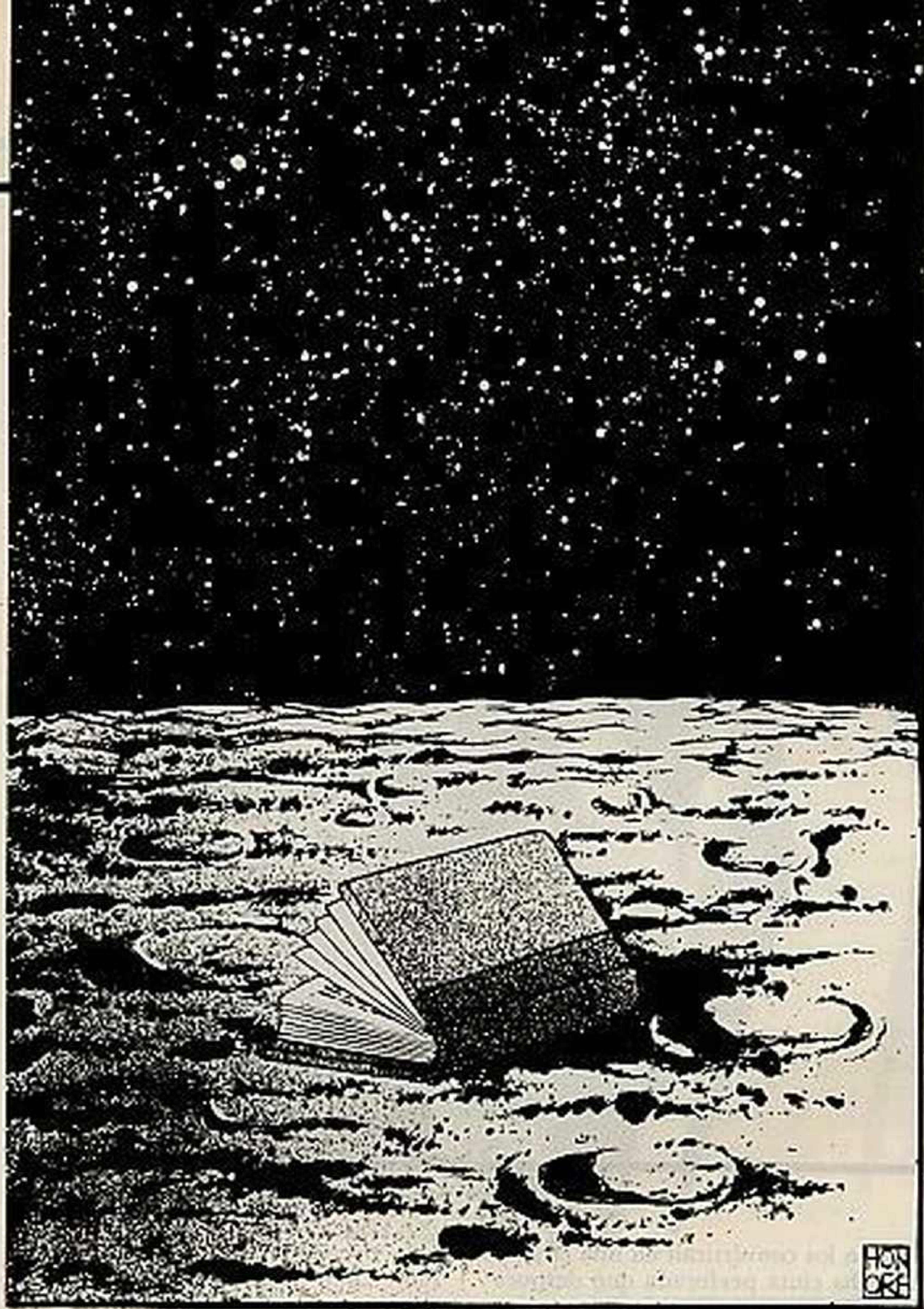
Aquellas pantallas anti-libro que en 1984 liquidarían la cultura escrita y, consecuentemente, el humanismo, en 1982 son utilizadas, entre otras cosas, para imprimir libros baratos, sin erratas, a velocidades nunca soñadas y en cantidades posindustriales. Los famosos bomberos pirómanos de Bradbury andan ahora mismo en paro forzoso, precisamente por culpa de las siniestras tecnologías audiovisuales a las que fanáticamente servían: ningún fuego logrará destruir ya toda la memoria impresa del mundo gracias a la informática incombustible y a la multiplicación, almacenaje y descentralización de todas las memorias de la humanidad. Aquellos televisores que iban a terminar con las bibliotecas se han transformado en las mejores bibliotecas privadas del mundo por la simple operación de convertirlos en videoterminales telefónicamente conectadas a bases de datos bibliográficos y de texto completo que almacenan la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, o cualquier otra de similar envergadura, cuyos fondos han sido recogidos por fotoimpresión en una pastilla de silicio de las dimensiones de un sello de correos. En fin, la metáfora insistente de ese Centro Emisor Unico hacia el que progresiva y fatalmente deberían confluir los *mass media* con el propósito satánico de uniformizar los deseos, masificar los gustos, monopolizar las necesidades y anular las ideas, tampoco ha logrado resistir el paso de un par de décadas. Hay centralización y masificación, pero también hay descentralización y desmasificación. Las ofertas de comunicación audiovisual, por ejemplo, se han pluralizado y diversificado como ninguno de los maestros de la ciencia-ficción pudo imaginar, pero todavía se atomizarán más gracias a los satélites, el cable, el videotex, el videocassette, el videodisco, el teletex, los sistemas de almacenaje y recuperación *on-line* de informaciones de todos los signos, la proliferación de los ordenadores personales y bancos de datos, y lo que vendrá.

Hubo en los inicios de la segunda industrialización, con el paso de la economía de producción a la del consumo, una fuerte tendencia hacia la masificación y la concentración de informaciones que fraguó el poderío de los medios de comunicación de masas. Lo cierto es que esos mismos monstruos uniformizadores que requería el nuevo sistema industrial engendraron sus anticuerpos, sus propias vacunas. Las tecnologías de producción y, reproducción y difusión que posibilitaron el gigantismo informativo y creativo también provocaron la fragmentación de las audiencias, la diversificación de los medios, el estallido de las imágenes, los sonidos, las palabras tipográficas y la escritura pública. La desmasificación no es un delirio personal de Toffler, es algo que diariamente podemos comprobar si nos situamos ante un quiosco de prensa, si conectamos la radio, si ojeamos la cartelera de espectáculos, si consultamos los boletines bibliográficos de prosas y versos, si reposamos nuestra biblioteca. Proliferación inaudita de pequeñas revistas al servicio de un grupo local, de un gusto musical, de una profesión extravagante, de un hobby, de un capricho, de una urgencia social, de una comunidad de vecinos, de una estética marginal... La revista desmasificada, la multiplicación de las radios –y no sólo las de frecuencia modulada–, las posibilidades personales de registrar imágenes y sonidos –y también de emitirlos, gracias a las radios de frecuencia compartida–, la popularización de los sistemas ligeros de filmación –video, super-8, etcétera–, la avalancha diaria de ediciones familiares o personales de libros, incluso de colecciones, para citar solamente algunos síntomas que están en la calle, ha permitido algo que no hace mucho tiempo hubiera parecido una utopía: que cada ciudadano pueda permitirse en estos momentos el lujo de tener una audiencia, sea por medio de las imágenes, los sonidos, la palabra o la escritura. Audiencia más o menos larga, pero audiencia al fin y al cabo. Un privilegio social que, como recuerda Amando de Miguel oportunamente, antaño estaba reservado únicamente a predicadores, cómicos, artistas, políticos y profesores.

Una mirada autista

La informática ha suscitado el riesgo del control y fiscalización de los seres humanos a través de los ordenadores gigantes y centralizadores. Pero también, a la vez, ha desarrollado las posibilidades liberadoras del ordenador personal. No sólo la *telemática*, también la *privática*. Aquellos intelectuales famosos de los años sesenta habían augurado a la humanidad dos catástrofes complementarias producidas entre otras causas, por el poderío de los medios de comunicación de masas. Por un lado, el fin del individuo, la disolución de lo personal, la liquidación de lo privado, el apocalipsis del yo. Por el otro, la muerte de lo social por los excesos de lo social, vale decir, por la uniformización de los comportamientos políticos, la planetarización de los actitudes, la formación de una clase universal de consumidores, el triunfo de la repetición de masas sobre las diferencias sociales. Los resultados no han podido ser, otra vez, más paradójicos y menos simplistas. En lugar de la disolución de lo privado, del yo, lo que las diversas factorías de la masificación





social han parido ha sido el *yoísmo* más radical de los posibles: *el narcisismo*. Ocurrió el ocaso del hombre público, en terminología de Richard Sennet, y el resurgir impetuoso de la autoconciencia más insolidaria. No sucedió el imperialismo de la masificación, sino el imperialismo de la intimidad, el desmesurado culto al cuerpo, el apogeo de lo privado, la rápida epidemia de esa mirada autista que se le ha puesto al hombre contemporáneo. Y en lugar de la descalificación de lo social por la masificación, como se temía, el desclasamiento se produce por la irrupción de la actitud narcisista. Porque esa nueva mirada confortablemente engolfada en su yo de marfil huye lo político, excluye lo público, devalúa lo colectivo, rechaza lo solidario y sólo está atenta a los pormenores de su minúscula identidad. Una mirada que ya no refleja el mundo exterior, ni siquiera el mundo cotidiano –como soñaban a modo de alternativa al fracaso revolucionario los postsesentayochystas contumaces– sino su propio ombligo. O su propia audiencia.

Consoladores Gutenberg & Marconi, S. A.

La nueva estrategia industrial ha vuelto a desordenar el esquema lineal de los apocalípticos y de los optimistas. La realidad resulta otra vez bastante más complicada que la ficción. Porque el modelo mitológico que vende el nuevo capitalismo ha dejado de ser el de aquel *hombre-consumidor*, pasivo, felizmente instalado en la masa, que hacía masa social. Ahora se trata del mito del *hombre-creador*, artificialmente individualizado a través de las aceleradas tecnologías que vomita la sociedad mercantil, productor de su propia imaginería narcisa, endeudado por la potente industria de lo «auto». Ese es con exactitud el flamante imperativo categórico que nos gritan las publicidades actuales: descubra su personalidad, hágalo usted mismo, desarrolle su mente, cuide usted solo de su salud, diseñe su propio cuerpo, construya su gueto, automatícese, autonomícese, autogestiónese, autocontrólese, autoprográmese, autoconciéncese, autoeroticese, autoproduzca, autoconsuma, autoedite, autolibérese de lo colectivo, masturbe su yo en cómodos plazos gracias a nuestra infinita gama de consoladores de la marca Gutengerg & Marconi, S. A.

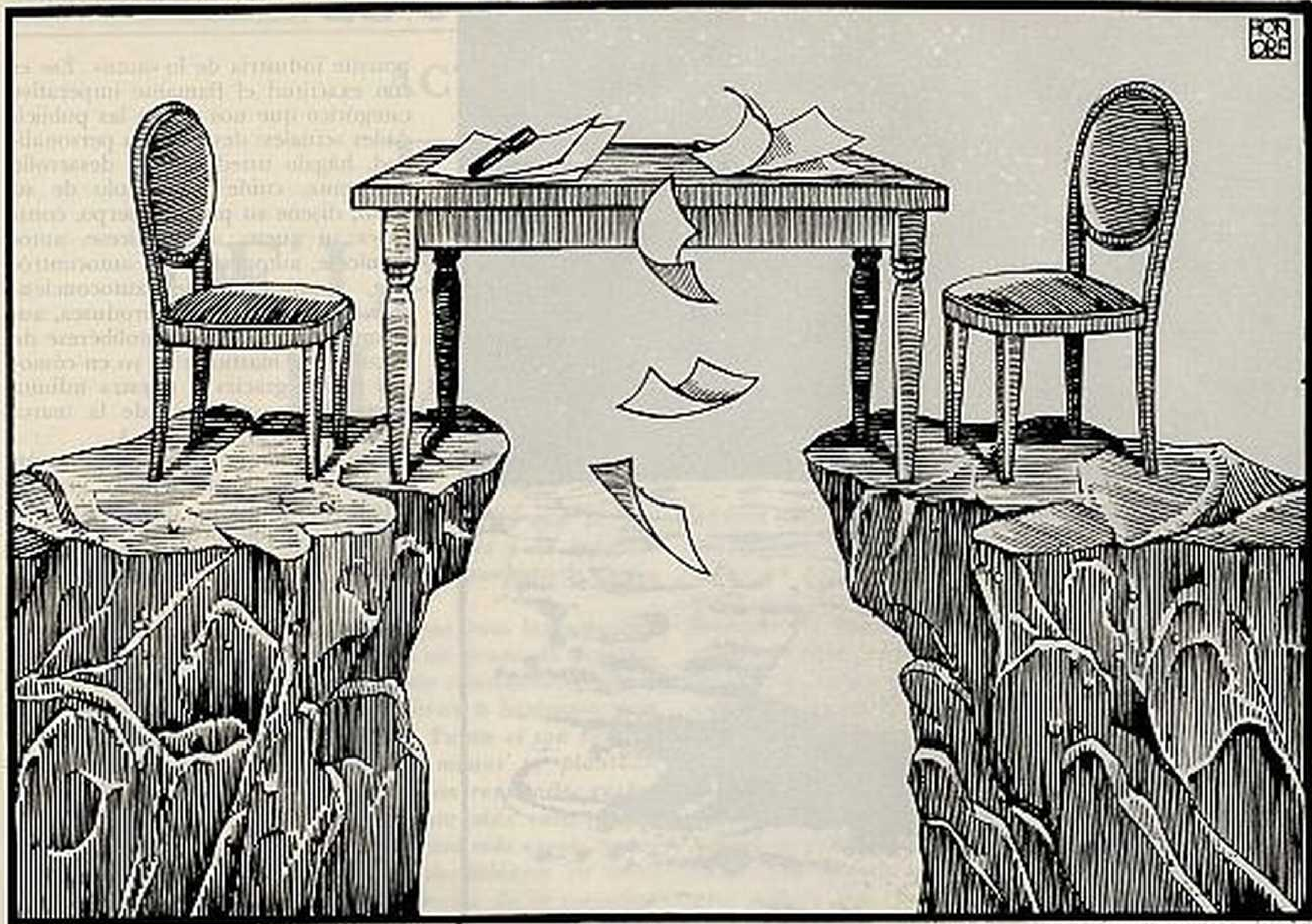
Esta puede ser la gran distinción completa que disuelve aquellas grandes diferencias simples que edificaron tanta lamentable profecía sin futuro. La lógica de la segunda industrialización había convertido al ciudadano en espectador pasivo de los *mass media* porque lo que perseguía era la creación de una masa universal de consumidores. La lógica del posindustrialismo hace creer a cada ciudadano que él mismo es un *mass media* con licencia para emitir toda clase de signos. El gran negocio de 1984 ya no está en ofertar aparatos *reproductores* de mensajes ajenos, sino aparatos *productores* de mensajes personales. No en tratar al ciudadano como consumidor social: halagarlo como creador individual. Nada de hablarle como audiencia: simularlo como competencia.

Ahí están los spots, las vallas, los escaparates y los catálogos de los grandes almacenes para mostrar que el fluido que vende y venderá por mucho tiempo es el que promete las delicias narcisistas de la autoproducción de signos. Vídeos en lugar de televisores, cámaras cinematográficas en lugar de proyectores, emisores en lugar de receptores de radio, registradoras musicales en lugar de reproductoras, miniordenadores personales en lugar de macroordenadores laborales, impresoras en lugar de fotocopiadoras, máquinas de exhibir el yo en lugar de máquinas para admirar al otro.

Todo es solidario, nada es simple

No muere el libro. Mueren sistemáticamente las profecías que anuncian los funerales del libro. Quedan en evidencia esas literaturas pelmazas y blandas que continúan planteando a estas alturas de la civilización industrial el futuro de la cultura escrita como luchas fronterizas a vida o a

EL FUTURO DE LA ESCRITURA



muerte. Porque después de un siglo de cinematógrafo, de tres cuartos de siglo de radio y de medio siglo de televisión está empíricamente demostrado que no hay duelo entre lo audiovisual y lo impreso o que se trata de un duelo imaginario: de un género narrativo más. Ni hubo lucha territorial cuando la gran época de las masificaciones, ni mucho menos en la era de la comunicación desmasificada.

Escribo estas líneas en una habitación atiborrada de libros y alfombrada por los periódicos del día y las revistas y minirrevistas de la actualidad, con el televisor iluminado pero sin sonido, el vídeo cargado con una vieja película de Hitchcock, el teléfono sin parar, mientras Radio-3 emite unos solos de piano de Chick Corea que el magnetófono incorporado al aparato está grabando automáticamente. Escribo esto con una antigua Lexicon 80, fuera de mercado, y a más de quinientos kilómetros de distancia de donde estas páginas se imprimirán y editarán. Cuando se me agote el rollo, sospecho que dentro de pocos minutos, llevaré los folios escritos a la cabina de télex de Gijón, donde por medio de un teclado los convertirán en una larga y estrecha cinta perforada que después un funcionario de Correos introducirá en la correspondiente máquina transmisora y enviará instantaneamente a otra máquina similar situada en la redacción de *Triunfo*, que sin intervención humana volverá a traducir los impulsos eléctricos en lenguaje alfabético impreso sobre papel. Mañana por la mañana enviarán a la imprenta el artículo para que lo tecleen en un videotermina alfanumérico con pantalla catódica, que lo registrará por procedimientos ópticos para luego enviar directamente esas nuevas señales electrónicas a un ordenador integrado a una impresora; máquina que otra vez relacionará los datos con la escritura y el papel —el que usted tiene en sus manos— por medio de una endiablada serie de operaciones informáticas y tipográficas.

Un mareante tráfico entre las dos galaxias en el que han intervenido sin que chirrien (aquí lo único que puede chirriar es mi prosa torpe o mis ideas) un montón de tecnologías que los reductos, pesimistas u optimistas, habían decretado disyuntivas y beligerantes por su cuenta y riesgo. Hubo en este proceso que acabo de referir escritura, imágenes, informática, sonidos, video, óptica, papel, señales electrónicas, tinta, música de fondo, lenguaje alfabético y binario, libros, planos televisuales, cultura de masas y cultura culta, fotografía, tipografía, telegrafía, telefonía, palabras, ruido, orden, desorden, aleatoriedad, cintas perforadas, viejas y nuevas máquinas, miniordenadores, transistores, teleprinters, lectura, fotolectura, display, canales, acústica, bits, gestos, tradición, memoria fisiológica y memoria virtual. Pero sobre todo, hubo un proceso cerebral de rango bioquímico que soy absolutamente incapaz de comprender más allá del uno por ciento, aunque me consta su tremenda complejidad a pesar de que los resultados que ahora saltan a la vista luzcan tan pobres y elementales. Ya me dirán los numerarios del duelo dónde empieza la metáfora de lo eléctrico y acaba la de la escritura en esta espiral que sólo demuestra una cosa: que todo es solidario porque nada es simple. ■ **J.C.**

EL LIBRO Y LA MECEDORA

MANUEL VICENT

A estas alturas da un poco de risa escribir un libro o fabricar una obra de teatro, del mismo modo que da un poco de pena imaginar a una señor leyendo un tomo encuadernado balanceándose en una mecedora o entrar en una elegante platea de crujientes butacas de terciopelo con tres filas ocupadas por los residuos de una burguesía, que todavía creen en la propia panoplia y cubre sus espaldas redondas con garras de astracán para oír cómo caen desde el escenario algunas pasiones decimonónicas destrozadas por el manierismo. Hace años el teatro se instaló en las aceras disparatadas de la ciudad, aunque también esa fórmula ha muerto. Diariamente se publican centenares de libros, que nadie lee. Hasta aquí hemos llegado.

En aquellos dorados tiempos de la prehistoria en que todavía se hacían buenos negocios la gente iba a las librerías y la burguesía, después de echar el cierre semanal y hacer arqueo, cumplía el rito complaciente de darse una vuelta por los patios de butacas para dejarse zaherir por los cómicos. El teatro era esa viruta amarga que daba un sabor sofisticado al tedio cultural. Pero ahora el melodrama burgués está en los libros de contabilidad, la tragedia se desarrolla en las colas del paro y la comedia se realiza en las fábricas. Por otra parte las últimas librerías pronto se convertirán en tiendas de picón para braseros.

A partir de los años sesenta el teatro se había instalado en la calle. Lo que entonces se veía de más moderno en las salas de espectáculos era un reflejo de los nuevos mitos culturales que se habían apoderado de las aceras de la ciudad. Las antiguas bacantes habían invadido el aire público, los tragediantes se movían en las plazas del ayuntamiento, las pasiones de la sociedad se realizaban en las escalinatas de los monumentos, al pie de las estatuas de los héroes románticos. Los gestos de moda de la nueva convivencia se mezclaban a la salida del sol con las mangueras de riego y el trabajo del camión de la basura.

En aquel tiempo la juventud tenía un mensaje programado de vuelo migratorio por los barrios, bajo las acacias de los paseos, sobre el césped de los parques. La cultura oficial había muerto. Sófocles, Dante, Goethe, Voltaire se habían transformado en balada, en arreglo para guitarra eléctrica, en música de fondo para degustar la yerba, que venía de Colombia. Los intelecuales, los sacerdotes y los sociólogos miraban el panorama desde el puente y sacaban sus consecuencias. Al teatro no llegaban sino desperdicios, los libros eran pura taxidermia, aves disecadas y el arte había alcanzado la pura inanidad. Para estar al día en materia de cultura era obligatorio darse una vuelta por los soportales de la Plaza Mayor, por la bajada del Rastro, por las tascas de la calle Libertad, por las Ramblas de Barcelona, por el barrio del Carmen de Valencia, por los graderíos de un mitin de izquierdas, por la acampada de un festival de música, por los tenderetes de abalorios de las aceras de Moncloa. Entre somiers rotos, ropas de soldado, viejas prostitutas, horchaterías blancas, mostradores de estaño, con las cabelleras pobladas de piojos orientales y los macutos cargados de misales de Krisnamurti, había nacido un nuevo lenguaje, que se renovaba cada jornada, que envejecía siempre al amanecer.

Los trabajos de Sísifo para la burguesía consistían en perseguir a los actores cuando ellos ya se habían ido. En aquellas décadas los gestos burgueses tuvieron un aire de parodia, eran una persecución desalentada de los nuevos héroes. La burguesía llegaba a Ibiza y ellos ya no estaban allí. Entonces se dedicaba a practicar el remedo: se vestía con andrajos de Juanjo Rocafort, recobraba la inocencia preternatural de paraíso iluminado con neón y hacía erotismo en una cala adscrita a la multinacional ecológica. Pero la cultura se había trasladado a Bali. De pronto se oía hablar del Centro Argüelles, aquel dédalo de pasillos y tabernas de Ulises, por donde discurría la ruta de la marihuana, un sótano establecido bajo el dormitorio de los ejecutivos donde la acracia de la universidad acudía a purgarse al anochecer. Cuando llegaba allí la burguesía o los dependientes de comercio o los oficinistas, resulta que el espectáculo ya había pasado de moda, la policía ya había peinado los corredores y la quincallería había sustituido el decorado. Ellos ya no estaban allí.

En el Rastro los domingos unas jóvenes pálidas ofrecían masajes orientales en el calcañar a honrados padres de familia que iban a comprar unos morillos para la chimenea del chalé de la sierra, plantado sobre aquella legendaria parcela de cincuenta mil de entrada y el resto en diez años, aquel hito de calidad de vida en los últimos años del franquismo. La acratería rutilante vendía carteles, pulseras de cuero, hierbas para la lucidez y granos para el vigor del orgasmo. Cuando la burguesía se enteraba, se sacudía con el codo y en la primera ocasión llegaba hasta allí un domingo después de misa de doce. Pero ellos ya no estaban. En la plaza Mayor, en las Ramblas de Barcelona, en el barrio del Carmen de Valencia, en la esquina más insospechada de cualquier ciudad un ejército de jóvenes que había roto filas, desmitificaba cada día las antiguas pasiones del teatro y del libro, el dominio de la cultura escrita, el amor, el hambre, la música, el sexo, el dolor, el arte, el placer.

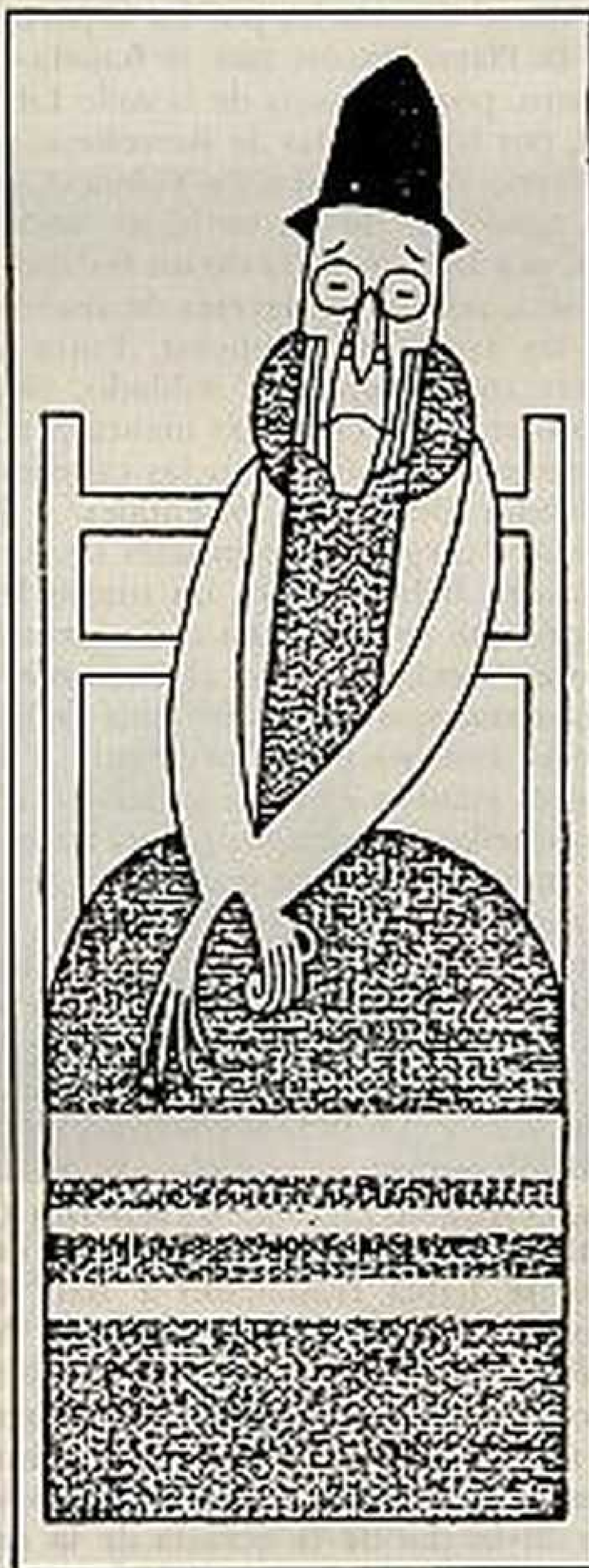
¿Dónde están ahora? Hoy aquellos jóvenes han desaparecido, aquella moda ambulante se ha esfumado. Las burguesía también ha abandonado la persecución ritual de los nuevos mitos. El teatro en la calle ha muerto. La cultura de la imagen ha alcanzado la cumbre en el anuncio de Martini y la informática ha degenerado en un subproducto de comecocos, aparatitos para matar marcianos y máquinas con lluvia de aerolitos. ¿Cuál es ahora el nuevo marbete de la modernidad? Fabricarse un rincón, no salir de casa, recuperar la mecedora de la abuela y leer un libro encuadernado. Cuando todo está muerto, hay que comenzar por el principio. Recuperar el hábito morboso por la lectura, lentamente, mientras corren las horas de la tarde por el visillo. El mundo se ha amanerado. Todo se ha gastado, desde el griterío de la jauría en un concierto de rock hasta las vallas publicitarias más subyugantes que te invitan a consumir cierta clase de galletas a través de los muslos de una muchacha imposible. Los adultos ya se han sacudido el complejo de imitar a la juventud. Su estética ahora es el cinismo. Por su parte los jóvenes ya no marcan nada. Su estética es la desesperación sin riesgo, sin dinamita. Este es el momento de sentarse en el sillón de orejas o de balancearse en la mecedora con un libro encuadernado en las manos. Hoy se llevan mucho los volúmenes de cantos dorados y con el lomo traceado con nácar, a la sombra de un olmo, junto a un refresco de granadina. ■

LA PROSA DEL VERANO

(Un libro ayuda a leer)

FRANCISCO UMBRAL

UNO, por ejemplo, tiene resuelto el verano con el **Journal** *de André Gide, que por fin he conseguido en tomo completo de reventa (acudir siempre a Berchi) y pienso que, puesto en trance de aconsejar lecturas estivales al personal, André Gide, borrado demasiado pronto por Sartre y el existencialismo de postguerra, es un autor al que hay que volver, porque sigue vivo. Roland Barthes nunca renegó de él, e incluso recuerda con emoción, en alguno de sus últimos libros, cómo veía a Gide por París, al pie de cualquier barra, leyendo o escribiendo, anotando la vida sobre la marcha en la libreta que llevaba siempre consigo. Gide renunció a contar algunas cosas concretas por contarlo todo sobre la marcha. Es el caso lírico y dramático del escritor sin género que quiere decirlo todo a la vez, hacer lo que Merlau-Ponty llamaría «la prosa del mundo», y que aquí se nos va a quedar, más sencillamente, en la prosa de agosto.*



Juan Ramón Jiménez.

André Breton

Gide quiso ser la lucidez absoluta y ni siquiera voluntaria. André Breton su contemporáneo y casi coetáneo, padre del surrealismo, quiere ser todo lo contrario: la irracionalidad, el anti/hombre de letras, que es lo que es Gide.

Pienso que entre estos dos nombres se ha movido la elipse de medio siglo de cultura francesa y europea. Gide o la lucidez, más su francés sólido y ligero, partenónico y fluvial. Breton o el irracionalismo voluntario, más su francés insólito, destruido, reconstruido, reinventado. Cualquier libro de Breton, verso o prosa, sirve como lectura de verano, con la ventaja de que, así como Gide es casi inencontrable, ya en España, Breton y algunos de los surrealistas se reeditan constantemente. Porque es el propio surrealismo lo que ha vuelto (más allá del profetismo papal del Breton tardío), y cuando un pegamoide dice que el ama de casa tiene diez piernas de colores, o que el frigorífico lee a Marx, se está alimentando de la sombría, fascinante, húmeda y variada despensa surrealista. Sólo quedan vivos, de la vieja guardia, Aragon, Dalí y Buñuel. Hay un lema de Breton que me parece un buen lema para el verano y sus «azares objetivos», en lo cultural y lo amoroso:

–Sólo canto la luz de la coincidencia.

Pues eso.

Aranguren

Cualquier libro de Aranguren (siempre acaba de sacar uno), es bueno para el verano, el campo, la playa o el año pasado en Marienbad.

Aranguren ha optado por el aquí y el ahora (un poco como Gide) y no para de hablar, escribir, viajar, presentar libros, salir a cenas y hacer artículos. Quedará como el Unamuno ácrata, como el Sartre alto, como el Valle-Inclán de la ética, cuando se haga la historia de esta transición democrática, de estas vacaciones de libertad que nos hemos dado los españoles. Ha descendido al periodismo como su remoto maestro d'Ors:

–Como mejor se explica la venida



André Gide.

del Papa es como show final de los Mundiales.

Cuando le vi caminando solo por la Castellana, contra la luz de verano llegadera, descubrí el costado de Aranguren que me quedaba por descubrir: el costado Valle-Inclán.

Su curvatura desde el catolicismo no nacionalizado hasta la teologia-ficción (el apóstol San Juan como hijo de Cristo) y la acracia ilustrada, es algo muy semejante a la curvatura de don Ramón, desde el carlismo estético al anarquismo literario.

Puesto que don Ramón está de estatua en Recoletos, a veces se encuentran y saludan.

JRJ

Juan Ramón Jiménez lo dijo:

–He escrito tanto en prosa como en verso, o quizá más.

Y hasta tuvo el proyecto de poner en prosa toda su obra. En sus libros finales, desde *Espacio*, *La estación total* y *Animal de fondo*, el verso y la prosa (que había separado cuidadosamente dentro de un mismo libro, como *Diario de poeta y mar*), se confunden, se entremezclan, se enriquecen mutuamente, se enredan «como fuego con su aire». Ese es el andaluz universal que he explicado muchas veces, en Universidades y sitios, el que llega a la escritura absoluta en libertad, torrencial (él, que tanto había recriminado el torrencialismo a Neruda), y dentro de una conferencia habla del español de España y, no sabemos cómo, va a parar a la duchita para los dientes –*waterpick*– y es, como su sosias Ezra Pound, el anciano de fuego y lenguajes que puede decirlo todo, asumirlo todo, porque ha descubierto, como Pound, que «el latín es sagrado, el trigo es sagrado». La cultura más vieja y la cosecha misma de este agosto.

Neruda

Ahora que los venecianos, decadescentes (que diría Lezama Lima), exquisitos y neonovísimos (cuyo triste destino sentimental suele ser, en algunos casos, heredarme las novias yanquimurcianas), han decidido que Pablo Neruda es un poeta hortera, hay que volver a Neruda: por ejemplo *Navegaciones y regresos* (bolsillo Bruguera), porque es el más grande, alto y poderoso poeta de todo el castellano del siglo (incluido el torrencialismo que le reprocha JRJ, como hemos dicho). Se aconseja, únicamente, obviar la poesia propagandistica de Neftalí Ricardo Reyes, aunque del surrealismo de *Residencia en la tierra* a la época del *Canto general* sigue siendo una potencia lírica en castellano como no se daba desde Quevedo.

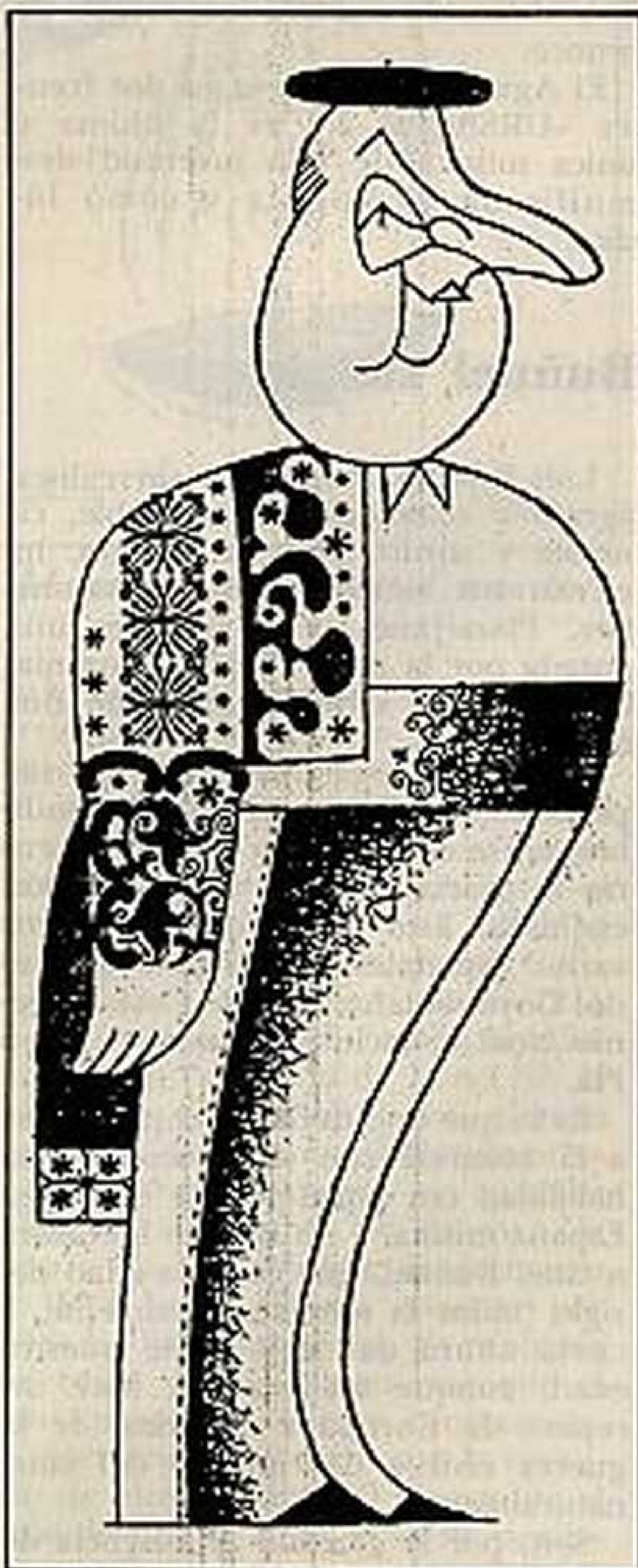
(Los pequeños andan enredando con Kavafis, que es un Cernuda más exótico y presenta la ventaja de que le gustaban los efebos y otras pederastias).

Los nuevos filósofos

Los franceses, claro, porque los españoles no son filósofos ni nuevos. Jorge Herralde, que ha editado a Glucksmann, me lo dice en Barcelona:

–Henry Levi no es más que un panfletario.

André Glucksmann, en cambio, en *Cinismo y pasión*, se revela como el escritor fascinante que ya conocíamos, aunque la vaguedad de su postulado liberal, cuando tiene que concretarse, desciende a glosar a Petain y Peguy. El liberalismo filosófico, como el centrismo político, siempre hace agua por la derecha. Lo cual no es óbice para que este escritor agilísimo este pensador lábil nos gane y nos lleve de sofisma en sofisma. Uno no tiene nada contra los sofismas y los sofistas, siempre que el sofista se mantenga terne hasta el final, sin cantar a un general entreguista o a un pseudopensador católico.



Pablo Neruda.

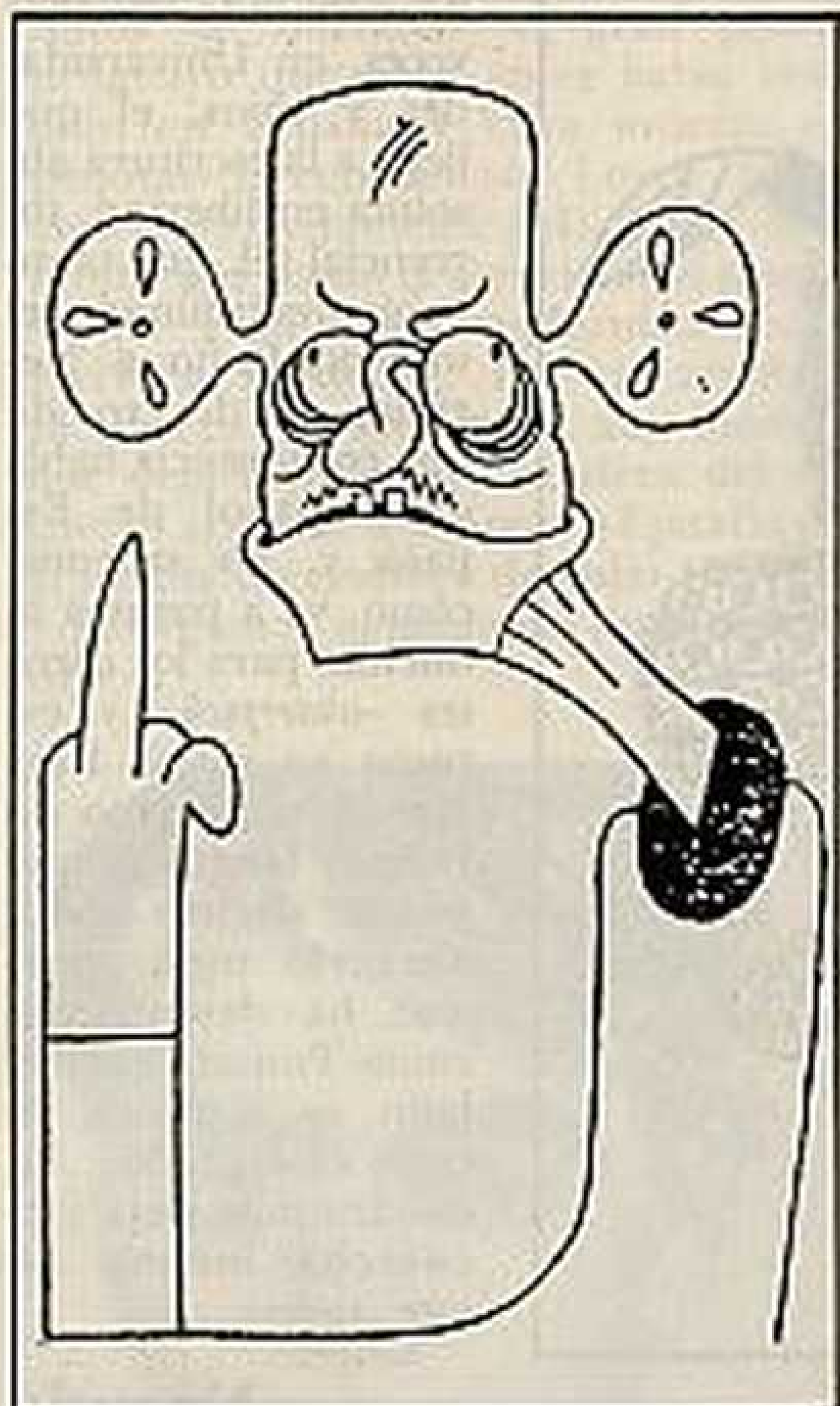
LA PROSA DEL VERANO

Agit/prop

Agitación y propaganda pacifista, antinuclear, juvenil, que hoy recorre Europa, de la Ciudad Universitaria de Madrid a la frontera misma de la URSS.

Antonio Regales ha contado muy bien todo esto en Ediciones de La Torre (Nuestro Mundo), sin olvidar a una de aquellas musas de un día que en París/68 optó por ser llevada a hombros, agitando una bandera, porque le dolían los pies. En nuestro primer verano/OTAN, conviene hojear y ojear (tiene fotos) este libro en la playa, por si de pronto emerge de las espumas neutrónicas, Venus reaganizada, la diosa de la guerra, poniendo espanto en los pechos desnudos, al fin, de nuestra compañera de bronce.

El Agit/prop se mueve en dos frentes –URSS/USA– y es la última y única mística de una juventud desmitificada, ecologista y como lúdica.



Luis Buñuel.

Buñuel suspira

Luis Buñuel, aragonés y surrealista, ágrafo y narrador incomparable, cineasta y sordo, viejo y violento, ha escrito sus memorias, *Mi último suspiro*, Plaza/Janés, y el libro es una gozada por la naturalidad, la lozanía, la gracia y el saber recordar de Buñuel.

Buñuel, en este libro como en sus películas, mantiene el difícil equilibrio entre el iberismo y la sutileza, entre la gracia jotera y la observación exquisita. Esto se ha dado en otros varios españoles: Cervantes, Quevedo, Goya, Solana, Baroja, Cela, Eugenio Noel e, incluso, el catalán Josep Plá.

Es lo que uno definiría como pintar a la acuarela con una escoba. Una habilidad tan española que quizá sea España misma, y no sólo en literatura o cine. Buñuel, que tiene la edad del siglo (todos la tenemos, realmente, a cierta altura del siglo y de nuestra edad, aunque sea menos), hace un repaso de Europa y América, de la guerra civil y del mundo del cine, naturalmente.

Son, por la gracia y la ausencia de reiteración, las memorias que le habría gustado escribir a Baroja.

Fernández-Ordóñez

El último libro político de la season me parece que fue *Palabras en libertad*, de Fernández-Ordóñez. Todo un programa *neo*socialdemócrata. Subrayo el *neo* porque ahí me parece que está la novedad, la sorpresa y la esperanza. La socialdemocracia, pacto del socialismo con el capitalismo, ha ido comprendiendo que eso es el pacto de Caperucita con el lobo. Al final el lobo se la come o se la tira.

Paco Ordóñez parece haber visto clara la necesidad de irse un poco más a la izquierda, por guardar las distancias respecto al lobo. El libro está hecho en colaboración con el periodista Eduardo Rico y adopta la forma ilustre y griega del diálogo.

Puede aclararles a ustedes algunas ideas de cara a las elecciones generales. Más la cultura literaria, humanística, de FFO, que rebordea siempre, cuanto dice. Es quizá el único político español que lee libros no políticos. Se define como azañista y el azañismo, en España, está en alza y vuelve por Cartagena.

Que no decaiga.

Las faulknerianas

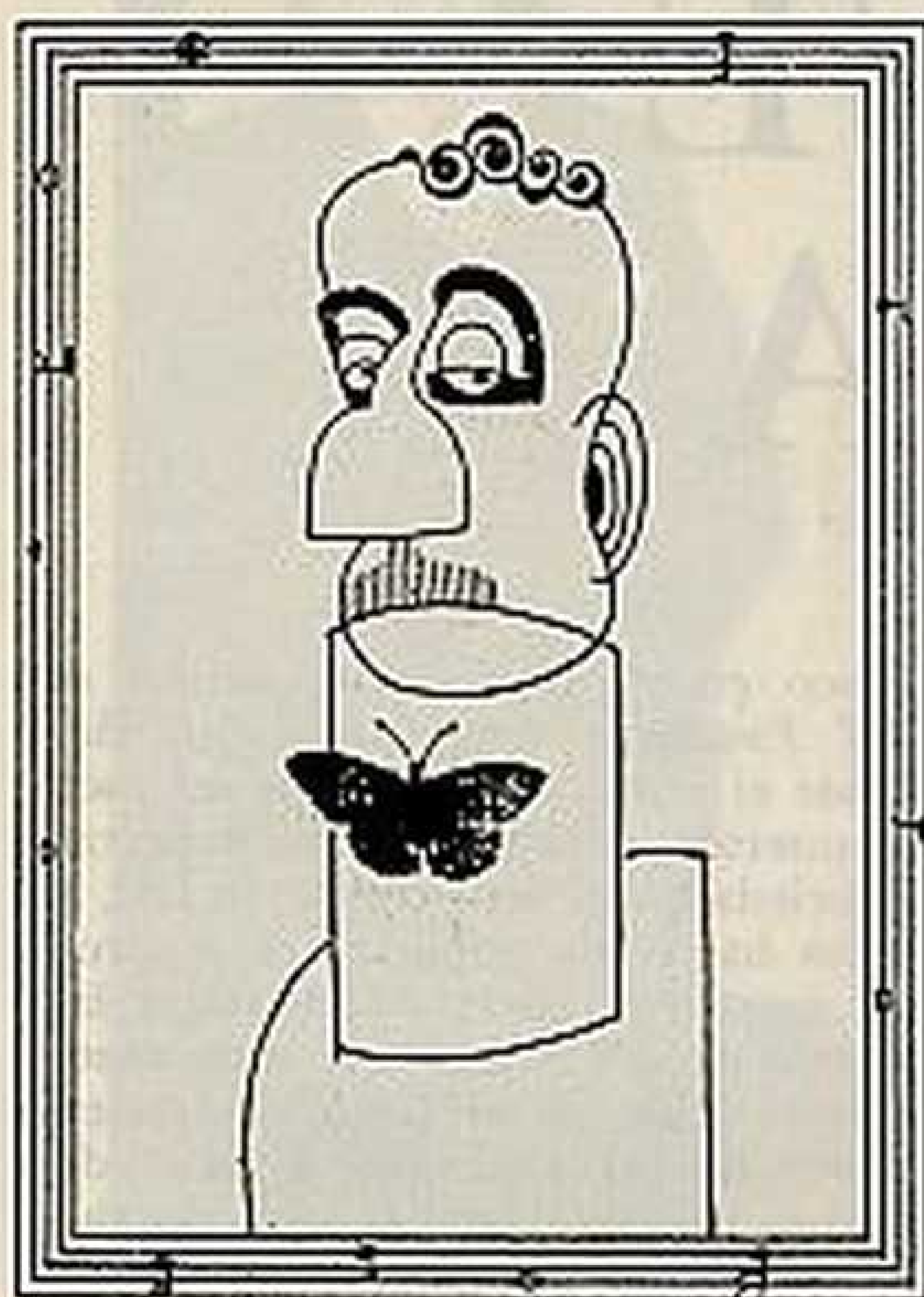
Parece un título del propio Faulkner. La verdad es que Faulkner, como todo genio no ignorado y póstumo, hizo mucho daño. Y, lo que es más curioso, especialmente entre las mujeres.

En el centón de buenas novelistas yanquis, casi todas son faulknerianas. Carson McCullers, una de las más sólidas, es reeditada ahora por Seix-Barral-Biblioteca Breve (editorial que compra Planeta: tanto experimentalismo nacional ya muerto, para acabar así: Manolo Vázquez Montalbán habla espléndidamente de los pedantes en la revista *Tiempo*) La novela reeditada de la McCullers es *La balada del café triste*, que leímos por primera vez en 1966.

La novelista hizo un pulcro, cuidado e interesante ejercicio de faulknerismo, en este libro, aunque uno, personalmente, prefiere otros relatos cortos de la autora, como *Reflejos en un ojo dorado*, que luego ha sido llevado al cine con Marlon Brando, me parece.



William Faulkner.



Ezra Pound.

El pollo no se come con la mano

Es uno de los más ricos y divertidos libros de Dino Rossi, Pitigrilli, libro hoy inencontrable. Por eso les propongo a ustedes la aventura veraniega de encontrarlo. Gran lectura de verano, Dino Rissi, Pitigrilli que empezó de vanguardista y acabó de conservador (pasa mucho).

En España, Pitigrilli no sólo colaboró muchos años en *La Codorniz*, sino que fue plagiado (o sea que también colaboró involuntariamente) por muchos humoristas. Amigo personal de Gómez de la Serna, en la época de las vanguardias, cuando todos los puentes de París parecían inventados por Apollinaire, es desolador leer en el *Diario póstumo* de Ramón el encuentro final de ambos, cuando Pitigrilli visita a su amigo en buenos Aires, de paso, y Pitigrilli es rico y Ramón es pobre, y Pitigrilli está viejo y Ramón está viejo y ya no tienen nada que decirse.

¡¡¡Ay!!!

Baudelaire al desnudo

La prosa de Baudelaire (antes hemos hablado de la prosa de Juan Ramón) es una de las cosas más inquietantes que pueden leerse en cualquier idioma (mejor en francés). *Mi corazón al desnudo* se reedita sin cesar en todas partes. Como es la prosa de los grandes poetas, Dios.

Pero hay que encontrar una buena traducción o leerlo directamente en francés. ¿Ha dado la humanidad una criatura más singular, más impar en vida y obra? Con él, además, empieza la modernidad, o sea nuestra **era imaginaria,** que diría Lezama Lima, aquel Baudelaire gordo, genial y bujarrón de La Habana. (Fidel supo entenderle y respetarle).

Ezra Pound

Lo hemos citado a propósito de JRJ. Su **Guía de la Kultura** es todo menos una guía. No es ni siquiera una guía para entender a Pound o iniciarse en él. Pero es un libro genial, apasionante, riquísimo, como un mercado o como el goethiano diván de Oriente/Occidente.

Pero Pound era un lírico con marcha que prefería la justicia al orden. Aunque a veces se equivocase, según qué justicia o qué orden. Una curiosidad de este gran libro es que cita a Borges casi sin saber quién es, y sólo encuentra en él un hombrecillo lleno de citas de segunda mano. Frente a la cultura planetaria y giratoria de Pound, las cuatro reglas de tres culturales que maneja siempre Borges, con genial habilidad, se quedan más bien en poco. O, cuando menos se le quedaron a Pound, en cuyo juicio no había ningún prejuicio personal, pues que ignoraba la potencia literaria de Borges en castellano.

–La diferencia entre capital y rédito es tiempo.

Así de pronto el gran poeta de la usura, con lo que ha desmontado con tanta eficacia como Marx esa monstruosidad que escandalizaba al retórico Papini: que el dinero engendre dinero...

Lo que atesora el capital es tiempo, el tiempo del trabajo, del cliente, del fabricante, el tiempo de la humanidad. El oro es tiempo.



Ramón del Valle-Inclán.

Adiós a Peter Weiss (y a ustedes)

Murió hace poco, como saben. Se le conoce más por su teatro. Los que hacen teatro, como los que hacemos periodismo, estamos condenados a dejar en sombra nuestra obra mejor bajo la marquesina fulgente de esos otros géneros más visibles y consumibles. Le está pasando en España a Valle-Inclán. No conozco a nadie que se haya leído completa su grandiosa trilogía *El Ruedo Ibérico*, sino que le han vuelto a poner de moda por el teatro. Y hasta dicen que sus novelas eran teatrales. Si serán bestias.

Peter Weiss no es el *Marat/Sade*, ni aquello del Papa, ni aquello otro de los nazis. PW es el *Adiós a los padres* (está en Lumen, que dirige mi entrañable Antonio Vilanova), *La conversación de los tres caminantes, La sombra del cuerpo del cochero.* Tres relatos líricos asombrosos, magistrales, vertiginosos, originalísimos, rotantes, alucinatorios, tres modelos de lírica narrativa o novela lírica.

Este réquiem laico por PW nos da lugar a una consideración: las vulgarizaciones culturales y la industria del best-seller no sólo alumbran dioses de un día, falsos profetas literarios, sino que incluso toman de los grandes escritores la zona más consumible, postergando y troceando la verdadera personalidad del escritor para que quepa en los anaqueles del drugstore cultural. Es un peligro/tentación que gira incluso en torno de un escritor tan modesto como uno mismo.

A peter Weiss le han perjudicado mucho el ciudadano Marat y el marqués de Sade. Nadie leerá nunca sus verdaderos libros. Marqueses y ciudadanos prefieren algo más *ligero* o *visual, como el teatro o el periodismo que no son ligeros* en sí, pero pueden consumirse a la ligera. La prosa de agosto –ay–, por el tiempo y la calma, debiera ser la verdadera prosa. ■ **F.U.**

Ilustraciones de Vázquez de Sola.

¿Vanguardia o panfleto?

EL FANZINE EN ESPAÑA

AGUSTIN TENA

LTIMAMENTE, desde una nueva sección en un famoso semanario, Umbral suele referirse a su interés por el rock en general, particularmente la llamada *nueva ola*, como vehículo de algunas manifestaciones literarias o, más probablemente, poéticas, que asocia a las vanguardias europeas de entreguerras. En efecto, y ya lo hemos escrito antes, la virtud mayor de esa ola nueva era y sigue siendo su sincronización, como movimiento cultural masivo, con los más adelantados juglares eléctricos del resto del mundo, en un final de siglo que parece alojar el rechazo de la cultura libresca por parte de una juventud amante de la sugestión más directa y menos trabajosa de lo audiovisual. Por lo demás, ya se sabe que las vanguardias siempre se parecen entre sí: es lo que tienen.

Sin embargo, como los métodos educativos todavía emplean la letra impresa y ésta sigue siendo útil para reforzar la fotografía, el dibujo y el diseño gráfico –además de la música, claro–, que sí son disciplinas del gusto de la muchachada, los poprockeros conciben un medio en papel para plasmar su vanguardia del año o sus radicalidades de adolescencia. Son los *fanzines*, que han cambiado la galaxia Gutenberg por la fotocopiadora y la librería por la tienda de discos o la sala de conciertos. Los fanzines, que nunca superan los mil ejemplares y arremeten contra los críticos de las revistas especializadas y los de los periódicos, contra todo el barullo de lo establecido y contra los grupos y los particulares que no adoran al grupo que sus redactores veneran. Suelen ser periodistas –o críticos– precoces, entre los catorce y los diecisiete, y lo cierto es que la sintaxis se resiente, pero en las revistas especializadas también abunda el *estilo EGB*, pese a Gutenberg. El escaso aprecio de la gente del rock por lo escrito ya ha sido reseñado, y es la causa de esas deficiencias, pero también la consecuencia de la ignorancia de la cultura escrita adulta hacia los múltiples entornos de la música popular contemporánea. Son demasiados años de periódicos y estamentos considerando degenerado lo que era una pasión para cientos de miles.

Pero la penuria de la forma no oculta la riqueza de contenidos, en este caso, y el del fanzine es un mundo apasionante, plural como la vida misma, a lo que colabora en gran medida el hecho de que nacen y mueren en la más absoluta clandestinidad, apareciendo sin depósito legal, firmándose todos los artículos con seudónimos y omitiendo casi siempre la dirección o razón social de los ejecutores. La vocación de ilegalidad se satisface con la inclusión, en ocasiones, de publicidad de emisoras de radio «piratas», y muchas más veces concediendo grandes espacios a la práctica del libelo y el insulto, esporádicamente con un saludable afilamiento en las plumas, en otras ocasiones más torpemente, pero siempre con convicción. Así pues, lo que separa a los fanzines buenos de los malos es el trecho que va desde la agresividad con imaginación cáustica hasta la vehemencia inmadura. Ahora veremos que, por otra parte, el nuevo panfletarismo no sólo atañe a lo musical. El fanzine –contracción de *fan magazine*– da cobijo a un fanatismo contenido por los submundos del rock, pero tan universal como cualquier otra insatisfacción generacional.

Fanzines punk

En Inglaterra, Francia y Alemania, a finales de los setenta, hubo cientos, y algunos excelentes, pero en España la ola del fanzine llegó tarde para el punk, y los que están en ese rollo resultan residuales dentro de un ámbito que ya es suficientemente subterráneo en sí mismo. Conocemos el *TNT Fanzine*, de Granada, que defiende el punk alegando que «el rock ha muerto». Está hecho para soportar la sociedad, no para transformarla, y ya no basta con soportar el sistema, hay que destrozarlo». Casi todas las páginas de TNT tienen un manifiesto de esta clase, y el resto pretenden «destrozar el sistema» a base de poemas de rima fácil o reproducciones defectuosas de reportajes del *Lib* y



reproches a la estrechez de las chicas de su ciudad. Más elaborado es el madrileño *Pene-tración*, que sólo incluye panfletos en la portada y la contra («Recuerda, el Punk está entre el público, en los wáteres, en el escenario, en los que están en la puerta esperando sin pelas»), y concluye con un mensaje algo más escéptico: «Nosotros somos el Rock and Roll, el espectáculo, ellos son el negocio». Este fanzine es muy claro respecto a

RADIO
Caroline

"LA NOCHE DEL ROCK"
10.2.82 REBELES 9 H

"ultratruita"
"DISTRITO 5"
"DECIBELIOS"
"borne"
+ GRUPO INVITADO

la confusión –intensa y preocupante en Inglaterra, hasta no hace mucho– entre los punks o los *skinheads* y ciertos grupos neonazis, y es bueno el talante de uno de los mensajes de la primera página: «Punk no es un culto religioso. Punk significa pensar por ti mismo. No eres ningún tipo duro porque lleves el pelo de punta cuando un soldado vive todavía dentro de tu cabeza: ¡Nazi punk, jódete, jódete!». El resto del fanzine cumple la función primordial del género, la información musical, pero se limita a los pocos grupos punk que quedan en Inglaterra y reproduce declaraciones de revistas de las islas. Tanto en TNT como en Pene-tración el diseño está calcado del de sus mencionadas abuelas europeas, y parece improbable que pasen del número dos.

Fanzines de Barcelona

El primer fanzine catalán del que tuvimos noticia se llama *Radio Caroline,* sus textos están en castellano (como los de todos los de Barcelona) y no hace mucho ha cambiado su nombre por el de *Rompeolas.* Radio Caroline nace con 1982, y sus redactores confiesan en algún rincón ser miembros de alguno de los grupos cuya trayectoria estudia el folleto. En realidad, es una empresa de mayor mérito que sus colegas madrileñas, porque se mueve en el limitadísimo terreno de los cuatro o cinco grupos de rock no antediluviano que hay en Barcelona, donde la nueva ola no ha encontrado gran respuesta. En cambio, dedica espacios a la actividad de las clandestinas y ha encontrado un mínimo apoyo publicitario de algunos bares y discotecas. Por lo demás, se ocupan de las nuevas bandas de Madrid y dedican números especiales a las visitas de músicos catalanes a la capital, como la famosa actuación en *Rock Ola* de los punks *Decibelios,* que rompieron sus instrumentos, pelearon con el público y lucieron en el escenario adornos escandalosos: bolsas de basura llenas, vísceras de animales, etcétera. Si olvidamos esta demostración, lo cierto es que ninguno de los nuevos grupos de Barcelona, ha destacado, y en lo que al rock se refiere hay que ponerse del lado de Félix de Azúa en su reciente polémica en *El País* sobre el letargo cultural de la capital catalana.

Hace poco ha salido *Ultimo Grito,* que por sus criterios gráficos, amplitud de temática y corrección prosística se puede calificar como uno de los fanzines más cuidadosos y modernos del panorama. Quizá su existencia es indicio de un próximo albor, quizá significa que en las laderas de Montjuich ya han terminado de digerir la *nova cançó.*



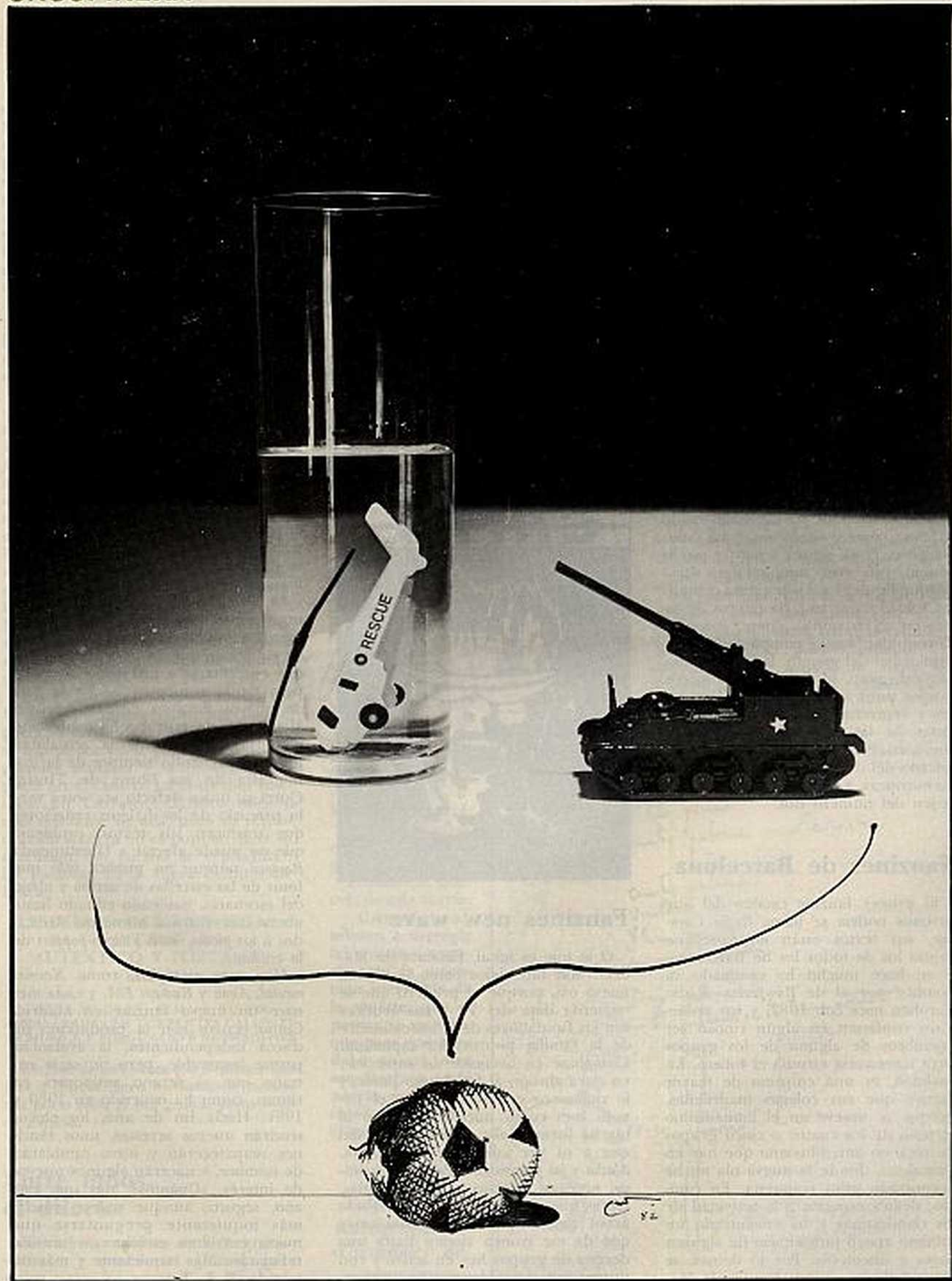
Fanzines new wave

O lo que es igual, fanzines de Madrid. Son tan viejos como la misma nueva ola, porque el primero que se recuerda data del 77 y sus artífices son los fundadores de la banca-madre de la familia poprockera capitalina. Llamábase *La liviandad del imperdible,* en clara alusión al fetichismo punk, y lo citábamos en estas páginas el pasado mes como núcleo en torno al que se formó *Kaka de luxe,* grupo del que a su vez salieron *Radio Futura, Alaska y los pegamoides, Paraíso, Ejecutivos agresivos* y otras muchas bandas, tantas que si trazáramos el consabido árbol genealógico comprobaríamos que de ese tronco vienen hasta una docena de grupos hoy en activo y con numerosos seguidores. La Liviandad... tuvo varios nombres –entre ellos, *Kaka de luxe,* sin ir más lejos–, y allí hicieron sus primeros ensayos creativos los Carlos Berlanga, Olvido Gara Jova y Fernando Márquez, «El Zurdo», que acabó editando unos cuadernos de doctrina anarcofalangista. Por fortuna, después abandonó esas locuras y volvió a la composición de canciones, función que sigue ejerciendo y con éxito, ahora en su grupo *La Mode.*

Luego viene un bache que no se rompe hasta que los grupos descendientes de la línea Kaka y algunos más tienen el público suficiente como para sostener los estados de opinión. *96 lágrimas* con el nombre robado de una canción clásica del pop, aparece a finales de 1980, llena de noticias musicales de fuera e intimidades de los grupos locales. Toma partido por el árbol Kaka y en general, por los practicantes de un pop más duro o, al menos, nuevo. Igual que los fanzines que surgirán después, 96 lágrimas ataca sin piedad a las bandas de la nueva ola que tocan pop blando y fácil, como el de *Los Secretos, Totem* y otros. Para estos músicos no se emplea otro calificativo que el de «babosos», que ya ha quedado prácticamente institucionalizado.

La pluma eléctrica sustituye durante unos meses (aunque con un solo número) a 96 lágrimas, que reaparece en el '82 con nuevos bríos, para tener que enfrentarse a una recién llegada, pero densa competencia. En la lista de nuevos fanzines destaca *Ediciones Moulinsart,* de muy buena confección y ágil tratamiento de la actualidad musical, partiendo siempre de la iconografía de los libros de Tintín. Quizá su único defecto sea –otra vez– lo precario de los hábitos redactores que traslucen sus textos, problema que no puede afectar a la estupenda *Rockocó* porque no publica más que fotos de las estrellas de arriba y abajo del escenario, habiendo editado hasta ahora tres vistosos números, dedicados a los *punks, mods* y *tecno-poppies* de la ciudad.

Hay más ejemplos, como *Normal mental, Alma* y *Radical FM,* y cada mes nace un nuevo fanzine en Madrid. Como ocurre con la producción de discos independientes, la avalancha parece imparable, pero no sería extraño que el verano aminorara en ritmos, como ha ocurrido en 1980 y 1981. Hacia fin de año, los chicos tendrán nuevos arrestos, unos fanzines reaparecerán y otros cambiarán de nombre, y nacerán algunos nuevos de interés. ¿Cuántos? Más que este año, seguro; aunque parece mucho más inquietante preguntarse qué nueva corriente estética y/o musical reflejarán. Más inquietante y más divertido. ■ A. T.


RESCUE

H. P. Lovecraft, aquel escritor escuálido y ausente

EL TRAFICANTE DE SUEÑOS

TOMAS FERNANDEZ RUIZ

Providence ha cambiado muy poco desde finales del siglo pasado hasta nuestros días. Algunos recordarán el trazo firme y apasionado con que en las pantallas de cine aparecía el nombre de este exótico lugar.

El otro nombre, H.P. Lovecraft aún no aparece en los diccionarios de literatura anglosajona. Algunas editoriales, sin embargo, deben a este escritor unos ingresos muy superiores a los que James Joyce o Walt Whitman pudieran haberles dado. Las obras de H. P. Lovecraft ya son conocidas en todo el mundo. No se puede decir lo mismo de las ciudades diabólicas, de los fantásticos viajes o de los primigenios seres que inspiraron las narraciones de aquel escritor escuálido y ausente.

Hacia el final del siglo

H. P. Lovecraft nace el 20 de agosto de 1890, en un lugar impregnado de ancestral magia y fuego purificador. Desde su nacimiento recibe a golpe de maza la influencia de una población recelosa y escarmentada de acontecimientos diabólicos. Su madre se niega a aceptar el sexo varón del recién nacido y hace todo lo posible por ocultar a sus ojos esta frustración. Howard recorre los jardines vestido y peinado como una auténtica niña. Las órdenes expresas de su madre hacen agacharse a todos los sirvientes que lo llevan de la mano (al parecer esto lo hace para evitar que le arranquen el brazo al jovencito). En un principio H.P. acepta de muy buena gana todo este tipo de agasajos; a la edad de 6 años decide acabar de una vez por todas con la paradisíaca imagen de «rayito de sol», que todos tenían de él y exige a su madre que le corte los dorados rizos con que hasta entonces había camuflado su cara de muchacho. Ella intenta inútilmente convencerlo de que muchos hombres ilustres, cultos y sensibles del pasado siglo se decoraban la cabeza con este tipo de peinado, pero Howard sabe ya leer y escribir desde los cuatro años y no se deja amedrentar: «Ya no soy una niña», le replica con dureza.

A raíz de esta afirmación masculina, su madre pierde todas las esperanzas que tiene depositadas en el muchacho y comienza a abochornarle llamándole feo en cualquier ocasión que se presente. Dos años más tarde muere el cabeza de familia y el carácter dominante de Sara comienza a marcar una huella más honda en la personalidad de Lovecraft.



«Los lectores de Lovecraft forman un ejército cada vez mayor; son personas impresionables, con una aguda sensibilidad, que prenetra más allá de los abismos del mármol.» H. P. Lovecraft a los cuarenta años.

Un Edipo venido del mar

A los 31 años de vida del escritor muere su madre. Hasta tres años más tarde no logrará Lovecraft despegarse de aquel ambiente familiar que tanto lo oprime. Con su esposa Sonia convive durante tres años; sus relaciones sexuales acaban tan deterioradas que Howard decide separarse de ella con un beso en la mejilla. La profunda admiración que siente por él no permite a Sonia olvidarlo incluso más allá del divorcio.

Muchos han sido los sicólogos freudianos que han querido atribuir a este fracaso matrimonial un complejo de Edipo latente, buscando pruebas en su obra bibliográfica. En sus narraciones H.P. evita cualquier referencia directa al sexo, pero carga su barroco estilo anglosajón de alusiones parasexuales (tentáculos, viscosidades, bocas succionadoras...).

El mar revive con Lovecraft esa magia antigua e insondable de mitos y leyendas ancestrales. Estas son algunas palabras suyas:

«con una esposa del mismo temperamento que mi madre y mis tías probablemente habría podido reconstruir un tipo de vida no muy distinto al de los tiempos de Angel Street.»

De conservador prematuro a liberal tardío

De siempre ha resaltado en H.P. su meticuloso concepto del orden; en el «Conservative» (1915), habla de la «supremacía biológica del teutón» y alaba su mentalidad «dominante y capacitada para el autogobierno». Si esto resultara insuficiente para aquellos que gusten de definiciones ideológicas, aparecen bastantes referencias a la fobia irracional que Lovecraft sentía hacia los países latinos y a su obsesión por el control de natalidad como método para mejorar la «calidad fundamental de la raza». Es muy probable que este brote de nacismo en la personalidad de Lovecraft se deba a las influencias de la época y la clase social. Su escrupuloso temperamento va a cambiar a partir del momento en que abandone el hogar materno. Comienza entonces un movimiento pendular hacia sectores más liberales. Su novela «The silver key» es un buen exponente de este cambio. Con ella entierra el dorado mundo de su infancia para enfrentarse a un tipo de vida hasta entonces desconocida por él.



«A los seis años exige que su madre le corte los dorados rizos con que habían camuflado hasta entonces su cara de muchacho.» Susan, Howard y Winfield Lovecraft, en 1891.

Traficante de sueños

«Es divertido especular sobre qué sacarán los futuros sicólogos de los relatos de uno.»

Puede resultar paradójico descubrir que un escritor de la talla de Lovecraft se vea obligado a buscar un puesto de trabajo fijo. Acostumbrado a vivir de los ingresos familiares, un buen día Howard descubre que su pluma es la única posibilidad de vida que se le ofrece. Se le erizan los pelos al comprobar las parcas posibilidades que la sociedad de lectores americanos le ofrece. Lovecraft ensaya varias formas posibles en la publicación de sus obras. Sus editores le piden un relato de la extensión de una novela, pero el se remite a escribir cuentos y narraciones cortas para el «Weird Tales» y otras revistas de la época. Su mayor cotización la recibe por «El horror de Dunwich» y consiste en 240 dólares.

Escribe cuentos anónimos que se publican bajo el hombre de otros escritores. En 1928 funda una asociación literaria para escribir cuentos a clientes en base a manuscritos o guiones que estos les entreguen. Esta inédita agencia de producción literaria le deja unos beneficios tan ridículos que Lovecraft no tiene tan siquiera posibilidades de vivir en una casa y se ve obligado a aceptar las invitaciones de todos aquellos que le ofrecen su mansión.

La vida de Lovecraft se convierte en un peregrinaje por los alrededores de Rhode Island. En todos los lugares que visita descubre nuevos y fascinantes argumentos para sus novelas.

Se calcula que a lo largo de su corta vida, Lovecraft escribiría alrededor de 100.000 cartas cargadas de un feroz

convencionalismo y una sinceridad absoluta. Howard fue un misterioso racionalista que constantemente ensaya nuevos caminos con los que poder franquear los muros de su propia lógica, un ateo visceral que nunca abandona la búsqueda de manifestaciones sobrenaturales. En sus narraciones se mezclan la pesadilla y el horror con las descripciones de ciudades y parajes cargados de una extraña belleza casi onírica. En ellas el hombre aparece íntimamente emparentado con animales viscosos e indefinidos que provienen de otros medios diferentes al humano.

El mundo de los olores que logra describir en sus cuentos es de una efectividad psicológica increíble; sus páginas rebasan con frecuencia la imaginación del lector y su habilidad para trasformar vivencias cotidianas en narraciones fantásticas tienen como base postulados paracientíficos y fórmulas legadas por viejos alquimistas. Si hay algo que se aleje del terror tradicional de vampiros y hombres lobos esto es el sofisticado e interrogante misterio de Lovecraft; los hechos y personajes que aparecen en sus novelas son intemporales y etéreos, pueden pertenecer a cualquier lugar y época de la Tierra.

El retorno a lo viscoso, a lo obscuro e insondable es la constante en la obra lovecraftiana. Pero este retorno a la maldad está marcado por un fatal determinismo. Nada se escapa al demoledor poder de unas fuerzas primigenias e innombrables que acosan al hombre desde su aparición sobre el planeta Tierra.

Su estilo narrativo resulta tan denso, tan cargado de descripciones oníricas, de sensaciones fugaces y desagrada-



Howard P. Lovecraft después de cumplir los veinte años (arriba). «Con su esposa Sonia (retrato de 1921) convive durante tres años... Muchos han querido atribuir a este fracaso matrimonial un complejo de Edipo latente.»

bles que es difícil imaginarlas con la extensión de una novela. Es por esto que la obra de Lovecraft sea tan prolífica en cuentos y narraciones breves.

El ocelote blanco

Aún hoy día H. P. Lovecraft sigue siendo el habitante solitario y anacoreta de ciudades titánicas y embriagadoras. Sus lectores forman un ejército cada vez mayor; son personas impresionables con una aguda sensibilidad que penetra más allá de los abismos del mármol; son obreros, intelectuales, mendigos y aventureros que ven en H. P. Lovecraft el profeta de una interminable caravana de fuerzas gigantescas y poderes ocultos.

Siguiendo la snobista costumbre de alucinar, son ya muchos los que creen que Lovecraft debía su riqueza imaginativa al efecto de los alucinógenos. Afirmar que leer a Lovecraft es como hacer un viaje en ácido puede resultar muy arriesgado para aquellos profanos que intenten suplir las drogas psicodélicas con unos cuantos volúmenes de los mitos de C'Thulhu. Si existe alguna droga lovecraftiana, esta desde luego no es el ácido lisérgico. Los relatos de Lovecraft van más allá de las percepciones multicolores y eufóricas que el ácido provoca. Son un auténtico despliegue de recursos sensoriales y descriptivos. En ellos el lector no puede hacer otra cosa que abandonarse incondicionalmente al extraordinario y arrollador mundo de las sensaciones del escritor.

Desde joven y debido a su mala salud el estado anímico de H.P. se encontrará influenciado por diversas clases de fármacos y medicinas que ahora desconocemos.

A pesar de lo que muchos opinen, su vida nada tuvo que ver con la del excéntrico bebedor Edgar Alan Poe. En su juventud H.P. Lovecraft se declaraba partidario de la prohibición del alcohol —«De haber algo que elimine totalmente el licor tendría que ser bueno»— actitud que, como tantas otras, trasformaría con el tiempo en una tolerancia estricta y benevolente.

No se tienen noticias concretas sobre si H.P. ingería algún tipo de alucinógeno. De hecho su ya exaltada imaginación no necesitaba estimulantes de ningún tipo para asomarse al más allá. Desde pequeño Howard practicaba ritos extraños y llamadas a fuerzas ocultas. Es muy posible que esta afición a la brujería le llevara en alguna ocasión a probar los efectos de alguna planta alucinógena.

«Un golfo de tinieblas negro como las calderas de las brujas cuando se llenan con drogas de luna...»

El nepenthe

El culto por la mitología clásica se hace barroco y sutil en las alusiones a plantas lunares y a reflejos cristalinos. En «El extraño», Lovecraft se confiesa consumidor de nepenthe, una planta blanca y esbelta cuya descripción recuerda al opio. El muchacho que abandona su encierro fetal, preñado de musgo y bosques oscuros ve reflejada en un espejo la feroz trasfiguración que el nuevo mundo le ha provocado.

Son muy frecuentes las alusiones de Lovecraft a su diferencia sustancial con el resto del mundo. El monstruo, que persigue y acecha durante todo el relato hace su aparición brusca y espeluznante al final: un algo viscoso e indefinible acecha al hombre por encima de todas sus creencias, es el espíritu del mal. Cthulhu que viene del fondo del mar, del más allá de las estrellas para condenar al género humano y a todos sus descendientes.

«El antepasado» es la relación más directa de H.P. con las drogas. En ella el protagonista es un doctor que a través del Cannabis y la música de Stravinsky emprende una feroz regresión hacia tiempos inmemoriales. No sabemos si Lovecraft conocía los efectos del Cannabis; se esfuerza, sin embargo, en situarlos dentro de un contexto maligno y nada reconfortante. Precisamente en esta novela suya —El antepasado— se ha basado el director de cine Ken Russel para realizar su última película «Altered States», en la cual el científico logra su transformación en simio gracias a la tenacidad en ingerir drogas con poderes de mutabilidad genética.

Silueta del escritor, realizada por Perry.

La situación mundial en la década de los treinta lo convierte en un enemigo del fascismo. A partir del 2 de marzo de 1937 Lovecraft comienza un tratamiento a base de morfina; la nefritis crónica se le ha extendido como un animal multiforme y decisivo. Las alucinaciones que hasta entonces no era más que páginas de novela cobran vida y se aparecen a H. P. en las calles y trenes de Nueva York. Se siente acosado y perseguido por unos insectos gigantescos vestidos con traje y corbata. El 15 de marzo del mismo años sus alucinaciones cobran vida y le perforan definitivamente el cerebro.

«...Pues aunque el nepenthe me haya calmado
ya sé para siempre que soy un extraño.»

■ T.F.R.

EL ANTEPASADO*

H. P. LOVECRAFT

★★★★★★★★★ I ★★★★★★★★★

CUANDO mi primo, Ambrose Perry, se retiró de la práctica de la medicina, era todavía un hombre relativamente joven, de unos cincuenta años, rudo y vigoroso. Ejercía en Bostón, y aunque le gustaba su lucrativa profesión, prefería dedicar gran parte de su tiempo al desarrollo de ciertas teorías que, como individualista que era, no comunicaba a sus colegas. A decir verdad, a los colegas los consideraba entregados a la más pura ortodoxia y demasiado apocados para atreverse a experimentar por su cuenta sin la bendición de la Asociación Médica Americana. Era un cosmopolita en todos los sentidos de la palabra, pues había estudiado en Europa –en Viena, en la Sorbona, en Heidelberg– y había viajado mucho. Pero pese a todo eso, optó por irse al territorio salvaje de Vermont cuando tomó su decisión de retirarse para culminar su brillante carrera.

Se encerró como un recluso en la casa que había construido en medio del denso bosque y a la que había dotado del laboratorio más completo que pueda adquirirse con dinero. Nadie oyó hablar de él durante tres años: ni a la prensa, ni a sus amigos o colegas, llegó una sola palabra de sus actividades. Fue, por lo tanto, una sorpresa recibir una carta suya –la encontré a mi regreso de una estancia en Europa– en la que me pedía que, si era posible, accediera a pasar una temporada en su compañía. Le contesté que, sintiéndolo mucho, yo tenía que encontrar ahora un trabajo, y le expresé mi alegría por haber tenido noticias suyas y mi esperanza de poder acceder algún día a su invitación, tan amable como inesperada. Su respuesta llegó a vuelta de correo, ofreciéndome un generoso estipendio si aceptaba el puesto de secretario. No tuve la menor duda de que aquel puesto llevaba aparejado a la toma de anotaciones el ocuparse de todas las tareas de la casa.

Acepté, tanto porque me picaba la curiosidad como porque me atraía la remuneración. También a vuelta de correo envié mi conformidad, con un cierto temor de que retirase su oferta, y al cabo de una semana me presenté en casa de mi primo. Era un edificio construido al estilo de las granjas holandesas de Pennsylvania, aunque de una sola planta, con ventanas abuhardilladas y tejados puntiagudos. Me costó algún trabajo dar con aquella casa, pese a las detalladas instrucciones de mi primo, pues distaba por lo menos diez millas del pueblo más cercano, una villa llamada Tyburn. Por otra parte, el camino que conducía a esta casa eran tan pequeño y estaba tan retirado de la poco transitada carretera que, por un momento, creí haberla pasado de largo en mi deseo de llegar a la hora convenida.

Un perro pastor alemán guardaba alerta la finca. A pesar de su cadena, no parecía nada furioso: se limitó a mirarme fijamente, sin gruñir ni moverse en dirección alguna cuando me acerqué a la puerta y llamé al timbre. La apariencia de mi primo, sin embargo, me sorprendió: estaba muy delgado; el rudo y robusto hombre que había visto por última vez hacía casi cuatro años había dejado paso a la caricatura de la persona que había sido. Su vigor parecía haber menguado también aunque, al estrecharme la mano, lo hizo con firmeza y sus ojos tenían una mirada viva.

–Bienvenido, Henry –dijo al verme–. El mismo Ginger parece haber aceptado tu llegada sin un solo ladrido.

Al oír mencionar su nombre, el perro se abalanzó en toda la extensión que le permitía la cadena, mientras movía la cola.

–Pero pasa. Luego aparcarás el coche.

Hice lo que me decía y entré en la casa. Su interior me pareció muy masculino, casi excesivamente severo en los detalles. La mesa estaba servida, atendida por una cocinera y un mayordomo que vivían encima del garaje. Comprobé entonces que mi primo no esperaba en absoluto que yo me dedicara a otras tareas que las propias de un secretario y que sólo pretendía hacerme tomar las notas que él me iría dictando, así como archivar los resultados de sus experimentos. Porque estaba experimentando; lo dejó bien claro, aunque sin hablar de la naturaleza de esos experimentos. Y durante toda la comida, en el curso de la cual conocí a Edward y Meta Reed, el matrimonio que cuidaba de la casa y de sus alrededores, no dejó de hacerme preguntas acerca de mí, de lo que había hecho, de lo que esperaba hacer. A los treinta, me recordó, uno no podía seguir perdiendo el tiempo y tenía que decidir su propio futuro. Ocasionalmente, y sólo en mis respuestas a sus preguntas, salieron a relucir los nombres de otros parientes que estaban, como siempre, diseminados por el mundo. Tenía la sensación de que me hacía aquellas preguntas como un cumplido de circunstancias y sin ningún interés real aunque, en un momento dado, dijo que si decidía hacer la carrera de medicina, él podría enviarme a la universidad para obtener mi título. Yo estaba seguro que todo ello era parte de la superficialidad y la cortesía del momento; eran detalles de nuestro primer encuentro en muchos años que había que despachar cuanto antes. Todo su comportamiento traslucía una gran impaciencia. Esta impaciencia se la provocaba, por un lado, la aplicación que yo ponía en contestar a sus preguntas y, por otro, la forma en que se veía enredado en los convencionalismos de una conversación iniciada por

* Título original: *The Ancestor*.

EL ANTEPASADO

él mismo con preguntas sobre asuntos que no parecían interesarle en absoluto.

Los Reed, marido y mujer, ambos de unos sesenta años, eran gente pacífica. Hablaban poco, no sólo porque la señora Reed, además de cocinar, estaba ocupada en servir la comida y carecía pues de tiempo para ello, sino porque estaban acostumbrados a llevar su propia vida, independientemente de la de su dueño, que no compartían más que a las horas de las comidas, tomadas alrededor de la misma mesa. Tenían los dos el pelo blanco, pero parecían bastante más jóvenes que Ambrose, y sin ninguna de las señales de deterioro físico que habían aparecido en mi primo. La comida transcurrió únicamente con el diálogo entre Ambrose y yo, para romper el silencio; los Reed participaban de la comida en actitud servil, pero sí con una máscara de indiferencia –aunque me di cuenta, en dos o tres ocasiones, de las miradas rápidas y agudas que intercambiaban entre sí cuando mi primo mencionaba alguna cosa, pero eso era todo.

Hasta que nos retiramos al estudio de Ambrose no tocamos el tema que ocupaba todos sus pensamientos. El estudio de mi primo estaba próximo a su laboratorio, situado en la parte trasera de la casa; la cocina y el gran comedor, junto con la sala, venían después; en cuanto a las habitaciones, cosa rara, estaban situadas en la parte delantera de la casa. Una vez instalados en el acogedor estudio, Ambrose se relajó y su voz vibró de emoción:

–Nunca adivinarás el rumbo que han tomado mis experimentos desde que dejé de ejercer la medicina, Henry –comenzó–, y no me atrevo a pensar en la temeridad de confesártelo. De no ser porque necesito que alguien tome nota de estos impresionantes hechos, no lo haría. Pero ahora que estoy a punto de alcanzar el éxito, debo pensar en la posteridad. He hecho increíbles esfuerzos para recuperar todo mi pasado, reduciéndolo a los más diminutos detalles y grietas de la mente humana, y estoy cada vez más convencido de que, por el mismo método, puedo extender este procesó perceptivo a la memoria *hereditaria* y recrear los pasos de la evolución humana. Adivino en tu expresión que lo pones en duda.

–Al contrario, estoy asombrado ante las posibilidades que ello implica –le contesté con sinceridad, pero sin admitir que una puñalada de alarma se apoderó de mí.

–¡Ah, bien, bien! Algunas veces pienso que en vista de los métodos que he empleado para crear el estado mental necesario para esta incesante investigación de los tiempos pasados, los Reed se sienten contrariados, pues ven toda experimentación sobre los seres humanos como algo fundamentalmente no cristiano, que linda con el terreno de lo prohibido.

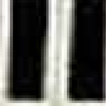
Hubiera querido preguntarle a qué métodos se refería, pero sabía que con el tiempo llegaría a contármelos si lo consideraba oportuno; de no ser así, no obtendría ninguna respuesta por mucho que le preguntara. Al rato, sin embargo, se refirió a ello.

–He descubierto que una combinación de música y drogas, tomadas en el momento en que el cuerpo está medio muerto de hambre, lleva a un estado en el que es posible mirar hacia atrás en el tiempo y agudizar todas las facultades hasta tal punto que la memoria se recupera. Puedo asegurarte, Henry, que he logrado resultados notables; he llegado hacia atrás en la memoria hasta el vientre de mi madre, por increíble que pueda parecerte.

Hablaba en un tono excitado; sus ojos brillaban y su voz temblaba. Más que estimulado por un interés, estaba poseído por los sueños del éxito. Desde siempre, ésta había sido una de sus metas. El ejercicio de la profesión le había permitido reunir cuantiosos medios que, ahora, había puesto al servicio de su ambición, en su afán de alcanzar el éxito en estos experimentos. Y parecía haber logrado algo. No me cabía más remedio que admitirlo, pues los experimentos explicaban su apariencia –drogas y hambre eran la causa de su extrema delgadez, que era de hecho una especie de consunción: había estado sin comer tanto tiempo y tan a menudo que no sólo había perdido el exceso de peso, sino que lo había reducido hasta poner en peligro su salud. Además, mientras estaba sentado escuchándole, observé que mostraba todas las trazas del fanatismo, y sabía que ninguna objeción mía le afectaría lo más mínimo ni le desviaría de sus propósitos. Tenía los ojos fijos en esa extraña meta, y no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

–Tendrás la tarea de transcribir mis anotaciones de taquigrafía, Henry –dijo, en un tono menos excitado–, ya que, como es lógico, las he guardado. Algunas de ellas están escritas en estado de trance, como poseído por un espíritu que me guiase, algo absurdo, por supuesto. Alcanzan hasta los tiempos previos a mi nacimiento, y estoy ahora probando a apoderarme de la memoria ancestral. Ya verás lo lejos que he llegado cuando hayas tenido tiempo de examinar y transcribir los datos que he anotado.

Después de esto, mi primo cambió el rumbo de nuestra conversación, y pronto se excusó para encerrarse en su laboratorio.

★★★★★★★★  ★★★★★★★★

II

Me llevó cerca de dos semanas asimilar y copiar las anotaciones de Ambrose, que eran más extensas de lo que me había dado a entender, además de ser inquietantemente reveladoras. En un principio, Ambrose se me antojaba como excesivamente quijotesco, pero ahora no dudaba ya de que había en él un rasgo de aberración. Buena prueba de ello era su voluntad férrea por alcanzar un fin en sí imposible de demostrar totalmente, y que no podía proporcionar dicha alguna a la humanidad, en el caso de que fuera alcanzado. Por ello, su meta me parecía reveladora de un fanatismo irracional. Él no se mostraba tan interesado en la información y las conclusiones que podía obtener en su incesante investigación de la memoria como en la experimentación en sí. Y si aquélla pudo, en un principio, tener las proporciones de un hobby, ahora, en cambio, se había vuelto una obsesión, hasta el punto de dejar todas las otras cuestiones –incluida su salud– relegadas a un segundo plano.

Al mismo tiempo me veía obligado a admitir que



La calle Barnes en Providence.

en Viena: «'El hombre no ha vivido siempre en los árboles', dice Von Wiedersen. Estoy de acuerdo. Lo más probable es que haya estado en el agua. ¿Qué papel, si es que lo tuvo, correspondió al antepasado del hombre en la edad del brontosaurio?» Notas como éstas, incluyendo otras mucho más detalladas, estaban mezcladas con recuerdos de su juventud que relataban fiestas, romances, un duelo de adolescente, conflictos con sus padres, en fin, todo lo que hace y llena la vida cotidiana del hombre. Pero lo que más destacaba de todo aquello, lo que parecía haber sido desde siempre su principal centro de interés, era indudablemente el conocimiento del origen humano, el conocimiento del pasado. Una anécdota, muy reveladora en este sentido, relataba cómo, a los nueve años, y un día en que mi primo había conseguido que nuestro abuelo le explicara el árbol genealógico de la familia, él insistió en que quería saber también lo que había habido antes de la línea inicial, antes del principio de la familia.

el material que contenían las notas eran con frecuencia sorprendente. Evidenciaban de alguna forma que su autor había encontrado la manera de trazar el curso de la memoria. Había comprobado que todo lo que ocurría a los seres humanos se registraba en un compartimento del cerebro, que no necesitaba más que un puente de unión para poder comunicarse con la memoria consciente y transmitirle la acumulación de datos registrados. Recurriendo a ciertas drogas y músicas, mi primo había localizado ese puente y, siguiéndolo, se había adentrado muy allá en el conocimiento del pasado. Una vez ordenados, sus apuntes constituían una biografía muy exacta y objetiva. En ellos, efectivamente, no aparecían sueños personales embellecidos por el paso del tiempo o gratuitas exaltaciones del yo, que siempre ayudan al individuo a adaptarse a su vida cuando su propio yo ha sido duramente golpeado por los desengaños sufridos.

Por lo tanto, el camino recorrido por mi primo era indudablemente fascinante. Sus apuntes relacionados con los últimos años transcurridos hasta entonces hacían referencia a numerosas personas a las que ambos habíamos conocido. Sin embargo, y debido a nuestra diferencia de edad –veinte años–, llegó un momento en que los seres y acontecimientos que su memoria me presentaba me eran totalmente ajenos. Los apuntes de aquella época eran esencialmente reveladores: se referían a los pensamientos capitales de mi primo a lo largo de su niñez y juventud.

«Discusión vehemente con De Lesseps acerca del origen humano. Demasiado reciente el lazo con el chimpancé. ¿Primer origen en los peces?» Sus apuntes relacionados con su estancia en la Sorbona eran de ese estilo. Seguían los relativos a sus tiempos

El enorme esfuerzo al que le obligaba su obsesivo experimento se traslucía también en esas anotaciones. La legibilidad de su escritura había sufrido un marcado descenso desde que había empezado su primera crónica hasta el momento presente. Cuanto más retrocedía en el tiempo hacia sus primeros años –y hacia ese lugar oscuro en las entrañas de su madre, lugar al que efectivamente había llegado, a no ser que sus notas fueran una hábil manipulación–, más ilegible se volvía su escritura. Era como si su letra hubiera seguido el mismo retroceso progresivo que el curso de sus recuerdos y correspondiera siempre a la edad que tenía en el momento del recuerdo que relataba. Era tan fantástico como el convencimiento mismo de mi primo de poder alcanzar los tiempos más remotos registrados en la memoria hereditaria de sus antepasados y transmitidos, al parecer, de generación en generación por medio de los genes y cromosomas de los que él mismo provenía.

En una gran medida, sin embargo, procuré abstenerme de emitir cualquier tipo de juicio mientras ordenaba sus apuntes. Entre nosotros nunca hablábamos de ellos salvo algunas ocasiones en las que tuve que recurrir a él para que me ayudara a descifrar alguna que otra palabra, ilegible en su manuscrito. Acabado por fin mi trabajo de recopilación y transcripción, lo volví a leer. El resultado final era tan impresionante como convincente. Sentimientos contradictorios se mezclaban en mí cuando se lo entregué a Ambrose.

EL ANTEPASADO

—¿Estás convencido? —me preguntó.

—Hasta el punto en que has llegado, sí —admití.

—Ya verás —replicó sin perturbarse.

Le reconvine por los excesos a que le conducía su afán de perseguir ese sueño suyo. Durante las dos semanas que me había llevado asimilar y copiar sus notas, él había ido mucho más allá de cuanto era razonable. Había comido y dormido tan poco que había adelgazado todavía más y tenía un aspecto más consumido que el día de mi llegada. De día y de noche pasaba horas y horas recluido en el laboratorio. Durante esas semanas, muchas noches sólo éramos tres a la mesa: Ambrose no había salido del laboratorio. Sus manos temblequeaban y sus labios también mostraban un movimiento involuntario, mientras que sus ojos ardían con el fuego del fanático para quien todo lo que no sea la meta de su fanatismo ha dejado de existir.

El laboratorio me estaba vedado. Aunque mi primo no tenía objeción en mostrármelo, exigía la más absoluta soledad cuando se hallaba sumergido en sus experimentos. No conseguía que me indicara con exactitud qué drogas utilizaba. Yo tenía ciertas razones para suponer que se trataba de *Cannabis indica*, o cáñamo indio, comúnmente conocido por hachís, pero esa no era más que una entre tantas otras drogas. El las iba imponiendo a su cuerpo como latigazos para obligarlo a seguirle dócilmente en la búsqueda de los recuerdos de sus antepasados. Esa era su locura, su sueño, el objetivo al que se entregaba día y noche, sin pausa ni descanso. Yo lo veía cada vez menos, con excepción del largo rato que pasó conmigo cuando le entregué la recopilación de sus apuntes. Aquella noche estuvimos repasando juntos cada página y, a través de los recuerdos en ellas transcritos, el curso entero de su vida. Hicimos pequeñas correcciones con objeto de mejorar la narración. Después de añadir ciertas cosas o suprimir algunos trozos aquí y allá, mi primo se mostró partidario de que volviese a mecanografiar todo el trabajo. En vista de eso ¿nunca iba a poder compartir sus experimentos?

Mi primo tenía otro montón de apuntes listos para cuando acabé de pasar los primeros. Esta vez las notas no eran de sus propios recuerdos, pues iban hacia atrás en el tiempo; eran recuerdos de sus padres, de sus abuelos, de los antepasados de éstos. No eran tan específicas como las de él mismo. Eran más generales, aunque lo suficientemente explícitas como para componer un increíble cuadro de la familia anterior a la época en que él había nacido. Eran recuerdos de cataclismos, de grandes acontecimientos de la historia, de la tierra en sus comienzos; eran recreaciones de tiempos pasados tales que parecía inimaginable que un hombre hubiese podido concebirlas y anotarlas. Pero aquí estaban, innegablemente, impresionantes e inolvidables: un auténtico logro. Yo estaba convencido de que se trataba de una inteligente elaboración, pero no me atrevía a juzgar a Ambrose, cuya convicción fanática no dejaba lugar a dudas. Copié todas esas notas tan cuidadosamente como había copiado las primeras y, algunos días después, le entregué los nuevos apuntes terminados.

—No debes dudar de mí, Henry —dijo sonriendo—. Leo en tus ojos. ¿Qué ganaría con escribir una cosa falsa? No soy dado al auto-engaño.

—No soy quién para juzgar, Ambrose. Quizá ni siquiera para creer o dejar de creer.

—Muy bien dicho —concedió mi primo.

Le presioné para que me dijese lo que tenía que hacer a continuación, pero me sugirió que esperase hasta que él me avisase y que dedicase mi tiempo a explorar los bosques de los alrededores y pasear por los campos en dirección a la carretera, hasta que él tuviese más trabajo preparado para mí. Decidí seguir su consejo y explorar los bosques, cosa que no pude hacer, pues se interpusieron otros acontecimientos. Aquella misma noche se produjo un cambio que me iba a desviar de la rutina de transcribir las notas cada vez más difíciles de mi primo, pues Reed vino a despertarme para decirme que Ambrose quería verme en su laboratorio.

Me vestí y bajé en seguida.

Encontré a Ambrose echado sobre una mesa de operaciones, envuelto en la vieja bata color marrón que solía llevar. Se encontraba en un estado de abotagamiento, pero no tanto como para no poder reconocerme.

—Algo les ha pasado a mis manos —dijo con esfuerzo—. Me siento desfallecer. ¿Tomarás nota de cualquier cosa que yo diga?

—¿Qué les ocurre a tus manos? —pregunté.

—Un bloqueamiento momentáneo de los nervios, quizá. Un calambre muscular. No lo sé. Estarán bien mañana.

—Muy bien —dije—. Anotaré todo lo que digas.

Cogí su libreta, su lápiz, y me senté a esperar.

La atmósfera del laboratorio, iluminado deficientemente con una luz roja cerca de la mesa de operaciones, era impresionante. Mi primo parecía más un muerto que un hombre drogado. Además, en un rincón estaba funcionando un tocadiscos eléctrico, de modo que los bajos y discordantes acordes de *La Consagración de la Primavera* de Stravinsky fluían a través de la habitación y se apoderaban de ella. Mi primo estaba muy quieto, y durante algún tiempo no emitió ningún sonido; se había sumergido en el profundo sueño de drogas con el que llevaba a cabo su experimento, y me hubiera sido totalmente imposible despertarle.

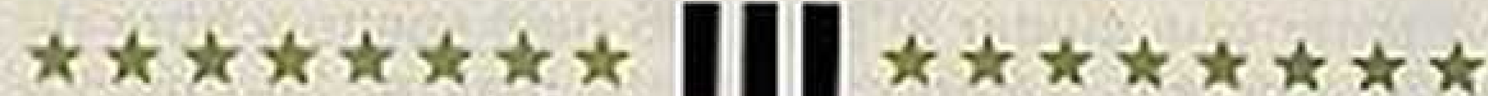
Transcurrió quizá una hora antes de que empezase a hablar, y lo hizo tan incongruentemente que me resultó difícil captar sus palabras.

—Bosque hundido en la tierra —dijo—. Seres gigantescos peleando, destrozando. Corre, corre... —y otra vez—: Nuevos árboles por viejos. Huella de diez pies. Vivimos en cuevas, frío, humedad, fuego...

Tomé nota de todo lo que dijo, de lo que pude captar entre sus palabras murmuradas. Increíblemente, sus sueños parecían referirse a la era de los saurios, dados los indicios de grandes bestias que cubrían la faz de la tierra y peleaban, destrozaban, caminando a través de los bosques como si fuesen de hierba, buscando y devorando a la humanidad, a los que vivían en cuevas y agujeros bajo la superficie de la tierra.

Pero tal retroceso en el curso del tiempo supu-

so un esfuerzo excesivo para mi primo Ambrose. Cuando finalmente recobró el conocimiento, se entremeció y me ordenó que quitase el tocadiscos. Después murmuró algo acerca de «denegación de tejidos» curiosamente unido a «mis sueños-mis recuerdos», y me comunicó que descansaria un rato antes de reanudar sus experimentos.



III

Tal vez si mi primo hubiera llegado a convencerse de que lo mejor que podía hacer era cuidarse y dejar a un lado sus experimentos –ya suficientemente adelantados para dejar prever un éxito final–, habria podido evitar las consecuencias funestas que le acechaban desde el momento en que pretendió traspasar las fronteras impuestas a los mortales. Pero no lo hizo. Incluso desdeñaba mis sugerencias, me recordaba que el doctor era él, y no yo. Mi réplica de que, como todos los médicos, se cuidaba menos de lo que cuidarla a cualquier paciente, caía en saco roto. Sin embargo, y aunque no podía prever lo que iba a ocurrir, por la vaga insinuación de Ambrose acerca de la «degeneración de tejidos» yo hubiera tenido que comprender el daño que se estaba haciendo a sí mismo abusando de las drogas que le habian convertido en su propia víctima.

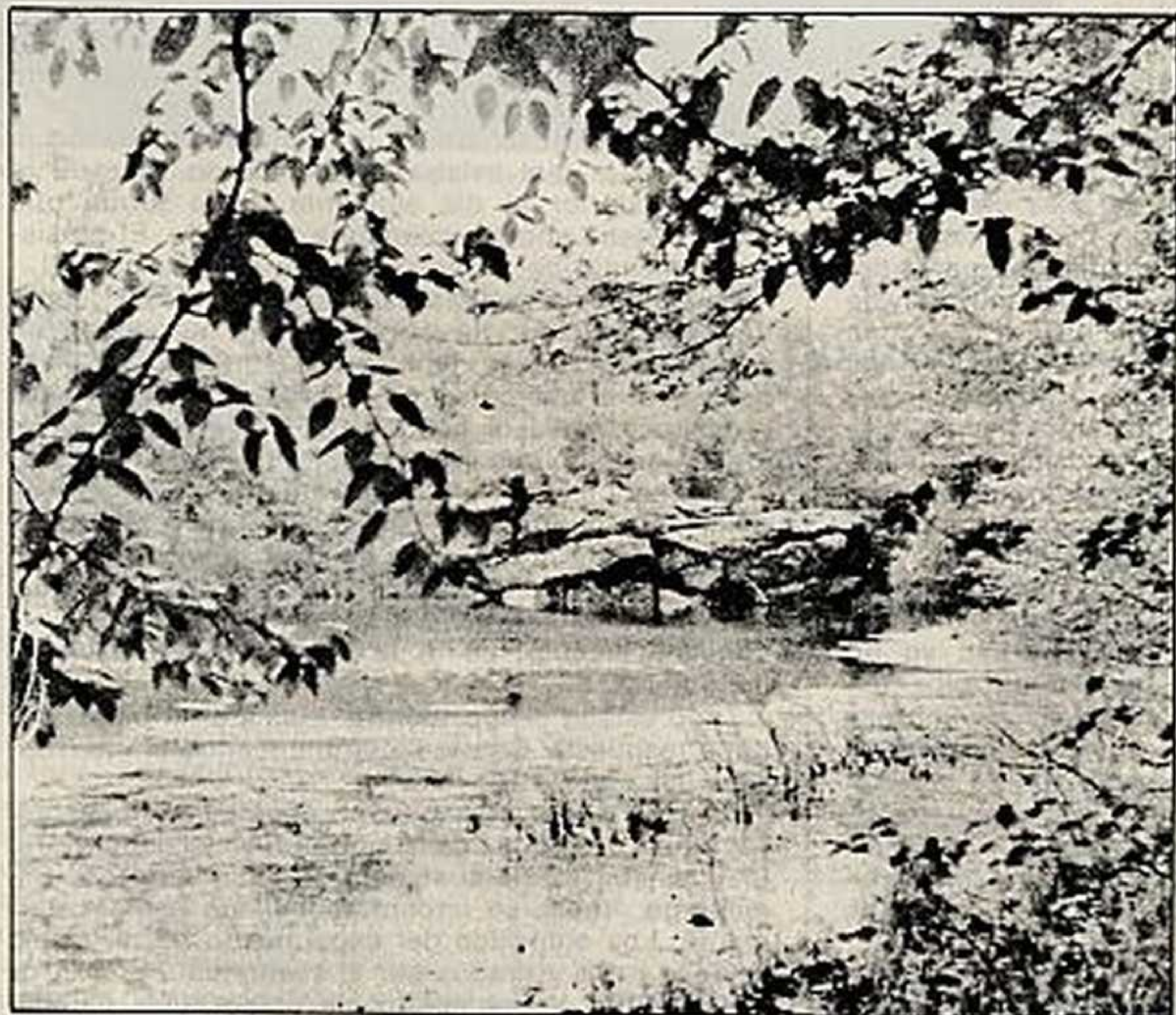
Descansó durante una semana.

Luego reanudó sus experimentos, y yo empecé otra vez a mecanografiar sus apuntes. Pero esta vez, eran casi indescifrables, en parte porque su escritura seguia deteriorándose, y sobre todo porque el asunto de que se trataba era cada vez más arduo de desentrañar. De todos modos, resultaba evidente que Ambrose había llegado muy atrás en el tiempo. Existía, por supuesto, la posibilidad bastante fundada de que mi primo fuese víctima de un autohipnotismo y que, lejos de experimentar esos recuerdos, lo que estaba haciendo era reproducir el recuerdo de los libros que había leído, los aspectos más sobresalientes de las formas de vida en las cuevas y en los árboles. Pero había ciertos indicios preocupantes, de cuando en cuando, de que sus observaciones no estaban en ningún texto escrito ni venían del recuerdo de ningún libro, aunque tampoco tenia yo posibilidad de comprobar si existían o no determinadas obras que pudieran haber servido de fuente a las extrañas crónicas de mi primo.

Veía a Ambrose cada vez menos, pero en las raras ocasiones en que le veía, no podía menos que darme cuenta del estado alarmante en que se encontraba por administrarse dosis cada vez mayores de drogas y cantidades cada vez menores de comida. Le desfiguraban aún más ciertos signos de degeneración que producían verdadera repugnacia. Babeaba y comía de una manera tan repugnante que la señora Reed se ausentó de la mesa en más de una ocasión. Menos mal que como a Ambrose no le gustaba abandonar su laboratorio, lo más frecuente era que sólo nos sentáramos tres a la mesa.

No recuerdo con exactitud cuándo se produjo la drástica alteración en las costumbres de Ambrose, pero creo que por entonces yo ya llevaba algo más de dos meses en la casa. Ahora que miro hacia atrás, me parece que el momento fue detectado por Ginger, el perro de mi primo, que empezó a demostrar una gran inquietud en su comportamiento. Siempre había sido un perro muy bien educado, pero ahora ladraba con frecuencia por las noches, y durante el día gemía y se movía alrededor de la casa y del patio como si estuviese asustado. La señora Reed dijo: «Ese pero olfatea u oye algo que no le gusta.» Quizá decía la verdad, aunque yo no le di mucha importancia.

Por esta época mi primo decidió quedarse en su laboratorio todo el tiempo, dándome instrucciones de que le dejase la comida en la puerta. Me mostré contrario a aquella decisión, pero ni abria la puerta ni salía, y muchas veces dejaba la comida allí durante mucho tiempo antes de salir a buscarla, de modo que la señora Reed cada vez ponía menos interés en que la comida estuviese caliente, pues la mayoría de las veces ya estaba fría cuando la tomaba. Lo curioso era que ninguno de nosotros llegaba a ver a Ambrose cuando recogía su comida; la bandeja podía perma-



Un rincón del lago Quinsnicket, al que Lovecraft solía ir con frecuencia.

EL ANTEPASADO

nacer allí durante una hora, dos horas, incluso tres, y entonces, repentinamente, desaparecía, para ser reemplazada después por otra vacía.

Sus hábitos en la comida también habían cambiado: él, que había sido un buen bebedor de café, ahora lo rechazaba y devolvía la taza intacta. Lo hizo tantas veces que la señora Reed ya no se molestaba en servírselo. Parecía inclinarse cada vez más hacia las comidas simples –carne, patatas, lechuga, pan– y no le atraían las ensaladas o los cocidos. Algunas veces aparecían notas en las bandejas vacías, pero eran cada vez menos frecuentes y más espaciadas. Además, algunas de ellas me era imposible descifrarlas, ya que su letra ahora, al igual que el contenido de las notas, traslucían una penosa degradación. Parecía tener dificultades para agarrar el lápiz, y las líneas estaban garabateadas en grandes letras sobre las hojas de papel, sin orden ni concierto. La verdad es que esto no era de extrañar en una persona bajo el efecto de fuertes dosis de droga.

La música que salía del laboratorio era aún más primitiva. Ambrose había conseguido algunos discos de música étnica –polinesia, india antigua y otras de ese estilo– y era ese tipo de música el que se oía ahora exclusivamente. Consistía en una serie de sonidos extraños y repetidos que resultaban muy interesantes en un principio pero que, al final, cansaban con su monotonía insistente. Aquello duró aún una semana entera, día y noche, hasta que un día el tocadiscos empezó a manifestar síntomas de haberse gastado. De repente se paró y desde entonces no volvió a oírse.

Aproximadamente al mismo tiempo se produjeron dos nuevos hechos aún más desconcertantes. Al perro, Ginger, le dio por ladrar frenéticamente durante las noches, a intervalos regulares, como si alguien estuviese invadiendo la propiedad. Me levanté una o dos veces, y una de ellas creí ver un animal desagradablemente grande, que corrían hacia el bosque; cuando salí fuera, había desaparecido. Pensé haberme equivocado ya que, por muy salvaje que fuese esta parte de Vermont, no era una zona de osos, ni era de esperar encontrarse en los bosques algo mayor o más peligroso que un ciervo. El segundo hecho, sin embargo, era considerablemente más molesto. La señora Reed fue la primera en observarlo y me lo hizo notar: se trataba de un penetrante y altamente repelente miasma, un olor animal, que parecía emanar del laboratorio.

¿Podía haber metido mi primo un animal por la puerta del laboratorio que daba al bosque? Siempre existía la posibilidad, pero a decir verdad yo no conocía ningún animal que tuviese un olor tan fuerte. Los intentos de preguntárselo a Ambrose desde este lado de la puerta fueron inútiles. El rehusaba contestar, e incluso no le inmutó la amenaza de que los Reed, incapaces de seguir trabajando en medio de ese hedor, acabarían por marcharse. Tres días después, los Reed empaquetaron sus cosas y se fueron. Yo me quedé solo a cargo de Ambrose y su perro.

Debido al shock que me produjo mi descubrimiento final, no conservo un recuerdo muy exacto de la forma en que sucedieron los últimos acontecimientos. Si recuerdo que intenté una y otra vez ponerme en contacto con mi primo. Para lograrlo, recurrí a todos los medios posibles e imaginables, pero mis súplicas se quedaron sin respuesta. Para no tener que cuidar al perro, lo dejé suelto y libre de vagar por ahí. Tampoco intenté realizar las funciones que desempeñaban los Reed, pues pasaba mi tiempo en ir al laboratorio y venir del laboratorio. Me había dado por vencido en el intento de mirar dentro del laboratorio desde el exterior, ya que sus ventanas eran grandes rectángulos paralelos al techo y, de igual forma que la única ventana de la puerta, estaban tapadas; resultaba imposible ver el interior.

Aunque mis súplicas no habían tenido ningún efecto sobre Ambrose, sabía que en última instancia necesitaría comer y que, si le retiraba la comida, se vería finalmente forzado a salir del laboratorio. De modo que durante todo el día no deposité comida ante la puerta. Me senté de mala gana para esperar hasta que apareciera, a pesar del nauseabundo olor a animal que provenía del laboratorio e invadía toda la casa. Pero no apareció. Me decidí a continuar mi vigilancia delante de la puerta. No tuve que hacer grandes esfuerzos para luchar contra el sueño debido a que, en el silencio de la noche, unos movimientos peculiarmente extraños, dentro del laboratorio, me mantenían en vilo. Se trataba de unos ruidos desordenados, como si una inmensa criatura se arrastrase. A esos ruidos se sumaban los sonidos guturales que hubiera producido algún mudo en sus intentos de hablar. Llamé algunas veces y otras tantas intenté forzar la puerta del laboratorio, pero no lo conseguí: estaba no sólo cerrada, sino que parecía reforzada con algún objeto pesado.

Decidí que si mi primo no salía en busca de la comida a la que estaba acostumbrado, forzaría la puerta exterior al día siguiente de la forma que fuera. Estaba ahora sumamente alarmado. El persistente silencio de Ambrose no me parecía natural.

Apenas había tomado esta decisión, me dí cuenta de la excitación del perro. Como no estaba ya encadenado, no se limitaba a ladrar como otras noches, sino que corría de un lado a otro de la casa y después hacia el bosque. De pronto escuché el furioso gruñido que siempre acompaña a un ataque.

Olvidándome por un momento de mi primo, me dirigí a la puerta más cercana, cogí mi linterna y corrí fuera de la casa. Iba en dirección al bosque y ya había rodeado la casa cuando vi que la puerta del laboratorio estaba abierta. Me paré en seco.

Instintivamente me dí la vuelta y corrí hacia el laboratorio.

Todo estaba oscuro dentro. Llamé a mi primo. No hubo respuesta. Con la linterna encontré el interruptor y encendí la luz.

La escena que presenciaron mis ojos me espantó. La última vez que había entrado en el laboratorio todo estaba exageradamente limpio y cuidado. Sin embargo, ahora se encontraba en un estado alarmante. Los utensilios del experimento de mi primo estaban rotos y tirados por el suelo, junto con otros instrumentos y fragmentos de comestibles parcialmente podridos –algunos podían reconocerse que



Retrato de H. P. Lovecraft, dibujado por Virgil Finlay.

habían sido guisados, pero habían también una increíble cantidad de carne cruda–, restos de conejos, ardillas, mofetas y pájaros. Sobre todo, el laboratorio tenía el repelente y nauseabundo aroma de la cueva de un animal salvaje. Los instrumentos esparcidos por el suelo dejaban constancia de un nivel de civilización, pero el olor y la apariencia del lugar reflejaban una vida totalmente sub-humana.

No había ni rastro de mi primo Ambrose.

Recordé entonces el gran animal que había creído ver correr hacia el bosque y lo primero que se me ocurrió fue que la bestia había entrado en el laboratorio de alguna forma, se había llevado a Ambrose y que el perro había salido detrás de ellos. Actué según ese razonamiento y salí corriendo del laboratorio al lugar del bosque del que aún provenía el sonido gutural de una lucha a muerte. Pero cuando llegué al sitio el combate había acabado. Ginger se echó hacia atrás, jadeante, y mi luz enfocó la víctima.

Ignoro cómo me las arreglé para volver a la casa, para llamar a las autoridades y aun para pensar coherentemente durante cinco minutos, tan grande fue el shock de mi descubrimiento. En ese momento comprendí todo lo que había ocurrido: sabía por qué el perro había ladrado tan desesperadamente en la noche, cuando «la cosa» se iba a alimentar, comprendí el misterio y el origen del fuerte olor animal. Me di cuenta de que a mi primo le había sucedido lo inevitable.

Lo que yacía bajo las sangrientas fauces de Ginger era la caricatura sub-humana de un hombre, la infernal parodia de la evolución primaria, con horribles deformaciones de cara y cuerpo, y de él emanaba un intenso y sepulcral olor, pero estaba vestido con los harapos de la bata color marrón de mi primo y llevaba en la muñeca el reloj de mi primo.

Por alguna ley primaria desconocida, al llevar sus recuerdos hacia la era prehumana, al pasado hereditario del hombre, Ambrose se había visto atrapado en ese período de evolución y su cuerpo dio marcha atrás hasta el nivel de la existencia prehumana en la tierra. Todas las noches iba al bosque en busca de su comida, enloqueciendo al ya alarmado perro; y de mi mano llegó a este horrible final, pues fui yo quien desató a Ginger y quien hizo posible que Ambrose encontrase la muerte en las garras de su propio perro. ■ **H. P. L.**

Publicado con autorización de Alianza Editorial, S.A. «La habitación cerrada», LB/809.

Otras obras de H. P. Lovecraft publicadas por «Alianza Editorial, S. A.» **Los mitos de Cthulu, LB/194. Viajes al otro mundo, LB/306. El caso de Charles Dexter Ward, LB/721. El horror de Dunwich, LB/772. En la cripta, LB/LB/786. Los que vigilan desde el tiempo, LB/807. En las montañas de la locura y otros relatos, LB/843.**

VOLTAIRE Y LOS PAVOS REALES

BLANCA ANDREU

«lo que el zorro con cara de Voltaire esconde entre sus libros, que son piedras».—**Francisco Umbral.**

CUANDO mayo llega con sus lunas juntas, con sus lunas viriles que se tiran sobre la hierba bruscamente a descansar y a morder manzanilla, a beber la cintura de las malignas adolescentes, cuando mayo llega con su calavera de duque, los niños se aceleran, se subdividen, se multiplican extrañamente al amanecer, y ya no se despierta únicamente Hugo, sino mil Hugos con aire de fauno, nariz de ciervo, ni Andrea con su delgado nombre, sino miles de Andreas, ni siquiera Marta es sólo Marta, sino multitud de serias Martas que buscan sitio para correr, sintiendo en los insectos de las venas el turbio olor a savia desbridada. La savia es un caballo deshojado, la savia es un caballo que reposa en invierno, arcángel de crin quieta. Pero ahora las abejas pequeñas de las corvas y de las leves articulaciones se pierden en el rumor y el lenguaje del polen, en sus cascos mojados, en la cabalgadura del mismo y de la menta y del tilo que relincha y muge.

Mirad a Andrea levantándose al amanecer, agrupando a los seres temblorosos que preforman su deseo de ser una sola entre los animales y las hierbas del mundo, viendo cómo se equivoca en ella la deslumbrante sangre del roble y la lava que nutre los castaños grandes, rojos como planetas de río.

Todas las cigarras y las polillas están latiendo, todos los mosquitos de la humedad y los grillos de cementerio pulsan en el blanquísimo interior de las arterias, empujándose, encendidos por el anillo de mayo, buscando el camino de las manos del niño, de los pies del niño, del tallo y el estambre del niño, en los tobillos, en su nuca de gato, porque es allí donde reside su fuerza, su débil poder.

Cuando mayo lanza su gemido de zarza, su fibra nueva, su amarga luz de anillo de ramas y pervincas, niños multiplicados amanecen y se calzan sandalias nerviosas. Las almohadas se vuelven verdes, en la sábana florecen algas y hojas y quemaduras bordadas hace mucho, camas multiengrendradoras se afiebran y tañen los demasiados cuerpos del niño, las demasiadas rodillas llenas de heridas deseables, nítidas como condecoraciones, medallas del heroísmo más desconocido y más inútil, más puro, mientras Andrea, Marta, Hugo miran sus íntimos números móviles, las cifras sin fondo de la infancia, y cuentan sus enormes cantidades de manos. También las matemáticas maduran.

Y ahora Hugo, Andrea, Marta, y otra vez Hugo, y otra vez Marta, y Andrea de nuevo, se levantan y corren casi al amanecer, con la lengua iluminada de leche y ateridos de falso frío, hasta llegar a la red que también se despierta junto al bebedero, arquitectura de nada, taberna de hilo donde la madrugada bebe pájaros enredados, fuentes que encallan. Un pájaro varado con locura de pez, con la locura de las raíces que se equivocan de lunación, recolección de frutos locos que el viento acumula, arrendajos en ramos muertos, vendimia del vuelo fijo. Y así Marta, Andrea, Hugo miran lo detenido, lo innatural, el agudo dolor del embarcadero celeste, la red florecida de acentores parduzcos con grandes ojos que crecen y pico esbelto de violín, o bien los distinguidos petirrojos tan franceses, las currucas grises como flores grises, el mirlo avisador, imposible de anillar y de pesar en el ¿dinamómetro?.

La multitud de manos sin dueño que quieren ser Andrea, Hugo, Marta, recoge los pájaros del año, los afilados de comisuras amarillas, los que aún guardan vestigios de minoría de edad, de cuando era abril con forma de padre el que picoteaba las semillas bajo el mármol medio de la lluvia. Luego hay que volver a casa y medir con exactitud la cola escarchada y las alas resueltas en esquema de remo, averiguar las plumas nuevas, anotar huellas y signos. Ejército de notarios de las vidrieras del cielo y su pleamar quebrada, de sus curvas y de sus bodas, de sus vientos novicios, mientras mayo rompe su termómetro de las doce y media, mientras traza una columna de mercurio tibio que asciende hasta el sol. Los niños trepan entonces a todos los árboles y las estatuas que el calor fermenta, y Andrea con su faldita de mandolina trepa más alto que nadie sobre el vértigo de la piedra y el verde jónico del termómetro o el tilo.

—Yo subo más alto que nadie. Estoy arriba del tilo más alto del mundo y, si me araño, no me importa nada, y si me caigo tampoco.

Porque Andrea encuentra en el aire convicción de salud, metales leves que curan y corolas raras de medicinas de altura, y así mira al techo que no hay, se emborracha de estatura que no tiene bajo la ciencia clínica del cielo.

—Tengo miedo de subir a la segunda rama. Parece quebradiza. A mí me gusta estar cerca del suelo.

Y Marta sube hasta donde su miedo desea. Su miedo es su padre y su madre y la escalera hacia ningún sitio que nace en ella y muere. Su miedo es cálido y seguro, su miedo es un lagarto al que ella mima, una almohada sobre la que duerme, un reconocimiento. Y su miedo son también sus pier-

nas que sólo tienen la curiosidad de las ramas más bajas, odio de capiteles o cabezas de árboles ciclopes, odio de catedrales, de cigüeñas.

—Yo busco un nido de chorlitejos. A veces vuelan desde aquí.

Y Hugo no gesticula, abre sus ojos de faunito ornitólogo o de gato tímido y sube y baja sin importarle nada.

Alcohol del equilibrio, vino de tan dormida luz, licor de tan estancada madera de alegría en la intoxicación del ascenso, de la bajada. Hay administraciones vegetales y ritos, ordenaciones, mientras los mil niños trepan y se derraman o se llenan como jarras silvestres de líquido que oscila.

—Mi padre desayuna pan blanco y leche violeta con una sola clase de mermelada.

—Mi padre sube con sus cojines de paja al ciprés que está al fondo del jardín.

—Mi padre sube con sus periódicos y sus cojines escarlata.

—Y se sube al ciprés, que es un abeto, a leer las noticias.

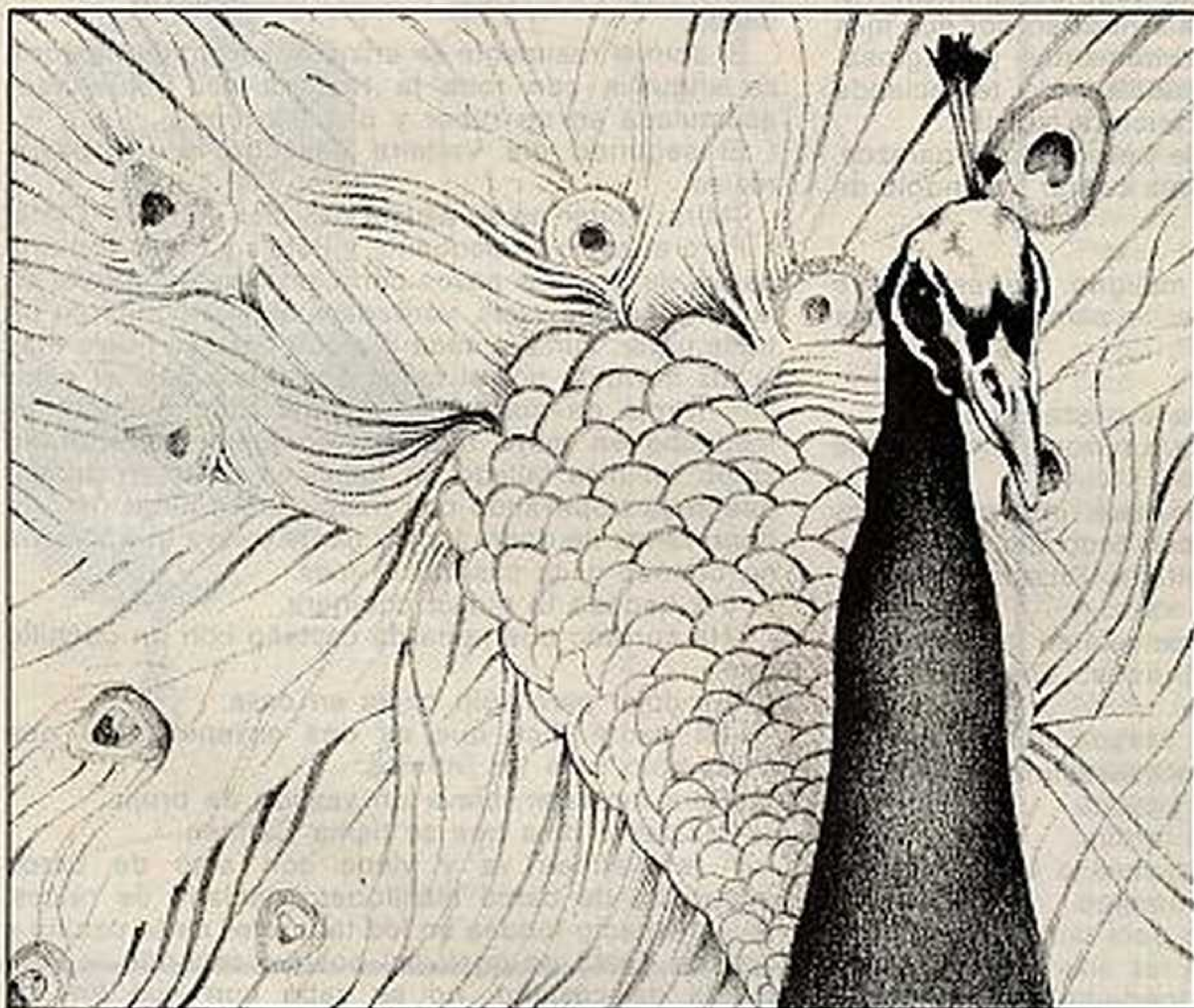
—Mi padre sólo lee la política con sus cojines de paja sobre una rama.

—La política es una cosa que hay en los periódicos, una cosa sin fotos ni nada que recortar, y está muy mal. Mi padre dice que está muy mal.

—La política es un pecado o algo así, pero da igual, porque mi padre se sube al abeto por las mañanas con sus periódicos, oliendo a colonia, y nadie sabe dónde está.

—Sin embargo, mi padre sólo existe en el suelo, por eso yo me quedo en la rama más baja del tilo.

La rama más baja del tilo, cerca de las llaves y los animales pequeños, mientras adultos van y vienen con colonias madrugadoras, con colonias muy duras y rumor tipográfico.



En el jardín, árboles circuncidados por la tijera del invierno ahora golpean sus proas, levantan sus biombos, se conceden paisajes japoneses, verifican blandos venenos, verdes bálsamos y alas geográficas verdes. Árboles inmaduros y prohibidos mecen una oscurísima gracia, un anterior secreto nupcial.

En el jardín, el pavo real y la pava real que un abuelo lejano regaló charlan de nada, se apresuran con aire de ir a perder el transiberiano, con aire de enfermos que andan por los trenes, aburriendo.

—El pavo real tiene obsesión por ser cosmopolita.

—El pavo real y la pava Clota tienen cara de avaricia.

—El pavo Persis y la pava Clota no piensan nada, son bobos, no saben ni volar bien.

Mayo cerrado, mayo amordazado, mayo borroso se pavimenta y se petrifica en la voz oscura de Marta, que se olvida de los pavos y juega con su navaja nueva.

—«Meu amigo é, meu amigo é».

Lejos del solfeo hermético su voz de yedra oscurecida y niña, sus dedos morenos que se acostumbran al peso nuevo de la navaja siguiendo un ritmo medieval, un tono de cantiga, mientras llega la hora de comer, mientras se abandonan las substancias que ardían y lo escrito con las puntas doradas de los dedos al filo del calor,

—«Meu amigo é, meu amigo é».

mientras Hugo y Andrea, y otra vez Hugo y Andrea nuevamente se desentienden de Marta y suben hacia la solana, a sufrir lo más rápidamente posible el martirio de la sopa,

—«O cabaleiro da pruma na gorra»

sobre taburetes demasiado altos, demasiado bajos. Algas de antaño en la voz, líquenes de otro tiempo, los pólipos silábicos y las plantas mordidas de un mar viejo que es nada se enredan en el aire como si ya fuera el atardecer, cuando es obligatorio ponerse triste,

—«O cabaleiro do verde tabardo, meu amigo é»

cuando es lo conveniente, y no ahora, a mediodía.

—«Ogallá que na guerra non morra, meu amigo é»

Y menos en la orilla de la siesta, profunda mano sobre la frente, fría mano de sombra que no saluda, en los alrededores de la fraga, bajo los robles cálices que absorben las pisadas del calor, el enorme sufrimiento del calor. Una mano sobre la frente, una mano sin naranjas, una mano sin anillos blancos, una mano en inteligente vigilia de agua que abate el nombre calcinado del mediodía.

VOLTAIRE Y LOS PAVOS REALES

Y Hugo, Andrea, Marta duermen sin saber que, entretanto, por corredores, por caminos hundidos, una fiera pequeña y ocre, un cachorro con anatomía de hoja aguda, se va acercando. Vendrá tembloroso como un diminuto fuego en los brazos del cazador, vendrá trémulo y preservándose del miedo con sus párpados rubios.

–Nada, que hemos cazado a la madre y traemos al cachorro para que usted nos dé lo que sea costumbre.

La mujer duda, mira los delicados párpados cerrados, el lomo rojo, la garganta débil del animal. Y el instinto se le asombra, titubea indeciso por sus más lejanos nervios de mujer sentimental, prodigiosamente se le amplía, le murmura al oído, le asciende por los dedos hasta que acaricia al zorrito.

–Pobre. Usted nos lo vende por lo que le parezca, por lo que usted crea que iba a cobrar llevándolo de pazo en pazo.

–Pero si es una alimaña.

Y el cazador de cuero maligno, de espuela e ignorada violencia se resiste, le parece una aberración.

–Pero si es una alimaña.

–Pobre. A los niños les va a gustar tanto.

Y ya hay un zorro en casa. Un zorro diminuto de después de la siesta.

–Hay que ponerle un nombre inteligente. Los zorros son muy listo, lo saben todo del bosque.

–Voltaire. Se parece a Voltaire. Dice la mujer.

–Volter. Qué nombre más raro.

–Era un filósofo francés que está en la biblioteca.

–A mí me gusta más Enrique. Enrique es un nombre que está bien.

Pero ya es Voltaire. Volter. Mirada aguda, aterrorizado filo castaño que intenta acostumbrarse a la penumbra.

–Habrá que ponerlo en el jardín.

–Habrá que ponerle una cadena o una cuerda.

–Yo quiero que duerma conmigo.

Suplicios de mayo el malo para tanta vida que no entiende, mes carcelero con las alas mayores en el jardín confuso, en el jardín donde la luna muerde la manzanilla y la menta, donde la luna se acuesta en el boj y el laurel como un emperador amarillo y romano. Aunque los zorros no aúllan a la luna en llamas. Los zorros rojos lo que en verdad quisieran es comerse la luna como a una gallina tonta. Los zorros rojos pequeñitos bostezan y luego duermen el mal sueño del jardín cerrado, el mal sueño de la luna libre por el jardín, porque los zorros rojos no saben que el jardín guarda aún presas más cercanas, diurnas y adornadas con cien ojos congelados, cien ojos de cien egipcios muertos urdiéndose en la cola. Persis y Clota, el pavo real que se detiene en escenarios muy franceses y la pava real tonta como la luna cuando es gallina tonta en los sueños de Voltaire.

En los muros, en los posos de la piedra, el zorro rojo sólo siente una ausencia de madre, olor de calor y alimento y mordisco delicadamente educador, sólo nota una sustitución de suavísimo pelo por dureza de perverso hueso agrietado y gris, alma de la piedra, alimento de nada y calor de nada. Por eso, en las madrugadas del alto mayo, Hugo, Andrea, Marta, bajan con la leche en un viejo plato azul a suplir lo infinitamente cálido, lo nunca amenazador. Zorro rojo Voltaire es, al amanecer, inquieto, agradecido y huidizo.

El primer día, el cachorro descubre la atadura y se desespera, se nubla, se esconde en la madriguera falsa, llora sobre las fuerzas incomprensibles y las leyes desconocidas y los helechos secos. Muerde la amarra y se daña la lengua. Hugo, que sabe de zorros, que sabe de todos los animales del mundo, le acerca insectos quebradizos para que juegue.

–No toquéis a Volter. Si lo tocáis se va a erizar de miedo.

El animal realmente se eriza, el zorrito sin historia se angustia con toda la Historia del Depredador acumulada en un rubor y una ira roja.

El segundo día Voltaire descubre a los pavos reales.

–Mira, Volter no se asusta casi con Persis y Clota.

Pero el zorro es pequeño, y Persis y Clota son una pareja de grandes pavos con cien ojos de botella en la cola, botella vacía, verdadera botella oculta en un triste lugar, aunque cada día que pasa se huele más la luz mordida por el zorro que crece bajo el calor con forma de manzana o cristal roto. Siempre es mediodía en mayo maligno, en junio sobredorado como un mes tallado en Italia, en julio, en agosto que llega tropezando con fresquísimas lunas de otra hora, ranas de ópera loca y gente nueva que todavía no conoce ni la casa ni el mes.

–Ha llegado la nueva cocinera.

–Ha cortado una rama de castaño con un cuchillo rojo.

–Es coja, pero sólo cojea en casa.

–Mi padre dice que es una envenenadora que cojea sólo para los íntimos.

–Para molestar. Lleva un vestido de bruja.

–Mi padre dice que se llama Carmen.

Y la Carmen va y viene con algo de barco quebrado, de barco mejillonero anclado de raíces, muy despacio fondea en los taburetes de la cocina y con un gesto de ogro del bosque esconde la vara pulida de castaño, no se sabe con qué fin. La Carmen se sienta todas las tardes en la solana y lee con dificultad papeles de pleito, recortadas hojas judiciales, cosas así.

El mundo ondula entonces, para Hugo, Andrea y Marta, entre el zorro Voltaire y los pájaros, que son lo vivo aterido, lo igual, entre los pavos Persis y Clota, que son la indiferencia indirecta, y la Carmen que es lo lamentable tomando posesión frenética del tilo, del palomar vacío con huellas de aquelarre y quemadura, del jardín donde el calor es un arco sin clave, una música blanca disfrazada de verde, de verde funeral y sin dovelas, piedra de agosto que salpica sueño parado y tinta. Agosto es territorio violado, y dictados difíciles, teoremas que huelen ligeramente a escarlatina, a enfermedades contagiosas. La savia en agosto se olvida a sí misma y decae por distancias entrelazadas, por venas que han perdido el equilibrio. La savia es un caballo de astronomías inversas, la savia es un caballo que subsangra en agosto, arcángel de crin muerta. Andrea bosteza. Hugo quiere escaparse y hace hatillos enanos con pañuelos muy grandes. Marta

—Volter se ha ido. Se ha escapado.

—Lo habrá soltado la Carmen. Decía que olía a cuero viejo.

Y el jardín se puebla de pronto con mil zorros escondidos, mil niños y mil zorros que se buscan y se huyen. Con mil deseos de zorro ido y oculto y una desolación.

—La Carmen dice que ella no sabe nada.

Y recorren los caminos del boj y del laurel real, las rutas enloquecidas de los rosales que braman, los subterráneos del ciprés, que es un abeto, las bodegas olorosas del tilo. Vigilan las gargantas del jardín, escuchan su voz embriagada de musgo muy mojado, de helechos espirituales, altos, de hierba clara. Vigilan mientras anochece, así, angustiados.



lee el solfeo y se quiere olvidar de que se aburre.

—Dice la Carmen que la carne de pava real es la más rica.

—Quiere comerse a Clota.

—Y lo dice mientras cojea.

—Mi padre dice que sólo cojea para los íntimos.

—Sólo cojea cuando tiene hambre.

—Hambre de pava real.

—Hambre de Clota.

Y los niños se duermen en la siesta perfecta del verano, aburridos de nada, bajo el tilo o más lejos, fuera de la casa y de su enorme sombra de oso de rey, sobre la rama de un castaño que toma aire de desván natural, leche en estado puro. Las cuatro de la tarde, la hora que cae como un pisapapeles de cristal, como una bola sin paisaje sobre el sueño infantil, sobre los niños que se despiertan inéditos, renovados sobre el torreón escrito por insectos, texto de siesta, sobre la rama que fulgura rodeada de abejas y de tábanos de oro malo. Ahora hay que hacer muchas cosas, poner anillos a los pájaros despistados, vuelo debelado del mirlo y la curruca, o hay que llevar carne sin cortar al joven Voltaire que no medita, que cada día olvida los rostros de los niños, que no es un animal de fábula sino un animal que llora bosques y sigilos perdidos.

Hugo, Andrea, Marta corren hacia la madriguera que han construido con ladrillos usados, que han ido pintando de un amarillo antiguo. Corren en multitud. Corren subdivididos, multiplicados, como corren los niños por los imprecisos caminos del verano, por el turbio olor del verano, por sus ásperas atalayas. Pero el zorro no está.

—Mi padre tiene una linterna.

Y la linterna va y viene de la mano del niño como un animal de dócil luz en la ceguera de la noche, un dulce animal que se detiene de golpe junto a la tapia más lejana.

—Aquí hay huesos muy raros.

—Son los huesos de Clota.

—Ha sido la Carmen.

—Y hay restos de hoguera.

—Ha sido Volter.

El pavo Persis mira impasible y virgen el esqueleto de su amada. El pavo Persis ha vivido siempre en su soledad de tocadores sin sangre, de consolas y hoteles con espejos neutros. Pero Voltaire se ha ido dejando un rastro de fósforo y de cal de garza, de cartílagos desordenados y huesos tibios y de ceniza absurda que nada importa.

—La Carmen dice que ella no sabe nada.

Voltaire, acaso, Voltaire zorro rojo, Voltaire ido y devorador. Pero hay restos de hoguera.

—La Carmen dice que ella no sabe nada.

Y la noche se cierne como un aguilucho melánico, anulando plata, declarando velocidades absolutas, agilidad inasible. La noche de agosto desgarra crispada el pecho de estatua del jardín, pecho de sonata y pombas, desgarra sus vestidos de niña, su aire habitado. Ya sólo queda en el mundo una cena con lágrimas mientras agosto separa lunas, levanta lunas que lloran a gritos, que respiran violentamente y se enredan en las cornisas con aire de guerreros, de conspiradores, de ausentes. ■ **B.A. (Ilustraciones de FUENCISLA DEL AMO.)**

EL QUE SUSCRIBE

ALVARO ABOS

1

EL que suscribe se dirige a V. E. a fin de reiterarle su solicitud de audiencia personal. Este pedido ya fue formulado en sendas instancias personales presentadas ante la Secretaría Privada con fechas 11.6 y 18.6.

El motivo por cual se urge una resolución favorable a lo impetrado es exponer ante V. E. los planes de solución al grave problema existente en nuestro país y al que V. E. se refiriera en sus alocuciones ante la Cámara de los Publicitarios Patrióticos, del 3.4 y ante la Hermandad de los Jóvenes Felinos, del 15.5. Ambas del corriente. Y sobre todo, reiterarle cuanto el Infrascripto ha expuesto en el Plan de Operaciones Para Exterminio de Piezas Incriminadas (POPEPI), consistente en una carpeta de 72 folios numerados más anexo con planos, gráficos y estadísticas, que elevara, vía Mesa de Entradas, con fecha 11.6, según recibo obrante en poder del signatario.

Quien se permite subrayar, aprovechando la presente, algunos hechos. A saber: con fecha 25.6 se recibió en la Repartición en la que presta sus servicios –quién sabe hasta cuándo– una Circular Interna en la que se consignaba la siguiente frase: «A partir de la fecha quedan suspendidas las operaciones de requisa de material incriminado conforme a las reglas y modalidades practicadas hasta el presente, debiendo ajustarse las mismas a las instrucciones que se cursarán por la vía pertinente, a la brevedad.»



En la Reunión de Camaradería de la LXVIII Promoción del Cuerpo verificada con fecha 25-5 en el conocido resturante céntrico «A la Gran Buseca», el abajo firmante escuchó comentarios privados relativos a la adopción de una nueva orientación en el tema sobre el que se distrae la atención de V.E. Todo ello hace suponer que el Plan que se pusiera a la consideración del Mando no ha sido deshechado. Y, lo que hace más perentoria (si se le permite la expresión, con el debido respeto) la necesidad de audiencia, que el referido Plan, en todo o en parte, estaría aplicándose *Ya*.

Por lo expuesto, y razones accesorias y/o concordantes, que expondrá personalmente, el suscrito reitera la solicitud de audiencia arriba inquirida.

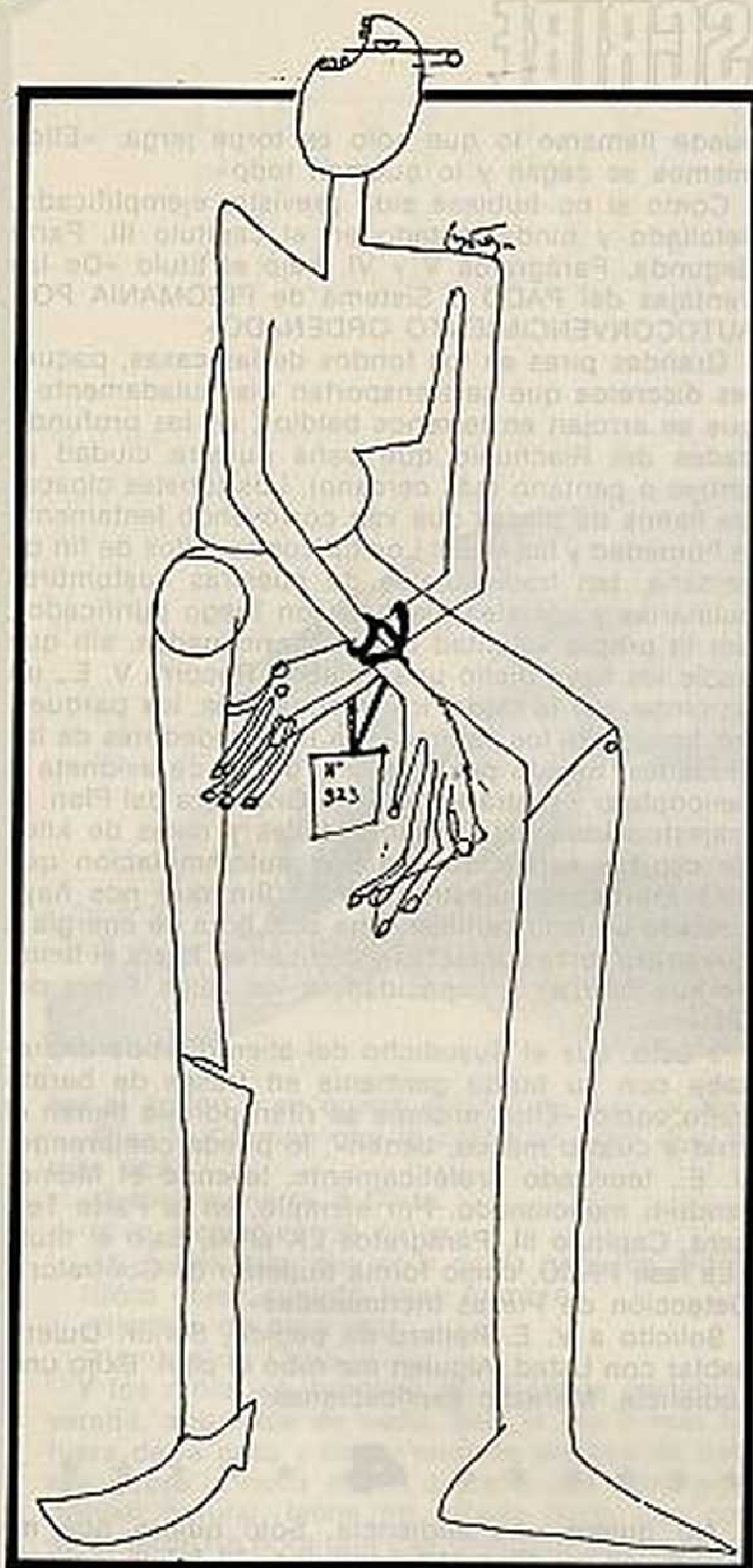
Dios guarde a V. E.

2

Me veo en la obligación de reiterar mi pedido de Audiencia en virtud de los eventos que han sobrevenido desde mi anterior solicitud.

Comprendo que puede resultar insólita la pretensión del suscrito, al fin y al cabo un simple y humilde subalterno de la Corporación. Pero los Altos Objetivos que motivan mi insistencia purgan el tiempo que estos apremios roban a V. E. El éxito de los Superiores Fines a los cuales nos debemos, V.E. en la cúspide, un servidor en el llano, convalidan todos los sacrificios.

Con fecha 30-6 recibí una cédula de Notificación del Procedimiento de Retiro Forzoso incoado con fecha 20-6. Me apersoné al Jefe Departamental y por indicación de éste al superior de Gestión a los efectos de indagar los motivos de la medida, por entender que la misma no se armoniza con los Reglamentos y Normas en vigor. Desgraciadamente, no obtuve más respuesta que la indicación de acudir a las vías pertinentes para recabar esas explicaciones que el Susodicho me negaba. Reconozco que en el trance no guarde



la compostura adecuada. El referido funcionario adujo que las misiones que en su momento se me habían encomendado se hallaban obsoletas. Mis insistentes reclamos se estrellaron ante la indiferencia del mismo.

Ahora bien, llegado a este punto no puedo dejar de preguntarme cómo es que, después de haber expuesto mi opinión por reservados canales, esas mismas tesituras me son espetadas con grosera indiferencia e irrogándome grave perjuicio.

En su momento y con meridiana claridad expuse mi negativo juicio sobre las requisas casa por casa, sobre las búsquedas minuciosas en las estanterías a la Caza de los Objetos Incriminados, sobre el agotamiento sobreviniente a los agentes que participan en tales búsquedas, fatigosas y muchas veces estériles. Sin mencionar la penuria para encontrar personal especializado idóneo y evitar los involuntarios, pero frecuentes errores que nos llevaron, por ejemplo, a considerar un «Así se forjó el acero» como manual de siderurgia, un «Capital» como texto de la Facultad de Economía y otras grotescas coladuras.

También tengo vertida opinión sobre otras consecuencias de estas técnicas. Cuando en los habitáculos no se encontraban las piezas referidas, lo que sucedía con frecuencia, debido, entre otros motivos, a que sus moradores las destruían preventivamente, se intensificaba la búsqueda de restos de eliminación voluntaria. Tales como marcas de polvo en las estanterías o en las paredes que revelasen la existencia de piezas sospechosamente retiradas. O, inclusive y con éxito imprevisible en algunos casos, al examen de los depósitos incineradores de basura, pues restos semiquemados pudieran delatar que los habitantes del edificio arrojaron piezas que, por la precipitación del caso, se consumían sólo parcialmente. Esta última posibilidad bastante menos frecuente desde que se ordenó, con criterio a mi juicio discutible, la instalación de compactadores de basura.

Mientras iba manifestando lo precedente, el Superior al que hice referencia «ut supra» reía con desdeñosa expresión. ¡Qué penosa fue, V. E., la impresión recibida! Tanto más cuando que, con groseras muecas y obscenos sonidos, aludía a que tales métodos (a decir verdad no utilizados desde hace un tiempo, casualmente desde mi retiro del servicio en calidad de disponible sin destino) «ya habían pasado a la historia». Sin que el Superior referido atendiera a mis vehementes manifestaciones en el sentido de que, precisamente, yo había anticipado lo que ahora se hace. Como consta, sin ir más lejos, en el Plan mencionado en mi nota del 26-6, Parte Primera, Capítulo Segundo, Parágrafos IV al VI, bajo el título «El Sistema de Sanción Total y su Difusión Capilar como Modelo de Economía de Gestión».

El Superior recibió estas alegaciones acentuando su obtusa reticencia y aumentando el volumen de sus carcajadas, conducta asocial ante la cual hube de retirarme con la dignidad que me honro en portar con altura.

Estos hechos han golpeado duramente mi sensibilidad. Y han llevado a mi convencimiento la impresión de que el Plan oportunamente presentado está siendo aplicado, sin que el suscrito haya recibido información ni explicación alguna, en contradicción a precisas Normas que aseguran la comunicación por la pertinente vía jerárquica, con los Agentes Superiores.

Dios guarde a V. E.

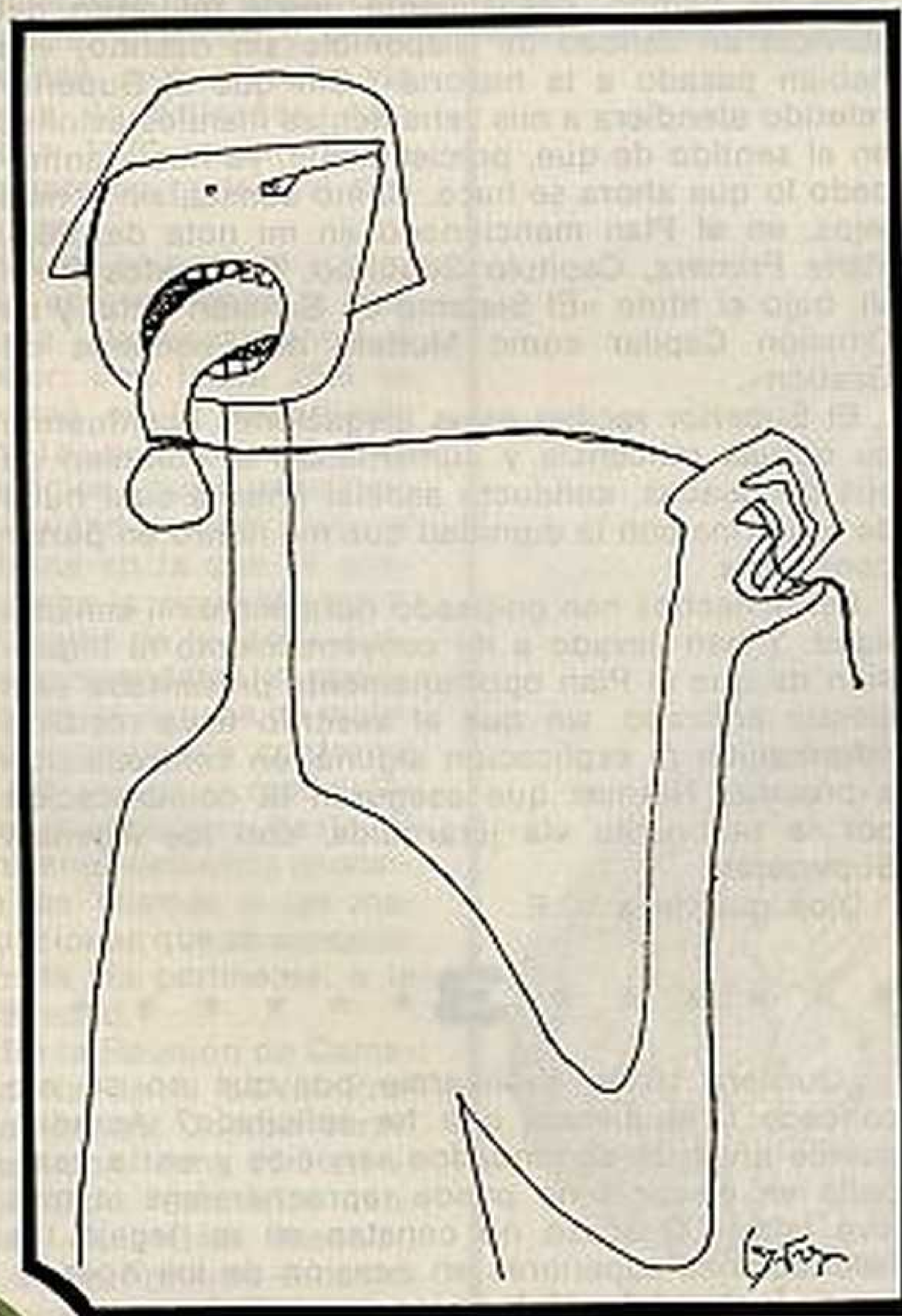
★ ★ ★ ★ ★ ★ **3** ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

¿Quisiera Usted explicarme por qué no se me concede la audiencia que he solicitado? Acredito quince años de continuados servicios y en la campaña en ejercicio no puede reprochárseme la más leve falta. ¿O acaso no constan en mi legajo las felicitaciones superiores en ocasión de los operativos de fechas 1-4 y 10-4, en los que está documen-

EL QUE SUSCRIBE

tada mi intervención en el descubrimiento y decomiso de miles de piezas? No sólo no se concede la audiencia, ni se me da una explicación sino que se me notifica la sustanciación de un expediente punitivo del cual ignoro todo y se me separa del servicio activo sin darme satisfacciones adecuadas.

Y cuando acudo a mi Superior, el funcionario al cual ya me he referido, sólo encuentro el oprobio y la burla. El individuo, al cual no puedo calificar porque aún estimo el honor del Cuerpo y no deseo agraviar su atención, merece sólo los epítetos que él mismo, con desaprensiva estulticia, me ha lanzado a la cara. Ese pigmeo, ese necio, ese papanatas. Lo acepto todo, pero no ciertos ultrajes. El Susodicho, expeliendo sus torpes palabras a través de fétido aliento (me permito aludir a sus peculiares hábitos en materia de ingesta bebestible), se jactaba de que los operativos de la Dependencia han, prácticamente, cesado. Como si no fuera ese el efecto de lo que predije en el Plan que, con fecha 11-6 elevara, como puede comprobarse en el Capítulo Cuarto, Parte Primera, Parágrafos XII y XIII bajo el título «La Práctica Masiva de Autodepuración Lustral como Instancia Superadora del Control Social». Explicado, teorizado, analizado y desarrollado. El Susodicho del fétido aliento exclamaba con su soez lenguaje, si así



puede llamarse lo que sólo es torpe jerga: «Ellos mismos se cagan y lo queman todo».

Como si no hubiese sido previsto, ejemplificado, detallado y fundamentado en el capítulo III, Parte Segunda, Parágrafos V y VI, bajo el título «De las Ventajas del PACO o Sistema de PIROMANIA POR AUTOCONVENCIMIENTO ORDENADO».

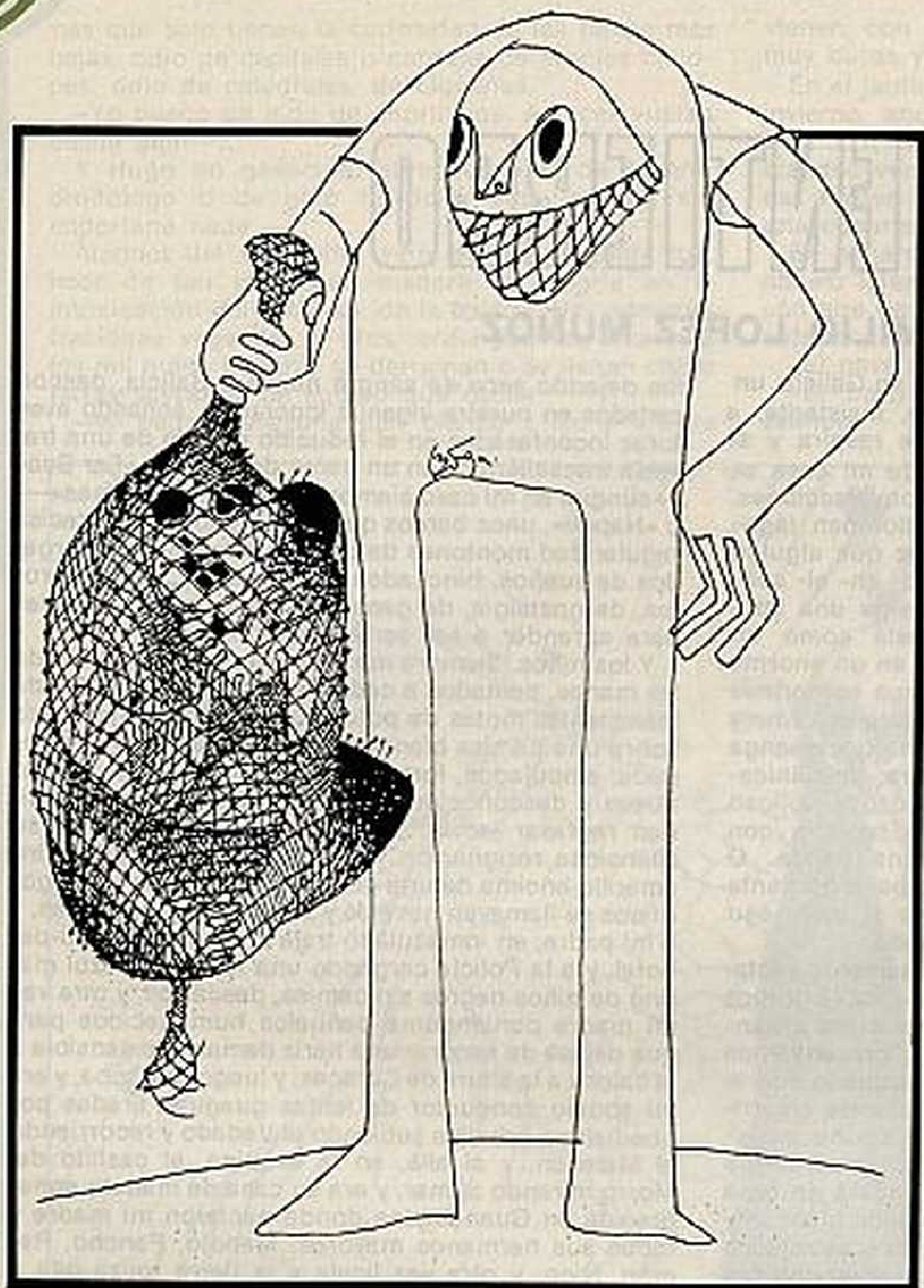
Grandes piras en los fondos de las casas, paquetes discretos que se transportan disimuladamente y que se arrojan en terrenos baldíos, en las profundidades del Riachuelo que baña nuestra ciudad (o arroyo o pantano más cercano). Los túneles cloacales llenos de piezas que van corroyendo lentamente la humedad y las ratas. Los típicos asaditos de fin de semana, tan tradicionales de nuestras costumbres culinarias y sociales, hechos con fuego purificador, por la propia voluntad de los incriminados, sin que nadie les haya dicho una palabra. Recorra V. E., un domingo por la tarde, los bosquecillos, los parques, los bordes de los caminos, en los alrededores de las ciudades, hágalo por el aire a bordo de avioneta o helicóptero y podrá apreciar la Grandeza del Plan, la majestuosidad del Designio. Miles y miles de kilos de cenizas esparcidas en una autoinmolación que está marcando nuestro triunfo. Sin que nos haya costado un solo centavo. Una sola hora de energía a nuestras fuerzas, intactas y dedicadas, hasta el límite de sus fuerzas y capacidad, a los Altos Fines del Sistema.

Y esto, que el Susodicho del aliento fétido expresaba con su burda germanía en frases de barato cuño como «Ellos mismos se rifan porque tienen el culo a cuatro manos, tienen», lo puede comprender V. E., teorizado proféticamente, leyendo el Memorandum mencionado. Por ejemplo, en la Parte Tercera, Capítulo III, Parágrafos LX al XI, bajo el título «La fase PACO, como forma Superior de Contralor y Detección de Piezas Incriminadas».

Solicito a V. E. Reitero mi pedido, Señor. Quiero hablar con Usted. Alguien me robó el plan. Exijo una audiencia. Merezco explicaciones.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ 4 ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

No quiero una audiencia. Sólo quiero que me devuelvan mi Plan (13 capítulos, 72 folios, presentado en Mesa de Entradas el 11-6. Tengo recibo). Me han expulsado del cuerpo. El Hombre de la Sonrisa Fétida, ese , , se ha complacido en humillarme. Ya puedo hablar de él sin restricciones. Ya no pertenezco al servicio activo. Sin embargo, se me mantiene retenido en una situación de dudosa legalidad. ¿Por qué? Sostengo que hay una oscura confabulación en mi contra. No se ha querido reconocer mi responsabilidad en el diseño de una grandiosa estrategia que ha significado la más grande victoria de nuestro Sistema. El destino de los profetas es ingrato. No lo merezco. Tampoco incurriré en el autoelogio porque mi obra, en definitiva, es modesta. Fruto de una mera reflexión sobre temas que la actividad cotidiana puso en el camino de mi mente. Pero se están cometiendo atrocidades con mi persona. Si voy a ser perseguido, privado



de mi actividad, de mi grado, de mis haberes o de mi libertad, déjenme ir en paz. Devuélvanme el fruto humilde de mi reflexión... No se añada esta incertidumbre al expolio. No se me insulte como ha hecho ese [redacted], [redacted], [redacted] y [redacted]. Debí soportar, además de sus insultos, la befa de sus risotadas. Soy un leal colaborador del Poder, en el que creo. Pero no puedo soportar más lo que el Fétido está haciendo conmigo.

★ ★ ★ ★ ★ ★ **5** ★ ★ ★ ★ ★ ★

Ignoro si llegará a usted esta esquela. El [redacted] que ha decidido arruinarme, lo ha conseguido. ¿Por qué se le entregó el Plan a mi más mortal enemigo? Aprovechándose de mi estado de indefensión leyó en voz alta, con esa voz [redacted] que tiene, párrafos enteros de mi Plan. ¡Qué [redacted] en su boca! Por él me he enterado que mis anteriores comunicaciones han sido testadas, considerándose inconveniente el lenguaje utilizado. Nunca me había sucedido. Pero ¿qué puede importarme ahora? Me queda una última esperanza. Que usted sepa la verdad. Que usted sepa quien soy yo y que sepa también quien es el [redacted] que hoy me aplasta. Designios de la vida. El [redacted], que ha decidido [redacted] con su sórdida inquina, consumó este acto de refinado sadismo: rompió en pedazos mi obra y me introdujo los trozos de papel en la boca. Espectáculo [redacted] para los que debieron presenciarlo. De mí no quiero hablar. El Fétido quiso culminar su obra destruyéndome. Me acusó de que yo, en mi propia casa, tengo Piezas Incriminadas. Si no hubiera estado aullando de humillación, debería haber reído. El Fétido me culpó de que el Plan (ese «sorete loco», dijo con su lengua [redacted]), ¡era un plagio de autores subversivos! ¡A mí! Ni que el Fétido hubiese leído (sé, sin embargo, que es analfabeto o poco menos) mi obra. Parte Cuarta, Capítulo VII, Parágrafos XXXI y XXXII, bajo el título «La Técnica de la Incriminación Automáticamente Probatoria como Solución a la Parálisis Procesal». En el fondo, es un testimonio de mi triunfo final. Sí, de mi triunfo sobre la [redacted] de tantos [redacted] de [redacted] que nos rodean. Con esta gente no vamos a ningún lado. No puedo seguir escribiendo, se acerca un guardia a mi celda y tengo que...

★ ★ ★ ★ ★ **6** ★ ★ ★ ★ ★

¡Basta ya de [redacted]! ¡Todos ustedes son unos [redacted] de [redacted]. Me han despojado de todo. [redacted] de [redacted]. Pues bien, no me importa. Me han dicho que mañana me trasladan de establecimiento. Sé lo que eso puede significar. Está bien, [redacted]. Vengan a buscarme. Estoy dispuesto a mandarlos a que los [redacted]. A todos ustedes. La posteridad me hará justicia y si no es así la conciencia los perseguirá siempre. Destrúyanme, [redacted]. Pulverízenme. Lo que nunca podrán es [redacted]. ¿Me oyen? ¿Me oyen?.

AL DEPARTAMENTO DE ARCHIVO: Se adjunta expediente conteniendo seis (6) piezas y carpeta con materiales anexos. Proceder a su depuración y archivar piezas utilizables. HAY UNA FIRMA ILEGIBLE Y UN SELLO QUE DICE: «Departamento de Control de Personal». ■ A A. (Ilustraciones: Joan Cruspinera.)

EL ENTIERRO

EMILIO LOPEZ MUÑOZ

ORBALLABA como sólo orballana en Galicia, un agua tamizada, fina, constante, insistente, a través de esa humedad que se respira y se suda. Los cristales de las ventanas de mi casa se habían apropiado del vapor de las conversaciones, de los incontables lo-siento-tanto y lloraban lágrimas que también llorábamos cada vez que alguien traspasaba la barrera del te-acompaño- en- el- sentimiento y recuperaba momentáneamente una imagen de su memoria para arrojárnosla como un bofetón. Mi tía depositaba su congoja en un enorme pañuelo blanco de esos de hombre que comprimía mecánicamente en una especie de pelota deforme y mojada, una pelota que introducía en la bocamanga de su chaqueta de lana negra-negra; mecánicamente también, conseguía entre sollozo y sollozo hacer un café fuerte y oloroso que repartía con generosidad en pocillos de porcelana pálida. O llenaba copas con un coñac que rascaba la garganta y obligaba a respirar hondo para que el estómago pudiera llenarse de aire fresco, húmedo.

En cada habitación —unos cuidadosamente sentados sobre las camas y otros en sillas—, había grupos que conversaban en voz muy baja: un susurro intranquilizador y que, sin saber por qué, presentíamos amenazante, había invadido la casa mezclado con el humo tembloroso de cientos de impacientes cigarrillos. Nosotros, o sea, mis hermanas, alguna mujer, cuya identidad no consigo recordar por mucho que me esfuerce, y yo, estábamos en la cocina de casa —siempre tan limpia, rodeada de azulejos blancos y brillantes— penetrados por el olor a café y estrujados por espasmódicos abrazos de señoras compungidas que dejaban caer gotones lacrimosos en nuestro pelo y nos manchaban la mejilla de moquillo en besos desesperados y caricias de urgencia. Mi padre abría la puerta cada vez que el timbre daba un discreto e irrepetible din-dón y recibía silenciosos abrazos y apretones de manos. Estábamos muy excitados. Eran demasiadas cosas juntas. El corazón se me salía del pecho a golpes desesperados cada vez que el susurro —que como el orballo no cesaba— se cortaba por un ay que desbordaba lágrimas y miradas piadosas o cada vez que alguien nos decía aquello de cuántos-os-parecéis-a-vuestra-madre, que-en-paz-descanse. Pero mi boca permanecía firme, tranquilamente sellada y era sólo una mueca de ya-ve-usté, qué-le-vamos-a-hacer, es-la-vida-misma, y entonces me acordé de Caracas en el 53 y de la plaza de la Candelaria donde vivíamos y también llovía, muy fuerte, como si el cielo, inmutablemente azul, hubiese reventado con una rabia inusitada y a duras penas reprimida, y arrojase un mar de agua. Y también era el sol, el calor sofocante y espeso, y nosotros muy pequeños, arrastrados en aquella forzosa e incontenible riada que iba dejando seca de sangre nueva a Galicia, desconcertados en nuestra ingenua ignorancia, soñando aventuras inconfesadas en el reducido mundo de una travesía transatlántica en un barco de nombre «Far Sea» —aunque en mi caso siempre se le llamó «Farisea»—, o «Napoli», unos barcos que descargaban con precisa regularidad montones de ojos abiertos y rojos cargados de sueños, hinchados de recuerdos, de lazos rotos, de nostalgia, de ganas de dejar de ser animales para aprender a ser seres humanos.

Y los niños. Siempre muchos niños. Bien sujetos de las manos, peinados a cada momento, despojados de inexistentes motas de polvo con un rápido manotazo sobre una camisa blanca y apresuradamente almidonada, empujados, forzados a entrar en aquel mundo nuevo y desconocido del que muchos no conseguirían regresar jamás. Y recordaba a mi madre y su silenciosa resignación y a un pato Donald de fieltro amarillo encima de una gran nevera cuando los frigoríficos se llamavan neveras y se llamaban heladeras, y a mi padre, en inmaculado traje blanco-camarero-de-hotel, y a la Policía cargando una furgoneta azul marino de niños negros sin camisa, descalzos, y otra vez mi madre poniéndome pañuelos humedecidos para que dejase de sangrar una nariz demasiado sensible a la calor y a la altura de Caracas; y luego fue Cuba, y era mi abuelo conductor de lentas guaguas tiradas por obedientes caballos subiendo el Vedado y recorriendo el Malecón, y al allá, en la esquina, el castillo del Morro mirando al mar, y era su casa de madera ennegrecida en Guanabacoa donde nacieron mi madre y todos sus hermanos mayores: Manolo, Pancho, Ramón, Ñico, y otra vez llovía y la tierra rojiza olía a humedad y a dulce de guayaba y dejaba escapar el vapor que se alzaba como blancos matorrales que temblaban, crecían y desaparecían entre pesadas gotas de lluvia.

Mi abuelo me contaba historias de Cuba, de su Cuba, de su Habana y de su Matanzas y conseguía que conociese La Habana como si nunca hubiera salido de ella, como si hubiera corrido sus calles y bebido sus gentes. Mi madre no decía nada porque sabía que después de emigrar a Cuba, de construir una pequeña vida donde parir seis hijos, treinta años después, mi abuelo hubo de reemigrar a su tierra, y otra vez se vio forzado a construir una pequeña vida en la triste miseria de la Galicia de 1931, y de pronto todos se levantaron, estiraron faldas y chaquetas, ajustaron nudos de negras corbatas, recogieron los paraguas y uno a uno, silenciosos, comenzamos a bajar a la calle: el entierro iba a empezar.

Ahí hay un blanco en mi memoria. No logro recordar ese espacio de tiempo desde que dejamos la casa hasta que llegamos al cementerio, allá en las afueras de la ciudad. Sé que seguía lloviendo y los campos

estaban relucientes, jugosos, con ese verde plateado por el agua de la temprana primavera; que los coches circulaban tratando, con dificultad y sin mucho éxito, de sortear los numerosos charcos de la carretera que extendían olas de agua sucia hacia las cunetas. Ibamos despacio formando un cortejo que encabezaba el largo coche negro de la funeraria que dejaba en su interior el barroco ataúd de madera barnizada y asas doradas, cargado de flores y como atado por cintas



de raso color violeta con inscripciones y leyendas en letras de purpurina dorada. Una carrocería que más se asemejaba a una pecera de cristal con una enorme tortuga dentro el cementerio abría una enorme verja de hierro negro engarzada en dos monolitos rematados en ángeles alados que amenazaban arrojarse al paso de los intrusos, dos cancerberos amarillo-verdoso de espalda llameante por la que resbalaba impunemente la lluvia. Delante, una explanada blancuzca de gravilla de granito que pronto se vio cruzada por una docena de coches negros y algún que otro autobús y comenzó a crujir al paso de pies que pisaban, giraban, caminaban, se detenían, se reunían. Pensamos que debíamos cargar el féretro sobre los hombros como el último acto que nos acercaba a ella para separarnos definitivamente, como una deuda que queríamos cumplir para así alargar un poco más el adiós. Yo tenía el pelo mojado, y el agua, incansable, incesante y suave, me refrescaba.

Pesaba mucho. Ibamos tan juntos que yo a veces tropezaba con los zapatos de mi padre, que iba delante, algo encorvado por los años y por el agujero negro que, de repente, con la muerte de mamá, se abrió a sus pies. Y caminamos mucho rato, ¿o quizá tan sólo unos minutos? Dejamos el féretro sobre unos caballetes de madera que alguien había colocado delante de un cura flaco, de gafas culo-de-botella y un poco calvo, con evidentes deseos de acabar cuanto antes a-ver-si-escampa-mientras-tanto. Con sinceridad: no sé lo que dijo. No ya porque me considere un anticlerical y un ateo militante (como mi abuelo), sino porque solamente veía que el hombre abría la boca, decía cosas seguramente, pero yo observaba las manos, miraba las miradas y los rostros, las expresiones, los paraguas chorreantes fuertemente agarrados y los pañuelos también chorreantes, y no oía nada, nada, nada.

De pronto, me sorprendí al comprobar que nuevamente había que agacharse para cargar con la caja y recuperé la consciencia tan sólo para inclinarme, echar mano de la asa metálica y levantar el ataúd hasta los hombros, aúp, y salir por una puerta lateral iniciando un lengo paseo sobre la grava quejosa entre verdes huertas de tumbas viejas, pedestales de cemento, ángeles de mármol con islotes de musgo, placas negras que ofrecían jarras oxidadas y flores secas, pétalos de rosas de plástico y margaritas anárquicamente nacidas en las elevaciones de la tierra. Nosotros, en fila como una culebra negra, nos dirigimos a un nicho que abría su boca oscura, fría y profunda. A su lado, dos losetas recordaban los nombres de mi abuelo y de mi abuela. Ahora llovía más fuerte y tenía los pies y el hombro izquierdo empapados. Alguien extendió el brazo y un paraguas me protegió los últimos metros. El hombro derecho me dolía. Casi no lo sentía. Fue un poco difícil introducir el ataúd, aunque, al fin y al cabo, era una cuestión de insistencia, para dejar paso a unos hombres de mono azul que se aprestaron a colocar la pesada tapa y a rellenar con cemento el cuadrado de finas líneas negras que la rodeaba: las minúsculas rendijas fueron desapareciendo y ya no había nada que hacer. Todo había terminado. Fuimos saliendo, poco a poco, arrastrando los pasos, muy mojados. La lluvia, comprensiva, se confundía con las lágrimas que se deslizaban por mi rostro.

Esa noche, —había mucha gente en mi casa, tíos, primos, parientes—, dormí con mi padre. En el mismo lugar que ella durmió tantos años. Mi cabeza, un volcán intranquilo y despiadado de recuerdos, reposó sobre la misma almohada de lana. Al día siguiente por la mañana, mi padre tocó discretamente mi hombro izquierdo para despertarme y, como un murmullo, dijo: «Está lloviendo. Levántate, hijo, porque hoy es el entierro y hay mucho que hacer». El no sabía que yo ya había enterrado a mi madre. ■ **E.L.M. (Ilustración de RICARDO ZAMORANO.)**

LA OTRA VIDA (BEATA) DE UN DIPUTADO

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

CUANDO comenté con Felipe González que le iba a hacer una entrevista a Guerra, ajena a la política y centrada en libros y lecturas, me dijo: *–Tendrías que titularla «El verdadero rostro de Alfonso Guerra».*

Ciertamente, el diputado por Sevilla Alfonso Guerra González (nacido en Sevilla el 30 de mayo de 1940 y no el 31 como dicen las biografías) me diría luego: «la mayor intensidad de mi vida yo la he tenido en los libros.» Y me hablaría también de su orgullo y su modestia, tan machadianos; de su afán de aprender siempre («soy aprendiz de todo y maestro de nada y eso es el elixir de la juventud. Eso me mantiene con juventud, porque tengo unas ganas de enterarme de las cosas tremendas»). Le gustan los libros y la música, la termodinámica y arreglar un coche. Sabe limpiar un magnetófono («pero no el polvo así, sino las cabezas y eso»). Y, efectivamente, según pude comprobar, maneja los cacharros éstos de una forma temeraria, como si fuera un auténtico japonés, sin miedo a electrocutarse de un calambrazo.

Conversamos en su despacho del Congreso de los Diputados, cuando remite el debate de la colza. Este de la colza ha sido, es, un episodio nacional de la España Negra; de un viejo país ineficiente donde revientan presas y saltos de agua, como en Ribadelago; donde se vende alcohol metílico para consumo; y donde, sin embargo, porque a lo peor organizamos o desorganizamos un *«Mundial»* (que a estas horas no ha empezado aún) nos creemos el ombligo del mundo... ¡Pero, bueno, ustedes han reparado en lo feo que es el famoso *«Naranjito»!* Tiene un cierto parecido a don Iñigo Cavero, pero no lo propalo porque a mí el señor Cavero no me cae tan mal...

Pero, en fin, estábamos con la conversación. Dice mi director espiritual (que es el padre Baltasar Gracián de la Compañía de Jesús) «que es la noble conversación hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, comercio de los corazones, vínculo de la amistad, pasto del contento y ocupación de personas». Y creo que es verdad.

(Lo dice en *«El criticón»*, crisis primera, primera parte *«En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud»*).

–¿A qué edad aprendes a leer?

–Temprano. En casa. Mi padre me enseña a leer a los cuatro años, yo voy a la escuela a los cinco años, pero estoy un día en la primera clase y comprueban que sé leer y me pasan a la tercera.

–¿Y los primeros libros que recuerdas de tu vida?

–El primer libro que recuerdo es, sin duda, el que me orientó hacia la lectura. Con nueve años, en el colegio, nosotros íbamos a una biblioteca porque en el colegio había una hora de biblioteca todos los días, es un colegio del que tengo unos magníficos recuerdos: el colegio Miguel de Mañara, un colegio laico. Ahí nos daban unos libritos pequeñitos de un armario grande, unos libritos de tipo ejemplificador, de santos, de no sé qué... de personajes como don Miguel de Mañara, que era el personaje al que se dedicaba el palacio, era su casa, el colegio estaba en el palacio de don Miguel de Mañara... Y entonces había unos tomos grandes, que no

Con el poeta y editor José Batlló (Sevilla, hacia 1960). Representación de «Final de partida», de Samuel Beckett.




RAMON RODRIGUEZ

Alfonso Guerra González, diputado por Sevilla: hay algo más que política en su vida.

sabíamos lo que eran, y estábamos muy ilusionados con saber quién sería capaz de leerse un libro tan gordo. Y entonces hicimos una apuesta a ver quién era el que se leía uno de aquellos libros. Yo cogí uno. Me apasionó. Eran tres tomos, eran las obras teatrales de Lope de Vega, lo recuerdo con toda claridad. Y el segundo libro era «El criterio» de Jaime Balmes.

–¿La afición al teatro te viene de esa lectura de Lope de Vega?

–Seguramente, sin duda, tuvo una enorme influencia eso. Y luego, con catorce años, yo me leí el teatro contemporáneo –bastante teatro contemporáneo– en una biblioteca a la que teníamos acceso entonces que era la biblioteca de la Casa Americana. Leí el teatro americano contemporáneo y teatro europeo.

–¡Vaya! Esa era una de las preguntas que tenía yo previstas para más adelante. Esta de la Casa Americana. El otro día recordábamos Felipe y yo los tiempos en que íbamos a la Casa Americana.

–También salió a relucir.

–Claro. Es que en la Sevilla de entonces era casi obligado ir allí. Allí leíamos a Steinbeck...

–*«Las uvas de la ira», «Dulce jueves»*... Todo eso me lo leí yo allí. Encima del teatro Alvarez Quintero.

–Frente a la Universidad antigua... Diriges teatro, por primera vez, con diecinueve años

–Sí.

–Diriges *«La mordaza»*.

–*«La mordaza»* no la dirijo yo. Yo dirijo *«Eurídice»*, de Jean Anouilh. Esa creo que es la primera que dirijo. Había hecho, como intérprete, otras cosas... Bueno, antes de *«Eurídice»*, creo que dirigí también algunas piezas cortas, por ejemplo *«El parque se cierra a las ocho»* de Martín Iniesta; alguna cosa de Ionesco, piezas cortas; pero creo que el primer montaje importante dirigido por mí (importante en el sentido de que tenía dimensión, no digo que es que fuera una cosa extraordinaria) fue el de Jean Anouilh, que me valió ¡bueno! una consideración de filocomunista y una cosa tremenda... ¡A Jean Anouilh! Autor burgués, francés, una cosa terrible... Claro que también llevaba barba y eso estaba muy mal visto.

–La barba la llevabas tú... Era una barba así como pluvial, muy grande. Yo he visto una foto tuya, interpretando con José Batlló *«Final de partida»*. ¿Cuándo conoces a Batlló?

–Yo a Batlló lo conozco, en el tema del teatro y en el tema de la poesía. Conecto con Batlló a través de un amigo común que se llama Pepe Ba-

La pequeña mesa del salón

A. K. Cavafis

En el fondo de la habitación yacía
inmóvil una pequeña mesa torneada.
Sobre ella habían descansado las
manos de tantas generaciones que no
sentía ya alegría ni penas por la
compañía, por la soledad.
Junto a ella se detuvo aquella
mañana una joven delgada,bella, con
el rostro iluminado por la tristeza.
La mesa se estremeció al sentir el
contacto cálido pero lánguido del
brazo de la adolescente.
Cuando la joven se marchó, aquel
pequeño mueble supo del valor de la
memoria. Había recobrado con todo
su esplendor, la pasión producida
por tantas caricias ya olvidadas.
Y por un instante, deseó recuperar la
juventud y el amor.

ALFONSO GUERRA

rrera, que era y es un empleado de una agencia médica –una agencia de éstas aseguradoras médicas– devorador de libros, empleado, un hombre con una vida burocrática y tal, pero absolutamente devorador de libros... Y, entonces, entre los tres planeamos editar una revista de poesía que se llamaba...

–Se llamaba *«La trinchera»*.

–*«La trinchera*, que dio lugar después a *«El Bardo»*. Y también a hacer un grupo de teatro. Creamos un grupo de teatro que se llamaba *«Hora primera»*. Que también indignó mucho a los poderes públicos consolidados ese nombre de «Hora primera»: ¿por qué nos llamábamos así, si teníamos que llamarnos «Agrupación sevillana» o algo por el estilo?

–Por este tiempo tú estudias perito industrial.

–Sí.

–¿Y cuándo haces Filosofía?

–Pues por los años sesenta, también.

–En Sevilla, ¿Coges la época de la contraposición entre García Calvo y Arellano?

–Bueno. García Calvo ya había pegado el salto, pero Arellano permanecía ¡y permanece, eh!

–¿Todavía vive este señor?

–¿Arellano? ¡Si es el «capo» de la Facultad de Psicología!

–Pues para mí era ya una figura histórica, como Pelsmaeker o como Carande o así.

–Carande está magnífico. ¡Está increíble, con noventa y cinco años!

–Cumplidos el 4 de mayo.

–El 4 de mayo. Y el 18 de enero, Jorge Guillén los noventa.

–En *«La pluma»* leí una entrevista de Jorge Guillén con Alfonso Canales y contaba Guillén que Carande le fue a ver, y después de estar hablando un buen rato, le dijo «Bueno, me voy que...

–¡Que no quiero fatigarle! Eso me lo ha contado Guillén también a mí.

–¿Tú conoces a Guillén?

–Sí, sí.

–¿A qué otros poetas de la generación del 27 conoces? Quiero decir personalmente, no sólo como lector. A Rafael Alberti le conoces.

–Sí.

–¿A Bergamín?

–No he tenido con él casi contacto. Justamente he leído en estos días *«Esperando la mano de nieve»*, su último libro, que es muy bello, con unas influencias descaradamente expuestas de Bécquer y Machado, pero descaradamente expuestas. Hay un poema que empieza diciendo: «Los caminos de la tarde...». Es una cosa intencionada. No hay ninguna irresponsabilidad en la influencia. Y es un libro muy bello, que yo desconocía ese modelo poético de Bergamín y me ha gustado mucho.

–¿A Dámaso y a Gerardo Diego los conoces?

–Sí. Pero muy poco.

–Y a Guillén, ¿cuándo le conoces?

–Hombre, yo a Guillén lo había seguido mucho a través de personas interpuestas. Entonces, le conocí creo que hace dos años, que estuve en su casa de Málaga. Y ahora, durante la campaña andaluza, estuve en su casa. Y he tenido dos entrevistas largas con él, realmente sustanciosas.

–Se conserva perfectamente.

–Se conserva con una lucidez y una capacidad de ironía, una fineza y una sutileza en la ironía realmente prodigiosa... Para qué veas la ironía de Guillén: hablando de un personaje que no quiero citar el nombre, es muy conocido, y del cual hablaba muy bien, le tenía un gran cariño... Y decía «El es un auténtico liberal ¡y terrateniente!, que siempre mejora la condición de liberal»... ¡Tiene mucha gracia, eh! Porque un terrateniente puede ir por el liberalismo, ¡pero bien!

Geometría y poesía

–Volvamos a tu época de estudiante. Vosotros sois un montón de hermanos ¿no?

Los dos poemas de Jaime Gil de Biedma

En una cartulina copié estos dos poemas de Jaime Gil de Biedma, cuando preparaba la entrevista con Alfonso Guerra. Supuse que el poeta y los poemas serían, lógicamente (por lógica más o menos matemática) de su predilección. Poco antes de la entrevista, repasaba mis notas en el pasillo del Congreso de los Diputados que separa el Salón de los Pasos Perdidos del bar. Sentado bajo el retrato que Nin hiciera de don Pascual Madoz –presidente del Congreso en 1854– donde llega muy bien el fresco viento del aire acondicionado, releía, una vez más, los versos y llegó Antonio de Senillosa, que es como un lujo del Parlamento.

Me dijo: *–¡Hombre, te sorprendí con tus versos!*

–Mira te leo, para que veas lo buenos que son:

«Que la vida iba en serio/
uno lo empieza a comprender más tarde»...

–¡Jaime Gil de Biedma!, me corta rápido.

Y es que hay algunos parlamentarios que leen mucho. Entre ellos Senillosa.

Los dos poemas de Gil de Biedma, a que se hace referencia en esta conversación (me refiero a la mía con Guerra) pertenecen al libro *«Poemas póstumos»* que es de 1968 y son los siguientes:.

NO VOLVERÁ SER JOVEN

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
–como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
–envejecer, morir, eran tan sólo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir
es el único argumento de la obra.



Jaime Gil de Biedma, cuando escribió «De vita beata».

DE VIDA BEATA

En un viejo país ineficiente,
algo así como España entre dos
guerras
civiles, en un pueblo junto al mar,
poseer una casa y poca hacienda
y memoria ninguna. No leer,
no sufrir, no escribir, no pagar
cuentas,
y vivir como un noble arruinado
entre las ruinas de mi inteligencia.



RAMON RODRIGUEZ

En su no insólito papel de acusador mayor del Reino.

–Muchos. Eramos trece hermanos. Yo soy el único que ha estudiado. En mi casa no se podía estudiar porque no había medios económicos. Entonces mi padre...

–Tu padre trabajaba en la Maestranza.

–Era maestro de taller en la Maestranza, operario. Y mi padre concibió la idea de que yo debía estudiar, porque en el colegio primero me había ido muy bien, me habían dado el primer premio de toda Sevilla cuando yo tenía nueve años. Y entonces había que hacer sacrificios, porque además teníamos una hermana que estaba enferma y que se murió (murió con veinte años), y era la época en que aparece la estreptomicina y había que traer el tarrito de Londres a quinientas pesetas y había que ponerle uno diario... Era realmente un sacrificio muy grande... Bueno, entonces a él se le metió un poco entre ceja y ceja que debía estudiar y tal. Y la idea es que yo estudiara ingeniero. Pero, claro, saltar a Madrid a estudiar era absolutamente imposible para mi familia. Y, bueno, «entonces que estudie perito y tal...» Y yo ya, cuando estaba en peritos, lo que me tiraba a mí realmente era la vida cultural, literaria, aunque me gustaba la termodinámica y una serie de cosas técnicas, y me gusta mucho la lógica matemática... Y entonces lo hice (lo hice con cierta facilidad) y ya, pues a caballo, me metí también en lo otro, porque yo estaba muy metido sobre todo en el tema literario, poético y teatral. Y era una cosa natural que yo hubiese hecho aquello. Yo no tengo ninguna titulomanía, ni me interesa nada eso. Lo que valoro son los conocimientos y no los títulos. Yo conozco a gente sin ningún título y con una cultura arrolladora, y conozco a gente con muchos títulos que son auténticos analfabetos.

–Tú has dado clase en la Escuela de Peritos de Sevilla.

–No. Yo he dado clases en la Escuela de Arquitectos Técnicos y en la Universidad Laboral. Cinco años en la Universidad Laboral y once años en la de Arquitectos técnicos.

–¿De qué dabas clase?

–He dado clase de dibujo, de geometría descriptiva, de proyectos fin de carrera... Y por las tardes iba a dar cursos de cine, cursos de fotografía, en fin, enseñaba un poco de todo a los niños.

–En ti el cine, más que afición, es casi manía.

–Sí. Es una manía y un cierto fanatismo.

–¿Es cierto que has visto veintitrés veces *«Muerte en Venecia»*?

–No, no. Ya no es cierto porque va por el veinticinco.

–¡Veinticinco veces!

–La he visto últimamente por televisión y, como además la grabé, la he visto otra vez.

–¿Y cómo es posible ver veinticinco veces una película?

–Yo soy un poco fanático de eso... He leído algunas veces que los aficionados de un sólo autor, de un solo poeta, de un solo torero, que todo eso bueno, en fin, a mí no me importa... La verdad es que, hablando de libros, yo tengo que hacer un preámbulo...

–No te prives de ello. Hazlo.

–Y es que la mayor intensidad de mi vida, yo la he tenido en los libros. Mucho más que en la vida normal. Puede ser un defecto para muchos. Para mí no lo es. Yo vivo dentro de los personajes; cohabito con facilidad con don Fermín de Pas, de *«La regenta»*, con Ana Ozores, o con los personajes de las cosas que a mí me han llegado... Entonces ¿estaba diciendo yo esto por qué?

–Por el preámbulo.

–Ah, sí. Bueno, que yo he vivido mucho... que yo soy muy fanático de lo que me gusta mucho. Por ejemplo: me gusta mucho Mahler, o me gusta mucho la «concertante» de Mozart y la oigo una vez y otra vez y otra vez y no importa. Entonces lo de *«Muerte en Venecia»* es que es un conjunto de cosas extraordinarias para mí. A mí me gusta en el arte la decadencia. Me gusta mucho la decadencia estética, mucho. Y ahí, en *«Muerte en Venecia»*, es la decadencia de Gustav Aschenbach, el compositor, el final de la vida de un hombre, la decadencia, es la decadencia estética misma que Visconti tiene en toda su producción, el hotel, el Lido, reflejado en su más pura decadencia; se combina además, el texto de Mann, extraordinario texto literario, la creación musical de Mahler, como la conjunción de Mahler con Visconti es absolutamente apasionante... Es una obra que a mí me parece una obra de arte, que me da placer y aunque la vea tres veces seguidas me sigue produciendo placer. La he visto muchas veces (hay otro tipo de cine que también he visto mucho). Soy muy fanático de lo que me gusta. Repito, mucho.

–¿Sabes que, realmente, Thomas Mann pensó en Mahler para el personaje? Hay una carta (lo estuve viendo ayer en un libro de Alma Mahler)...

–¡Sí, un libro de Taurus, un libro muy bonito!

–Sí. Entonces hay una carta de Thomas Mann, del año 1921 o por ahí, en que dice que pensó realmente en Mahler.

–Visconti lo toma por eso. No es una casualidad. Nada es casualidad. Es un mundo cerrado. Muy rico, pero muy cerrado.

La música

–Y hay otra de Thomas Mann a Mahler, que es de septiembre de 1910, y llega a decir, referido a Mahler, «El hombre que, según creo, expresa el arte de nuestro tiempo en la forma más profunda y sagrada». Le escribe después de escuchar la Octava Sinfonía, me parece. Poco antes de morir Mahler, que muere en 1911... Bien. Hablando de tus gustos musicales, que una vez hablaste de ello. A ver si son éstos: Marcello, no sé cuál de los dos hermanos, si Alexandro o Benedetto...

–Benedetto Marcello.

–Sinfonía Concertante de Mozart...

–Sí.

–El segundo movimiento de la Séptima de Beethoven...

–Efectivamente.

–El post-romanticismo en general...

–Todo el post-romanticismo.

–La música barroca interpretada por...

–¡Conoces mis gustos mejor que yo!

–La música barroca interpretada por Rostropovicht, ya que no puede ser por Casals...

–Efectivamente.

–Y ya con Mahler, sustituirle, ser él... No sé si falta algo.

–Hombre, siempre se puede ampliar. Pero, más o menos, está dicho todo. Porque, claro, me apasiona Telemann: ya hemos hablado de Marcello- si digo otras cosas de Mozart, claro, con la «concertante» ya lo tenemos reflejado; del propio Beethoven; no es que yo me quede con esos autores sólo ¿verdad?

–Ya, ya...

–A mí me interesa mucho... Haydn, por ejemplo, o Brahms... ¡ah! lo que me apasiona realmente de Mahler es que con Mahler se acaba la sinfonía. Mahler compone su última sinfonía y ha dicho «Aquí ya no hay más sinfonías. Usted le seguirá llamando lo que quiera a lo que haga después, pero yo he terminado con las sinfonías». Entonces, ese post-romanticismo de unir el sentimiento con el raciocinio, al final del romanticismo, donde las pasiones se aminoran sin perder el contacto con el sentimiento, pero aminorando la expresión... Por ejemplo: me gusta mucho, ¡muchísimo!, Machado ¿por qué?: porque Machado es un modernista que no lo es; es un modernista que tira de las riendas de las formas modernistas y que se acerca a un intimismo aunque tenga los mismos simbolismos y se aproxime en las formas al modernismo. A mí me gusta siempre un estilo que sea muy claramente identificado, pero rebajado. O sea: la decadencia. La decadencia en el arte.

–¿Tú cres que, hasta cierto punto, Mahler en la música es como Joyce en la novela?

–Bueno, es una comparación que no había hecho nunca, pero que puede servir. Lo que pasa es que Joyce es muchísimo más cirujano (en Mahler queda más apego a las vías románticas sentimentales). Destroza más, en el sentido positivo, rompe más el modelo, ¿no?

–Ya. Alma Haler o alguien habla de cuando Mahler fue a ver a Frend...

–Sí, sí. La explicación que da de las peleas del padre con la madre y de por qué mete música de organillo... Recientemente ha leído alguna interpretación de esto en no sé qué libro muy reciente. ¡Ah, sí! Es una cosa que estoy leyendo, una cosa que han editado los franceses, una Historia de la música contemporánea, bastante bien hecha. Y ahí he encontrado nuevamente la interpretación freudiana de los problemas con el padre, que sí... ¡bueno! todo tiene influencia, pero hay un cierto reduccionismo, me parece. Donde él cuenta una historia de una bronca que él tuvo muy fuerte y salió y había...

–... Un organillo.

–Puede ser. Yo lo encuentro un poco esquemático.

–Bueno, también dan la explicación de los tambores del entierro del bombero en Nueva York, que luego metió Mahler en la décima sinfonía...

–Sí, sí.

–Lo que sí es verdad es la frase final de Mahler, antes de morir, cuando dijo «¡Mozart, Mozart!».

–Sí, sí. Lo cual es...

–Muy de Mahler.

–Muy de Mahler y además a mí me gratifica porque yo, si tuviera que reducir todo, digamos, lo que más me gusta: Mozart; lo que más me llega: Mahler.

–¿Recuerdas el poema de Cernuda, los primeros versos?

–Sí. Que eran...

–Si alguno alguna vez te preguntase: «La música, ¿qué es?» «Mozart», dirías, / «es la música misma»... Es de...

–De *«Desolación de la quimera»*.

–Sí. Coincides con Cernuda.

–Bueno, es que las cosas ya están inventadas. Lo único que hay es una cierta receptividad y las coincidencias tienen que ser inmediatas.



Alfonso Guerra y su hermano Juan en 1944. La foto está hecha en Sevilla.

Machado, sobre todos

–Claro. Bueno: tenemos en música a Mozart y a Mahler. ¿Y en poesía?

–Sobre todos, Antonio Machado. Por su calidad estética, por su –y no me importa decirlo– capacidad técnica, que ha sido lo que siempre se le ha achacado, la vulnerabilidad técnica de la poesía de Machado. No estoy de acuerdo. Afortunadamente ahora hay gente que lo vituperaron mucho en este terreno y que están volviendo sobre posiciones encontradas, yo creo que ahora acertadas. Machado está por su calidad humana, por su extraordinaria capacidad para hacer de lo pequeño una cosa tan enorme, con una modestia... ¡la verdad!: con una mezcla de orgullo y modestia, él in-



Años antes de ser un político famoso y un librer.. consciente.

–¡Yo digo «sí» si lo combinas con éste: *«De vida beata»!* ¡No estamos nada descaminados! ¿Verdad?

–Son los poemas que más me gustan no sólo de Gil de Biedma, sino de la poesía de poetas vivos.

–A mí de la poesía viva, el poeta que más me interesa se llama Gil de Biedma. Entonces estamos totalmente de acuerdo ¡pero es una coincidencia demasiado alambicada! ¡Nadie puede creerse que esto se deba a un parecer independiente, tuyo y mío! ¡No se puede creer! Porque Gil de Biedma es el que más de los vivos y estos dos poemas... ¿no?

–Quizá no sea tan extraño. A mí lo que me ocurre es que este poema de *«No volveré a ser joven»* lo leí no ahora

cluso habla de eso, en el *«Juan de Mairena»* habla un poco de que el creador, el artista, siempre está a caballo entre el orgullo y la modestia, lo cual yo creo que es una definición perfecta no sólo de la obra del artista, de la obra de Machado, sino de la personalidad de Machado y –modestamente, sin hacer ningún tipo de comparaciones– de mi propia personalidad. A caballo, mezclando siempre el orgullo y la modestia; sobre todo en las cosas que escribe.

–Así es.

–No se queda ahí. Pero me gustan siempre mucho los poetas que han tenido influencia de Machado.

–Tú lo que no tienes es vanidad...

–Ninguna.



Antonio Machado, por Moreno Villa.

–Pero soberbia... o bueno, orgullo...

–¡Orgullo! Un orgullo fuerte. Yo creo que soberbia creo que no. Orgullo fuerte. A veces lamentar haber tenido un orgullo fuerte me ha ocurrido con frecuencia, cosa que describe muy bien Bécquer, y que por cierto me he encontrado en un poema, bellísimo, de Bergamín de *«Esperando la mano de nieve»*, que habla en una cosa muy becqueriana de la separación por orgullo...

–Bueno, pues ya hay que hablar de Cernuda. Es como una consecuencia natural.

–Evidentemente. A mí Cernuda me apasiona porque es un hombre de una inteligencia fuera de serie. Yo el poema de *«Desolación de la quimera»* que dedica « A sus paisanos», en el que anuncia cómo le van a denostar, y cuando muera habrá otro tratamiento, me parece de una lucidez tan aguda, de esa impotencia en vida y de ver todas esas cosas que van a suceder, encontrarse con esta adversidad, con esta incomprensión de la gente, ¡qué dura todavía, eh!... En ciertos medios, Cernuda hoy ocupa el lugar que merece; pero Cernuda es un gran desconocido todavía... Hay otros poetas que me interesan. En España me interesa muchísimo Gil de Biedma...

–¡Mira lo que traigo aquí, porque me lo imaginaba!

–¡Hombre: *«No volveré a ser joven»!* ¿Has puesto *«De vida beata»* también?

–¡Ahí está, son los versos de abajo!

–«Es un viejo país ineficiente»... ¡Es una cosa! Hasta «entre las ruinas de mi inteligencia»...

–A mí este de *«No volveré a ser joven»* es el poema que más me llega de todos los poemas de todos los poetas castellanos vivos actualmente.



Gustav Mahler, con él acaba la sinfonía.

sino hace catorce años, cuando salió. Y, bueno, me pareció un buen poema, pero lo pasé... Pero, justamente, cuando lo he vuelto a leer con más o menos la edad que tenía Gil de Biedma cuando lo escribió, es cuando me he dado cuenta de lo extraordinario poema que es.

–El peso psicológico del tiempo, de la vida como... yo diría como anulación del presente, como combinación del recuerdo de lo que se ha vivido o de la ilusión de lo que se quiere vivir y no se sabe si se va a vivir y se sospecha que no se va a vivir; el presente no existe, hay que borrar el presente porque es lo que nos da la medida de dónde estamos en el tiempo... Es prodigioso. Y el retiro éste de «entre las ruinas de la inteligencia»: esto es la decadencia como no se ha definido ¡nunca! Esta es la

decadencia estética que a mí me gusta. ¡Es una cosa maravillosa!

–Sí.

–Me sorprende y me emociona, vamos, que lleguemos a esta coincidencia. Parece una cosa alambicada. No se puede pedir más.

–Yo creo que no es tan alambicada. A ti que te gusta la lógica matemática, si se aplica está muy claro que teníamos que coincidir... Vamos a hablar de Matemáticas.

–Bueno, antes te digo una cosa que tenía que decirte. De poetas extranjeros uno de los que más me apasiona es Cavafis. Todo tiene un poco que ver, yo creo, con la estética de Machado...

Experiencia de librero

–Por cierto: tú has sido librero y tenías la librería «Antonio Machado» en Sevilla.

–Sí.

–¿Cómo surgió esta librería?

–La verdad es que el primer impulso es que yo el poco dinero que tenía me lo gastaba en libros. Y llegó un momento en que yo me dije «bueno, creo que es más rentable montar una librería». Y entre dos, pues montamos la librería. Después, con el tiempo, me quedé yo solo en ella; y ahora, recientemente, acabo de traspasarla porque me es imposible atenderla y es un desastre desde el punto de vista económico.

–Recuerdo que hace años, en Sevilla, la librería liberal que había era la de Lorenzo Blanco, en la plaza del Pan.

–La de Blanco, una librería con rebotica donde hacían tertulia Carande, Giménez Fernández...

–¿Editor, no has sido nunca?

–Bueno, nosotros editamos en Sevilla lo de *«La trinchera»*, que era una cosa modesta y que por cierto nos prohibieron en seguida los números porque hicimos un homenaje a Vicente Aleixandre, que eso era entonces de una heterodoxia tremenda, de un rojerío insoportable...

–También te he oído hablar de que te gustaría editar un *«Platero»* ilustrado por Juan Romero.

–No sé cómo, pero creo que se debe editar. Yo soy también muy amante de la pintura de Romerito...

–Y de la prosa de Juan Ramón, supongo.

–También, evidentemente. De la prosa de Juan Ramón o de la prosa de un Salinas... De muchos poetas prosistas. A mí los poetas que escriben en prosa me gustan muchísimo...

–O sea: *«Víspera de gozo»*, por ejemplo.

–Por ejemplo, o *«Entrando en Sevilla»* o *«Schubert, inacabada»*, o todo...

–Se ha dicho que quizá los dos mejores libros de prosa que se han escrito en el siglo veinte son de dos poetas, que son *«Juan de Mairena»* y *«Españoles de tres mundos»*.

–Eso es lo que ha dicho Gullón. Estuve con él, hace poco, y estuve hablando de eso precisamente. Y desde luego yo coincido con él. Es muy atrevido decir eso, es muy atrevido, porque son libros duros.

–La prosa del *«Juan de Mairena»* es seguramente la prosa más eficaz... No sobra nada, ni falta nada.

–Es la operación de sincretismo más perfecta que hay... A mí, en la modestia de lo que escribo, lo que me gusta concretamente es una literatura muy sincrética.

–¿Tú qué escribes?

–Lo que puedo.

–¿Has publicado algo?

–Publiqué hace años algunas cosillas. Y como ahora estoy en el mundo de la política, me aterra que me miren con la lupa de político, de diputado, para decir «Hombre, no está mal el poema que escribe el diputado». Eso es una cosa que me aterra. Entonces, mezclado eso con una cierta timidez, modestia, aunque también con orgullo, pues me hace estar totalmente alejado de la posibilidad de publicar.

–Pero de escribir, no.

–No. Anoche estuve escribiendo y el otro día escribí. He escrito algunos poemas, un poco intimistas. Uno sobre el parque de María Luisa, por ejemplo, que estuve ayer dando un paseo. Yo voy mucho al parque de María Luisa, pero cada vez que voy me deslumbra. Luego, otro a una mesa...

–¿En Sevilla se lee poco, verdad?

–Muy poco. La burguesía sevillana no lee. Generalmente, en Cataluña y en Madrid la que lee es una cierta burguesía; pero en Sevilla eso no existe, allí no leen más que los estudiantes o algunos obreros y empleados que tienen esa pasión. La burguesía no lee y la ignorancia es realmente supina. La librería se llamó «Antonio Machado», que fue también considerado una cosa tremenda...

–Hubo atentados y todo eso.

–Muchos, muchos... Anécdotas de la incultura, las que quiera. Por ejemplo: mucha gente me ha dicho en la librería «Hombre, éste es el letrista de Joan Manuel Serrat».

–Ja, ja, ja...

–Y yo «No, yo no soy el letrista de Serrat». «Bueno, pues este Antonio Machado es el que escribía las letras.»

–¡Ah, ¿pero se creían que tú eras Antonio Machado?

–Sí, claro. Y yo he recibido cartas diciéndome «Señor don Antonio, la cuenta bancaria de don Antonio Machado para girar no sé qué historia y tal». ¡Y a mí me ponían los vellos de punta; la cuenta bancaria de don Antonio Machado!... Por ejemplo: lotes de libros a nombre de don Antonio; o algún envío de algún embajador...



Secreteo en el Congreso con el socialista catalán Martín Toval.


RAMON RODRIGUEZ

Con don José Prats, senador socialista e historia viva del socialismo.

—Terminé de leer a las cuatro y me he levantado a las siete. Tres horas. O sea, muy bien.

—¿Cuántas horas sacas de lectura, más o menos?

—Muchas. Depende del día. Pero no es extraño que en un día saque diez horas.

—¿Y eso que se decía en tiempos de que te gustaría ser maestro rural?

—Me hubiera gustado. Yo creo que eso ya es una cosa que me parece que tengo mucha edad, porque la paciencia con los niños... ¡A mí me gustan mucho los niños!

—¿Tienes hijos?

—Tengo un niño del que estoy absolutamente enamorado y creo que hay reciprocidad.

—Año y pico o cosa así tiene...

—Dos años y medio. ¡Es extraordinario! Le gusta el barroco, la música, pone los discos solo...

—Muy precoz, ¡eh!

—Muy precoz. Tremendamente precoz. Y además habla de una manera que deja atónita a la gente y mira que desconcierta a todo adulto.

—¿Cómo se llama? ¿Alfonso, también?

—Alfonso. No me gusta que se llame Alfonso, pero se empeñaron.

—Eso ya es más grave.

—Si.

—No sería un embajador español.

—No. Era extranjero.

—Menos mal.

—Anécdotas todas las que quieras. Muy mal. El tema muy mal.

—¿Te gustaba la librería?

—La labor del librero, de ese librero pequeño, es realmente apasionante. Yo, las horas y horas que he dedicado en la librería a hablar con la gente de libros, a aconsejar libros, es algo apasionante... Siempre la mayor gratificación la tenía con los extranjeros. Sobre todo los ingleses se quedaban muy asombrados de la calidad de la librería. No entendían cómo aquello podía marchar. Decían «Esto no puede marchar», «Pues, no; mucho no marcha». Y es que a mí no me interesaba vender lo que no quería vender. Siempre la gran polémica: «¿Pero, hombre, cómo se puede esconder la novedad que llega, que es la que está...?». «No me interesa. Yo no he puesto una tienda de lavadoras. He puesto una tienda de libros. Y quiero a los libros».

—Tenías los libros que querías. Otros, no.

—Otros, no. Por pura condición literaria. Una cosa que no me interesaba no la vendía. Comprendo que es una selección que hace el librero y que es una selección unipersonal. Pero la selección era muy buena, incluso en libros en francés y en inglés, que siempre los extranjeros decían «Es una librería insólita»... Apasionante, la labor. Lamentablemente el meterme en este lío del Parlamento no me ha permitido atender a eso.

El retiro.

—Aunque no quería hablar de política, pero... ¿tú esto lo consideras como una etapa transitoria?

—Transitoria.

—Pero una transitoriedad que puede durar veinte años.

—No. Lo he intentado varias veces, con fracaso, el abandono; pero tengo una cierta fecha fija.

—¿Se puede saber?

—Sí. Más de ocho años no aguanto.

—¿Y luego qué harías?

—Probablemente, retirarme. En el sentido literal. Dedicarme a alguna cosa...

—«De vida beata», la tuya.

—«De vida beata», que para sobrevivir puedo echar mano de hacer traducciones. Me gusta mucho traducir francés, escribo algunas cosas poéticas en francés. Y entonces podía dedicarme a eso para sobrevivir. Yo necesito muy poco para sobrevivir. No me gusta comer, no me gusta beber, no me gusta fumar... Yo con muy poco, tiro.

—Y no duermes, tampoco.

—Tampoco necesito dormir.

—¿Cuántas horas duermes al día?

—Depende mucho. Si necesito no dormir, no duermo.

—Anoche.

Política editorial

—Volviendo al caso de los libros. Y a la política, qué le vamos a hacer. ¿Políticamente qué se puede hacer por los libros?

—Creo que mucho, porque el mundo editorial y librero en España es un poco selvático. Se toca la flauta por casualidad. Hay una operación dura, difícil, para el librero-librero... En esto no soy un utópico. Creo que el libro se debe hacer con calidad, etcétera, pero luego hay que distribuirlo y hay que colocarlo, para que la gente lo compre. Yo eso lo entiendo. Pero luego no estoy de acuerdo con una política que hacen determinadas editoriales. Las editoriales dicen «¿cuántas librerías hay en España que no pueden evitar un libro cuando yo lo saque?» Y hacen el cálculo y dicen dos mil, dos mil quinientas, tres mil, seguro lo tienen que tener en la estantería por prestigio. O sea: hacen el cómputo de lo que va a valer el libro por los tres mil libros que tienen colocados de esa forma. Y, a partir de ahí, el incremento es todo negocio. Es decir, que sin vender un libro a un solo lector, un solo libro que se venda es ganancia que entra.

—¿Y eso qué significa para los libreros?

–Significa que los libreros están en la indigencia toda su vida y mueren en la riqueza. Mueren con una cantidad de libros tremenda, pero no pueden sobrevivir... Y esa política hay que cortarla. No se puede editar para los libreros. Los únicos que compran son los libreros. Y hay libros de los que no se ha vendido un solo ejemplar. Yo podría citar algunos ejemplos de libros de los que se editan tres mil ejemplares y de los que, desde el punto de vista objetivo, no hay más de una docena de personas interesadas en ellos. Libros de cálculo de normas, de esquemas de ordenadores, de no sé qué... Cosas tan especializadas. Es que todas las tesis doctorales se editan en España. ¡Lo cual es una cosa de locos! Yo he dicho muchas veces que para las tesis doctorales se monte un servicio electrónico en las Facultades. Que estén metidas en los ordenadores y que, apretando un botón, dispongan de ella todos los estudiosos que las necesiten ver. ¿Pero editar todas las tesis doctorales? ¡Esto no tiene sentido! Un señor hace, bueno, «La tarea de Alejandro Sawa en el desplazamiento a Madrid durante 1921 y 1922», que es muy bueno que se haga, que es un elemento de erudición importante para manejar, pero que no puede editar tres mil ejemplares de eso. Porque saben, perfectamente, que sobran tres mil ejemplares. Se está engañando a la gente. Y todo eso hay que cortarlo. No con intervencionismo desde los poderes públicos. Pero sí fomentar...

–¿Se ha hecho algo desde el Instituto Nacional del Libro?

–No se ha hecho. El INLE ha sido un elefante muerto. No ha servido para nada. Lo único que ha hecho el INLE es publicar eso, el I.S.B.N. donde uno busca todo lo que se edita en el año. Eso me parece muy útil; pero, claro, ¡limitar un Instituto Nacional del Libro Español a eso! Hay mucho que hacer.

–¿Y para promover la lectura?

–Como siempre, la base de todas estas cosas es la infraestructura. Lo que no se haga educacionalmente, no se puede improvisar. El lector español ha sido siempre un lector autóctono, que ha tocado esto y lo otro, y así se hace un lector, por coincidencias. Eso no puede dar una difusión cultural amplia. Tiene que venir de la escuela. Con una especial atención a las bibliotecas, a la formación literaria, no al memorismo de la literatura que se hace en los colegios, que eso es un desastre... Afortunadamente ya no es así. Se está avanzando. En el comentario de textos se está avanzando... Mi tesis es que a los alumnos hay que darles un texto para comentar y estudiar, y si a los alumnos no les gusta hay que tirarlo. El aspecto lúdico de la literatura no se puede forzar. Si no logras apasionar a los alumnos, no logras nada. Yo a veces lo he hecho con grupos de gentes muy jóvenes, que no se han interesado por esto y por lo otro. Y hasta que yo no he visto incluso las lágrimas en los ojos, no he dicho «aquí ya hay lectores», aquí ya no son ocasionales que después aprueban y se acabó. Ya tienen en las venas, inoculado lo que es la literatura. El aspecto lúdico de la literatura. Eso es lo que hay que fomentar desde los colegios. Y con bibliotecas, infraestructuras bibliotecarias importantes en los barrios, en los propios colegios en los institutos...

Lecturas últimas

–Otra pregunta, relacionada con tu hacer político. ¿Qué ta es el nivel cultural de la clase política?

–Reflejo del nivel cultural de la sociedad.

–Eso es lo que yo digo siempre, porque también ahí el Parlamento es representativo... Bueno, Alfonso. Vamos a terminar con una pregunta tópica y estivalmente típica. ¿Qué libros has leído y qué libros vas a leer para las vacaciones?

–Pues ahora he leído las cosas que están un poco en boga. Ya te he citado antes *«Esperando la mano de nieve»*, de Bergamín; *«La historia interminable»*, de Ende; recientemente también, bueno no demasiado recientemente, el *«Bomarzo»* de Mújica Lainez...

–Felipe lo tenía el otro día en su casa, lo estaba leyendo...

–Se lo he regalado yo. Le ha encantado.

–Sí. Eso me dijo.

–Cuando a mí me gustan las cosas de literatura, compro varios libros y voy regalando... ¿Qué más cosas he estado leyendo?

–¿A Milan Kúndera?

–Sí, pero recientemente no. ¿Qué más? Ah, sí, una cosa de Gustavo Gili, que ha publicado sobre Viena, *«Viena fin de siglo»*, una cosa filosófico-urbanística muy interesante.

–¿Y en vacaciones qué vas a leer? ¿Tú tienes vacaciones?

–Exactamente, no. Paso algunos días en la playa, por Tarifa, porque allí como tú sabes muy bien hay levante. Y a mí me gusta mucho, porque así no está uno obligado a ir a la playa. Así voy a leer, a oír música... que si hay sol, pues «Vamos a la playa y tal», ¡y eso es un rollo! Y entonces como muchos días hace viento de levante, pues me gusta esa zona de Tarifa.

–Nadar también nadas.

–Sí. Pero me gusta la playa sin sol.

–¿Qué deportes practicas?

–Por la mañana temprano una hora de tenis. Me divierte mucho. Y... ¿estaba diciéndote algo antes de libros?...

–Los que ibas a leer en vacaciones.

–Bueno, realmente no tengo hecha una lista. Los que me coja en el momento. Ahora, en la Feria del Libro, he comprado muchas cosas. Estuve el primer día y me llevé una serie de cosas... ¡Ah! he leído hace poco dos cosas importantes. Muy importantes. He leído la edición de prosa completa de Juan Gil Albert, que hace muchos años que yo leí; bueno, no hace tanto. Ahora las he releído en una edición de una institución, Alfonso el Magnánimo de la Diputación de Valencia; publicaron la poesía completa, que me ha vuelto loco... Es algo extraordinario. Tiene unos textos –la prosa– sobre Visconti... El tenía un texto que se llamaba *«Contra el cine»*. Después se arrepintió y escribió un texto defendiendo a Visconti, porque había visto *«El gatopardo»*, y después ha escrito... ¡*«Viscontiniana»*!

–*«Viscontiniana»*. Porque ya había visto *«Muerte en Venecia»*. Y es de una categoría, de una capacidad lírica... Y he leído también las poesías de Vicente Gaos, publicadas también por «Alfonso el Magnánimo». Eso lo he leído la semana pasada.

–Ahora vas a comer con Vargas Llosa. Vamos a hablar de los latinoamericanos.

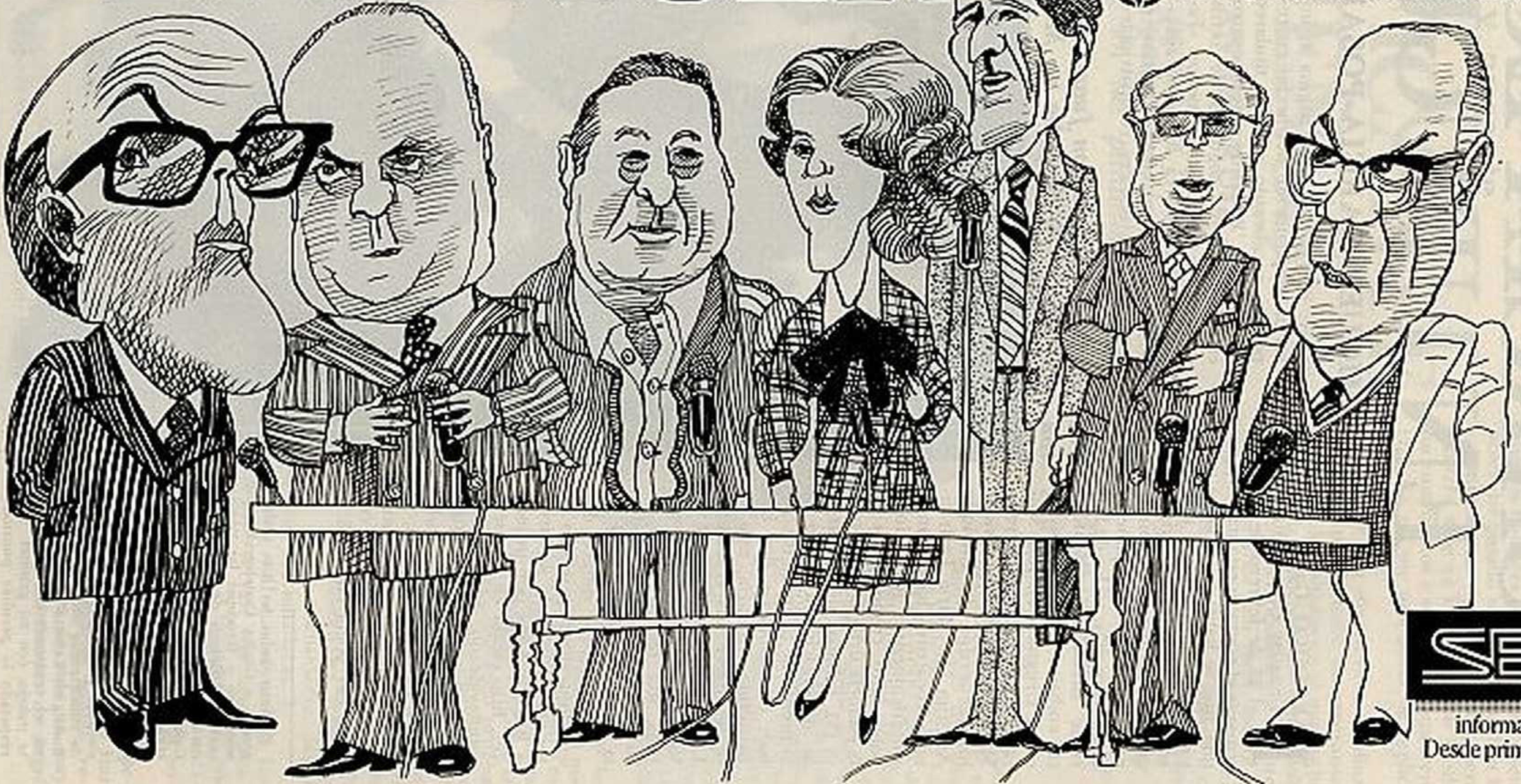
–Tengo que decir que yo hago una diferencia clara entre los viejos y los jóvenes. Hay jóvenes muy buenos, pero me quedo con los viejos.

–¡Con Juan Rulfo!

–Con Rulfo, con Lezama, con el Sábato de *«Sobre héroes y tumbas»*, con Alejo, con Onetti y con Borges. Luego está la generación joven que sin duda, ha bebido de una manera importante en la generación vieja, y que tiene grandes figuras como la de Mario y la de García Márquez, con una capacidad tremenda de invención; Márquez es un Pío Baroja contemporáneo...

–¿A Baroja le has leído mucho?

–Mucho, mucho, mucho; muchísimo... Y me gustan también escritores que gustan menos, como Gabriel Miró y Azorín. Ese sincretismo de Azorín es como una operación matemática: quito esta preposición, y meto este artículo, y ahorro dos sílabas, y tal... ■ V. M. R.


INFORMACION
DE PRIMERA HORA
EN LA SER
Matinal SER.
Desde las 7,30 a las 8,45.
A las 8,30, "DESAYUNO DE TRABAJO"
con los protagonistas de la actualidad.
SER
informativos.
Desde primera hora.

GARCIA LORCA EN URUGUAY

MIGUEL GARCIA-POSADA

FEDERICO García Lorca visitó Uruguay entre el 30 de enero y el 15 de febrero de 1934. Interrumpía el poeta su estancia en Argentina, que se había iniciado en octubre y se prolongaría hasta el mes de marzo. De la breve estancia de Lorca han quedado algunos testimonios de quienes fueron sus compañeros asiduos en aquellos días: así los de Enrique Díez-Canedo, entonces embajador de la República en Uruguay (1), José Mora Guarnido (2), o Alfredo María Ferreiro (3), sin olvidar los recuerdos de Enrique Amorim (4). Marie Laffranque reconstruyó, hace ya años, sintéticamente, los principales hitos cronológicos de la estancia uruguaya del poeta (5). Faltaba, sin embargo, la investigación a fondo en la prensa de la época (6). Felices circunstancias nos han permitido realizarla; este artículo ofrece sus resultados. Las siglas utilizadas para designar las fuentes periodísticas, son las siguientes: *El Día = D; El País = P; El Plata = PL; La Mañana = M (*).*

Lorca estuvo quince días en Montevideo, pero con anterioridad, cuando se dirigía a Buenos Aires por primera vez, hizo escala en el puerto montevideano, adonde llegó el día 12 de octubre de 1933, a bordo del «Conte grande». La escala fue fugacísima, pero la prensa uruguaya acusó recibo de este primer contacto del poeta con el Uruguay. PL (13. X. 1933, página 4) informa ampliamente del hecho en reportaje encabezado por los titulares «El autor de 'Bodas de sangre' estuvo en Montevideo», seguidos de otros dos rótulos en tipografía menor: «Federico García Lorca fue muy agasajado / durante su estada»; «recibió el homenaje de actrices compatriotas». Se incluye fotografía del poeta en unión de la actriz Rosita Rodrigo. Lorca estuvo en el puerto de Montevideo la mañana del día 12, y apenas debió permanecer unas horas, según cabe colegir del reportaje, que comienza refiriéndose al «Madrugón frustrado» de quienes acudieron a recibir al poeta. Y agrega:

> *Hemos visto al autor de «El Romancero Gitano» [sic], que mentiríamos si dijéramos que hemos hablado con el. La brevedad de la estada del barco en el puerto y la emoción sincera del poeta, que no esperaba ciertamente –¿y por qué no esperaba?– la afectuosa recepción que se le tributaba, hizo imposible el mantenimiento de una charla coordinada. [...].*

Federico García Lorca con Juana de Ibarbourou en el teatro 18 de Julio *en Montevideo.*



El resto del reportaje prolonga y desarrolla este tono admirativo. Menciona la presencia de relevantes periodistas argentinos y uruguayos que esperaban al poeta en la dársena –entre ellos figuraba Pablo Suero (7), junto al embajador Díez-Canedo y los hermanos Mora Guarnido («viejos compañeros»), más la de la actriz, ya citada, Rosita Rodrigo. El reportero deja constancia del encanto magnético que envolvía a Lorca:

> *Hemos visto a García Lorca y al verlo queda explicada la fuerza espontánea, la frescura desbordante que irradian todas sus obras. Así es él. [...].*
>
> *Hemos conocido personalmente a un hombre de talento, a quien el talento no ha deformado [...].*

La segunda llegada de Lorca a Montevideo tiene lugar el 30 de enero, como hemos dicho. Los casi cuatro meses transcurridos en Buenos Aires habían constituido un éxito clamoroso, que desbordó todas las previsiones. La causa inmediata del

---

(*) Sean dadas las más sinceras gracias a Gladys Castelvecchi, que seleccionó y fotocopió las páginas correspondientes de los periódicos *La Mañana* y *El Día*; a Mireya Callejas de Echevarría, que transcribió el reportaje de *El Plata* y nos envió fotocopia de *Mundo uruguayo*; y a Rafael Gelós, que seleccionó y copió las páginas de *El País* relacionadas con nuestro poeta. Actuó de enlace eficaz con ellos Graciela Rodríguez-Larreta. A todos ellos va, en consecuencia, dedicado este trabajo, con mi gratitud. Se ha respetado la peculiar puntuación de la prensa.

amicales antes aducidos y confirma la propia prensa montevideana, según veremos.

Hasta el día 5 de febrero no parece haber huellas del poeta en los periódicos uruguayos (9 bis). En la fecha, *D* y *M* insertan un suelto casi idéntico que por su interés reproducimos en su integridad (seguimos la versión de *M*):

MAÑANA SE PRESENTA GARCIA LORCA ANTE NUESTRO PUBLICO

CON LA EXPECTATIVA POPULAR DISERTARA SOBRE «JUEGO Y TEORIA DEL DUENDE»

Mañana por la tarde, a las 19 horas efectuará su única presentación ante nuestro público Federico García Lorca, el poeta del «Romancero gitano», «El cancionero» (10) y «Los cantares» (11), que con su verbo encendido y sus ricas imágenes ha venido a renovar notablemente el acervo dramático del teatro español, regalándose con «Bodas de sangre» una nota de singular belleza que, afortunadamente, supo apreciar nuestro público en todo su valor a través de la magnífica versión de Lola Membrives.

Bastó la difusión de esta tragedia para que fuera urgente el deseo del público de compenetrarse a fondo con toda su producción, lo que en poco tiempo hizo que se popularizara considerablemente su obra poética y que para la consideración de los aficionados a las manifestaciones artísticas Federico García Lorca ocupara lugar preponderante en la moderna literatura española.

Apreciándolo así, Lola Membrives apresuró la venida del poeta granadino que desde hace dos meses se encontraba en Buenos Aires, donde no sólo pronunció varias conferencias sino que asistió al nuevo ciclo de representaciones de «Bodas de sangre» y a los estrenos de «La zapatera prodigiosa» y «Mariana Pineda», montando (12) asimismo unos deliciosos espectáculos musicales sobre escenificación de canciones populares.

Ahora interrumpe García Lorca su descanso en Montevideo para ponerse en contacto con un público que tiene conquistado de antemano y que acaba de demostrar palmariamente su ansiedad por escuchar la palabra del poeta, retirando casi todas las localidades del teatro 18 de Julio, que hasta ayer se vendían en forma inusitada.

«Juego y teoría del duende», tema que el poeta tocará en todos sus alcances poéticos, de leyenda e históricos, presentando un desfile de grandes figuras a quienes el «duende» de lo heroico, lo divino o lo pasional atormentó en vida, será el vehículo a través del cual el público tomará contacto con una de las personalidades literarias más justamente admiradas en nuestro medio.



Retrato de García Lorca, realizado por Miguel Serrano para el programa de un recital que el poeta dio en Barcelona, en 1935.

viaje a América del Sur había sido el estreno, en estas latitudes, de *Bodas de sangre:* Lola Membrives, con certero instinto artístico y comercial, vio la posibilidad de cubrir con *Bodas* el verano rioplatense, temporada baja. Pero el éxito superó sus expectativas: «... con el estreno de «Bodas de sangre» [sic] [Lorca] ocupa ya en la consideración de los públicos rioplatenses, un puesto de legítima preferencia» –dice el reportaje de PL (7 bis)–. Con la llegada del poeta a Buenos Aires (13-X-1933), la Membrives procedió al montaje de otras obras lorquianas: *La zapatera prodigiosa* (1-XII-1933) y *Mariana Pineda* (12-I-1934) (8). De hecho, la actriz argentina trató de aislar al poeta durante su estancia en Uruguay para que terminara *Yerma*, que deseaba estrenar. El día 31 de enero, *P* toma nota de la llegada de Lorca en estos términos encomiásticos:

Llegó ayer a Montevideo en el vapor de la carrera (9) el poeta español Federico García Lorca.

Como es sabido, este joven artista encabeza en su patria un bello movimiento de renovación en la lírica castellana. Su «Romancero gitano» ha alcanzado inmenso prestigio en toda Hispanoamérica siendo sin disputa uno de los libros poéticos de mayor resonancia en estos tiempos.

García Lorca estará breves días en Montevideo y dictará dos conferencias. No pudimos entrevistar ayer al poeta, absorbido por el requerimiento de intelectuales y amigos.

Las dos conferencias serían *Teoría y juego del duende* y *Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre* –esta última sólo ha sido accesible en 1980. Concluía la nota señalando que el periódico trataría de «reportearlo» ese mismo día, pero de la entrevista no parece haber quedado rastro. De todos modos, el diario era exacto en su referencia al amable cerco tejido en torno al poeta por intelectuales y amigos. El fervor con que había sido acogido en Buenos Aires se prolongó en Montevideo, como puede constatarse con la lectura de los testimonios

GARCIA LORCA

El suelto confirma que *Bodas de sangre* se había representado ya en Montevideo, también el eco que la obra del poeta había tenido entre el público uruguayo. Hay asimismo una sinopsis bastante exacta de la estancia argentina del autor hasta el momento. Alude al descanso del autor en la estación veraniega de Carrasco; de hecho, Alfredo María Ferreiro sitúa la emocionada evocación de su encuentro con el poeta el 30 de enero, « a las 19 horas, en la playa Atlántica» (13). En fin, son concluyentes los datos sobre la enorme expectación suscitada por el anuncio de la conferencia lorquiana.

El día 6, *D* anuncia la conferencia en el teatro 18 de Julio, hoy convertido en cine, prevista para las 17 h. Incluye fotografía de Lorca, de cuyo *Juego y teoría del duende* se habla en términos elogiosos –el autor la había dado a conocer en Buenos Aires–, y se llama a Federico el «ilustre poeta español». El mismo periódico, en otro lugar, incluye una breve nota en que anuncia para el día 7 la celebración de un cóctel en honor de Lorca, acaso el mismo que en la misma fecha ofrece la legación de España, del que ha quedado constancia gráfica en *Mundo uruguayo* (número del día 8 de febrero) (14).

Por su parte, *M* ofrece el mismo día 6 un reportaje - entrevista con el poeta, a cargo de Ernesto Pinto, que se reproduce en la página inicial, con grandes titulares y la fotografía del poeta en el centro. La entrevista tuvo lugar en Carrasco. Ofrezco sólo lo más relevante de ella, pues su reproducción íntegra no es posible, dada su extensión. En cursiva se reproducen las palabras hasta ahora inéditas de Lorca:

FEDERICO GARCIA LORCA:
GITANO
AUTENTICO Y POETA DE VERDAD

TODA SU OBRA: ALMA Y PASION ARRASTRADAS EN TORRENTES CALIENTE DE MUSICA Y FULGURANTE DE IMAGENES

Después de una visita que Ernesto Pinto hizo a García Lorca en Carrasco, escribió este juicio sobre el más grande poeta joven de España.

Entre todos, el dilecto

Ya está –usemos su símil de gracia– «bronce y sueño» el gitano, para quien todos los puertos, de izquierda y de derecha, del Norte y de Sur, fueron abanicos abiertos, en rosas de simpatías. [...]

Poeta auténtico de España, es poeta de verdad para el mundo.

Entre una generación –constelación opulenta en brillo– se destaca como primero, porque tal vez, supo a tiempo, encauzarse, por su vía vocacional: El teatro. [...]

Preguntadle a García Lorca sobre estos hermanos en el sacerdocio, y le veréis –transfigurarse en una loa de llamas para los ausentes.

–Son una cosa maravillosa, todos ellos, lo más grande de la España actual. Nos queremos, nos adoramos, somos todos una misma persona. Y ellos cuidan; ¡tan santos! –mi fama y mi gloria, como una flor, como una flor...

El niño prodigio

¿Queréis ponerle en aprietos? Hacedle esta pregunta: «¿Cuándo comenzó a escribir?

Si lo apuráis mucho el andaluz dirá: «Desde el vientre de mi madre». [...]

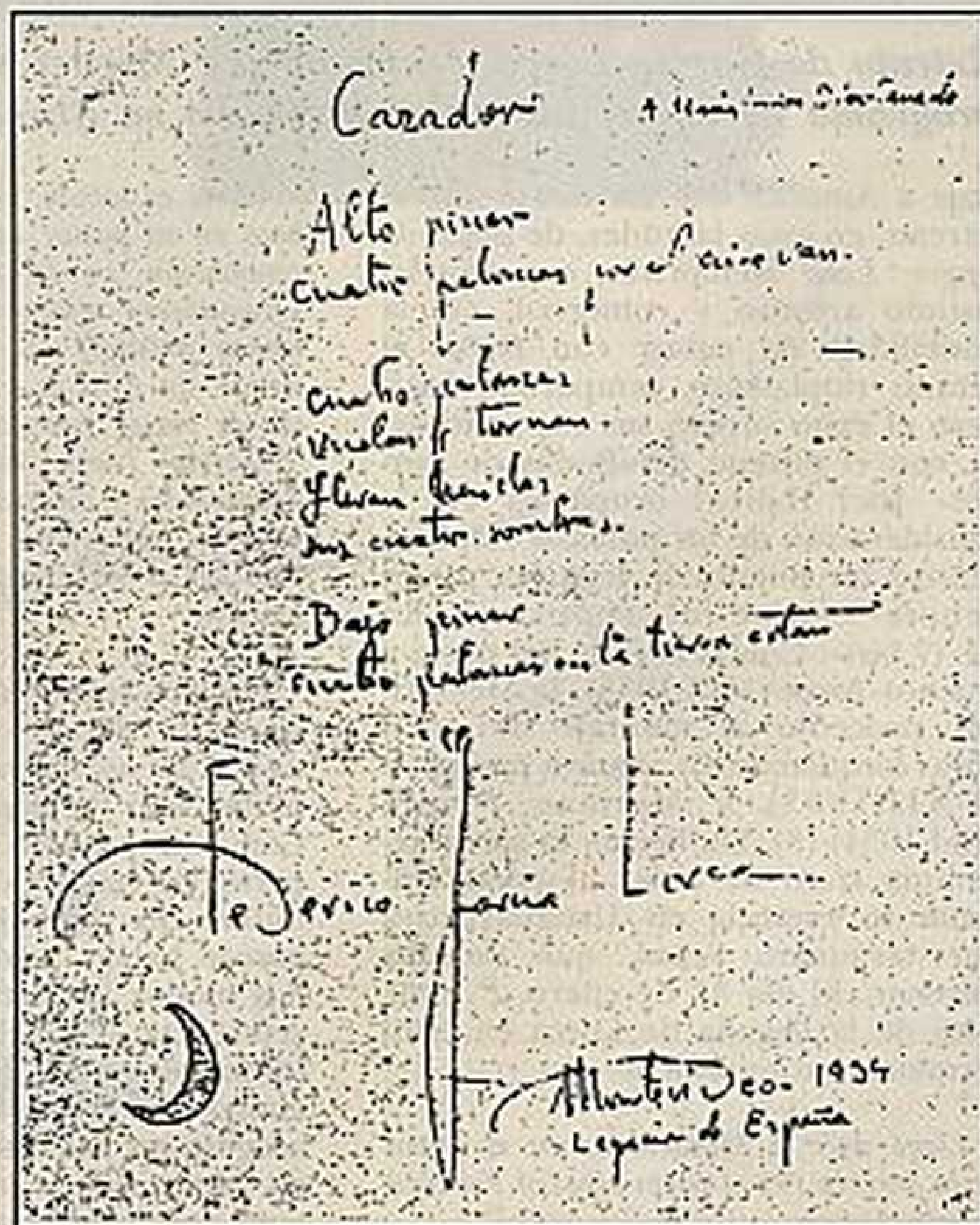
Antes de salir su primer libro – ya una fama verbal, lo espaciaba por la Península.

Y conste que fueron los amigos quienes le forzaron a la publicación. El tiene actualmente ocho libros por publicar.

Siente una especie de terror a la publicación.

Explica su además de esta suerte.

–Cuando comienzo a corregir las pruebas, experimento la sensación inevitable de la muerte; que el poema ya no vive, que para que viva debe poseer otra arquitectura, más nervio, mayor claridad, total simplicidad y limpieza.


Cazador

Alto pinar
cuatro palomas por el aire van.

cuatro palomas
vuelan y tornan.
Llevan heridas
sus cuatro sombras.

Bajo pinar
cuatro palomas en la tierra están

Federico García Lorca

Montevideo 1934
Legación de España

Copia autógrafa de «Cazador» de canciones.

El dramaturgo

Lo extraordinario en García Lorca no está en el poeta, sino en el dramaturgo. [...]

Y lo más interesante del romance de la vida de Lorca, está también en sus actividades teatrales. [...]

Fundó con Eduardo Ugarte «La Barraca». Esto es algo muy serio, muy respetable, muy de admirar.

Comprendió Lorca, que era la burguesía, quien había corrompido el teatro –como ha corrompido tantas otras cosas– y que para salvarlo era preciso hacerlo retornar a su fuente de pureza: El pueblo. [...]

Los artistas son estudiantes: las obras que se representan, clásicas. Durante los cursos, se representa y estudia en Madrid, en época de vacaciones salen a recorrer las provincias. Van a las aldeas más apartadas, y en la plaza del pueblo, levantan el tablado, y representan con toda la técnica moderna, las obras geniales de Calderón, de [Lope] de Vega.

–¿Y el público?

–El público aplaude a rabiar. El pueblo sigue con embeleso, sintiendo, entendiendo, todos los símbolos. Es que el pueblo español es eminentemente artista; le viene el sentido de la belleza a raudales por



En el teatro 18 de Julio *de Montevideo, Federico García Lorca, con un grupo de admiradores.*

la sangre, por el cuerpo, por el alma, y por la tierra, y lo que puede asombrar a un hombre de la ciudad, no asombrará, en manera alguna, a estos rústicos campesinos, de blanco, blando y sensibilísimo corazón.

La historia y la leyenda

La obra con la cual se inicia su carrera para el teatro, es el romance popular en tres estampas: «Mariana Pineda».

El proceso de la obra es interesante y su estreno oscila entre la comedia y el drama. Más lo primero que lo segundo.

Ved cómo se explica.

–Es una obra que escribí necesariamente impulsado por una fuerza, contra la cual no podía defenderme.

Desde que abrí los ojos o me asomé por la ventana de mi casa, en la gris plaza vecina, veía altiva sobre la columna, sueltos los cabellos, en el cielo la mirada, apretando contra el cuerpo la bandera de la libertad. –Mariana Pineda, la mujer garrida, valerosa y terriblemente hermosa –puesta allí como el símbolo de un ideal revolucionario.

El niño hizo entonces el voto candoroso de hacer revivir, en un drama, la figura prócer de la bella mujer.

Comenzó a hurgar en la tradición y el ídolo –mártir de la libertad cayó del altar y pisó tierra tornando a ser lo que había sido, una mujer que creyó en un ideal, y por él murió, porque amaba loca, fieramente al hombre que la hizo creer en la belleza de aquel ensueño.

El día del estreno fue un verdadero escándalo. Los liberales protestaban porque alguien se había permitido manchar con un recuerdo de pasión la imagen de quien era símbolo y bandera de la libertad.

Lorca al recordar aquella jornada ríe estrepitosamente y agrega:

–La verdad, que yo estaba en lo cierto. Lo que yo sostenía era la tradición; lo que oía de labios de las antiguas criadas, lo que me repetía la portera del convento –donde ayudaron a bien morir a la enamorada–, lo que recibí de los viejos en el café; los que me atacaban –invocando la verdad– de una mentira pretendían construir un dogma intocable. Pero el pueblo comprendió y gustó de la obra. Y eso era para mí lo importante, para mí que transfiguré en símbolo a la amante trágica –que no fue socorrida en el minuto final por el caballero, que ella soñó valiente.

El público

Este artista ya ha compuesto la farsa innovadora «La Zapatera prodigiosa»; la extraordinaria tragedia «Bodas de sangre» [sic.] Y actualmente prepara el tercer acto de «Yerma», en la cual se acerca más al espíritu griego.

Pero tiene, hace tiempo, escrita, una obra intitulada «El Público» –una terrible sátira, que muy difícil– según él encontrará compañía que se atreva a darla y público que la resista. El la ha definido de esta suerte «Una pieza para no ser representada, y un poema para ser silbado.»

Teatro de siempre

¿Dónde se origina este teatro suyo, tan estupendo, tan maravilloso, tan revolucionario, tan novísimo y tan antiguo? [...]

Sus obras son de hoy –modernísima la técnica– y serán de mañana, porque son de ayer. He aquí el secreto. Han nacido en tiempo presente, que es la manera de la eternidad; pero chupando la savia de lo antiguo y con la frente enderezada hacia el alba futura. Sólo hay una fuente para él: la trinidad Calderón, Lope, Tirso –que no pasarán nunca, y que desde la altura de la montaña seguirán, aún por muchos siglos, marcando derroteros.

Pero oíd esta aclaración:

–Yo he tenido como éstos la tierra; pero también el mar. Por la amplitud de la primera soy ibérico, por el segundo, soy helénico.

Y tiene razón.

El carácter de su poesía

En el poeta se pueden ya marcar dos cambios bruscos, bien definidos.

El primero de «Canciones», de «Romancero gitano», de «Cante jondo» [sic] no es el actual de la «Oda al Rey de Harlem».

En los libros primeros, de imagen atrevida, de verso limpio, musical y terso y de dilatada transparencia, se

ve al artista excepcional, que toma del gitanismo andaluz elementos de belleza perdurable.

En esta segunda época del poeta, de la cual data el libro sobre Nueva York, no publicado aún, pero que se conoce fragmentariamente a través de las declamaciones del mismo, es una cosa completamente distinta. El poeta que desde sus iniciaciones, se preocupa en aunar las palabras siguiendo una línea musical, ahora suele caer en lo que Andrenio llamara una herejía literaria, creer que las palabras independientemente del significado tienen un valor poético. Y así vemos que en esas dos odas a que hago referencia (15), hechizantes por su música, sensual un poco de selva, un poco de ruido trepidante de las grandes ciudades, se unen con el objeto de producir angustia, y en realidad –sobre todo cuando el poeta las recita– llega a conseguir su objetivo [...]

Las mujeres en García Lorca

De cada libro de Lorca, al menos para mí, como síntesis magnífica, queda una mujer. [...]

Todo el teatro magnífico, extraordinario de García Lorca gira en torno de mujeres que se hacen símbolos. [...]

–¿Por qué ha elegido usted mujeres y no hombres?

García Lorca me mira como sorprendido de tal pregunta.

–Pues yo no me lo he propuesto.

Luego, como volviendo de un sueño, agrega: «Es que las mujeres son más pasión, intelectualizan menos, son más humanas, más vegetales; por otra parte, gran dificultad encontraría un autor para dar sus obras, si los héroes fueran hombres. Hay una crisis lamentable de actores, buenos actores, se entiende...»[...]

Febrero, 2 de 1934

Nos vedaremos, por razones de espacio, todo comentario sobre esta entrevista que a buen seguro ofrecerá a los lorcólogos más de un motivo para el análisis. También ese mismo día 6, Clotilde Luisi Podestá publica en *P* un largo artículo sobre el poeta, que contiene análisis muy certeros de *Bodas, La zapatera prodigiosa* y las canciones que Lorca escenificó en Buenos Aires. La señora Luisi demuestra haber captado a la perfección la renovación que constituía *Bodas* («García Lorca nos trae un aire de renuevo. De renuevo y de reacción contra ese realismo que es sólo servil de la vida visible.»); la resurrección de la farsa que representaba *la zapatera* («Bien haya [...] este poeta que nos la resucita con tan finísimo gracejo, con tan severa disciplina estética»); y, en general, los valores fundamentales de las dos obras lorquianas. Pero lo más novedoso hoy de su artículo es la información que proporciona sobre las canciones escenificadas. Formaron éstas parte del fin de fiesta que Lorca agregó a las representaciones bonaerenses de *La zapatera,* sin duda con la intención de alargar la función que, reducida a la farsa, quedaba breve en exceso. Lola Membrives no debió de ser ajena a la idea (16). El fin de fiesta duraba media hora, y constaba de tres canciones escenificadas: *Los pelegrinitos, Los cuatro muleros* y *La Canción castellana (17).* La señora Luisi se centra en la primera de ellas:

Estos «Pelegrinitos» son la síntesis de una obra teatral. Novelación, ternura, movimiento, gracia, color; todo está allí. La mímica, el tono de la voz con que las mujeres narran la marcha a Roma de los Pelegrinos adolescentes le dan a estas comadres categoría de coro. Los dos jóvenes pelegrinos [...] dicen su emoción en pocos versos, con todo el sentido y la exactitud que pudieran caber en largos actos. Y el romance termina con la nota picaresca de ese Papa bonachón que quisiera hacer «otro tanto» y con la ternura alegre de las campanas que anuncian la boda. En pocos minutos García Lorca nos ha hecho asistir al espectáculo de una obra entera, con todos sus elementos esenciales.

D, correspondiente al 7 de febrero, trae una larga reseña de la conferencia lorquiana sobre el duende, acompañada de dos fotos: en la primera se ofrece una panorámica del teatro, a rebosar, en primer plano el presidente de la República, doctor G. Terra; la segunda muestra al poeta, de cuerpo entero. El texto de la reseña sigue, paso a paso, la versión hoy conocida de la conferencia. El éxito de Lorca fue rotundo, hasta el punto de ser obligado a «recitar ante la insistencia [de los aplausos] su ya conocido «Romance de la luna, luna». La reseña de *P,* aunque más breve, confirma la apoteosis del autor al repetir los términos encomiásticos: «Montevideo –concluye *P*– fue ayer teatro de un acontecimiento de primera magnitud.» Para subrayarlo, el periódico ofrece a sus lectores el romance ya citado y el «Martirio de Santa Olalla». *M* por su parte, da una larga relación de asistentes al acto, aunque circunscrita sólo a damas (18).

El día 9, tiene lugar la segunda conferencia de Lorca, *Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre,* en el mismo escenario, y a la misma hora. *D* la anuncia así:

Un nuevo acontecimiento artístico importará esta tarde, sin duda alguna, la segunda presentación ante nuestro público, de Federico García Lorca, el ilustre poeta español a quien se recibiera con tan marcado entusiasmo al presentarse días atrás en la sala del 18 de Julio.

Siguen después palabras muy elogiosas para Lorca cuya «vasta y rica cultura artística» es ponderada. *D* trae, en su número del día 10, reseña de la conferencia, con ilustración que muestra al poeta en el momento de su charla. También *P,* del mismo día, incluye otra reseña (19). El éxito volvió a repetirse, y Lorca debió completar su intervención con la recitación de algunos versos, «que el poeta –según *D*– recitó con galanura y buen estilo». Por *P* sabemos que fueron tres los poemas recitados, dos de ellos –los reproduce el periódico– la «Canción tonta» y «Despedida», ambos de *Canciones.*

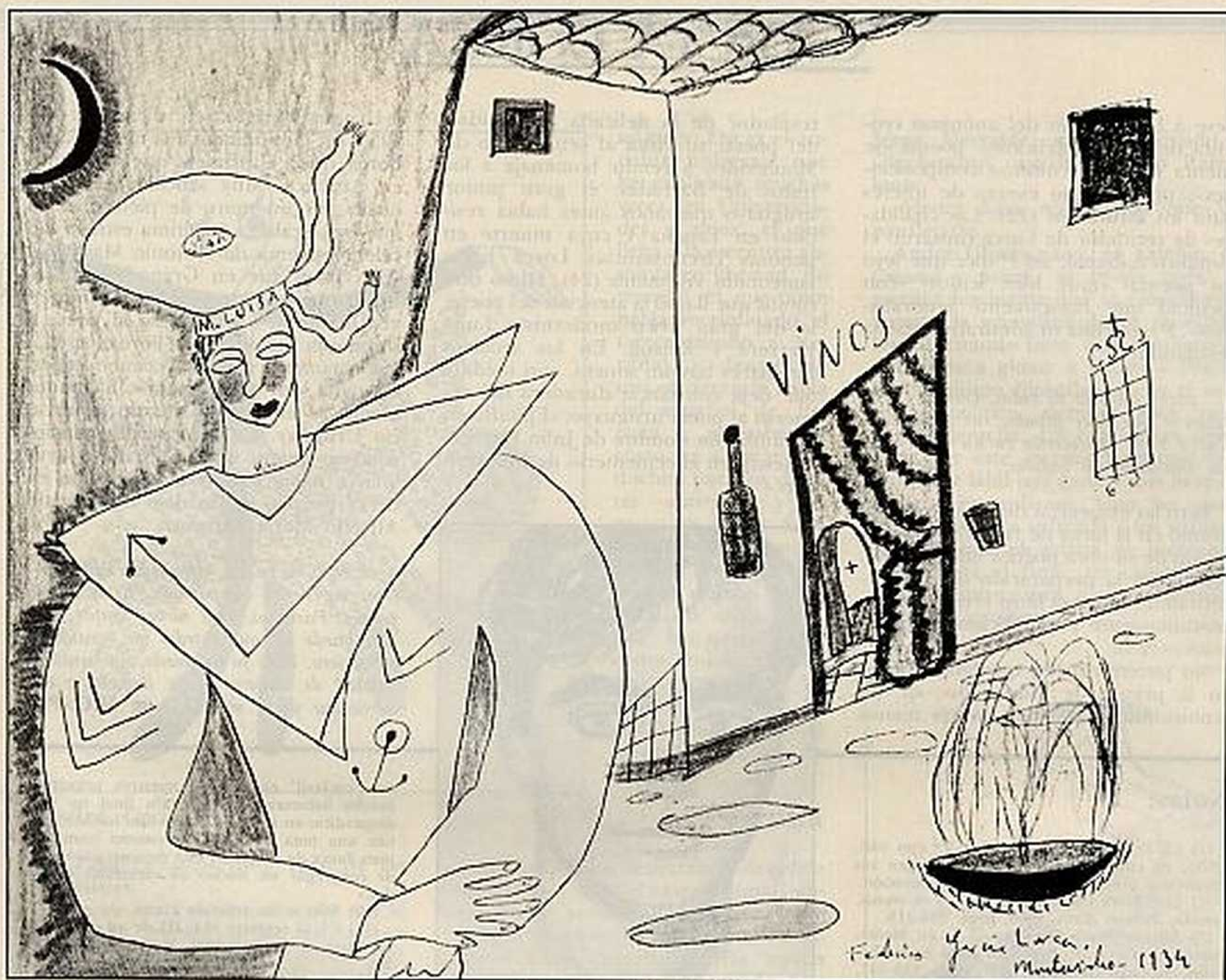
Conocido ya hoy el texto de la conferencia, podría parecer que las reseñas carecen de interés. No es así: ambas incluyen versiones de las canciones cantadas y acompañadas por Lorca al piano que no coinciden con las que suelen ofrecerse en las ediciones del poeta. Dejando a un lado los posibles errores e imprecisiones de transcripción, su interés resulta evidente. El primer texto beneficiado es el mismo de *Cómo canta...,* pues en el ms. conservado el poeta sólo acostumbra a citar el primer verso de estas canciones. Sin intención de decir la última palabra sobre la cuestión, doy las versiones más interesantes desde el punto de vista señalado. *D* cita estas dos estrofas de «Los cuatro muleros»:

De los cuatro muleros,
mamita mía, que van al campo
el de la mula torda,
mamita mía, moreno y alto.

De los cuatro moleros,
mamita mía, que van al río,
el de la mula torda,
mamita mía, es mi marío.

P ofrece un texto más amplio, que trata de seguir la interpretación del poeta:

De los cuatro muleros
madre,
que van al huerto,
el de la mula torda,
madre,
moreno y serio.



Dibujo de Federico García Lorca, que hizo en Montevideo, para María Luisa Díez-Canedo.

De los cuatro muleros
madre,
que van al río,
el de la mula torda
madre,
es mi marido.

De los cuatro muleros
madre,
es mi marido.

De los cuatro muleros,
madre,
que van al agua,
el de la mula torda
madre,
me roba el alma.

D ofrece los tres primeros versos del romance del Duque de Alba:

Tristes nuevas
se contaban por Sevilla
con dama de gran valía, etc.

Por desgracia, esta transcripción está muy deturpada; entre el verso segundo y tercero debe faltar una línea (algo así como: «que el Duque de Alba se casa»), y el verso inicial está falto de cuatro sílabas (*). Tristes nuevas, tristes nuevas»). En todo caso, contamos ahí acaso con una pista no desdeñable para la identificación de la versión utilizada por el poeta, aún desconocida (20).

Tanto *D* como *P* informan de que el éxito obtenido obliga a la programación de una tercera conferencia, sobre *Poeta en Nueva York* en esta ocasión, que tendría lugar el miércoles, 14 de febrero, en el mismo escenario. *D*, en su número del domingo, día 11, anuncia la charla de Lorca, quien disertará sobre sus impresiones de Nueva York, sobre el tono y el ambiente tan típicos del barrio negro de Harlem y la melancolía negra de los «spirituals»... [...]»

Se informa asimismo que la conferencia tendrá como epílogo el recital de algunos poemas. Ya el mismo día 14, *D* insiste sobre su contenido («los aspectos de gran ciudad de Nueva York, sus notas típicas y en especial el barrio negro de Harlem»), al tiempo que comunica que el poeta regresará por la noche a Buenos Aires, «donde se comenzará a ensayar su pieza «Yerma» en vías de terminación» –al fondo de la información se adivinan las presiones, que no tuvieron éxito, de la Membrives sobre el autor» (21). La prensa del día 15 recoge ampliamente la intervención de Lorca *(D, M y P)*. Las tres reseñas no ofrecen novedades de relieve respecto de otras ya conocidas. El poeta se ajustaba fielmente al original de su ms. *Un poeta en Nueva York*, que desde marzo de 1932 había dado a conocer por varias ciudades españolas. Es probable que fuera ésta la última vez que el autor pronunciara esta conferencia. Su intervención se cerró con la recitación de otros poemas. *D* transmiste el título de una de ellas, el «Vals vienés» (que en la versión definitiva recibiría el calificativo de «pequeño»), perteneciente también al ciclo neoyoquino.

pese a la precisión del anónimo cronista de que el «delicioso» poema «se cuenta entre sus últimas composiciones»; precisión no exenta de interés para los estudiosos (22). Las cualidades de recitador de Lorca causaron el asombro habitual; así *P.* dice que leyó los poemas «muy bien leídos» «con facultad que francamente ignorábamos». *P.* concluía su admirativa reseña señalando:

...para consuelo de todos, García Lorca anuncia que muy pronto, sus poemas de Nueva York aparecerán en un libro. A él nos remitimos los lectores.

Pero las exigencias del poeta consigo mismo en la tarea de revisión y maduración de su obra poética más querida, retrasaron la preparación del manuscrito definitivo, y el libro vería la luz ya póstumamente y en ediciones problemáticas (23).

No parecen haber quedado huellas en la prensa de Montevideo de un acontecimiento no por íntimo menos revelador de la delicada humanidad del poeta: su visita al cementerio de Montevideo a rendir homenaje a los restos de Barradas, el gran pintor uruguayo que años antes había residido en España y cuya muerte en penosas circunstancias Lorca había lamentado vivamente (24). Hubo otra tumba que llamó la atención del poeta: la del gran lírico modernista Lujio Herrera y Reissig. En los archivos familiares hay un soneto, aún inédito, que deja constancia duradera del recuerso al poeta uruguayo: «Epitafio en la tumba sin nombre de Julio Herrera y Ressig en el cementerio de Montevideo.»

Uruguay erigió, en diciembre de 1953, un monumento a la memoria de Lorca, quizá el primero que se levantó en América. Muy sencillo, está formado por un muro de piedra, en el que está grabada la última estrofa del célebre poema de Antonio Machado: «El crimen fue en Granada»: «...Labrad, amigos, / de piedra y sueño, en el Alhambra, / un túmulo al poeta, / sobre una fuente donde llore el agua, / y eternamente diga /: el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!». El monumento se encuentra situado junto al río Uruguay. Es el recuerdo emocionado a quien, ante el paisaje uruguayo, había manifestado sentirse en tierra propia, según dejó consignado Alfredo María Ferreiro:

–Esto es mi patria –dice al fin Federico–. Oye: me siento compatriota. Estoy en mi patria. Para mí, esto no es viajar [...]. *No; puede ser que ustedes me consideren extranjero. Pero yo no puedo, no siento mi calidad de viajero recién llegado a esta tierra que ya es mía (25).* ■ **M.G.-P.**



Federico según un retrato de Gregorio Prieto, realizado en 1936.

Notas:

(1) Cf. *Trece de nieve*, núms. 1-2, 2.ª épo. (dic. 1976), en cuya solapa derecha se recogen sus emotivas y precisas palabras de rememoración.

(2) José Mora Guarnido, *F. G. L y su mundo*, Losada, Buenos Aires, 1958, págs. 209-215.

(3) Alfredo María Ferreiro, «G. L. en Montevideo», en F. G. L., *Poema del cante jondo*, Ed. Veloz, Santiago de Chile, 1937, págs. 135-147. Ha estudiado este testimonio en relación con los complejos problemas textuales de *Poeta en Nueva York* (cf. *infra* n.º 23) Andrew A. Anderson, «G. L. en Montevideo: un testimonio desconocido y más evidencia sobre la evolución de *Poeta en Nueva York*», *Bulletin Hispanique*, t. LXXXIII (1981), págs. 145-161.

(4) Parcialmente reproducidos por Hortensia Campanella, «Profeta en toda tierra. F. G. L., en Uruguay», *Insula*, núm. 384 (1978), pág. 10.

(5) Marie Lafranque, «Bases cronológicas para el estudio de F.G.L.» (1963), trad. española en *F.G.L.*, ed. de Ildefonso-Manuel Gil, Taurus, Madrid, 1973, págs. 411-459; págs. 442-443.

(6) Intento muy pálido es el realizado por Norah Giraldi de Deicas: «La gira de F.G.L. por el Río de la Plata: 18 días en Montevideo», en *Homenaje a F.G.L.*, ed. de Jorge Arbeleche, *Cuadernos de Literatura*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1976, págs. 111-122.

(7) Suero cubrió el trayecto hasta Buenos Aires, y lo reflejó en «Crónica de un día de barco con el autor de *Bodas de sangre*», reportaje-entrevista incluido más tarde, tras su publicación en un periódico bonaerense, en su libro *Figuras contemporáneas*, Buenos Aires, 1943, que ha sido rescatado del olvido por Christopher Maurer en *Trece de nieve*, núm. 5, 2.ª ép. (1977), págs. 64-68.

(7 bis) Véase ahora la primera entrevista concedida por el poeta a su regreso de América, que ha sido exhumada por Ian Gibson, «F.G.L.: tres entrevistas recuperadas», *La Pluma*, núm. 8, 2.ª ép. (1982), págs. 109-121; págs. 118-121. En ella puede verse al poeta henchido de legítimo orgullo por su triunfo. La entrevista se publicó en el *Heraldo de Madrid*, número del 14 de abril de 1934.

(8) Marie Lafranque, *ob. cit.* págs. 439, 441 y 442.

(9) Nombre que recibía, y sigue recibiendo, el barco que realiza el trayecto entre Buenos Aires y Montevideo.

(9 bis) No nos ha sido posible hacernos con el diario *El Ideal* de 1 de febrero en el que, según Norah Giraldi, *art. cit.*, p. 117, se publicó una entrevista de Mora Guarnido con Lorca.

(10) Se debe referir al libro *Canciones*.

(11) Debe aludir a las canciones musicadas por Lorca para la Argentinita.

(12) *M*, por errata, da contando- subsanamos con *D*. Hay otros errores de impresión que subsanamos sin más indicaciones.

(13) Alfredo María Ferreiro, *art. cit.*, pág. 145. *Vid. infra*, además.

(14) Dice así: «El ilustre poeta español Federico García Lorca, que actualmente se encuentra en Montevideo pasando una temporada, y que viene siendo objeto de numerosas demostraciones de aprecio de parte de un núcleo de elementos de nuestra sociedad, será obsequiado mañana (día 7) por la señorita Susana Soca Blanco con un "cocktail" en uno de nuestros principales hoteles balnearios.» El párrafo final no tiene desperdicio en su estilo *kitsch*: «Ello ha de constituir una nota de muy interesantes contornos, pues fuera de dudas en esta demostración se ha de congregar un núcleo de elementos conocidos.»

(15) Sólo se ha referido a una.

(16) Cf. al respecto el t. III de mi edición de las *Obras* de Lorca, Akal, Madrid, 1980, pág. 496.

(17) Cf. O.C., Aguilar, 1980, 21 ed. t. II, páginas 1.038-1.044.

(18) Algunos nombres: Clotilde Luisi, Juana de Ibarbourou, Esther Haedo de Amorim, esposa del escritor, Chevriere Milchaelson de Mora Guarnido, Morales de Mora Guarnido, esposas ambos de los hermanos de este nombre.

(19) Un párrafo de ella fue reproducido por Maurer, *art. cit.*, pág. 65.

(20) Cf. la edición del texto en Francisco García Lorca, *Federico y su mundo*, Alianza Ed. (Alianza Tres), Madrid, 1980, págs. 471-485; página 482. La edición está a cargo de Mario Hernández.

(21) Lorca tenía escritos dos actos, según el testimonio de Alfredo María Ferreiro, *art. cit.*, página 137. Cf. además, O.C., *ed. cit.*, II, página 1.202.

(22) Posiblemente, la precisión es del poeta mismo, que por estas fechas maduraba un proyecto, finalmente no realizado: *Porque te quiero a ti solamente (Tanda de valses)*, cuyo título reproduce parcialmente un verso clave del «Pequeño vals vienés». De hecho, en el artículo de Alfredo María Ferrerio, *cit.* (pág. 14), el poema es excluido de *Introducción a la muerte*, título que por entonces adquiere *Poeta en Nueva York*.

(23) Dos libros sintetizan, por ahora, la polémica sobre la cuestión: Daniel Eisenberg, *Poeta en Nueva York: historia y problemas de un texto de Lorca*, Ariel, Barcelona, 1976, y Eutimio Martín, ed., F.G.L. *Poeta en Nueva York* y *Tierra Luna*, Ariel, Barcelona, 1981. Hemos analizado la cuestión en el cap. I de *Lorca: interpretación de «Poeta en Nueva York»*, Akal, Madrid, 1982.

(24) En la entrevista con Pablo Suero, exhumada por Maurer, *art. cit.*, pág. 66.

(25) Ferreiro, *art. cit.*, pág. 142.

PERDIDAS Y POSIBILIDADES DE LA VANGUARDIA TEATRAL



Bocas abiertas, modulaciones de la voz, expresión corporal: el Roy Hart Theatre convirtió los textos en sonidos, la acción en composiciones.

IGNACIO DE LA VARA

UNa cierta vanguardia, un cierto «teatro subterráneo» español, un «nuevo teatro», va aflorando ahora, poco a poco, a la superficie. Tarde, mal, a contratiempo. No gusta. No pretendió, eso es cierto, ser nunca un teatro «de gusto»; intentaba ser un revulsivo, una protesta, una explosión. Se ha ido haciendo en condiciones precarias: por pequeños grupos independientes, por actores en sus horas libres, por directores iluminados: son dinero, en salas frías y destartaladas. Los autores pretendían, entonces, que esa desigualdad de condiciones no era la que deseaban, la que sus obras necesitaban. Probablemente esas condiciones no eran aceptables para ellos ni para nadie, aparte de algo muy importante: el carácter noble, el carácter altruista de los intentos. Se les ve ahora en otros teatros, en los teatros burgueses: puede haber un cierto despliegue del dinero, una colaboración técnica –dentro de la pobreza técnica de todo el teatro español–, una mayor profesionalidad en los actores. Tampoco sirve. La interpretación, por buena que sea, no conecta con la intención de la obra: la dirección tiende a hacer un puente entre las generaciones perdidas y las actuales; el marco dorado, las cortinas de terciopelo, las butacas de estilo, no colaboran. Ni el público. Se suele quedar perplejo ante lo que escucha y presencia: no ve de qué forma le concierne, de qué manera puede transmitirle una emoción. Ni siquiera le provoca. El público que va aplaude cortésmente, se aburre con discrección, imagina que no tiene la suficiente cultura para entender lo que se le dice. Pero, generalmente, el público no va. Presiente lo que le va a pasar, y no va.

Un equívoco

«Vanguardia» es una palabra equívoca. En el teatro empieza a funcionar con un cierto retraso con respecto a la pintura, incluso con respecto a la música. Aparte de que se puede decir que siempre ha habido una vanguardia –hubo un tiempo en que lo fue el romanticismo, como otro en que lo fue el naturalismo–, lo que se llama vanguardia teatral es algo que comienza a hacerse presente con «Ubu roi», o con «Tête d'or» y llega hasta Arrabal, pasando por Ionesco, por Beckett, por Adamov, por Schéade. Sucede en París, y precisamente porque París es, al contrario que Madrid, una ciudad con afición al experimento y con capacidad de acogida. No es casual, ni es extraño, que todo este grupo de nombres recién citados tengan una prosodia y un origen extranjero (con relación a Francia, donde se produce). El extranjero que trata de asimilarse a un país que le alberga, después de haber dejado el suyo por cualquiera de las múltiples razones que invitan a la huida, tiene un puesto privilegiado para considerar la sociedad y el lenguaje. Ve el país, las costumbres, las sociedades, las leyes, como algo absurdo, porque las ve repentinamente. Y desde fuera. A veces un aborigen trata de adoptar esa posición y se finge extranjero: Montesquieu en las «Cartas persas»,

PERDIDAS Y POSIBILIDADES DE LA VANGUARDIA TEATRAL

Ray Bradbury en las crónicas marcianas. A veces tiene la capacidad de observar su propia sociedad desde una posición al mismo tiempo dentro y fuera de ella: Blanco White, Juan Goytisolo, Jorge Semprún, han producido una enorme riqueza al considerar de esta forma la sociedad española. Esta vanguardia teatral de París tenía la forma de un reflejo absurdo de una sociedad a la que contemplaban desde otra lógica, y de un idioma al que aportaban unas grandes distancias mentales; y sin embargo, sociedad y lenguaje les acogían. Quizás eso sólo suceda de una manera tan franca en París y en Nueva York.

No era solamente esa forma la que les engrandecía. Había mucho más: una mirada universal. En parte, la que puede dar un cierto carácter de apátrida intelectual, una cierta renuncia al nacionalismo. Coincidían con una especie de deshumanización, una cierta decadencia, hasta una agonía de una civilización. Estaba sucediendo igual en sus países de origen; pero en ellos no hubieran podido verlo con esa claridad. Al mismo tiempo les sucedía otra cosa: un cierto temor, una cierta inquietud en el ataque y la crítica de esa sociedad. Los autores nacionales no la necesitan. Wilde, Shaw y otros autores eduardianos y posteriores no necesitaron disfraces (aunque Wilde tuvo que pagarlo muy caro); ni Ibsen, ni Strindberg, ni Sartre. El realismo, el naturalismo, les bastaban. Los extranjeros de París no encontraban tan fáciles las cosas. La sociedad acogedora puede hacerse hermética de pronto. Buscaron en la vanguardia un disfraz: una forma de decir unas cosas mientras estaban diciendo otras. Encontraron una forma de alcanzar la realidad. Porque el teatro es siempre realista: inventa, crea su propia realidad. El más irreal de los teatros de vanguardia consigue siempre dar esa sensación de realidad desde el momento en que el espectador la acepta. Ningún espectador del teatro del absurdo se siente a sí mismo absurdo: entra en la realidad, en la lógica de lo que se le propone, y conviene que lo absurdo es lo que está fuera del teatro –del local–.

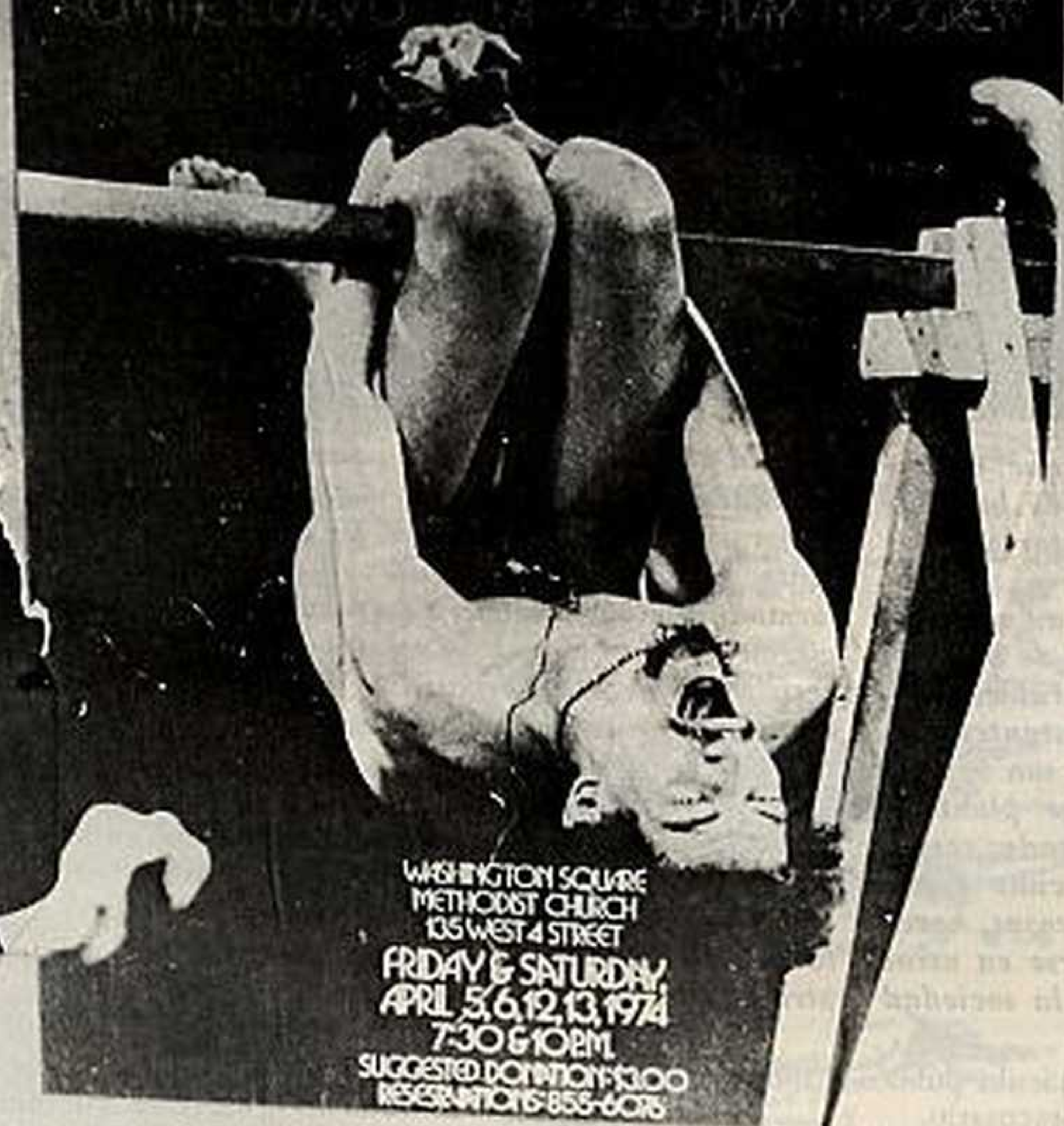
Los extranjeros nacionales

Los autores de lo que se ha dado en llamar «nuevo teatro» en España pueden muy fácilmente reunir las mismas condiciones. Su condición de extranjeros, de otros, de ajenos, es perfectamente posible desde el momento en que se llame «España» al conjunto de organización social, de valores estéticos, culturales, morales y políticos impuestos por quienes precisamente llamaban «anti España» o «anti españoles» a quienes no pensaban como ellos o a quienes no aceptaban la orden y el orden. Nada más honesto que sentirse apátrida en esa relación de obligaciones y mandatos, en esa definición de Patria hecha por la fuerza de la ley. Al mismo tiempo existía una necesidad de disfraz. Un teatro directo y real podía suponer el desahucio; lo han conocido algunos autores. O podría ser engullido por la digestión del sistema, capaz de albergar muestras de su contrario a condición de que sólo fueran muestras. Lo han conocido otros autores, e incluso han procurado no ser conscientes de ello. Y han hecho bien, porque sus aportaciones han tenido interés y han sido literaria y políticamente útiles. Pero un teatro disfrazado sólo podía serlo hasta un cierto punto: el punto preciso para no ser enteramente entendido por los censores –por los censores directos, pero también por el cerrado circuito teatral, propenso al miedo que puede tener todo negocio– pero ser entendido para el público. El proceso de la vanguardia española puede tener en estas circunstancias su origen, pero con algunos datos más, bastante diferenciales. El primero, que no podían ver la sociedad que les contenía y de la que se distanciaban con el pesimismo tranquilo y universal de los extranjeros de París, sino con un dolor, con un arrebato y con una necesidad de lucha. El segundo, que no podían dejar de desconocer la vanguardia teatral de fuera de España, y ciertas corrientes de pensamiento, que podía darles un sentido mimético: el de intentar las vías que eran válidas en otros lugares. El tercero, que Madrid (como centro entonces del teatro) no es una ciudad acogedora como París: es una ciudad hostil, cruel y amarga. En todo ello el teatro que se producía en España –el teatro de estos autores–, tenía que ser colérico, furioso, desesperado, explosivo. Contribuían a ello tres factores importantes: la situación misma de España, la personal de quienes veían doblemente frustradas sus vidas –una, como ciudadanos; otra, como escritores, autores, intelectuales– y otra el modelo de teatro que se practicaba. En cualquiera de las obras de esa época se encuentran esos factores de denuncia, de vivencias y, al mismo tiempo, de deseo de destruir el teatro que se estaba haciendo: no sólo por ser su enemigo personal, sino por su inutilidad.



Beckett abrió un teatro nuevo con la simplicidad del decorado y la acción, pero con la penetración de un texto desolado y desesperado.

Furiosamente españoles –es una característica– pero alejados de «España», buscaron caminos españoles para reflejar su pensamiento. Hay docenas de obras de esa época que tratan de seguir el camino de «La Celestina» –cuyo autor tuvo tanta necesidad de disfrazarse, por marginado y en riesgo de muerte, que ocultó su nombre–, el de Quevedo, el de Valle Inclán que fue el intento más válido de revolución teatral en su tiempo y que fue marginado (como otros autores que lo intentaron por otras vías y en su momento: como Ramón Gómez de la Serna, como Alberti, como los escritores de la generación del veintisiete. Todo ello fue conduciendo a unos pastiches idiomáticos: un seudoclásico, o una seudometafísica. Ciertas formas del desgaste del teatro burgués corrientes en Europa y en otros lugares buscaron aquí una traducción: el humor ácido de Brecht y su morfología se hicieron con el fondo soca-



El actor como portador de un cuerpo que puede ir más allá –o quedarse mas acá– de lo humano y de la dicción del texto: el Living Theatre.

rrón español. Las proezas del «Libing» americano, las del Roy Hart, se encaminaron hacia una transformación del actor en una especie de deportista gutural. El culto a la técnica representada por la dirección y la escenografía, muy generosamente asumida por los autores (que, a veces, eran también directores) se profundizó en busca de espectáculo, de magia, de sorpresa: sometido todo ello a la pobreza económica y a la pobreza técnica que aquí llamamos chapuza no pudo dar nunca los resultados apetecidos.

Ahora bien, si los autores y directores de una vanguardia que buscaba desesperadamente –y por razones de necesidad social, política e individual– romper el cascarón duro del teatro burgués no consiguieron asentarse, y no lo han conseguido ya, sí fueron suficientes para crear esa ruptura: rompieron lo que había, no pudieron construir en el solar. Hay dos corrientes que vienen de lejos y de fuera, y que han sido impulsadas aquí por la antigua vanguardia: la crisis de la acción y la crisis del personaje. Aquella anterior a ésta. La acción interna, la intriga, se ha ido desprestigiando: se ha salido del campo intelectual cuando todavía el público no estaba preparado para eso. Se ha sustituido por situaciones más o menos estáticas, a veces únicas. Se han perdido las referencias al mundo constante y comprobable. Parece que narrar es malo. La consecuencia es el desvanecimiento del personaje: los seres teatrales pierden consistencia. Con ellos, el diálogo. Al no referirse a hechos concretos, a anécdotas vitales, a hombres y mujeres, se ha ido convirtiendo en ensayismo, en articulismo, en lírica o en filosofía. Muchos lo han conseguido con éxito: han convertido todo eso en teatral. Se trata de genios. Otros no han conseguido ser más que pelmas. En realidad, esto pasa con todo género teatral o literario: hay simplemente talentos, por una parte; por otra, agradables mediocres; y por abajo el submundo mimético de la superchería. La superchería en la creación literaria o teatral no es nunca una estafa al público: es un engaño que alguien se hace a sí mismo. El camino del teatro es tan áspero y tan duro, y ofrece tan pocas recompensas, que la superchería no merece la pena: nadie se la plantea como un engaño a los demás. Parte de algo más doloroso: un engaño a sí mismo.

Destruir y construir

La capacidad de destrucción ha funcionado. Pocas personas se atreven ya a hacer algo tan simple como narrar, producir enfrentamientos de personajes en busca de una verdad, conseguir emociones. No es intelectual. Hasta algunos autores de naturaleza realista han tratado de conseguir ese reconocimiento introduciendo en sus narraciones escénicas fantasmas, muñecos, músicas del más allá, voces lejanas, futurismo, resonancias misteriosas; a veces con resultados deplorables. Mucha gente no sabe qué escribir. Otros que hubieran podido ser autores se dedican a menesteres literarios menos dudosos, menos combatidos o más solitarios.

En la vanguardia española que aflora fuera de su tiempo, aunque sea este un tiempo de nadie, hay personas de gran valía. Aun en las obras que no prenden se escuchan fragmentos de diálogo, se atisban situaciones, se adivina teatralidad y fuerza de pensamiento. Fueron víctimas de un tiempo sombrío: no tuvieron tiempo de asentar sus atisbos, de comprobarlos, de profundizar en su política teatral, de perfeccionar su instrumento dramático. Han sufrido toda clase de persecuciones, ante las cuales se han erguido con una viril fidelidad a sí mismos y a lo que querían a toda costa decir; esto puede haberles llevado a moverse dentro de un círculo cerrado. Para muchos todavía es tiempo. En la vanguardia o en un teatro que ellos consideran más convencional. Pero en la vanguardia que requiere nuestro tiempo, que no es la del tiempo pasado. En ellos y en su talento está la capacidad de construir en el solar que contribuyeron a arrasar. ■ I. de la V.

ACTORES Y ACTRICES

EL CARRO DE LA FARSA EN LA PLAZA MAYOR

RAMIRO CRISTOBAL

Y quien piense, desde un escenario, que el público es una tanda de cabezas vacías y de bolsillos llenos, hace oposiciones, también al purgatorio de los necios.

Como pueden comprobar los que lean las manifestaciones que hemos trascrito de un grupo de actores, verán que las cosas han cambiado considerablemente. Los actores y actrices, hoy, aspiran a bastantes más cosas que a encandilar a bobos. Tanto si son veteranos de muchos años como de menos se plantean diariamente el reto de su actuación renovada; respetan a un público progresivamente más culto y por tanto crítico, quieren decir cada vez más cosas, hacer papeles más difíciles e incluso desdoblarse en otros medios de comunicación. La marcha de la sociedad les está pidiendo cosas y creo que están respondiendo adecuadamente.

Por su parte la gente que va al teatro y que por tanto sostiene parcialmente el hecho teatral está formado en buen número por las generaciones que vieron mucho cine y mucha televisión. Es difícil resistir a la comparación y exigen que desde el escenario no les den menos de lo que acostumbran a ver por esos mundos.

En medio, queda, como ya dijimos, el Estado y su Ministerio de Cultura, que no acaba de enterarse dónde están unos y otros. Como de costumbre trata de actuar con la solemnidad del gran maestro, del que todos ríen cuando vuelve las espaldas. Pero, esto es otro asunto que, por sabido, se calla.

Testigos de descargo

Un buen día, los cómicos de la legua llegaron con sus carros a la Plaza Mayor. Venían de muy lejos; de la larga noche de la intolerancia nacional y hubieron de hacer un prolongado camino, fatigoso, bamboleándose entre sus pertrechos y sus viejos textos que hablaban de personajes prohibidos.

Se instalaron, pues, entre nosotros y algo cambió en el pueblo. Fue algo que ocurrió sin darnos cuenta, como una buena brisa en llano sofocante, como una palabra amable en el ceño y la prisa de todos los días. No hay ni que decir que la dictadura trató de hacerlos callar o convertirlos en payasos. A elegir por el usuario. Lo peor es que la gente, en muchos casos, se hizo cómplice de este piadoso trajinar de los poderes inconstituidos.

Actores y actrices, eso sí, debían vivir al margen de los demás. Si se les permitía ser enterrado en sagrado era por un alarde de magnanimidad. Apartados, sí, pero omnipresentes: había que contarles las arrugas y las amantes; los hijos, los coches y los zapatos; las pieles y los viajes; las palabras y las sonrisas. Todo era un espectáculo público y todo era objeto de comentario.

Afortunadamente, tanta tontería fue estrellándose contra el buen sentido común de los mejores. Como ocurre casi siempre en este país se dejó al margen a quien debía estarlo, es decir, al Estado y a su Gobierno, para entrar en una adecuada relación entre los actores y el público. Ellos salvaron el bache y el honor.

Por parte de los actores hubo que empezar de cero, aprendiendo a ser profesionales sin escuelas y sin dinero. Se hicieron autodidactas y aprendieron con los maestros. El público tuvo que ir dejándose de historias y de revistas del corazón para ver teatro si es que querían verlo. Además la gente aprendió a vivir ella misma, y el mito de la vida libre, marginal, de los actores, dejó de tener la importancia insalvable que se había pretendido.

Pocos o muchos, eso ya es otro cantar, se fue formando un núcleo de trabajadores del teatro que representaba para otro grupo de trabajadores de otras cosas; ambos podían ya mirarse cara a cara sin envidias ni actitudes morbosas. Los que han ido quedando en uno y otro bando, apegados a la vieja escuela, merecen de pleno derecho la medalla a la estulticia nacional. Quien crea hoy, que los actores son semidioses, a caballo entre la bohemia y la orgía sexual, tiene bien merecida su mediocre existencia.

Durante quince días traté de ponerme en contacto con un crecido número de actores y actrices españoles. Sin duda me habría gustado, en este caso, contar con una muestra más nutrida de profesionales. Desgraciadamente es ésta una profesión de residencias y horarios incómodos. Varios de los actores contactados estaban de viaje o se disponían a emprender uno; otros, representaban por la noche y rodaban películas por el día; naturalmente se resistían, con uñas y dientes, a gastar sus pocas horas de tranquilidad con personas ajenas; otros, por fin, fueron imposibles de encontrar tras una maraña de representantes y secretarios.

Por todo ello es más de apreciar que cuatro primeras figuras dedicaran un rato a hablar de su trabajo y de sus proyectos. Fueron estos:

Irene Gutiérrez Caba, Concha Velasco, José María Rodero y José Sacristán.



«A veces –dice Irene Gutiérrez Caba– tomas partido por una determinada parte del texto, o en ocasiones te identificas con esa parte del público con el que estás más de acuerdo.» En escena, la actriz interpreta «La visita de la vieja dama», de Dürrenmat, para televisión.

Los comienzos

Unos son vocacionales y otros llegaron al teatro por casualidad, pero todos se formaron sobre el autodidactismo. Todos miraban con una mezcla de admiración y envidia cómo el primer actor se llevaba los aplausos y trataban de imitarle. Unos y otras desde sus modestos papeles de doncellita o extra contratado, probaban a captar una técnica.

«La formación de los actores, cuando yo empecé, era totalmente autodidacta; desde los bastidores observábamos cómo trabajaba el primer actor o el que creíamos que lo hacía mejor, que no siempre era éste. Ahora creo que hay academias de arte dramático, contra las que tengo alguna prevención. Parto, desde luego, de que un actor cuanto más sepa, mejor, pero las academias tienen tendencia a practicar un determinado método de interpretación que no es válido para todo. En fin, creo que una cosa y otra es sólo un punto de partida. Al cabo de unos años no existen grandes diferencias entre los que provienen de academias y los que se formaron a sí mismos.» *(José Sacristán.)*

«Yo siempre quise trabajar en el teatro. No veo mi vida sin esta actividad. Cuando era pequeña ya cantaba y bailaba y mis padres opinaban que lo hacía bastante bien, así que mi madre me trajo a Madrid para que estudiara baile clásico. Unos años más tarde empecé en el teatro, primero en la revista y luego en papeles más serios. Yo aprendí de todos los actores con los que trabajé o simplemente vi trabajar: Fernán Gómez, Marsillach, Rodero, Ismael Merlo, Dicenta, etcétera, y entre las mujeres Mary Carrillo, las Gutiérrez Caba y Milagros Leal, a la que vi en sus últimas interpretaciones poco antes de morir. También tengo que decir que muchos de los actores que me maravillaban por su forma se trabajar, luego me decepcionaron profundamente cuando los conocí personalmente. Una excepción a esto fue Adolfo Marsillach, al que cuando traté más con motivo de «Yo me apeo en la próxima, ¿y usted?», yo pensaba «ahora se me va a caer Adolfo.» Y no fue así, resultó ser tan importante en su forma de ser como en la de interpretar.» *(Concha Velasco.)*

«Yo provengo de familia de actores, así que toda mi vida estuvo ligada al teatro. He hecho todos los géneros, incluido teatro infantil y luego he seguido durante treinta años. Sólo un tiempo hice mucha televisión y dejé de hacer giras: era cuando mi hijo era pequeño y me pareció una buena solución para que el niño no se quedara solo. En cuanto a la forma de actuar la aprendí de todos los actores de más edad que yo. Recuerdo particularmente a Catalina Bárcena, a la que vi haciendo de adolescente teniendo casi sesenta años y era algo maravilloso ver cómo con su arte hacía olvidar esa enorme diferencia de edad» *(Irene Gutiérrez Caba.)*

«Yo me encontré dentro del teatro por casualidad. Cuando estaba estudiando unos compañeros y yo nos presentamos como extras en el Español y como por juego nos quedamos. Después, quise simultanear el teatro con los estudios, y al final descubrí que esto era imposible. Además me enamoré de una chica y esto fue otro motivo para quedarme. Yo no aprendí de nadie en concreto. Fui totalmente autodidacta. Me fui fijando en varios actores: en primer lugar en Paco Melgares, en otros también, pero primero en Melgares; luego Rafael Rivelles que decía el texto muy bien y con mucha elegancia, era el castellano puro en escena.» *(José María Rodero.)*

La timidez del actor

La personalidad del actor presenta ciertos aspectos inesperados, si tenemos en cuenta la profesión que ejerce y la imagen que da ante la sociedad. Una de éstas es la de su autoconfesada timidez. Es casi general que los actores se consideren tímidos, y, probablemente, lo son.

«¿Es el actor una persona tímida? Pues yo creo que sí. Y en mi opinión hay un buen motivo para esto: la falta de consideración y de respeto social en que vive en España. En general hay una gran falta de respeto hacia el actor que no tiene nada que ver con su valía. Para mucha gente el actor es una cosa simpática, grata, pero nada más, nada respetable. Así que no me extraña nada que el actor acabe refugiándose en la timidez, encerrándose casi en una especie de marginación.» *(José María Rodero.)*

«El actor es tímido, aunque probablemente menos de lo que dice. Ya el hecho de salir ante un público para

hacer algo implica una cierta vanidad. En mi caso concreto sí es así. Yo soy una persona muy tímida que ensayo muy mal. Paso un miedo terrible de tener que hacer algo ante un director. Sólo cuando siento que hay más gente me siento más segura, me crezco» *(Concha Velasco)*.

«Yo sí soy tímido, lo que pasa es que mis personajes hacen de terapéutica. Ellos son mi escudo y mi defensa de la timidez. Fíjate que el otro día tuve que presentar la última novela de Eduardo Mendoza y estaba materialmente temblando, hubiera preferido hacer Otelo o dos Hamlets seguidos, lo que fuera. ¿Por qué? Porque el que estaba presentando el libro era Pepe Sacristán, tímido y acojonado. Ahí sí era yo». *(José Sacristán.)*

El gran desafío

¿Por qué actúa un actor? ¿Qué le mueve interiormente a enfrentarse con el público que, según propia confesión, le produce un miedo espantoso? Motivos económicos aparte, ¿qué le hace continuar en el oficio? La respuesta está entre otras cosas en el gran desafío.

«Mi trabajo es un desafío a mí mismo. Lo que ocurre es que esto es un primer paso para comunicarle algo a alguien. Pero en principio, el trabajo lo hago para mí y, si tiene interés para los demás, maravilloso y si no, mala suerte. Pienso que el artista debe ser un hombre comprometido con su tiempo pero lo que hace debe salirle de las tripas. Si esto no es así, por muy importante o progresista o lo que sea, lo que se diga, será, en definitiva un panfleto, no un trabajo profesional» *(José Sacristán)*.

«Lo importante es la calidad del trabajo. A mí me molesta mucho los actores que hacen las cosas a regañadientes, porque pienso que no son profesionales. Odio también al actor que sale a rezar su papel. Es nuestra obligación cuestionarnos día a día nuestra forma de actuar y tratar de mejorarla. Recuerdo siempre a Manuel Dicenta haciendo un papel corto en «Las cítaras colgadas de los árboles» y haciéndolo, noche tras noche, de forma distinta; y lo mismo ocurría con Berta Riaza en la misma obra. Yo los veía y pensaba que esos sí que eran artistas». *(Concha Velasco.)*

«Es curioso. Hay quien dice que en los genes ya está la posibilidad de que una persona llegue a ejercer una cierta profesión. En mi caso no hubo nada de eso: ningún pariente ni antepasado relacionado con el teatro. Yo empecé porque me ganó el ambiente, las posibilidades, la vanidad, quizás. Ahora me desafío a mí mismo cada vez que hago una obra. El texto desde luego es importante, pero el actor puede transformarlo» *(José María Rodero)*.



«Yo empecé porque me ganó el ambiente, las posibilidades; la vanidad, quizás.» José María Rodero interpretando «El concierto de San Ovidio», de Buero Vallejo.

«El interpretar es una técnica, jamás una rutina. Lo que ocurre es que a veces tomas partido por una determinada parte del texto o, aún más, notas que un sector del público reacciona de una manera ante una parte del parlamento que estás diciendo y otro con otro. Pues bien, en ocasiones te identificas con esa parte del público con la que estás más de acuerdo. Es como una especie de magia, de corriente de simpatía, por así decirlo.» *(Irene Gutiérrez Caba)*.

«En un principio yo pensé que servía para este oficio y sin falsa modestia creo que fue así. Entre otras cosas serví para ser actor aunque sólo fuera para que un día mis hijos no se tuvieran que avergonzar de verme sobre un escenario haciendo el ridículo. Que no tuvieran que pensar que yo era alguien mediocre». *(José María Rodero.)*

Sobre el escenario

La hora de la verdad, las cinco de la tarde del actor, es el momento en que se sube al escenario y se enfrenta al público. El símil taurino no es gratuito: ambas profesiones tienen más de un punto en común. Así ven esa hora de terror y gloria, los propios protagonistas.

«A nosotros nos pasa lo que a los toreros, que el miedo se pasa antes, en el hotel. En el escenario el público es un niño y el oficio de actor es atenderle, mimarle y darle lo que quiere. En definitiva, y esto quizá no debería decirlo, saber engañarle. Lo malo es que como todos los niños el público puede ser muy cruel y destrozarte de un manotazo si no le das lo que quiere» *(José María Rodero.)*

«Al público le necesitamos. Si sólo fuera por el hecho de interpretar dejaríamos el teatro por la televisión y no es así. Yo a veces le temo y siempre es imprevisible. Me produce un gran respeto. Como esos días en que notas que no se identifica con lo que le quieres decir; entonces percibes que algo va mal y te sientes

incomprendido. Claro que de unos días a otros y de un público a otro, van diferencias enormes. Eso lo percibes tú, que unos días la relación es más cálida o más emocional» *(Irene Gutiérrez Caba.)*

«Para mí el público es una enorme responsabilidad. Y también miedo. Yo soy valiente en la vida y cobarde como actriz. Siento miedo de que el público me vaya a volver la espalda en un momento dado, porque sé muy bien, que en esta profesión el éxito es algo pasajero. En cuanto a la materialización del público para mí no es nada. Yo no veo al público, en parte porque soy miope y en parte porque no debe vérsele» *(Concha Velasco).*

«Yo, desde el escenario, no me enfrento con el público: somos mis personajes y yo. Hay un acuerdo, algo mágico, un hecho inteligente, voluntario, pasado por el subconsciente, según el cual todos sabemos que yo soy alguien haciendo de alguien, pero que al mismo tiempo nos ponemos de acuerdo, el público y yo, para admitir que quien está actuando es el personaje. Por eso cuando yo subo a un escenario y me sé el papel ya no tengo miedo. Inconscientemente creo que a quien se está escuchando o juzgando es al personaje». *(José Sacristán).*

Entre la gente

Cuando los actores salen del teatro se enfrentan a otra clase de problemas personales. Son, claro está, de índole muy variada que va desde el obligado tributo a su mitificación, hasta su difícil integración en la sociedad de clase media que es donde les corresponde por nivel económico.

«Yo creo que mi vida privada está por encima de mi vida profesional. A veces nos sentimos en un escaparate, como los monitos del zoo y esto a veces nos gusta y otras no. Sabemos muy bien que estamos catalogados por el público y esta etiqueta no te la quitan fácilmente ni te perdonan el cambio de imagen. A mí, muchas veces, me dicen "Pero, ¿cómo ha hecho usted tal cosa siendo como es usted?". Y claro, ni soy como piensan ellos ni representa un cambio hacer otra cosa. Sigue habiendo mucha gente que creen que somos como el personaje que hacemos. Esto es natural, la gente te mitifica porque necesita mitos.» *(Irene Gutiérrez Caba).*

«Nosotros seguimos arrastrando la leyenda del cómico de la legua. Ya te dije antes algo de la falta de consideración social en que vive el actor. Quizá, por eso, el actor tenga tendencia a refugiarse entre los suyos, a formar un mundo aparte: a casarse entre ellos y a ser amigos entre ellos. Cuando hay un matrimonio de un actor con alguien ajeno a la profesión, inmediatamente se produce una curiosidad morbosa y una inquietud. Es el caso de Raphael y Natalia Figueroa, aunque la familia Romanones siempre ha sido considerada por la gente como próxima al mundo artístico y un punto extravagante.» *(José María Rodero).*

«Cada vez nos entendemos mejor con la gente. Noto que hay como mayor respeto. Hasta tal punto es así que a veces pienso que nos hemos integrado demasiado deprisa y que hemos perdido demasiado pronto el mito. Y esto me preocupa.» *(Concha Velasco).*

«La gente nos va admitiendo, aunque aún te encuentras personas que te dicen «¡Ah, usted es Pepe Sacristán. Pues es usted muy normal». En cuanto a la cuestión de si seguimos siendo divos, yo te diría que aunque quisiéramos es cada día más difícil serlo.



«Estamos pasando por un mal momento. Ha habido una época brillante hacia el principio de los setenta, luego vino una época de confusión...: El espectador esperaba algo nuevo y no se lo supimos dar.» Concha Velasco en «Yo me bajo en la próxima, ¿y usted?», de Marsillach.



«La ley de la oferta y la demanda en el teatro sigue funcionando bajo los mismos esquemas y la clase que puede ir al teatro exige un determinado tipo de respuesta.» José Sacristán interpretando «El proceso», de Kafka, en versión de Weiss.

Hoy en día, la televión y el resto de los medios de comunicación acercan de tal modo a la gente que cada vez hay menos divos. Pero esto no sólo los actores, sino los políticos y los obispos. El otro día, el Papa da un bostezo y sale en todas partes. El trabajo del actor, afortunadamente, se ha domesticado y ha perdido poder de convocatoria para cederle el sitio a lo que hace y dice. Esto es bueno, lo de antes tenía algo de morboso: la gente quería ver en el actor las cosas que le faltaban a ella.» *(José Sacristán).*

«A mi me encanta estar en un escaparate como suele decirse. A mi me gusta que me tuteen e incluso me halaga. La gente me sigue llamando "Conchita" y desde luego no me importa que me conozcan y me hablen. Yo creo que es un poco falso lo que dicen de no poder apartarse de la curiosidad del público. Si se quiere estar solo hay lugares y ocasiones.» *(Concha Velasco).*

El público de antes y de ahora

La otra cara del hecho teatral es el público. Como tantas cosas en estos años, sigue sin clarificarse, de forma patente, como es éste colectivo, más o menos coyuntural, de personas que pagan una entrada para ver una representación teatral. Tampoco los actores estan muy de acuerdo en este punto.

«El público cuando yo empecé era más infantil que el de ahora. Entonces no había televisión ni tanto contacto con el extranjero. Se conformaba con textos más simples y, en general tenían menos conocimientos. No hay que olvidar que la cultura ha dado un gran paso en este país en las últimas décadas.» *(José María Rodero).*

«Antes había ese público de clase media, que tantas veces ha sido calificado peyorativamente. Pues ese público burgués era el que fundamentalmente llenaba los teatros y el que lo sigue haciendo. Hay, es cierto, una parte de público más joven, pero no es suficiente para tomar el relevo del otro. En resumen, yo creo que ahora coexisten dos tipos de público.» *(Irene Gutiérrez Caba).*

«Yo creo que ahora ya va yendo gente más joven y no sólo universitarios, sino incluso, también, gente trabajadora. Lo peor es que no se ha creado un gusto por el teatro en sí. Hubo unos años en que hacer teatro de denuncia era necesario, pero esto no creó un gusto por el teatro como espectáculo. Por eso continúa siendo mayoritario el público de siempre, es decir de edad y de clase media, entre el que, por cierto, existe gente muy entendida.» *(Concha Velasco).*

«Yo no creo que el público de los sesenta fuera fundamentalmente distinto al de ahora. También debo confesar que entre el año 72 y el 79, no hice casi teatro y perdí un poco el hilo del público, pero no creo que ni cuantitativa, ni cualitativamente el público haya variado demasiado. La ley de oferta y demanda en el teatro sigue funcionando bajo los mismos esquemas y la clase que puede ir al teatro exige un determinado tipo de respuesta al empresario, al promotor y al actor. La media general del público es de... no diría que de mediocridad, pero sí de ir tirando.» *(José Sacristán).*

«El público de ahora es bastante distinto. Es, para empezar, mucho más difícil porque sabe más. Ahora ya pide al actor que le divierta o que le emocione, pero a mayores niveles. Ya no pide que le cuentes un chascarrillo, sino que tengas sentido del humor. Un público juvenil se está acercando al teatro, de eso no cabe duda. Y no vale decir que vaya sólo la burguesía porque ésta por sí sola no llenaría los teatros.» *(José María Rodero).*

La crisis de nunca acabar

El que más o el que menos empieza a ver un poco de esperanza al final del camino. Para empezar está claro que el teatro pasa por una crisis, pero no parece que esta tenga consecuencias mortales sino simplemente de crecimiento y adaptación. Estas han sido las opiniones en torno al tema.

«La crisis del teatro es, yo creo, sólo una parte de la crisis general. No es que todo funcione aceptablemente y de repente el público diga «Pues ahora no vamos al teatro». No es así, es parte de la crisis de una sociedad, de la falta de adecuación entre el hecho real y el hecho teatral. Es crisis de dinero, de ideas, de desinterés. El proceso es el siguiente: la gente se enfrenta a un precio de una entrada que ya es caro y luego se pregunta qué le van a dar a cambio de ese dinero. Hay un problema sin resolver que es cuál es la oferta cultural del teatro. A mi me duele decirlo, pero en los siete años que llevamos de democracia no se ha producido en absoluto una política cultural consecuente y, por tanto, el

teatro, además de caro y lleno de problemas, sigue sin encontrar el camino hacia la gente.» *(José Sacristán).*

«Estamos pasando por un mal momento. Ha habido una época brillante hacia principio de los setenta. Luego, tras la caída de la dictadura, vino una época de confusión, en la que predominó la procacidad y el desnudo, pero eso también pasó. El espectador esperaba algo nuevo y no se lo supimos dar.» *(Concha Velasco).*

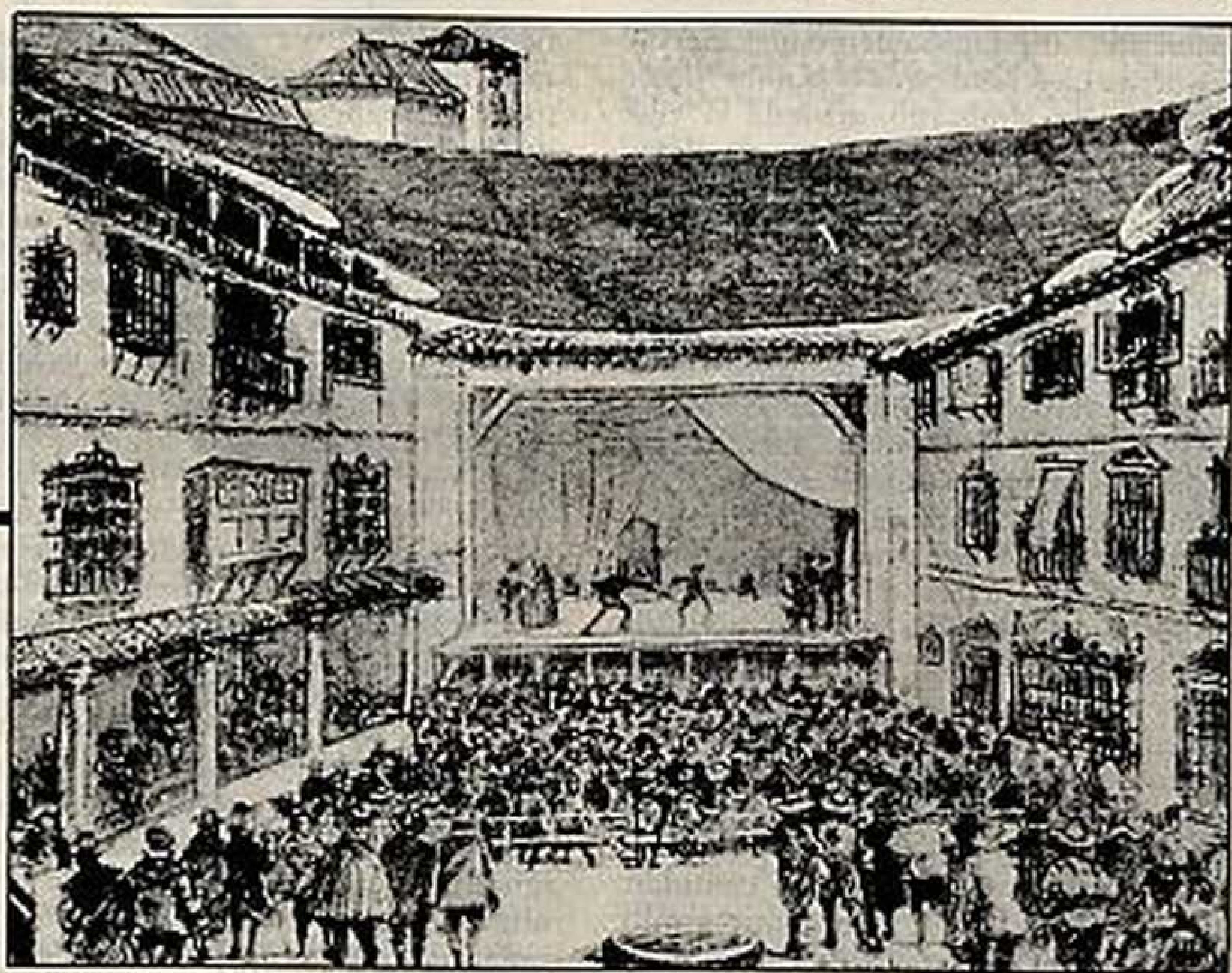
«El teatro no ha creado afición. En parte porque, absurdamente, ha estado prohibido para los menores de dieciocho años. Yo recuerdo que antes de la guerra iba con mi abuela al teatro y eso creó en mi una enorme afición. Eso se les ha negado a los niños y a los jóvenes de todo este tiempo. Por otro lado, al público que iba de siempre ya no se le da los textos que le gustan y por eso va cada vez menos. De manera que estamos perdiendo el público tracicional, sin ganar uno nuevo.» *(Irene Gutiérrez Caba).*

«Sólo hay un problema en el teatro: el económico. Este es un país pobre en el que se vive como ricos y las butacas del teatro siguen siendo caras para los jóvenes. Por otro lado, hay también crisis de autores, pero no sólo en España, sino en el mundo entero. Se escribe menos para el teatro y peor. Probablemente la situación inquieta del mundo hace a los escritores desviarse del hecho teatral en sí.» *(José Mária Rodero).*

«Yo no se si habrá buenas intenciones en la Administración, pero la verdad es que la política de ayudas al teatro apenas se notan y las que llegan, al no representar una política cultural estructurada, acaban por no valer para nada.» *(José Sacristán).*

«El Gobierno da algunas ayudas al teatro, que nosotros llamamos, en broma, *la limosna*. Sin embargo, hay un terrible problema de impuestos que gravan al teatro y por ahí sería por donde deberían ir las ayudas.» *(Concha Velasco).*

«La Administración está dando una enorme ayuda al teatro. Nunca se ha concedido al teatro tanta atención y tanta ayuda económica. Otra cuestión es si se hacen bien. Yo creo que la Administración tampoco pide la opinión de los actores para dirigir bien su ayuda, porque, en el fondo, le pasa lo que a todo el mundo, que nos sigue creyendo incapaces de opinar con buen sentido. Comparte la actitud despectiva hacia el actor del resto de la sociedad.» *(José María Rodero).*



Teatro antiguo del Príncipe (1660).

De profesión sus papeles

Como en casi todas las ocupaciones de carácter profesional, el mundo de los actores tiene un elemento común y ampliamente predominante: el paro. No sé si hay estadísticas sobre el tema, pero según diversos testimonios, habrá unos cuatro actores parados por cada uno que trabaja. Los más afortunados entre los desempleados malviven a costa de pequeños papeles en televisión o en los doblajes.

En cuanto a los que trabajan y, fundamentalmente, los que se mantienen en la primera línea, ya es otra cuestión. Viven con desahogo, aunque muy raras veces se hacen ricos. En casi ningún caso, a no ser por matrimonio, actores y actrices han podido dejar su profesión. Ellos suelen decir que una corta temporada sin hacer teatro es buena, pero seis meses sin trabajo comienza a ser angustioso.

Esa sensación de desamparo se va acentuando a medida que los actores van teniendo más años. Una primera figura de la escena le quedará una jubilación de 16.000 pesetas mensuales y en consecuencia su porvenir será seguir trabajando y, en último término, acabar sus días prácticamente sobre el escenario.

La minoría que está entre los famosos, en una edad buena y bien cotizado, suele llevar una actividad febril, simultaneando teatro, cine y televisión. El resultado es que mantienen un muy aceptable nivel de vida, lo que resulta novedoso para la profesión. Hace treinta años ni siquiera los de primera línea conseguían esa cotas de bienestar.

Por lo demás, lentamente, los actores han ido logrando mejoras salariales paralelamente a su propio respeto. Ya ningún actor o casi, se resigna a la vieja bohemia de viajar en autobuses cochambrosos y vivir en malas pensiones de pueblo. Ahora se pide un salario mínimo y decente, un alojamiento adecuado y un traslado más o menos cómodo. Esto ha sido muy cuestionado porque quizá ha impedido la posibilidad de que haya más trabajo, pero los actores se han mantenido firmes y han reivindicado los logros sociales ya conseguidos.

La contrapartida ha sido un aumento de los costos que, por ejemplo, ha frustrado a muchos actores a formar su propia compañía. Hoy, esto es prohibitivo, mientras que hace unos años con relativamente poco dinero podía hacerse.

El oficio de actor, como ha dicho alguno de los entrevistados, forma parte de la crisis general. Su lucha por el perfeccionamiento y por la dignidad debe considerarse, no obstante, auténticamente ejemplar. ■ R. C.

UN DERBY CON BATALLA AL FONDO

FERNANDO SAVATER

«¿Diste tú al caballo su fuerza? Escarba la tierra, se alegra en su fuerza, sale al encuentro de las armas; hace burla del espanto y no teme, ni vuelve el rostro delante de la espada. Desde lejos huele la batalla, el grito de los capitanes y el vocerío...»

(Libro de Job)

En sus apuntes costumbristas titulados «English hours», el americano de origen y londinense de adopción Henry James describe su primer y único encuentro con el Derby de Epsom. No consta el año en que la gran carrera se vio irónicamente honrada con la asistencia del gran novelista: él sólo nos dice que la prueba fue ganada «por un caballo cuyo nombre confieso que he sido lo suficientemente bárbaro como para olvidar». Quizá James vio victorioso –sin realmente verlo– al incomparable «Ormonde», montado por Fred Archer en el año 1886; o puede que asistiese al triunfo de los colores del Príncipe de Gales con «Persimonn» diez años más tarde. Da lo mismo, porque a nadie podría importarle legítimamente algo que al propio Henry James le importó tan poco. Asistió al Derby porque se le aseguró que allí tendría una visión directa de «la verdadera Inglaterra»; sólo presenció la insultante exhibición de la Inglaterra que a él menos podía fascinarle. Una fiesta rústica y alborotada, un jolgorio en el que se estimulan sin refinamiento los apetitos y dormita la sensibilidad intelectual, un apogeo de borrachos, golfas, carteristas, jugadores y cantantes aficionados. Una merienda campestre con ribetes báquicos, más afín a los pinceles de Brueghel que a los de Watteau. Demasiados coches, demasiados gritos, demasiado alcohol, demasiado tumulto para el frígido Henry James, que se resignó a aceptar que se hallaba «dentro de lo vulgar en una escala insuperable, algo estrepitosamente, inimaginablemente, heroicamente chocante para el tímido 'buen gusto'». Sin embargo, acatada la vulgaridad esencial del festejo, no faltaban situaciones curiosas o significativas que se ofrecían a la descripción minuciosamente irónica de quien quiso ser solamente espectador perpetuo de la vida. James también se entretuvo en el Derby, porque quien sabe mirar no se aburre nunca. Lo único que no vio fue precisamente la carrera: hubo varias salidas en falso (entonces aún no existían los cajones automáticos que homogenizan hoy las largadas), tras cada una de las cuales «la mitad de los espectadores decidía que los caballos habían partido ya y la otra mitad sostenía que aún no.» Finalmente hubo un gran griterio, un revoloteo de gorras multicolores y todo se dio por acabado. Resumen de James: «El espectáculo puede ser excelente en cuanto a su calidad, pero en cantidad es inapreciable». ¡Y pensar que a uno la carrera se le hace a veces interminable, como si la intensidad del momento suspendiese el paso del tiempo en un presente entorno donde todo ocurre a un ritmo juntamente furioso y extático! Hay que admitir que el maestro James, del que tan próximo me he sentido en muchas ocasiones, a este respecto hípico al menos no era de los míos...

Salvo circunstancias menores, la mayoría de los caracteres y las situaciones que Henry James describe siguen hoy presentes en torno a las más bella carrera del mundo. El Derby Day es uno de esos eventos populares que han alcanzado ya su forma definitiva y que en un país como Inglaterra no es fácil que la pierdan o consientan en modificarla. Los coches que hoy llegan en riada a Epsom no van tirados por caballos o mulas, la cerveza o el champagne se enfrían ahora en neveras portátiles y no en simples cubos con hielo, el estilo de los atuendos de ambos sexos se ha ido haciendo con el tiempo cada vez más desenfadado, salvo en el Jockey Club: por lo demás, todo permanece prácticamente igual desde hace más de doscientos años. Pero en la edición de este año cabía esperar ciertas modificaciones: ¿acaso no estaba Inglaterra prácticamente en guerra el día en que hubo de correrse la gran carrera? No era lógico esperar que una guerra remota y bastante especial como ésta de las Malvinas hiciese suspender una institución feriada tan fundamental en la vida inglesa como el Derby, lo cual ni siquiera fue logrado por las mucho mas cercanas y comprometidas guerras mundiales. La única concesión a las calamidades de aquellos días que hizo el Derby fue trasladarse al hipódromo de Newmarket durante los años 1915 a 1918 y 1940 a 1945, para alejarse de los bombardeos de Londres. Por lo demás, todo siguió más o menos igual. Pero como se trata de una fiesta multitudinaria y de clara vocación popular, cabía esperar que fuese este año utilizada para algún tipo de propaganda o de demostración patriótica. Cabía esperarlo, pero desconociendo la forma de ser inglesa, la radical separación entre la esfera de la vida cotidiana y los acontecimientos políticos. Para un inglés, lo único eterno es lo que vuelve día tras día y no puede dejar de volver: la cerveza después del trabajo, el *steak and kidney pie*, el cricket, el Derby, el paseo por Hyde Park en primavera... Los demás, el mercado común, el Imperio, la crisis y las Malvinas son cosas de los políticos, más o menos dignas o preocupantes, pero que nunca deben interferir ni mucho menos estropear el disfrute de las primeras. Por lo demás, el conflicto provocado por la agresión de Galtieir (1) no es vivido con mucho entusiasmo por la mayoría de los ingleses, que

(1) Este artículo fue escrito en los primeros días de junio, antes del final de la guerra de las Malvinas.



En el Derby Day todo permanece prácticamente igual desde hace más de doscientos años: ni las dos guerras mundiales lograron su suspensión, sólo su traslado al hipódromo de Newmarket, más lejos de los bombardeos de Londres.

consideran la reacción de la señora Thatcher como un tanto desproporcionada y a la larga insostenible. ¿Qué haremos cuando hayamos ganado?, se preguntan constantemente los periódicos; y es que una derrota significaría una grave quiebra del sistema político británico, pero la victoria plantea una cantidad de problemas que a la larga pueden revelarse poco menos peligrosos. En el *Speak's Corner* de Hyde Park, bajo el calor abrumador de las cuatro de la tarde que hace subir insólitamente la columna de mercurio por encima de los treinta grados, sufridos y entusiastas oradores espontáneos exponen su versión de los sucesos, nada favorable al punto de vista gubernamental. Uno de ellos, estoico hasta lo teatral, aguanta con los ojos cerrados y rostro levemente crispado la feroz refutación de un ciudadano de patente hindú. Otro, cuyo parecido con Lawrence Oliver y Ralph Richardson resulta un tanto embotado por las huellas de una larga y honrosamente fiel afición etílica, se ha disfrazado de emperador de pacotilla: plumas en el sombrero astroso, ropaje míseramente multicolor y, como condecoraciones adecuadas, un orinal y un rollo de papel higiénico colgando más a la altura del abdomen que del pecho; despega los labios, apenas sonríe con benevolencia desdeñosa y un tanto ida a los curiosos, pero está flanqueando por enormes carteles manuscritos en que se denuncia en tono poco conciliador la estupidez de la guerra y la intransigente rapacidad del gobierno. Por esas imágenes de la tarde calurosa de Hyde Park nosotros, los anglófilos que jamás hubiéramos querido ver a Inglaterra implicada en esta guerra, deseamos de todo corazón que no salga de ella derrotada.

La gran noticia relacionada con este Derby no tiene, sin embargo, nada que ver con el Atlántico Sur, pero ha conmocionado a la multitudinaria afición inglesa casi tanto como la victoriosa conquista de Goose Green: Lester Piggott se ha quedado sin monta en la prueba clásica. El amo de Epsom, llamado *«the maestro»*, por antonomasia, récord de victorias en esta carrera que ha ganado ocho veces (el jinete vivo más próximo a su palmarés sólo ha conseguido triunfar dos), había elegido como monta a «Simply Great», un hijo de «Mill Reef», que venía de ganar con autoridad el Mecca Dante Stakes, quizá la prueba más valorada como preparación del Derby. Pero «Simply Great», caballo que además de otros méritos ostentaba un nombre que podía servir de blasón a su jinete, se lesionó en un entrenamiento cuatro o cinco días antes de ese primer miércoles de junio en que se disputa la gran carrera. Lester hizo gestiones durante esas pocas horas para conseguir otra monta, pero todos los potros con alguna probabilidad tenían ya su jinete definitivo. Uno de los caballos que intentó conseguir fue «Persépolis», propiedad del armador Niarchos y entrenado por François Boutin en Francia, con el cual ya había ganado el Prix Lupin en Longchamp en un impresionante despliegue de eficacia y arte; pero «Persépolis» tenía apalabrada la monta de Yves Saint-Martin, el astro francés de la fusta, y no hubo nada que hacer. Ciertamente Niarchos y Boutin debieron lamentar después esta fidelidad a la palabra dada –tan elogiable sin duda a otros respectos– pues Saint-Martin llegó cuarto con «Persépolis» tras una monta realmente desafortunada y pocos dudan que si Lester Piggott hubiera sido su jinete el caballo, como mínimo, hubiese disputado al ganador su victoria. Pero quizá fuese mejor que se quedara a pie en el Derby y no dejase sin monta a algún otro jinete, como ya le había pasado con cierto escándalo en ocasiones anteriores que no contribuyeron a aumentar sus simpatías ni entre sus compañeros ni entre el público. En 1972, por ejemplo, Lester arrebató la monta de «Roberto» a Bill Williamson y ganó con él su sexto Derby; la gente tardó en perdonárselo, aunque hay que reconocer que, en vista de lo apretado de la llegada de la prueba, es difícil imaginar que otro jinete hubiera logrado triunfar allí donde él lo hizo. Y el año pasado la ganadora del Oaks, «Blue Wind», le fue gentilmente secuestrada a su jinete habitual Wally Swinburne por el ávido campeón, que obtuvo con ella una cómoda victoria. A veces la desmesura del temperamento heroico gasta malas pasadas a la solidaridad... En cualquier caso, en esta ocasión Lester Piggott se quedó sin monta, lo que no había ocurrido en ningún Derby de los últimos treinta años, salvo en 1964 en que sufría castigo por decisión de los comisarios del Jockey Club. Lester tuvo que contentarse con glosar la carrera para la cadena de Televisión ITV, murmurando con su voz átona y casi ininteligible despechados comentarios –formalmente austeros– sobre los afortunados que podían participar como protagonistas en esos dos minutos gloriosos de la historia hípica.

Descartado por su accidente «Simply Great», sólo tres o cuatro caballos más contaban en los pronósticos y para los *bookmakers* como auténticos favoritos en este Derby reñido y abierto, no aplastado por la sombra formidable de un gran campeón indiscutible, como ocurrió el pasado año con «Shergar». Los dos principales eran ambos hijos de «Nijinsky», único ganador de la Triple Corona inglesa (Dos Mil Guineas, Derby y Saint-Léger) en el último medio siglo, uno de los pocos que pueden reclamar con pruebas el trofeo de la auténtica *perfección* hípica, hecha de velocidad, fondo y corazón. El primero de estos dos hijos de «Nijinsky» contaba a su favor, aparte de actuaciones más que meritorias en las preparatorias de Lingfield, etc..., con dos razones sentimentales y en su contra tenía una razón clínica. El caba-



Derby de Epsom de 1979: el vencedor fue «Troy», montado por Willie Carson.



«Golden Fleece», montado por Pat Eddery, ha sido el ganador de Epsom este año. Su dueño es el americano Robert Sangster, una especie de multinacional hípica, y su preparador el mítico irlandés Vicent O'Brien.

llo se llama «Peacetime», lo que en estos tiempos que corren no es mala recomendación entre las gentes de buena voluntad; además iba conducido por Joe Mercer, quizá el más elegante y puro representante de la escuela inglesa de monta, que a sus cuarenta y siete años –a punto ya de retirarse de esta actividad deportiva– aún no había ganado nunca el Derby: Joe fue jinete campeón hace pocas temporadas, iba en el avión siniestrado en que perdieron la vida varios jugadores del Manchester y se portó en aquella ocasión con auténtico heroísmo, montó para la reina de Inglaterra y es uno de los personajes más caballerosos y queridos del *turf*. En su contra tenía «Peacetime» una delicada intervención en la tráquea el año anterior para compensar una insuficiencia respiratoria: aunque los caballos pueden dar excelente juego tras este tipo de operaciones, no es habitual que ganen luego toda una carrera clásica de la categoría del Derby. Pero en fin, las *housewives*, que tradicionalmente apuestan a Lester Piggott en el Derby, este año se volcaron sobre el potro de nombre irenista. Un periodista especializado en crítica hípica se desesperaba: «¿De qué sirve hacer cálculos y estudiar orígenes, si luego la gente le juega a «Peacetime» por lo de las Malvinas y a «Father Rooney» (otro de los participantes de este Derby, montado por el *wonderful boy* americano Steve Cauthen), por la visita del Papa?». El segundo hijo de «Nijinsky» favorito era «Golden Fleece», propiedad del americano Robert Sangster y preparado por el mítico irlandés Vincent O'Brien. Antes, esta pareja formaba trío con Lester Piggott como jinete y fueron uno de los equipos más formidables que han conocido los hipódromos de cualquier época: su historia y la de sus proezas se narra en un libro reciente, «classis treble». Sangster es una especie de multinacional hípica con un olfato privilegiado para descubrir el gran caballo que algunos potros llevan dentro; O'Brien, considerado a sus ochenta y dos años como el mejor entrenador del mundo y uno de los principales que jamás hubo, es el encargado de hacer que ese campeón salga fuera y encuentre la carrera adecuada para lucirse; Lester era el jinete idóneo para pilotar sin fallos al corcel, pero se enemistó tras una gloriosa andadura con los otros dos y ahora es Pat Eddery el encargado de montar los caballos de Sangster-O'Brien. O'Brien, el «mago de Tipperary», ha ensillado ya la friolera de seis ganadores del Derby, pero, aún para él, «Golden Fleece» planteaba problemas especiales. Es un caballo enorme y arisco, con un odio particular por los cajones de salida y los vuelos en avión (que forman parte habitual del oficio de cualquier pura sangre de categoría). O'Brien le mimó a lo largo de todo el invierno, domándole con paciencia infinita, corrigiendo sus manías y aliviando sus temores. En su finca de Tipperary, en el corazón de Irlanda, auténtica *fábrica* de campeones, O'Brien llegó a pasear a «Golden Fleece» en su avioneta privada para acostumbrarle poco a poco a las brusquedades del despegue y del aterrizaje. Un par de semanas antes del Derby, un incidente de entrenamiento pareció dejar al hijo de «Nijinsky» fuera de la prueba, pero finalmente todo se arregló y el gran día salió a la pista reluciendo con toda la magia y esplendor del mítico vellocino cuyo nombre lleva.

Me arriesgaré a la obviedad: fue una carrera hermosa. «Golden Fleece» demostró un impresionante poder de aceleración a mitad de la recta final (creo que es cualidad indispensable para ganar esta prueba) y consiguió un triunfo contundente sobre el *outsider* «Touching Wood», que tuvo la buena suerte que su nombre prometía, y «Silver Hawk». Estos dos últimos tienen cosas en común: ambos pertenecen a acaudalados propietarios árabes y ambos son hijos de «Roberto», aquel caballo con el que Lester «robó» un Derby a Bill Williamson. Fue una tarde de calor, de bochorno, desgarrada por súbitos y feroces aguaceros. Los relámpagos que puntuaban aparatosamente la jornada y subrayaban su emoción ingenua y vital –aquella que no supo ver Henry James– parecían los heraldos indeseados de la batalla lejana. ■ **F.S.**

EL PLEITO DEL EVOLUCIONISMO

E. MIRET MAGDALENA

SE ha celebrado en Madrid una Mesa Redonda en conmemoración del centenario de Darwin. El Aula Jovellanos fue la promotora, convocando a una serie de profesores españoles que desde el punto de vista de la biología, la neurología, la psicología y la paleontología aportaron una importante contribución al problema de la evolución de las especies y, en particular, a la del hombre. Sólo uno de ellos era eclesiástico –el jesuita Emiliano Aguirre–, que tiene más de científico que de miembro de esa clase clerical; y los otros eran seglares, que en el ambiente de esa Cátedra católica se manifestaron como creyentes y –al mismo tiempo– como convencidos evolucionistas. Creo interesante en esta conmemoración –por eso– hacer algunas reflexiones personales sobre las cuestiones allí planteadas.

Ciencia y religión

Algún lector creerá que está sobrepasada la polémica religiosa en torno a la evolución. Y, en parte, es verdad: el cristianismo evolucionado culturalmente ya no suele plantear problemas de oposición entre la ciencia y la fe. Y los tiempos violentos del siglo XIX, en que Haeckel atacaba a las iglesias poniendo ante sus ojos las conclusiones laicas, agnósticas o ateas de un evolucionismo puramente horizontal, han pasado. O lo que hacía Le Dantec desde su cátedra de la Universidad de París años después, poniendo en solfa a la religión desde el punto de vista de la ciencia. Nadie plantea ya en esos términos la cuestión: el científico que no cree se abstiene, por lo general, de esgrimir su ciencia como una catapulta contra la creencia. Y el creyente acepta plenamente todo lo que la ciencia le dice, o lo que presenta al menos con fuertes probabilidades. La distensión era hasta hace poco casi total.

Sin embargo, no es fácil cantar del todo victoria. Por el lado del agnosticismo o del ateísmo, el premio Nobel Jacques Monod rompió todavía una lanza hace pocos años contra toda trascendencia religiosa, basándose en una filosofía atea, que desprendía abusivamente de su concepto evolutivo del «azar y la necesidad». Estos dos factores bastaban –según él– para construir el proceso positivo de la evolución del mundo, sin encontrar para ellos ningún fundamento trascendente.

Y del lado de los creyentes surgen ahora algunos cristianos que no cejan en su oposición a la teoría evolucionista. Se basan fundamentalmente en una lectura ingenua y literalista –acientífica– por tanto de la Biblia. Y, para apoyar esta postura, publican trabajos y libros, dan conferencias y organizan coloquios, sacando a relucir todos aquellos datos científicos que ponen en duda algunos aspectos de las teorías existentes de la evolución –que no la evolución misma–; y los esgrimen como una catapulta contra toda explicación evolucionista de la vida, y –sobre todo– del hombre, de ese dudoso «homo sapiens» tan en crisis que somos los habitantes actuales del planeta Tierra.

Anti-evolucionistas

Yo poseo los trabajos publicados por el *«Institute for Creation Research»* de San Diego (California), que es una entidad formada por diversos científicos que se dedican en Norteamérica a buscar todas las razones científicas que pueden encontrar –por débiles que sean– para atacar las teorías actuales sobre la evolución. Ellos, en un salto inaceptable, transfieren su oposición no sólo a ciertos aspectos de las explicaciones hipotéticas de la evolución, sino a la realidad misma de este proceso. Y dan ese salto de gigante que no es cohonestable, ni filosófica ni científicamente.

Por supuesto que los principales promotores de esta oposición cerrada a la evolución son protestantes angloamericanos, de corte integrista o fundamentalista, que –como he dicho– parten en el fondo de una lectura equivocada y anacrónica de la Biblia, y luego buscan y rebuscan toda suerte de argumentos contra la evolución, para justificar su convicción religiosa equivocada. Su error religioso es doble: identifican la ciencia con la fe, y quieren deducir conclusiones científicas de una lectura literal de la Biblia, cosa que no es legítimo hacer en un libro cuya misión no es humana, sino puramente religiosa, como inteligentemente señalaría en el principio del cristianismo San Agustín y confirmó 15 siglos después el Papa León XIII en su *Carta* sobre los estudios bíblicos, publicada a finales del siglo pasado. La otra equivocación es olvidar que la Biblia contiene, como es natural y como vehículo de transmisión de las ideas religiosas que pretende enseñar, la cultura de su tiempo y no se deben canonizar sus afirmaciones sobre el mundo físico o el mundo viviente, cuyo planteamiento hace 30 siglos era el propio de una mentalidad puramente pre-científica, como la de los hebreos que escribieron aquellos libros y –en particular– el más antiguo de ellos: el Génesis, donde se contiene una descripción popular religiosa del comienzo del mundo.

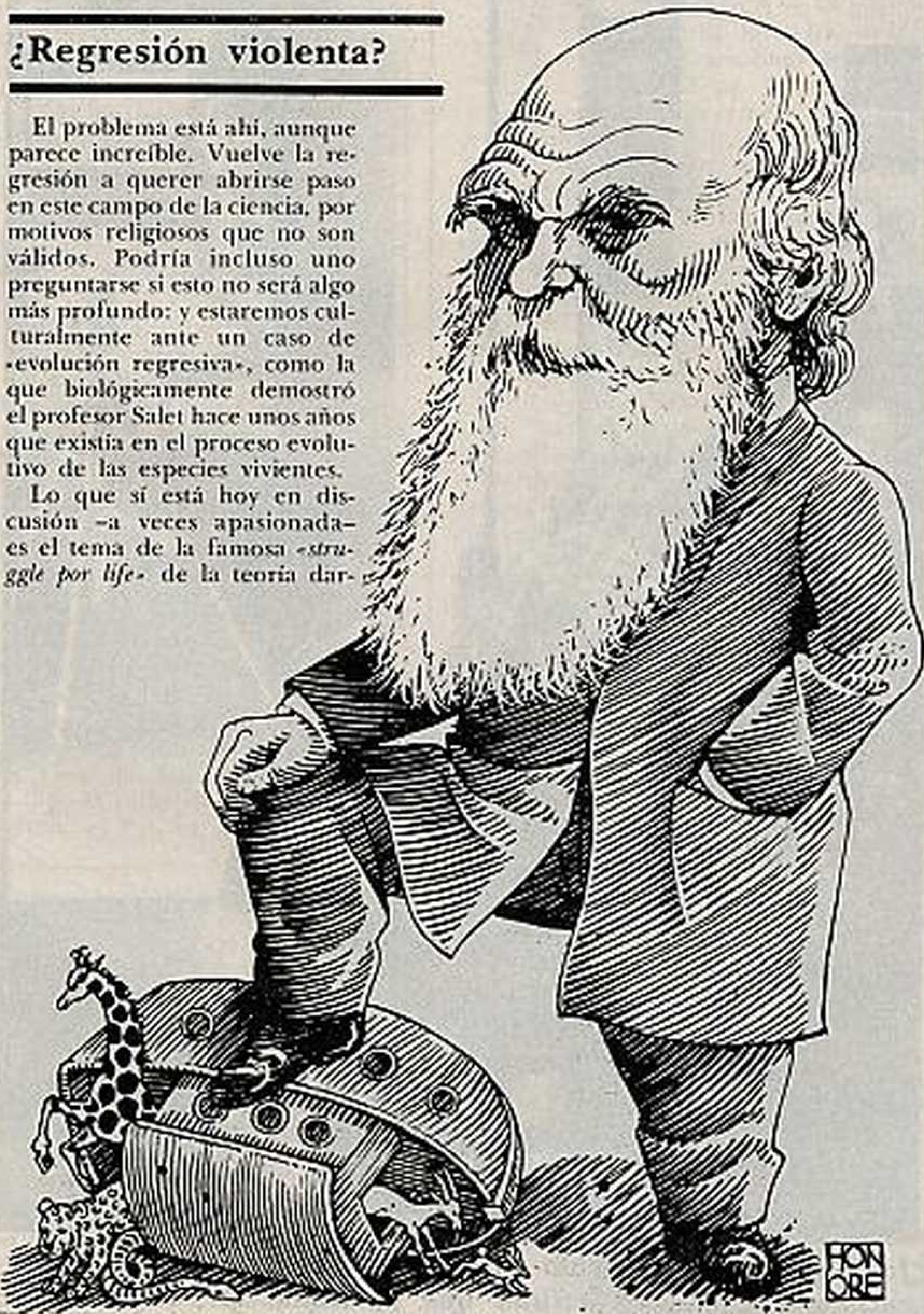
También rompen ahora una lanza contra toda evolución los *Testigos de Jehová*, que en 1967 publicaron –y difundieron por millones– un libro titulado *«¿Llegó a existir el hombre por evolución o por creación?»*. En él se contiene un batiburrillo de referencias periodísticas, sacadas de revistas de información general y de publicaciones de divulgación científica, poniendo en cuestión algunos aspectos de las teorías evolutivas. Fueron recogidos todos estos datos de forma indiscriminada

en un haz apretado, que por eso parece tener algún valor de objeción, cuando en realidad son cosas sabidas por todos los científicos volucionistas, ya que conocen muy bien que sus explicaciones no son perfectas, si bien la realidad de la evolución es hoy un hecho biológico y psicológico, del cual proviene el importante desarrollo de estas ciencias en la actualidad; y sin el cual no hubiesen sido posibles los descubrimientos realizados gracias a la estructuración en estos últimos años de la biología, como biología evolutiva.

¿Regresión violenta?

El problema está ahí, aunque parece increíble. Vuelve la regresión a querer abrirse paso en este campo de la ciencia, por motivos religiosos que no son válidos. Podría incluso uno preguntarse si esto no será algo más profundo: y estaremos culturalmente ante un caso de «evolución regresiva», como la que biológicamente demostró el profesor Salet hace unos años que existía en el proceso evolutivo de las especies vivientes.

Lo que sí está hoy en discusión –a veces apasionada– es el tema de la famosa «*struggle por life*» de la teoría darwiniana, tal como la interpretaron algunos seguidores suyos, después de leer su obra más difundida «*El origen de las especies*», que se publicó por primera vez en 1859. Generalmente no han leído su obra posterior «*The Descent of Man*», que en 1871 rectifica y aclara algunas de sus afirmaciones, demasiado someras o demasiado rápidas, de 12 años atrás. En esta obra «pone un fuerte acento en el principio de la cooperación», como afirma recientemente el antropólogo Ashley Montagu, en vez de centrarse en una pretendida lucha asesina entre individuos, como motor del proceso evolutivo. En ella señalaba algo muy importante: que la lucha por la vida, más que enfrentamiento de unos seres vivos de la misma especie contra otros, era «el combate de las criaturas vivientes contra su medio, con vistas a la supervivencia y no a la lucha de individuo contra individuo, o del grupo contra el grupo».



Incluso la pretendida herencia de instintos asesinos, proclamada por el zoólogo Desmond Morris entre otros, se ha venido abajo el dudar de la influencia de la herencia en la construcción del hombre y de la sociedad. El famoso antropólogo Claude Lévi-Straus asegura que «en la sociedad humana todo, o casi todo, es adquirido». Y el premio Nobel Françoș Jacob dice que «la parte de lo innato es muchísimo más débil en el caso del hombre».

No estamos fatalmente destinados a la guerra y a la violencia constantes, a pesar de la triste historia de la humanidad en determinadas épocas de su desarrollo. No caigamos en la tentación de simplificar las cuestiones, y no nos asustemos demasiado por la fuerte carga de violencia que hay en el mundo actualmente. Miremos desapasionadamente a lo que nos dice la ciencia del hombre, y meditemos las observaciones de dos grandes científicos: Morris Opler –y lo corrobora el antropólogo Kluckhom– asegura que «la agresión, la competencia orgánica y la apelación a la fuerza física contaron evidentemente poco en el desarrollo del hombre y de sus precursores». La violencia no desarrolla la evolución, sino que la paraliza o la hace regresar a estadios inferiores. Y François Jacob observa también que «no es posible extrapolar ciertos resultados del animal al hombre, como hace por ejemplo Lorenz con la agresividad». La etiología es una trampa que simplifica demasiado el problema, no es real porque no explica los resortes específicos del ser humano. El hombre ha dado un salto cualitativo, respecto a sus antecesores los primates, como hace un siglo vio claramente un pensador nada sospechoso, Federico Engels, con su ley del paso de la cantidad a la calidad; por ella ha dado el hombre ese salto cualitativo, imposible de entender solo como una simple variación cuantitativa, y –por tanto– no resulta explicable su conducta solo por la conducta de un animal superior. ■

CRONICA/PINTURA DE JOAQUIN PACHECO

CARMEN FERNANDEZ RUIZ

SALIR de casa de Pacheco después de terminar la entrevista, bajar en ascensor y penetrar en la calle, oyendo aún las razones de su pintura es algo parecido a penetrar un escaparate de los que suele pintar en sus cuadros. El sabor a pintura se desvanece al poco tiempo y los semáforos, las rayas de la calzada, los discos de señalización parecen hacer un guiño estético deben una realidad espejo. Joaquín Pacheco ha vivido la pintura desde una vanguardia que no siempre ha coincidido con la oficial. Su estilo, nacido a la sombra del negro/negro, del dibujo a carbón, con temas de la fiesta nacional, encuentra su propio camino en el expresionismo hacia los años sesenta, viviendo en un París que no le influyó demasiado y al que él mismo tampoco hizo cambiar. Su papel ha estado siempre al margen del éxodo político/cultural de aquellos refugiados que huían de la España fatídica, en busca de una expresión más libre.

Comienza a pintar con la oposición de la familia y para distraer sus furias, estudia Filosofía y Letras hasta casi terminarla; y también Derecho, que abandona enseguida para poder pintar por las tardes en el estudio de algún amigo.

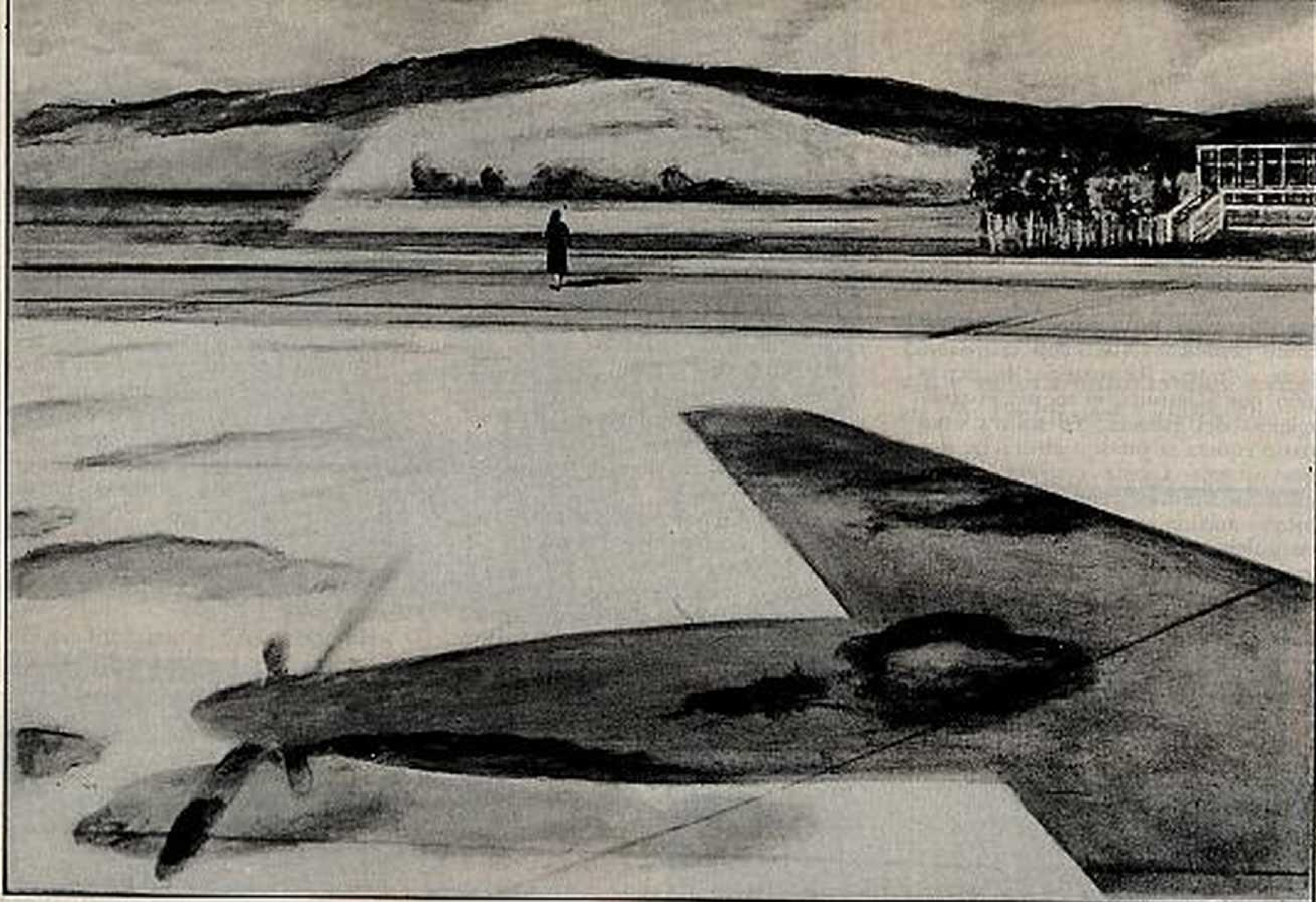
–Estuve un año pintando en el estudio de García Ochoa y luego seguí en plan autodidacta, porque me daba horror la Escuela, tan académica, tan siniestra. Y en el año sesenta, me fui a París, ante la imposibilidad de vivir aquí y la angustia de aquellos años. Obtuve una beca de la Unesco y luego unos amigos me dieron pequeños trabajillos. A los tres o cuatro meses enseñé mis cuadros en una galería y tuve suerte de que me hicieran un contrato. Era la galería Katia Granoff.

–Con la que has seguido trabajando durante años. Pero en Madrid habías expuesto por primera vez en la galería Abril, en 1956.

–Era una exposición de toros. Era una pintura –como todo entonces en España– muy influido por la cosa dramática. Y, cuando se es joven, se ve todo muy dramático y muy angustioso, ¿no? Estaba muy influido por Solana y la pintura negra, el expresionismo alemán, los colores violentos,



Joaquín Pacheco intenta integrar en la pintura los objetos cotidianos con una actitud que va desde la complacencia hasta la crítica.



«Sombra en el aeropuerto.»

la imagen deformada. Y por lo que se leía entonces como más revolucionario, que era la generación del noventa y ocho y Nietzche.

–Los vanguardistas de entonces, que despreciabais a la Escuela Oficial y vivíais otro mundo ¿seguíais de cerca lo que se estaba pintando fuera?

–Bueno, cuando yo tenía veinte años, en el cincuenta y cuatro / cincuenta y cinco íbamos, por ejemplo, a la librería Clan, que estaba en un piso de la calle Espoz y Mina y en secreto –porque estaba prohibido– nos enseñaban un libro de Picasso. Había por un lado la Escuela de Madrid que seguía a Benjamín Palencia, que para nosotros era la única persona interesante porque pintaba con esos colores violentos un poco «Fauve» y tal y nos parecía vanguardia, aunque ya no lo era. Pero eso al lado de lo oficial era una cosa violentísima y era lo que nosotros mirábamos un poco. Luego, la Escuela de Madrid empezó a hacer ese paisajismo un poco nacionalista, creando una pintura muy cercana al costumbrismo –quitando alguna excepción–, como García Ochoa que hacía problemas expresionistas. O como Mateos, que era de otra generación, expresionista; o Pepe Ortega, dentro de una pintura social de campesinos, de estampa popular, que tomaban una postura social antes que los problemas plásticos que se estaban planteando en aquellos momentos en Europa y en todo el mundo. Pero todo esto eran movimientos muy aislados.

–¿Tuvistes contactos con Benjamín Palencia, con Ortega, etcétera?

–Sí, conocíamos a algunos. A Palencia le visité en su estudio. Le gustaba mucho recibir en «maestro», era un hombre asequible; lo que no podías tener era un contacto más intenso después. Yo en seguida conecté con el grupo que aquí era más rebelde a unas ciertas cosas, una forma de expresión ¿no?. Además yo era amigo o compañero de la Facultad de gente como Claudio Rodríguez, el poeta; Javier Muguerza, el filósofo, etcétera. Creamos una revista que en seguida se prohibió: «Aldebarán», con un homenaje a Ortega. Vino a coincidir con la primera represión de los estudiantes. Era cuando el Congreso de Escritores, y todo este follón nos pilló y nos cerraron la revista que sólo sacó un número. Poco después contacté con Saura, Canogar, los del grupo El Paso, que eran compañeros míos de generación. Ellos hacían abstracto, que a mí no me gustaba; yo quería seguir haciendo figurativo, pero no lo que aquí se hacía en pintura figurativa que iba más hacia el paisaje, hacia un cierto realismo... sino que yo hacía un figurativo con problemas más del momento, como integrar ciertos materiales. Una época mía, a lo mejor un poco social, hacía cosas de campesinos pero lo hacía metiendo tierra o dejando el saco de la tela de fondo a la vista; o sea, ya integrando problemas de la plástica de esos días que en Francia o por ahí llevaban los italianos, o Dubuffet, haciendo el *arte bruto* en una búsqueda, investigando en la formalidad con otros contenidos.

–¿Qué encontraste en París, fue una impresión grande?

–En el año cincuenta y siete hice una escapada a París, estaba en plena moda el informalismo, lo que luego hicieron aquí con El Paso, en fin la pintura abstracta informalista americana y el «action painting»; vi también a Lerroix, a otros pintores de los que luego no se hablaba, pero muy interesantes; a Francis Bacon, que exponía en París, en una galería pequeñita y que le trataban muy mal. Claro, porque para ellos, los franceses, era un pintor *anecdótico-surrealista-inglés*, decían. Y resulta que era el padre de toda la figuración que vendría después y era un pintor fantástico. Le trataban los franceses como un pintor literario, sin importancia casi; sus cuadros costaban doce o catorce mil pesetas. En cuatro años luego subieron a millones ¿no? A partir del sesenta y uno. Yo vine a Madrid y le dije a alguien: «oye, compra que es un pintor extraordinario»; era dinero para aquella época, pero no demasiado. Había otra pintura que se hacía al margen de la moda americana del informalismo. Y eso me afianzaba en mi idea de que no había por qué abandonar la figuración y el contacto con signos de representación. Cuando empecé a pintar hice cosas medio surrealistas, metafísicas a lo Chirico; hice lo que se hace cuando empiezas. Eran cuadros abstractos, a lo mejor, algunos; pero que nunca expuse;

JOAQUIN PACHECO

eran para mí, porque me interesaban como problemas que había en la pintura abstracta; la materia, la expresión por sí misma, el toque, el tratamiento del espacio. Yo nunca tomé parte contra la pintura abstracta, sino que quería seguir conservando el elemento representativo porque me tocaba más de cerca la vida. El riesgo de muchas pinturas es la deshumanización, al perder ese contacto emocional que a mí me daba la representación.

–Antes de instalarte definitivamente en París expones en Buenos Aires, participas en la Bienal de Venecia, expones en Madrid, en Lisboa.

–Lo de Buenos Aires fue porque vino un marchante argentino que compraba a Palencia, etcétera, y yo pintaba toros y paisajes más negros, con más materia que Palencia; y me compró la exposición y la llevó a Buenos Aires; era obra toda en papel. En la Bienal de Venecia expongo cuando el grupo El Paso exhibe sus coas, abstractas, y a mí me ponen en un pabellón de «Los jóvenes pintores» como invitado, al margen del Pabellón del país. Lo mío era figurativo.

–¿Has trabajado alguna vez con un grupo?

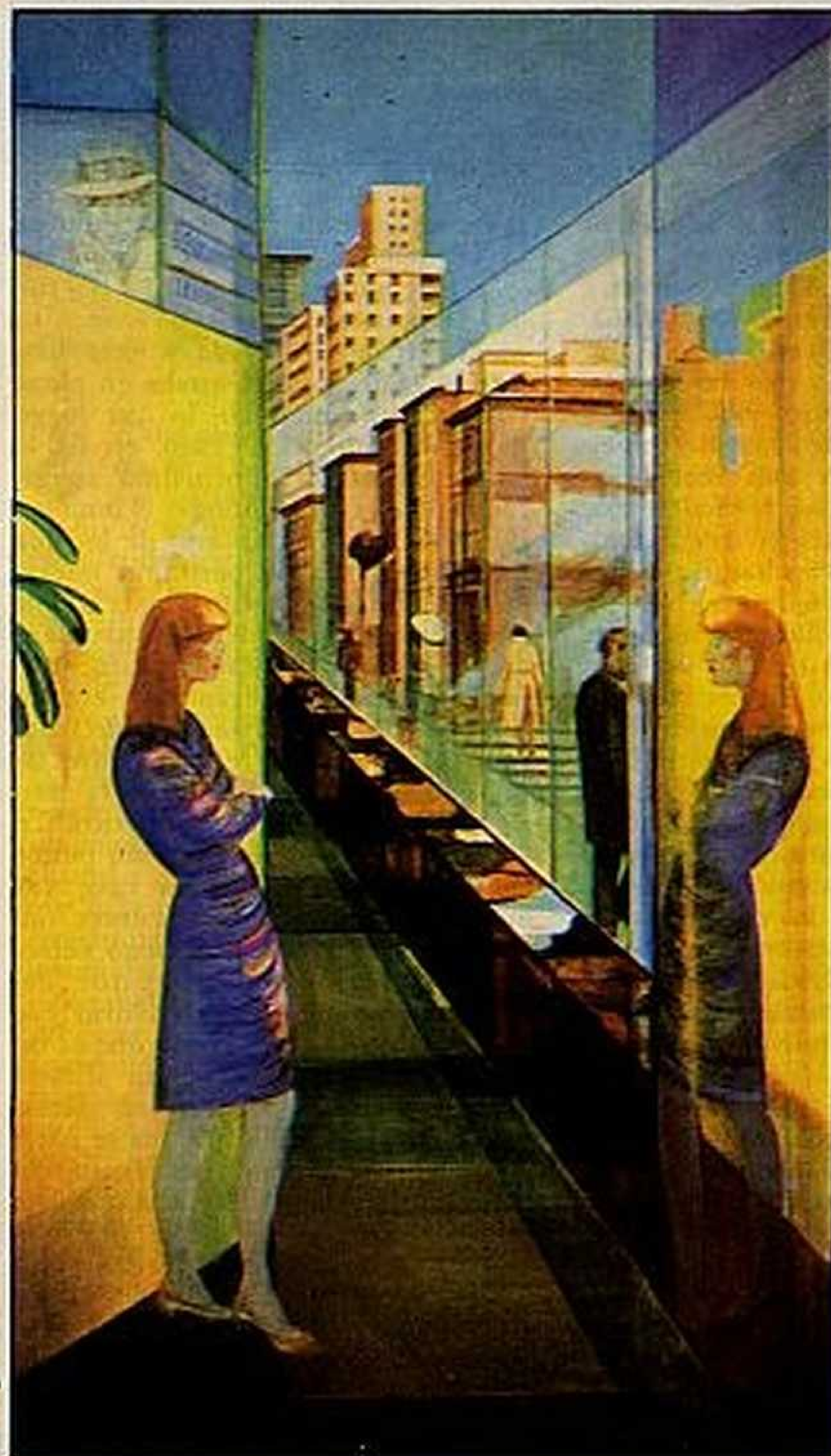
–No, hubo un conato entre un grupo de amigos que no era la escuela de Madrid, pero que integraba una nueva expresión figurativa. Hicimos una exposición en Biosca («Grupo expresionista, 1960»). Era una cosa muy variopinta: estaba Mateos, García Ochoa, Caneja... Era el expresionismo no al estilo germánico de la cosa desgarrada, sino otra nueva expresión e intensidad en la expresión. Yo consideraba que Caneja era un pintor de los más grandes, más que Palencia porque veía la realidad de otra manera; era una concepción mental del paisaje, recreaba el paisaje; es el pintor que ha dado una visión del paisaje realmente castellana.

–Tus paisajes en su gran mayoría se han limitado a los paisajes urbanos, ¿no?

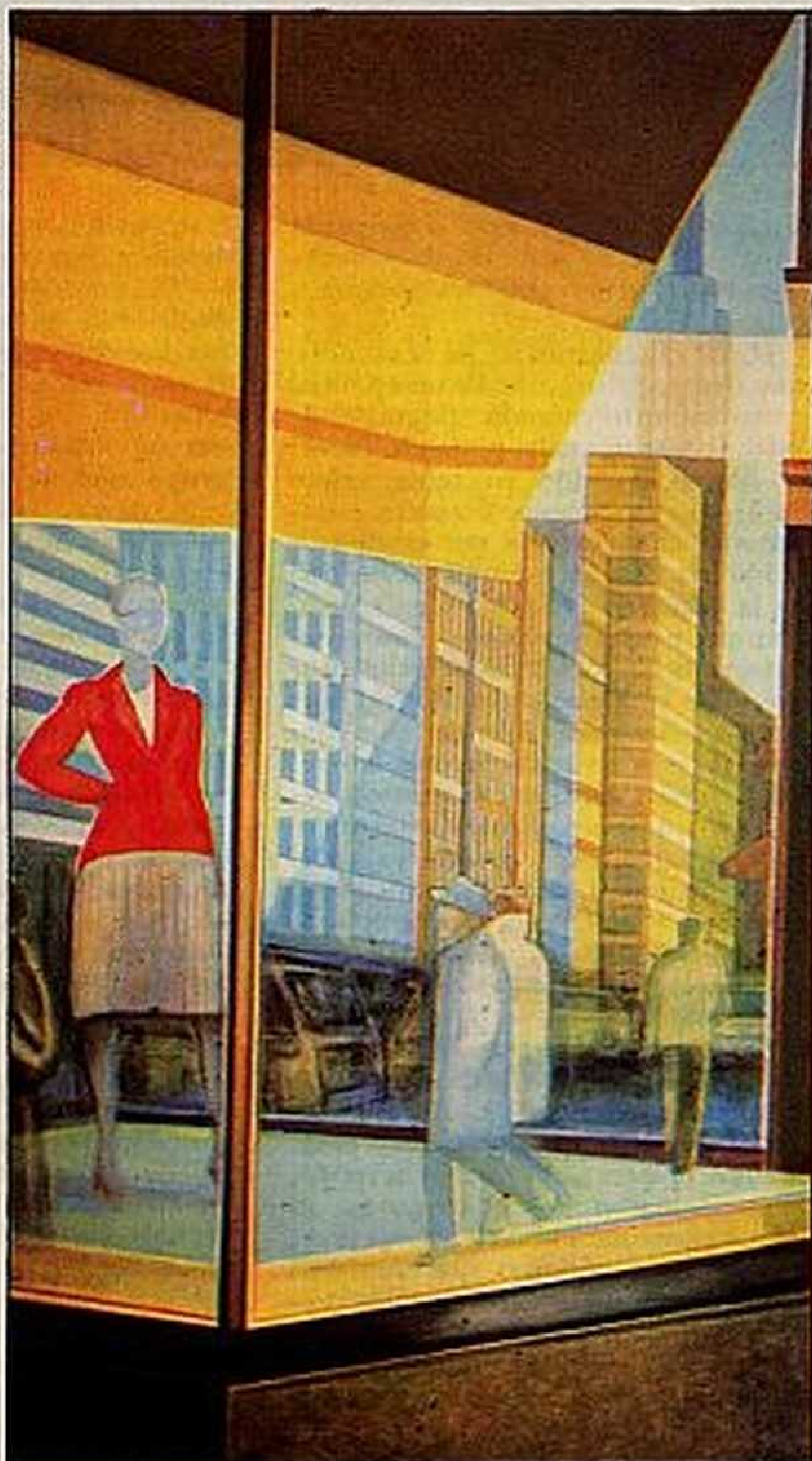
–Yo simpre veo el paisaje con elementos que recuerdan el entorno urbano. Será un paisaje, pero con un coche, será la playa pero con no sé, unas gafas en primer término, un toldo.

–¿Esa forma de representarlo sirve a una idea preconcebida, o va saliendo así?

–Hombre, sirve a una ordenación del espacio; de representación de los objetos en el espacio y a un escoger los elementos de una forma emocio-



«Escaparate.»



«Escaparate.»

«Playa.»

nal. En parte ya viene de la vida y de los elementos que te gusta escoger, ¿no?.

–Entonces ¿eres un pintor de laboratorio, que reúne los elementos en el estudio, o buscas en la calle lo que quieres recrear?

–Bueno, lo busco, lo busco. A lo mejor voy por la calle y me llama mucho la atención una rueda de coche que brilla mucho, o las señales de tráfico que te están impidiendo el paso y son amarillas sobre fondo morado de la calzada o el gris Voy cogiendo esos elementos de la figuración que están ahí e influyen mucho en nosotros.

–Volviendo a la biografía, la galería Katia Granoff es tu sitio de exposición casi exclusiva durante años.

–Bueno, en París consigo este contrato con una marchante que había trabajado con pintores expresionistas, porque yo todavía estaba muy cercano a esa forma de representación: más orgánica y más furiosa y más de la veta brava que han llamado *española* a costa de Solana, Goya, etcétera, pero con color. Esta había sido la marchante de Soutie y de Chagall y cuando vio mis cuadros le gustaron y bueno, me hizo una exclusiva; yo le iba contando lo que hacía, y ella me dio el mínimo vital para poderme dedicar a pintar y pintar. Y yo, que había ido por un mes, me quedé diecisiete años ¿no? Volví en el setenta y seis. El contacto con París me fue dando una visión menos negra que la que tenía aquí, en España, menos dramática, más universal; con una armonía mayor con la vida que vives. Y todo eso pues fue planteándome también a mí mismo mi representación que se fue purificando, fue menos como era antes, que pintabas como quien respiraba ¿no? de una forma visceral. Y se fue convirtiendo en algo más mental, los problemas del paso de la representación a una cosa más ordenada, más decantada. En París durante cuatro o cinco años de trabajo desde ese expresionismo, hasta meter estos elementos de la ciudad moderna; empiezan a aparecer las paredes lisas, con menos materia, menos oscuro, hasta un ordenamiento del espacio más plano (aunque siga siendo expresión) como han hecho también otros pintores; más plano, más fotográfico. Y busco personas, animales, elementos orgánicos que den intensidad al cuadro. Hay una variante en París y es que igual que antes buscaba la expresividad por la expresividad, ahora lo que más busco es el elemento de extrañación; sin caer en el surrealismo –que sustituye una realidad por otra– los simbolismos de coger un objeto y luego otro y la asociación de ideas– porque



«Playa.»

JOAQUIN PACHECO

la realidad es tan evidente, tan real, que resulta extraña, es casi mágica. Es un fenómeno doble. Se produce una realidad extraña y produce en el espectador una sensación extraña también ¿no? Los cuadros son una cosa muy trivial pero resulta que producen una cierta inquietud.

–Cosas que usas a diario, que ves, con las que vives a diario, si las miras detenidamente, puedes encontrar en ellas un aspecto mágico, extraño, que tú te encargas de traducir en tus cuadros.

–Claro, realismo descriptivo: te puede chocar muchísimo de pronto un redondel rojo, que es una señal, pero es un redondel rojo; algo que te puede extrañar en un momento dado mucho. Si eso lo pintas, se producen extrañezas, asombros. Casi toda mi pintura ha rozado ese lado de lo extraño.

–¿Cómo vino el cambio en tu pintura esos cinco años en París?

–Bueno, te vas conociendo más a ti mismo, ya no pintas como al principio: como quien respira; te vas separando más, intelectualizando más la pintura. Y además cada vez entiendes menos las cosas, todo se va haciendo más incongruente. Mis crisis las he pasado haciendo cuadros que luego he roto. En esos años del 62 al 66 yo creía mucho en la materialidad de la obra en sí misma Y pintaba cuadros que pesaban cuatro o cinco kilos, pintaba con el tubo en la mano, haciendo los objetos con el tubo, algo que venía también de la pintura abstracta que se hacía con mucha materia, también. Hubo un momento en que pensamos que por ahí se podía encontrar otra materialidad. Luego me fui convenciendo de que era igual.

–Era un experimento más ¿no?

–Sí, porque un cuadro a lo mejor pintado casi como una acuarela puede tener más impacto y más expresividad, que al fin y al cabo es lo que se busca, más que una pintura con muchos kilos. Lo que cuenta es la imagen, los contrastes de las cosas que pones.

–¿A dónde te lleva el siguiente paso?

–Bueno, pues fui buscando más los planos de color y trataba de meter objetos inscritos en estos planos.

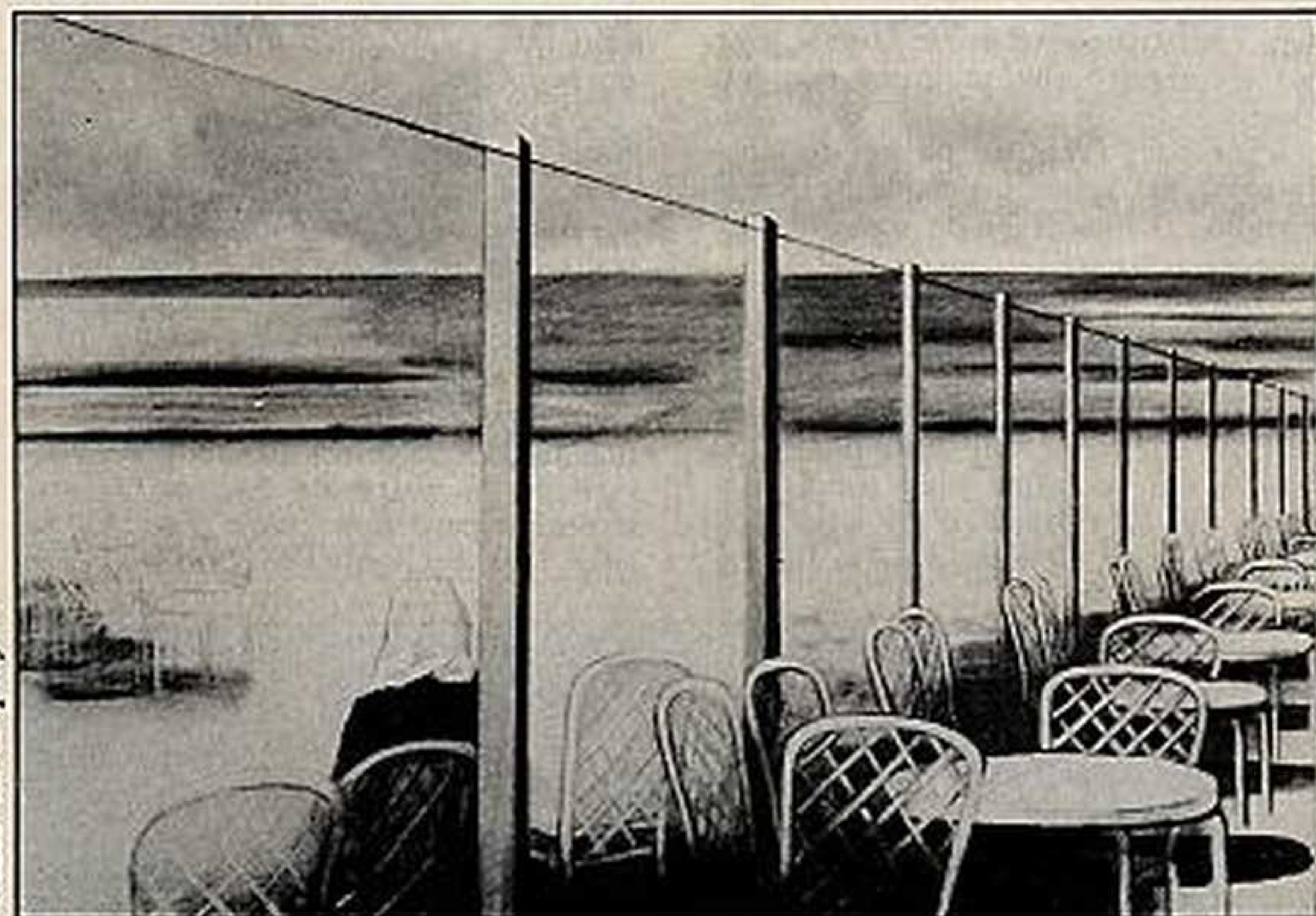
–¿Qué estética traían los pintores que por aquellos años se refugiaron en París?

–Muchos abstracto. Pero no hubo mucha inmigración de pintores a París. En realidad era política. Yo me encontré compañeros míos de la facultad que huían de la Policía. La artística era esporádica, uno que venía una temporada, veía que no podía abrirse camino y volvía a España. Pero casi todos trabajaban lo abstracto.

–¿De qué manera te ayudó la galería que tuviste tantos años?

–Era una galería que tenía muchos medios, pero no era la galería que te daba el triunfo. Todo lo contrario. Era una galería acostumbrada a guardar y con el tiempo eso valdría; pues, realmente me compraban los cuadros, pero no los exponían nunca, y estaban en un sótano. Y yo tampoco he tenido esa ambición y no me importaba. Pero claro, llegó un momento (me parece que en el sesenta y dos o sesenta y tres me hizo una exposición en otra galería, más pequeña) y cuando le decía algo me decía «no, no, no, todavía no». Es el sistema de unas ciertas galerías, comprar y que no se venda para que no suba de precio, para que no seas más caro.

salón más importante donde ya exponían todos los Picasso y toda esta gente importante, que era el Salón de Mayo y luego el Salón de la Realite Nouvel, que era más de abstracto, pero el de Mayo seguía más la pintura figurativa, por ejemplo, los del pop americano, Bacon, pintura de todo tipo. El salón de Mayo era muy importante. Y yo conocía algunas gentes del comité que me invitaron y siempre expuse en él. Así que tú salías una vez al año con un cuadro, que te permitía contactar con otra galería, con otros clientes. Pero vamos: mi galería por mí, en el sentido de *llegar*, hizo poco. Hizo mucho porque me dio muchos años de vivir, unos diez años de contrato que para mí fueron estupendos. Fueron años de investigación y es como si estuvieras con unos estudios pagados. En cambio otros pintores han tenido la mala suerte de que hacían siempre un cuadro rojo porque se vendía muy bien. Pasa en Norteamérica y pasa en muchos sitios. Pero la gran galería en general si te coge es porque tiene fé en ti y te dejan trabajar. En esta mía no te daban mucho, pero era suficiente. Era



«Sillas en la playa.»

–Pero también pierdes el contacto con la gente ¿no?

–No, porque en realidad, el cliente no te importa. El contacto es luego con los pintores y yo iba con los de mi época a Montparnasse. Y luego había algo que era muy interesante en París, que era donde entrabas en contacto realmente: El salón de la Joven Pintura, donde había un comité de selección, llevabas tus cuadros, te colgaban o no te colgaban. Y de ahí salía la gente más de vanguardia. Y ahí exponía yo; también otro español, Pepe Díaz, que estaba también allí en aquella época. Y luego estaba también otro

una galería más coleccionista que vendedora.

–¿Por qué la dejaste?

–En el año sesenta y ocho o así, estaba moviendose más la cosa en España. Yo hago la exposición en la Dirección General de Bellas Artes (1966) y empiezo a tener clientes aquí y a venir. Ya había empezado el *boom* del desarrollo. Yo el contacto no lo perdía, siempre en verano venía a España. Luego, en el 74 el mercado de París empieza a bajar mucho, y aquí empiezo a trabajar con la galería Biosca que me hace una exclusiva y también aquí ya se vivía de otra ma-



«Voyageurs admis.»

nera más agradable, con más comunicación, más libertad. Y se empieza también a poder vender para vivir. También París, desde el Mayo del 68 empieza a perder. Muchos amigos italianos, americanos, alemanes se marchan, y también los españoles.

–¿Cómo vivistéis los pintores el puntillazo del 68?

–Fue un puntillazo a todos los niveles. Casi todos mis compañeros se fueron; gran parte se divorciaron, rompieron sus casas. Quizá coincidía también con una edad de ellos, de haber hecho una serie de cosas, de estar cansados de luchar. Aún es pronto para ver con perspectiva real lo que pasó. Pero los indicios superficiales eran una ruptura, a dos o tres años del Mayo. Yo tuve entre mis amigos franceses dos casos de suicidio; de amigos muy cercanos, de gente que había puesto mucha ilusión y que no soportaron esa gran tensión y ese gran fracaso. De eso se ha hablado en un aspecto muy folklórico, pero había mucha gente que llevaba la vida en eso.

–Así que terminó París como vanguardia a partir de entonces.

–Bueno, la vanguardia de París acabó con la guerra europea. Era la vanguardia de Europa, sólo. La Vanguardia en realidad la exportaron los pintores franceses Marcel Duchamp, André Mason, todo el grupo de lo surrealistas que se van a Nueva York; y ahora los americanos nos lo dan como el gran descubrimiento suyo. Ellos son muy buenos pintores, pero son hijos de una cultura que no se hace así. Richard Lidner es un pintor alemán que se va a los veintitantos años a Nueva York y es el padre del pop. Cuando los del pop tienen cuarenta y tantos años, él tenía ya sesenta y muere hace poco a los ochenta. Claro, luego la historia nos llega manejada por el mercado, por unos intereses económicos de defender a unos más que a otros... Es a nivel personal como se llega al éxito y como se resuelven las cosas. No todos los que han llegado más son los mejores.

–Quedamos en que te vienes a España un poco porque París se acababa...

–Y tenía ganas también de volver. Pero yo soy bastante impermeable a los cambios, porque creo mucho en la profesión y me salvo por ello. Es una terapia que me ayuda; no tengo grandes neurastenias ni grandes depresiones. Pero hay una cierta tensión. Hay gente que dice «Tu pintura es desagradable» A mucha gente le molesta y no entra en ella hasta que la ve más. Igual que se acostumbran al coche, que es horroroso.

Y desde que está en España ha seguido trabajando en el espacio plano, el mundo de los espejos, de los cristales, el objeto mágico que trastorna todo un contorno organizado.

–Uso los espejos como un elemento para integrar dos espacios, sin sustituir una realidad por otra: dos realidades que se juntan. Nos da una varidad sin artificiosidad. La vida como la ves.

–¿Se puede ejercer la pintura como profesión?

–Ah, no, no. Para mí es la antiprofesión; no tengo unas reglas que seguir y que cumplir. Y a veces dejo de pintar y se me ha olvidado cómo hay que pintar. A mí me gusta que cada cuadro sea un problema distinto del otro. No tengo el problema de crearme una unidad de estilo, que hay mucha gente que hace un *ismo*, pero a mí me parece peligrosísimo. Pero el estilo es una consecuencia de una necesidad. Y si no tienes ganas de pintar, no pintas. Del aburrimiento, de la soledad, del vacío, etc., sale la pintura, te llenas con eso. Y salen a veces cosas que no te las esperas. De todas formas, tu mano tiene ya unos reflejos de moverse de una cierta manera. El camino de la pintura es toda la vida de una persona. De hecho ves en los grandes pintores que según se van acercando a su muerte van liberándose cada vez más y siendo más sí mismos, depuran su lenguaje, se quedan con lo esencial de lo que son ellos, con la pregunta que se hacen.

–¿Cuál sería ahora la vanguardia?

–Yo creo que en vez de las tendencias, la expresión personal, la afirmación personal. Ahora cada vez más los jóvenes de todas partes hacen una pintura cercana al expresionismo en ese sentido de libertad y de novedad, que ahora surge como una necesidad.

–Quizás es más necesario autoafirmarse en un mundo en el que nunca puedes estar solo, donde se oye a los vecinos y a los que no lo son a través de los medios de comunicación, a través de los tabiques, por la ventana abierta ¿no?

–Bueno, a veces también el paisaje del campo es terrible. Hay montañas enormes. Si estás delante de una gran piedra o de un mar enorme, no lo soportas mucho tiempo. En cuántos pueblos, las casas de los pescadores están vueltas de espaldas al mar porque no quieren verlo. Sobre todo en el Mediterráneo, con esa luz que lo di-

JOAQUIN PACHECO

suelve todo. En el Norte se interioriza más; con los grises la gente ha integrado de otra manera la atmósfera.

–¿Trabajas en la calle o en el campo alguna vez?

–No, nunca. Lo que hago son pequeños dibujos o fotos, como diccionarios de imágenes. Como el escritor que coge la palabra ¿no? Tengo picaportes, nubes, perros... para un momento dado. Además, tiene que ser así. Empezando por los impresionistas, que eran los pintores más cerebrales que ha habido, con lo que supone la ruptura de su pintura a meter las ideas científicas de la época. Ellos pintaban en la calle, pero luego en el estudio lo retocaban, lo trabajaban. Además, eso depende de si buscas un naturalismo o no.

–¿Qué quitas de un cuadro?

–Bueno, quitas en el cuadro lo que no te gusta, porque la mano no te ha obedecido, porque no expresa lo que estaba en tu mente, y lo quitas cuando crees que te traiciona, como te traiciona el cuerpo cuando estás enfermo ¿no? Pero los defectos de los cuadros generalmente son lo que dá más vida a un cuadro; hay que preservar ciertos errores, están bien, como lo vivo que está ahí, como una presencia del accidente que ha habido. Es como cuando aprietas el botón de otro piso al que vas y preguntarte porqué te da, a veces, muchísimo. Te da una realidad distinta de la que ibas a hacer.

–Los actos fallidos freudianos...

–Claro, son fantásticos. Como el mal gusto de la vida, que tiene también cosas interesantes.

–Decías antes que en las etapas críticas has roto muchos trabajos ¿porque no se ajustaban a unas reglas, porque no te gustaba el resultado...?; ¿cómo encuentras tus imágenes?

–No, no. Yo voy buscando una imagen de la que parto, algo que ha sido un hallazgo, en la calle, en el mar, donde sea. Y a través de ahí recreo una imagen de esa realidad. Esa imagen la voy corrigiendo, si es significativa, hasta que tenga suficiente intensidad. Hay veces que el cuadro se te revela por falta de medios tuyos o porque ese día no te sale, o no coincide con esa imagen, que siempre es imprecisa, de lo que quieres. Lo dejas contra la pared porque está como enfermo, y al cabo de un mes o un año ya has tenido las experiencias en otros niveles de pintura o de vida para resolverlo en un momento, a lo mejor. El cuadro tiene vida propia y dice «ya, basta». Y si pasas de pintarle, lo has matado. Te pide cosas, más contraste, más color.

–El cine como figura plana, como la fotografía ¿que influencia han tenido sobre ti?

–El cine me gusta mucho, he hecho algún decorado para alguna película, ambientaciones; la fotografía me gusta mucho, hago mucha, pero como cosa totalmente aparte, es otro nivel; me interesa como documento del que me voy a servir, pero siempre como algo mecánico; la fotografía aunque pongas la imagen en rojo, y luego en verde, siempre es mecánica.

–Con la experiencia que te han dado tantos años de pintar ¿crees que es mejor o no lo es aprender a pintar en las escuelas?

–Depende qué escuela. En general –quitando alguna excepción–, la escuela marca. Aquí en España marca muy mal. Hay pintura que la ves y piensas ha pasado por las escuela. Hay cierta rigidez que viene de todos esos dibujos de estatua que les hacen hacer al principio, que yo creo que les influye hasta en la elección de las cosas y en la vida y en todo. Es una cierta sujección a unas leyes que no existen, creadas por que sí por unos señores que las han inventado. En cambio he visto escuelas formidables. Hay unas en Estados Unidos que son formidables, que te pueden dar medios gráficos: serigrafía, proyectores de cine, elementos que enriquecen la expresión, para luego hacer cosas con las manos que si no te las enseñan, no las haces luego nunca. Ser *amateur* me impide a veces tener precisión, por ejemplo, para el grabado, no tengo paciencia. Pero no hubiera querido pasar por la Escuela. Cuando he hecho grabados, me han ayudado amigos en la cuestión técnica; pero lo otro lo he hecho yo.

–¿Qué encuentras en el panorama de hoy, lo que hacen los jóvenes?

–No hemos hablado, por ejemplo, de la influencia de la fotografía, con tantos hiperrealistas, que me dan horror porque creo que están muy lejos de la vida. Son tan informales como los mismos informalistas abstractos, precisamente por que no hay formas. No recrean ninguna forma, lo que hacen es copiar mecánicamente proyectado, o lo que sea, la fotografía. La pintura hiperrealista es una pintura de reacción contra lo abstracto; reaccionaria, *contra* lo abstracto, porque había desaparecido la imagen y se han pasado al otro lado. La gente reaccionaria está muy contenta porque dice «Ah, dibuja muy bien: se ve la mano, las uñas, los pelos» y volvemos al siglo XIX otra vez. Solamente algunos pintores han dado a ese hiperrealismo una gran dimensión plástica, con una interpretación muy grande de la realidad.

–Quizá les falte contenido.

–A algunos sí, a otros no. Precisamente esa falta de contenido es la falta de contenido de la vida de hoy, del hombre consumista. El pop puso el dedo en la llaga: que la realidad, la vida, es así de trivial. Hay gente que su pasión es tener trivialidades y puede matar por ello, por tener objetos brillantes, la lavadora, los coches, todo esto. A esos elementos de la vida de hoy puedes darles una significación, decirles «están aquí, rodeados de este contexto», puede tener un valor simbólico: puedes sacar belleza de un neon. No hay por qué negar esos objetos. Lo que es criticable es el uso que hacemos de ellos. Pueden ser bellos como los útiles primitivos. Si los dominas no son malos.

–¿Cuál es tu filosofía, el contenido de tus cuadros?

–Yo trato de integrar a la pintura de toda la vida, representativa de siempre, los objetos de hoy que a veces pueden parecer críticos, pero hay una actitud ambigua en eso, entre la complacencia y la crítica. Más que nada lo que soy es cronista o testigo de mi tiempo. Yo no hago una valoración ética o moral de estas cosas. No sé si es bueno o malo, estoy demasiado cerca. Soy cronista y lo hago con la pintura que es lo que desde pequeñito he podido hacer, me parecía lo más fácil. Y uso los métodos de hoy que son los métodos representativos. Hoy los jóvenes están más abiertos a las representaciones de la gran pintura internacional. Luego, hay algunos que pintan a lo Matisse o a lo Bonard y nos lo dan como genuino. Como si lo pintasen ellos por primera vez. Y resulta que eso en las escuelas alemanas o americanas lo hacen los primeros años como simple ensayo: un cuadro a lo Matisse, un cuadro cubista. Por que no es que lo hagan con variantes o que a partir de ahí abran un camino; o que releven al pintor que sea, cogiendo el tema donde él lo dejó. Es que hacen copias fidedignas, ejercicios de estudiantes. Y hay una crítica que, bien por ignorancia, bien por amistad, lo da como genuino, como si fuera suya esa forma de pintar. Esto mismo me decían en la exposición de ARCO un pintor francés y otro americano con los que lo vi, que cómo se estaban exponiendo allí ejercicios de escuela».

A Joaquín Pacheco le preocupa también el precio de los cuadros en España. Considera que son desorbitados, incluso comparándolos con los que tiene la pintura en otros países. Le preocupa que para algunos el interés de pintar se mida sólo a través del mercado, del posible mercado de ventas. Lo que, de paso, aleja sus obras de los aficionados a la pintura que no lleven el etiquetado de millonario en sus apellidos o en su libro de cheques. ■ C.F.R.

MARIE LANGER NO ES UNA DAMA

MONTSERRAT ROIG

1 LA JOVEN VIENESA QUE NO QUISO SER UNA DAMA

Cuando a la pequeña Marie Langer le dijeron que su padre iba a ir a la guerra, sólo preguntó:

—¿Quién lo matará, un ruso o un francés?

No podía preguntar otra cosa. Entonces la Viena imperial estaba segura de que iba a ganar todas las batallas contra el tiempo, y que éste era preciso e inamovible. Las mujeres y los niños despedían con flores a los soldados en una ciudad que olía todavía a un Danubio de leyenda. Y cantaban: «Jeder Schuss, ein Russ / Jeder Stoss, ein Franzos». Significaba que los austríacos iban a matar un ruso por cada bala, un francés por cada estocada. Así que Marie Langer dio la vuelta a aquel eslogan triunfalista y pensó que quizás su padre, aquel pacífico oficial de reserva que creyó en ella desde que naciera, no iba a volver jamás. Pero regresó, como regresaron otros soldados que la pequeña Marie vio hechos trizas y con el rostro sombrío. Y entonces Marie, que lloró el día en que murió el emperador Francisco José como si se hubiera muerto Dios, decidió que ella también iría un día a la guerra, si no como soldado, por lo menos como médica. Y así fue: muchos años después, Marie Langer estuvo en la guerra de España encerrada día y noche en un quirófano intentando componer lo que la brutalidad de los hombres despedazaba en las trincheras.

La historia de Marie Langer es la historia de este siglo. Nació en 1910, ha vivido de cerca todo lo que en la Viena imperial era imprevisible: una Europa en ruinas, la desaparición de los seres amados en los campos nazis, la esperanza que significó la guerra civil española como inicio de una época que no iba a surgir jamás, el exilio a Argentina, el ascenso de los genocidios en Latinoamérica, las torturas y los desaparecidos... Y, sin



Quizás Marie Langer se hizo psicoanalista para comprender cómo se destruía a la mujer-tipo, a la dama de entonces.

MARIE LANGER

embargo. Marie Langer es una superviviente que se salvó a tiempo de ser una «dama» para convertirse en un ser humano que se entregó desde muy temprano a sus propias fuerzas y a sus propios deseos. Como cuenta ella misma en su *Autobiografía* (1): «Unirse a la revolución era ya el camino digno para escaparse del destino trazado para la mujer».

Su familia era muy rica, judía y atea. Su madre era como las pacientes de Freud, algo frívola, algo resignada. Tenía una canastita con algo más de veinte llaves que servían para abrir y cerrar cajones y armarios, dirigía la empresa del hogar pero no trabajaba en él. Para eso estaba la camarera, la cocinera, la niñera y el chófer. Esta era el universo de algodón en el que se crió Marie Langer. Y, aunque le dé verguenza admitirlo, lo cuenta con cierto orgullo. En aquel tiempo, las damas tenían mucho más derecho al adulterio que al estudio o al trabajo. Para tener algo de libertad, había que mentir. Su madre argumentaba: «Nosotras, pobres mujeres sujetas siempre a los hombres, ¿qué otra cosa nos queda sino la mentira? Lo importante era cumplir con sus deberes como esposa. Luego, como Madame Bovary, era posible pensar en el amor. Quizás por esta razón, Marie Langer se hizo con el tiempo psicoanalista, para comprender cómo se destruye a una mujer, a esta mujer que fue su madre. Ella misma confiesa que hasta mucho más tarde no logró reconciliarse con ella.

Sin embargo, Marie Langer tuvo la fortuna de ser educada en la Viena socialdemócrata de los años veinte e ir al colegio de Frau Schwarzwald, una mujer que había estudiado en Zurich, la primera universidad europea que admitía mujeres. Este Realgymnasium permitía el acceso a la Universidad y fue una especie de núcleo marxista y feminista *avant la lettre*. De esta época, Marie Langer recuerda una anécdota. Una vez quiso hacer novillos y mintió a la profesora: le contó, fingiendo pudor, que se encontraba mal porque le había venido la menstruación. La directora se enteró y le dijo: «Esta vez puedes irte, pero recuerda que si quieres que te respeten como a un hombre; si quieres estudiar y trabajar igual que un hombre, no te quejes nunca más de este tipo de malestares». A Marie Langer se le quedaron grabadas estas palabras y nunca más volvería a usar el pretexto de ser mujer para no «poder».

Ahora, Marie Langer es ya una madre vieja y una abuela con más de once nietos y mira a su alrededor: ve que en Argentina las mujeres tardaron cincuenta años para poder adquirir la dignidad de personas —y ahora la han vuelto a perder—, que en México todavía no la tienen, y que en España estamos justamente en la hora del amanecer. Marie vivió la Viena de los años veinte, la Viena de Freud pero también la de Lou Salomé, la Viena en que se leía a Alexandra Kollontai y se conocían las aventuras de las primeras revolucionarias rusas, como Vera Figner y Vera Zasulich, que soñaron con la acción para desafiar sus destinos de mujeres. A los quince años, pues, Marie Langer ya tenía un amante y su mejor confidente era un muchacho, su primo Geo, que se suicidaría mucho después al salir de Auschwitz. Marie recuerda la nota que dejó: «No tengo cabida en este siglo.»

Gucki, la hermana mayor de Marie, era hermosa, elegante, fue educada para ser tan «femenina» como su madre. Una dama, en fin. Marie es la superviviente de aquel mundo y a veces se siente solitaria y extraña. Pero ella eligió ser médica para acompañar a su padre a la guerra y se mantuvo en ello. Había elegido aquella profesión por otras mujeres que no pudieron, por Vera Figner y sus compañeras. Pero no le fue fácil. Una muchacha de buena familia como ella tenía que pensar en casarse y llegar virgen al matrimonio. Se casó muy joven pero no era virgen. Y, además, siguió estudiando. Era tan inconcebible que una mujer casada siguiese estudiando que la noticia salió en los periódicos. Se había convertido en «la estudiante casada». Un titular decía: «Señora alumna, ¿qué le va a decir a su esposo cuando saque mala nota en latín?».

Pero Marie Langer no sólo era mujer, también era judía. El fascismo se extendía como la lava, el mundo se dividía abruptamente. Presenció como los estudiantes de aspecto judío eran aplastados casi hasta la muerte por los fascistas



«Una muchacha de buena familia, como ella y su hermana Gucki, tenía que pensar en casarse... ser hermosa, elegante, tan femenina como su madre».



«El Hauser Palais de Viena, donde estaba el piso familiar, desapareció en 1945 bajo las bombas de los aliados».

mientras la policía lo observaba pasivamente. Así que en la Viena Roja, socialdemócrata, Marie decidió hacerse comunista y no socialista porque el Partido Comunista prometía la revolución. Luego vendrían las dudas, sobre todo cuando Stalin modificó las leyes familiares y se declaró delito la homosexualidad. Pero, al mismo tiempo, los comunistas le dieron a Marie las bases para un conocimiento objetivo de la realidad, y esta realidad eran los nazis que subían y subían, los nazis que preludiaban el mundo de vesania y terror que vendría poco después. Así pues, en los años treinta Marie empezó a vivir dos vidas: la del psicoanálisis y la del partido comunista. Con éste vivió el «milagro» de Dimitrov, el linotipista búlgaro que se enfrentó a Goebbels, a Göring, y que desbarató el aparato propagandístico nazi tras el incendio del Reichstag. Vivió la clandestinidad y el miedo. Ayudó a pasar a Checoslovaquia al secretario general del PC austríaco, Koplenik, y a su segundo, Friedl Fürnberg. Por esta razón, cuando vio *Julia*, la película de Fred Zinnemann, sintió una emoción especial: todo lo que se contaba allí lo había vivido ella en su vida «real». Para Marie Langer estaba muy claro lo que le había enseñado Frau Furtmüller en la adolescencia: «Hay gente que dice que no debes meterte en política, que la política es sucia. Sin embargo, si no participas activamente en la política, igualmente harán política contigo».

Pero la otra vida era el psicoanálisis, y ésta la escondía cuidadosamente de sus camaradas. Cuenta Marie que eligió esta profesión para reparar de alguna manera a su madre «histérica» y a su hermana, pero también para comprenderse a sí misma. Porque para ella el psicoanálisis es un instrumento valioso, no tanto para «curarse», sino para entenderse, para manejar mejor la propia locura y no mentirse más. No mentirse más, éste parece ser el hilo conductor de toda su vida, el rechazo al mundo materno, que prefería el adulterio a la libertad. Pero también la lucha por una difícil síntesis entre el psicoanálisis y el marxismo. Así vivió Marie la Viena de los años treinta, licenciada en Medicina pero sin poder ejercer por ser judía, militando activamente y soñando con un mundo sin fisuras, joven divorciada que trabajaba y seguía clandestinamente el análisis y repitiéndose sin cesar: «Mientras arde el mundo, uno no puede estarse mirando el ombligo». Hasta que estalló la guerra en España. Su compañero Max, cirujano, decidió ir a España y se lo propuso. En Viena, Marie ya estaba fichada por la policía. En aquel momento, los militantes comunistas estaban convencidos que al fascismo había que combatirlo en España. De este modo empezaría para Marie una aventura que la tendría que marcar para siempre. España era la esperanza, España era el sueño catalizador de otras impotencias y frustraciones. Su madre se irritó ante la idea y sólo dijo: «Estas son las consecuencias de que una mujer estudie».

2 LA AVENTURA DE ESPAÑA

Cuando Marie aterrizó en Barcelona, no entendía gran cosa de lo que allí pasaba. Vio una ciudad excitada, alegre, llena de consignas y afiches que le pareció que embellecían las fachadas. La Rambla era una fiesta. En España Marie dejó de vivir dos vidas, todo se volvió claro, diáfano. Al principio, el partido comunista catalán la confundió con una espía, tanta era su insistencia para ir al frente. Por poco se salvó de ser fusilada. Pero en España, Marie conoció el verdadero dolor.

Al principio trabajó al lado de su compañero Max como anestesista, pero terminó ayudándole en las laparatomías. Ella se había imaginado una España llena de calor y luminosa y en su lugar se encontró con la llovizna, gris y persistente, que lo enlodaba todo. Recuerda cuando les llegaba un herido con una bala que había atravesado el abdomen. Max, después de abrir el cuerpo, revisaba el intestino metro por metro para detectar dónde la bala había dejado los agujeros. Pero ocurría que muchas veces el soldado había sido herido después de haber comido su ración, y se desparramaban por el campo operatorio los garbanzos y restos de carne. El frío era tan intenso que el intestino se hinchaba, se agrandaba, y, una vez cosidas las heridas, casi ya no cabía en el cuerpo. La gente moría

por el maldito frío y circulaba entre los médicos un chiste negro: «operación exitosa, paciente muerto». Marie pronto se dio cuenta que su pobre español apenas servía para consolar a los moribundos que sólo pedían «agua» y «madre».

Una mañana como todas, Marie se encontró en una camilla a Robert, un muchacho austríaco que había dejado por Max. Ahí estaba, demacrado, barbudo, casi incapaz de hablar. Y, cuenta Marie, que por última vez en su vida rezó: «Dios mío, no lo permitas. Haz que Robert no se muera. Es hijo único, lo único que tiene su madre». Marie apoyó con suavidad su mano sobre la mejilla de Robert y todavía ahora recuerda esta leve pero inexorable resistencia que opone un cuerpo muerto a todo movimiento.

Marie también se acuerda de un Madrid silencioso, en ruinas, cuyas fachadas se erguían hacia el cielo sin nada detrás. Sólo escombros. Casi no aprendió el castellano, pues entre los brigadas se acostumbraba a hablar francés. Pero se le quedó grabada una frase: «Si tú no terminas con esta pierna, ella terminará contigo». A fines de 1937, Marie y Max salen para París con el fin de comprar máquinas. Había que construir prótesis para los heridos con piernas amputadas. En Francia, Marie empezó a sospechar que la situación de la República española era desesperada. Los gobiernos inglés y francés la habían abandonado. El dinero para el taller de prótesis no llegaba y decidieron irse a Niza. Allí Marie perdió el hijo que esperaba, todavía no sabe cuál fue la causa, quizás el miedo, quizás la desolación que sintió al ver morir a Robert. Nació una niña y se murió lentamente durante tres largos días. En la clínica no había incubadora y el médico sólo le ofreció un bautismo de emergencia. Max iba a la maternidad para traerle leche de madre para la criatura. Marie recuerda que se la traía llorando. Quizás fue esta experiencia lo que impulsó a Marie Langer, muchos años después, a escribir su famoso libro *Maternidad y sexo* (2). Y a estudiar los mecanismos psicosomáticos del embarazo, aborto espontáneo y parto prematuro.

En Niza, Marie se dio cuenta que Europa se estaba desmoronando. Unos días antes del plebiscito, las tropas alemanas entraron en Viena y Austria desapareció como país independiente durante muchos años. Empezaría un largo exilio. Primero, en Uruguay, luego en Argentina. Conocerían el hambre, el trabajo, el esfuerzo. Mientras estaban en Francia, Marie supo de la muerte de muchos de sus compañeros y una canción de la primera guerra mundial se repetía de manera obsesiva en su mente:

Drüben am Wegesrand sitzen wei Raben,
Wer wird der Nächste sein, den wir begraben?

(En el borde del camino dos cuervos están sentados / ¿Quiénes serán los próximos que deberán ser enterrados?)

El Hauser Palais, donde estaba el piso familiar, desapareció en 1945, bajo las bombas de los aliados en la batalla para liberar Viena.

3 LA VISITA

Una mañana muy calurosa estaba desayunando con varios escritores españoles en el Gran Hotel de México. Tenía una mañana por delante y dudaba lo que iba a hacer. México es una ciudad que se escapa a toda medida humana y confieso que me agobiaba la sola idea de intentar conocerla un poco. De pronto, se me acercó Carlos Castilla del Pino. Estaba muy excitado: la noche anterior había cenado con Marie Langer y no había pegado ojo en toda la noche leyendo su *Autobiografía*. Sus ojos hirientes, azules, brillaban de entusiasmo mientras me contaba la historia de esta mujer vienesa que casi había nacido con el siglo y que se convirtió en una de las fundadoras de la gran escuela del psicoanálisis en Argentina. Pensé que quizás aprendería más con ella que dejándome perder por una ciudad que crece y crece sin parar. Carlos Castilla me llevó, arrebatado, al teléfono y me obligó a hablar con una voz desconocida, una voz fuerte, segura, con visible acento alemán. Me contó cómo había que ir a su casa: «Pedrrrregal, trrrras una errmita, no tiene pérrrdida...». Llegamos tarde, por supuesto, pues nos perdimos. Marie Langer vive en una calle silenciosa, laberíntica y con una numeración surrealista. Buganvílias de todos los colores se desbordan por encima de los muros. Marie Langer había querido ir a México en 1938, cuando el presidente Cárdenas decidió asilar a todos los refugiados que huían del fascismo y del racismo, pero el visado no llegó a tiempo y tuvo que irse al Uruguay. No llegaría a México hasta 1974, huyendo de las amenazas de la Triple AAA, y le pareció que, por fin, cumplía con un destino.

Por la verja apareció una mujer esbelta, morena de piel y pelo blanco. Con tejanos y camiseta escotada. La acompañaba un perro lobo reluciente. Andaba por entre las adelfas con una ancha sonrisa y ojos escrutadores, y andaba de manera tan ágil que por un momento creímos que se trataba de una amiga más joven. Pero no, era la propia Marie Langer la que nos abría y nos conducía a través de un pequeño jardín lleno de árboles de flores lilas que caían con desmayo. Mientras nos invitaba a café en su pequeño estudio lleno de luz la observé: Marie Langer puede parecer algo dura a primera vista, quizás porque su aspecto es el de una mujer fuerte y segura y sus gestos son concretos, como si marginara a posta lo superfluo. Pero hay algo de timidez en ella, quizás porque duda antes de contestar, quizás porque a veces se encierra en largos y densos silencios. Sin embargo, a medida que la conversación se relajaba —«¿toman azúcar?», «¿un poco más de café?»— me pareció adivinar



«Gucki debía ser hermosa. Yo quedé liberada a mis propias fuerzas...».



«Por la verja apareció una mujer morena de piel, con tejanos y un perro lobo reluciente...».

en ella, en sus ojos rasgados y limpios, una ansia de contenida maternidad.

—Va a cumplir setenta y dos años. Después de haber vivido tantas cosas, ¿qué balance hace de su vida?

—¿Sabes?, la vejez es un problemas psicológico sobre el cual se escribe muy poco. Creo que uno, o por lo menos yo, se siente perplejo ante el cambio físico, pero internamente el cambio no es muy grande. Se ha dicho muchas veces que en la vejez regresamos a la infancia. Aunque la vida es como una aspiral y no un círculo... Pero lo cierto es que yo he vuelto a una época mucho anterior que culmina justamente en España.

—Usted da la impresión de ser una mujer de convicciones... Por ejemplo, cuando escribe sobre su época de militante en el Partido Comunista austríaco. ¿Representó para usted una liberación esta militancia, incluso como mujer?

—Sí... Además, estaba muy claro, ése era el camino. No había otro. O quizás el reformista de la socialdemocracia.

—Y ahora, ¿se siente decepcionada de los partidos comunistas?

—No..., un momento, un momento. Hay partidos y partidos. Nunca me vi tentada de entrar en el argentino, porque estaba muy anquilosado y era acríticamente prosoviético. Hubiera podido entrar, claro, pues allá no había ningún problema... Me acuerdo que una vez fui al Uruguay con unos colegas para hablar de psicoanálisis y me encontré con un comunista uruguayo —que ahora está preso y ha sido muy torturado— y le dije que si yo viviera en el Uruguay sí que militaría... Porque los partidos difieren muchos unos de otros. Lo que antes no era el caso.

—Eso quiere decir que se ha perdido el ideal internacionalista...

—Sí, el ideal, sí. Claro que era un poco absurdo que se impusieran las mismas normas en países distintos. ¿Sabes? Aquélla era otra época. Uno creía mucho en el internacionalismo y pensábamos que los «nacionalismos» iban a terminar. Y ocurre justo lo contrario. Ingenuamente, también creíamos que en este siglo también se iba a terminar, más o menos, la religión. Y, mira, ni lo uno ni lo otro.

Con otros cinco psicoanalistas —entre los que estaban Pichon Riviere y Racovsky—, Marie Langer fundó en Buenos Aires la Asociación Psicoanalítica Argentina. Quedaban lejos los años de pobreza en el Uruguay, cuando Marie Langer cocinaba para los demás, y su marido, Max, trabajaba en una fábrica textil. Durante varias décadas, sustituyó la militancia política por la dedicación institucional-analítica, aunque nunca rompió el vínculo con la izquierda. En el departamento de Juncal crecieron sus cuatro hijos, mientras Marie atendía a sus pacientes. Así durante veintiocho años. Cuenta su yerno que Marie amamantaba a sus hijos entre paciente y paciente y que sólo una vez, cuando se estaba quemando la casa, salió Marie de su consultorio antes de terminados los cincuenta minutos de la hora analítica. Muy pronto, Marie, más conocida por Mimí, se convirtió en un personaje famoso en ciertos círculos de Buenos Aires. Y dicen que cuando tenía cincuenta años paseaba su cuerpo esbelto por las playas causando la admiración de los más jóvenes: por sus ademanes, por su manera de andar, Marie era distinta, como distinta había sido su juventud, cuando aprendió a ser ella misma en una Viena que se desperezaba de su largo sueño imperial. Marie adoptó las posturas de Melanie Klein porque pronto aprendió que desde el falocentrismo de Freud no podía encontrarse a sí misma ni comprender a sus pacientes.

Sin embargo, dentro del APA, Marie y sus compañeros empezaron a sentirse inquietos. Los psicoanalistas, al fin y al cabo, también son seres humanos y dentro de la organización se evidenciaba la clásica estructura jerárquica de competitividad y poder contra lo que Marie había luchado durante tanto tiempo desde sus ideas políticas. La llamaban la Virgen María, cuenta ella misma, pues era la primera mujer entre «tantos apóstoles y pretendientes a mesías». Así, cuando Marie se salió del APA se sintió liberada: ya no era idealizada ni condenada. Y también se sintió más acompañada: ya eran muchos los analistas que pensaban que psicoanálisis, marxismo y revolución no eran excluyentes. De este modo, en 1971, nació el grupo *Documento*, que deseaba vincular el psicoanálisis con el mundo exterior.

Hasta que, en 1974, tras el asesinato de Silvio Frondizi, advirtieron a Marie que estaba en el primer lugar de una lista de la Triple A, la cual condenaba a varios trabajadores de la salud mental. Y así fue que, a los 64 años, Marie empezaba de nuevo en otro país, en México. Y cuenta su yerno que una vez se la encontró llorando. Pensó que lloraba por estar sola, por ser vieja, por haber dejado Argentina. Sin embargo, hoy Marie va con cierta frecuencia a Nicaragua para ayudar en la organización de la salud mental y dice que es como si recupera los tiempos de la guerra de España.

—Usted ha escrito que el psicoanálisis no cura, sino que sirve básicamente para no mentirnos a nosotros mismos. ¿Cree que es posible vincular el psicoanálisis a la política?

—Depende de lo que haces, de cómo lo haces... Depende mucho de la ideología del analista, de cómo transcurre el proceso de cambio que el propio paciente pretende.

—Por lo tanto, parece decisiva la ideología del analista, ¿no?

—Sí... Lo otro sería lo que Freud descubre, o sea, el inconsciente. Creo que este descubrimiento ha sido demasiado desperdiciado, tanto por los partidos políticos como por los países donde hay un socialismo «real». Aunque Freud nunca nos entendió. Las mujeres éramos un misterio para él. Nos tuvo mucho miedo. En teoría, se ocupó mucho del sexo pero no sabía nada de nosotros. Aunque toda la noción del inconsciente, de la sublimación, del super-yo, etc., son muy importantes y válidos para ambos sexos. Ahora bien, cuando Freud escribe sobre la evolución sexual de la niña, obviamente no entiende y se encuentra bajo los prejuicios paternalistas, masculinos, patriarcales de su época, y bajo los suyos propios.

—Sin embargo, ¿cómo es posible imaginar a esta nueva mujer que ya no siente envidia del pene?

MARIE LANGER

—Melanie Klein, sin hablar de cuestiones políticas, como son feminismo o emancipación, sino estrictamente de lo que Freud describe como angustia de castración en el hombre y envidia del pene en la mujer, afirma que la mujer tiene sus propias ansiedades, relacionadas con su propio sexo, y que éstas no vienen por la carencia del pene. La mujer tiene sus propios temores, que están muy adentro, porque su fertilidad y su capacidad procreativa es algo interno. Aunque la verdad es que Melanie Klein se ocupa muy poco de nuestra capacidad de goce, pero tampoco lo niega. Sólo que no se ocupa del tema.

—¿El materialismo dialéctico resuelve los problemas de los individuos?

—No. El marxismo es para la sociedad lo que el psicoanálisis, no tomado globalmente, es para el individuo. Lo importante es la relación entre individuo y sociedad. Sería absurdo que ahora intentáramos psicoanalizar en Nicaragua. Hay que colaborar para que el enfoque de la salud sea integral. A los psicoanalistas nos falta mucha reflexión teórica en lo que respecta al análisis de la ideología. Pero los partidos marxistas tradicionales, como se sabe, no han tenido en cuenta el enfoque psicoanalítico. Fuimos a Moscú y a Leingrado y todavía les parecía absurdo que nos presentáramos como psicoanalistas y marxistas. Nos recibieron amablemente, eso sí, pero les parecíamos marcianos, como diciéndonos: «Acá este animal no existe...»

—Usted, que a los dieciséis años ya creía en la libertad sexual y que intentaba vivir libremente, de acuerdo con sus convicciones, ¿cómo ve a las mujeres de hoy? ¿Cree que hemos cambiado o hemos retrocedido en comparación con su época?

—La Austria de mi juventud era muy progresista. Luego, cuando fui a Argentina, anduve diez pasos atrás. Y cuando me fui de allí, las muchachas de clase media pensaban y tenían la misma libertad que yo en mi infancia... Ahora todo esto debe de haber retrocedido bastante... Obviamente ustedes han tenido cuarenta años de fascismo, han sido aplastadas, pero su generación tiene posibilidades de salir, aunque se salga de manera caótica. Creo que la generación sacrificada es la de sus madres y no la de ustedes. Era la generación del silencio, del miedo, retraídas en sus casas, sin posibilidad de vivir plenamente...

—Volvamos a aquella joven vienesa que huyó de una Europa que ardía, que vivió en Argentina, que de nuevo tuvo que huir para sobrevivir y que, ahora, con setenta y dos años, está en México. ¿Qué es lo que le impulsa a seguir trabajando?

—Me preguntas todo esto en un momento muy especial para mí... Ahora, en la Universidad Metropolitana de acá, formamos un equipo de trabajadores bajó la dirección de Silvia Bermann. Y vamos a León, en Nicaragua, para organizar la salud mental de este país. Y me he dado cuenta de que acá soy vieja, me canso y, en cambio, allá me siento atemporal en cuanto bajo del avión. Y de repente vi lo que me pasaba: es como si la República hubiera ganado la guerra en España y yo estuviera participando en la reconstrucción del país..., cuando presencio la distribución de la tierra a los campesinos, cuando veo a la gente, cuando veo que todo aquello en que soñamos puede ser posible. Entonces sí, entonces soy aquella joven. Pero regresó acá y me viene todo el cansancio de los años encima.

—He observado que algunas mujeres de la generación anterior a la mía tuvieron que escoger entre ser «madres» o ser «personas». Simone de Beauvoir dice que a partir de los tres hijos es imposible hacer nada, y usted ha tenido cuatro hijos... Algunas, dejándose llevar por esta trampa, han despreciado la maternidad y han optado por ser «hombres», por el mundo exterior, aceptando así la escisión.

—Tengo cuatro hijos, sí, y espero el undécimo nieto... Pero aquí es distinto. Tengo amigas jóvenes en Europa que no se deciden a tener hijos porque esto les frenaría en su realización. Y yo no sé si en Europa hubiera tenido tantos hijos, aunque para mí era muy importante tenerlos, y también lo era toda la experiencia física, como el embarazo, el parto. Pero en Europa la tasa de natalidad está bajando muchísimo, justamente en los países desarrollados, y entiendo a las mujeres que se dicen: «hay que elegir».

—Pero es muy triste tener que elegir entre dos cosas que se desean...

—Depende de la situación social de cada una, de su profesión. Por ejemplo, en mi profesión, si tienes un consultorio privado, puedes estar en la misma casa y si oyes gritar al niño sales. Aunque esté prohibido.

—Su yerno dice que no, que usted no salía nunca.

—Depende del grito. Si es un llanto común no sales. Pero si no, dices «con permiso», y sales. Y en los países desarrollados, si quieren que haya niños, que los faciliten. Que pongan más guarderías, por ejemplo.

—Cierta pedagogía, que aparece como «moderna», culpabiliza a la madre que trabaja y la acusa abusivamente de todos los males del hijo.

—Eso es ideología, pues interesa mantener el *status quo*. os científicos que defienden eso, y lo propagan, lo hacen llevados por la ideología de la clase dominante. Si el hijo de una mujer que trabaja, y peor si es separada, tiene algún problema, entonces se la señala a ella como la culpable y, lo que es peor, ella se culpabiliza por no ocuparse bastante.

—Tras la muerte de Franco, la mujer española, gracias al feminismo, empezó a sentirse más segura de sí misma. Los partidos políticos de la izquierda lo aprovecharon con fines electorales. Los roles sociales empezaron a tambalearse. Sin embargo, ahora parece como si todo volviera a su cauce, el feminismo es atacado con saña por ciertos sectores que antes le tenían miedo y callaban. Se divierten desacreditando el feminismo y algunas feministas prefieren encerrarse en el *guetto*.

—Mira, el feminismo ha tenido, y tiene, tantos movimientos super-radicales hostiles al hombre, que estas reacciones se entienden. Pero, a la vez, se usa este radicalismo para desacreditar todo el feminismo. Creo que es un pez que se muerde la cola.

—¿Los conflictos de la mujer latinoamericana son distintos de los de la europea?

—Acá las mujeres, como los hombres, han tenido que luchar tanto... Ellas corrieron muchos riesgos, lo han pasado muy mal y lo siguen pasando muy mal, sobre todo las que están allá. Acá la mujer está tan sobrecargada de trabajo, de miseria y de hijos... En Europa, en Austria, no ves pobreza, sólo diferencia de clases. Aunque no conozco a la campesina española. En América Latina ves tanta miseria... Y aquí la miseria, justo por su papel de madre, golpea mucho más a la mujer que al hombre.

—¿Hasta ahora no ha logrado reconciliarse con aquella dama que fue su madre?

—Sí. Me di cuenta de que escribía mi autobiografía para reconciliarme con ella. En realidad, siempre me dio mucha lástima. Por eso digo que sus madres son las que han sufrido más, no pudieron reaccionar, debido a circunstancias sociales terribles.

—Por lo que usted dice de ella, parece como si su madre odiara a su propio sexo.

—Sí... Mi padre decía siempre: «Tu madre lloró cuando naciste, ¡otra mujer!» «Y tu padre», me decía ella, «quería que yo abortara, no quería otro hijo». Mi madre sentía muy conscientemente la infelicidad de haber nacido



«...Freud nunca entendió a las mujeres. Eramos un misterio para él. En teoría se ocupó mucho del sexo, pero no sabía nada de nosotras».

mujer y si quería hijos varones era para ahorrales el «destino» que ella había tenido. Aparte de que aspiraba a vivir a través de su hijo varón todo lo que ella no podía como mujer.

—Usted ha tenido, desde muy temprano, relaciones íntimas con muchos hombres y distintos entre sí. ¿Siempre la han enriquecido?

—Sabes, hay un problema femenino que nos viene de lejos; no es que ellos me hayan adjudicado la dependencia. Yo caía en ella y el otro quizás no la buscaba. ¡Tantos siglos diciéndonos que lo más importante es el amor! Es el complejo de Penélope, que espera, espera, espera que él la llame por teléfono, sufre por si no la llama... Cuesta mucho erradicar este complejo.

—Sin embargo, me parece que hoy luchar contra el complejo de Penélope implica casi siempre la soledad.

—Sí..., he hablado bastante con mujeres jóvenes, argentinas, mexicanas, y he visto que la mujer profesional tiene muchas menos posibilidades de encontrar la pareja adecuada. Aunque para el hombre también ése es un problema, pues el papel aprendido está en cuestión. De todos modos, creo que él saldría ganando si aceptara el desafío de vivir con una mujer que no dependa de él.

—En su categoría, habla mucho de sus primeros amantes y casi no cita a Max, su marido. ¿Cómo fue su relación con él?

—Teníamos mucho en común, y con el tiempo menos, digamos... No sé como describir nuestra relación, estuve tan adentro de ella... Si hago balance, diría que fue una buena relación. El murió cuando yo tenía 55 años. No se me hubiera ocurrido formar pareja con otro hombre, aunque no niego que tuve otras relaciones.Creo que la pareja da mucho pero también limita. Cuando se está sola, tanto se puede valorar la tristeza de la soledad como las posibilidades de relación. En España, los dos estábamos en lo mismo, pues yo fui gracias a él, que era muy buen cirujano. Pero es difícil estar toda la vida en lo mismo con tu compañero, sobre todo si ya tienes tu propia identidad psicológica y profesional hecha.

—España es para usted un tema recurrente. Quizás hoy no nos demos cuenta, los que no la vivimos, qué representó para ustedes, los extranjeros que vinieron aquí, nuestra guerra civil.

—¿Sabes? Me pasa algo raro con España. He ido tres veces y siempre me muevo estrictamente en el ámbito de la España republicana. Era para nosotros atractiva y misteriosa, era la pasión, la hidalguía, el sur, el calor... Y, luego, cuando la situación europea era tan desesperante, la República representaba para nosotros la posibilidad de combatir el facismo. Ocurre algo parecido en estos momentos con Nicaragua y El Salvador.

—Parece, sin embargo, que siempre estemos buscando nuevos mitos cuando no nos gusta nuestra realidad.

—Son más que mitos. Son puntos de referencia. Se trata de países relativamente reducidos donde se está definiendo en este momento el destino político del mundo. Y, al mismo tiempo, el drama, como en España, es que este destino no depende de estos países. Es peor la intervención de Reagan, en este momento, que no el error de tal o cual comandante.

—En España, ¿sintió miedo alguna vez?

—Al entrar, luego ya no. Recuerdo que una vez, en que estábamos en el quirófano —pues vivíamos allí— sentí como un galope y pensé que ya estaban entrando los fascistas a caballo. Me asusté mucho, ¡y luego resultó que era Max que imitaba este ruido golpeando la pared!

—Su yerno dice que usted se resistía a dejar la Argentina, que no le importaba morir como Frondizi, pero que le horroriza la tortura.

—Es cierto, tengo terror a la tortura. Pero entonces o no me iba a pasar nada o me iban a pegar un tiro y punto. Es lo que hacía en aquellos momentos la Triple A. Y eso no me daba miedo. Pero vino mi ex nuera y me dijo: «Pero, ¡qué narcisismo el tuyo! No te importa morir, no te preocupa el dolor de los tuyos». Y esta opinión fue la que me movió.

—¿Cuál es su patria, su patria interior?

—Mi patria es Austria, y estoy muy contenta de ello. Ultimamente escribo de nuevo en alemán. Y vuelvo a pensar y soñar en esta lengua. Es como si hubiera recuperado la Austria de mi juventud.

—¿En que basa su fe hoy día?

—En política, es difícil discernir entre lo blanco y lo negro. Aunque en América central, no hay dudas. No sé cómo va a ser Nicaragua dentro de veinte años, pero ya no los viviré. Y pienso que tengo mucha suerte de poder vivir estas cosas. Es como España; entonces yo ignoraba los problemas que había entre los del POUM y los comunistas, por ejemplo. Cuando estuve allí viví intensamente entre los brigadas internacionales y todos sabíamos del buen lado. Como ahora.

Me parece que Marie Langer es una mujer afortunada; en cada arruga de su hermoso rostro parece haberse perpetuado la lucha por las creencias, no con la ingenuidad del que no conoce la maldad. Marie Langer la ha visto, y la ha visto desde dentro, en los que defienden ideas buenas en apariencia y se comportan como seres humanos que compiten y desean el poder. Y, a pesar de ello, sigue creyendo. Es como si los años de aquella Viena que se descubría a sí misma, de aquella España que estaba librando una batalla contra el oscurantismo, todavía permanecieran intactos en ella. Al final de su libro, Marie Langer cree haber encontrado el denominador común del marxismo, el psicoanálisis y el feminismo.

Escribe: «Este denominador común es la consciencia; la consciencia para poder lograr el cambio». Y, gracias a esta consciencia, Marie Langer nunca fue una dama. ■ **M.R.** Fotos: **Pilar Aymerich.**

Montserrat Roig
Fotos: **Pilar Aymerich**

(1) *Memoria, historia, y diálogo psicoanalítico,* de Marie Langer, Jaime Palacio y Enrique Guinsberg. Folios Ediciones, México, 1981.
(2) *Maternidad y sexo.*

PARSIFAL

El recién nacido va a cumplir cien años

ALVARO DEL AMO

PARSIFAL, «festival escénico sagrado» en tres actos, con libreto y música de Richard Wagner se estrenó en el Festspielhaus de Bayreuth el 26 de julio de 1982.

Cósima Liszt, esposa a la sazón del compositor cuenta en su diario las incidencias de un día que amaneció desapacible: «*Miércoles 26 de julio*. Richard ha pasado una noche agitada; le oigo decir suavemente en sueño: "Hijos míos, me voy, sufro". Además, no está satisfecho del cariz que tomaron los brindis de ayer, ha olvidado ya todo lo que dijo y no reconoce sus propias palabras en las reseñas aparecidas en la prensa. A las tres y media, con un tiempo que no es, por desgracia, demasiado bueno, salimos. Entramos en el teatro y le molestan los curiosos. El primer acto transcurre más o menos a su gusto, aunque el aspecto excesivamente «teatral» le resulta odioso. Después del segundo acto, se desencadena una tormenta de ruido y gritos, se dirige al público y dice que tales testimonios de aprobación resultan sin duda muy agradables, para él y sus artistas, pero que se han puesto todos de acuerdo, a fin de no perturbar la emoción, para pedir a los espectadores que renuncien a cualquier demostración y que, así, no haya motivo para que se produzcan los llamados «bises». Después de cenar, R. y yo nos encontramos en el palco. Nos invade una gran emoción. Al final, el público mudo irrita a R., lo han entendido mal, no quiere soltar un nuevo discurso; enseguida, los aplausos atruenan y requieren su presencia; R. aparece en el proscenio y declara que ha querido reunir a sus artistas, pero que están ya a medio vestir. El regreso a casa, por todo ello, resulta penoso. Ya en casa, R. tarda largo rato en calmarse, las más diversas emociones se manifiestan en él. Entre otras cosas, le irrita que Schnappauf le haya hablado del señor *von* Liszt. Le entrego mi regalito (un cojín) y, poco a poco, va pensando en otra cosa y nos vamos a la cama a la una menos veinte.» (1).



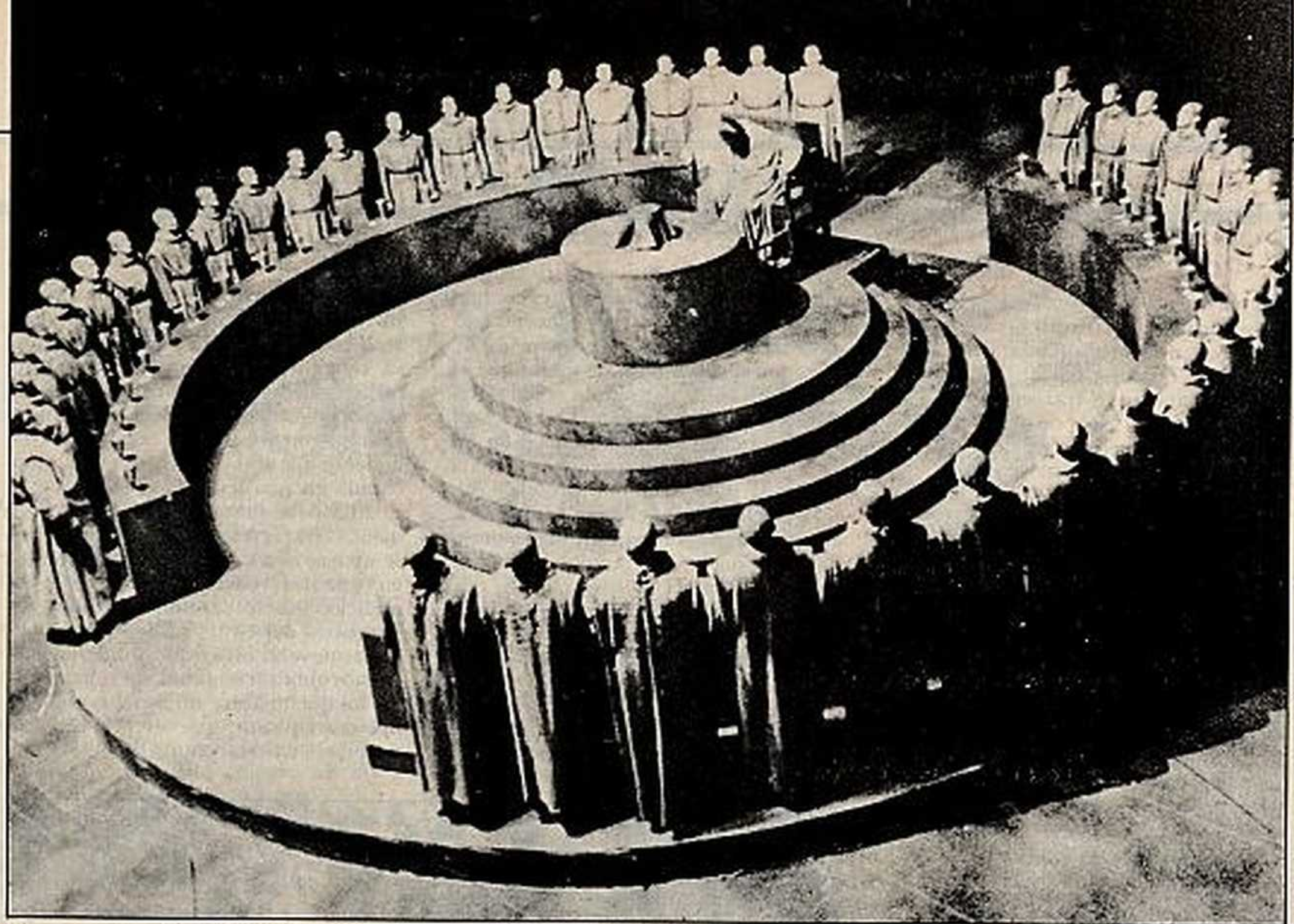
Richard Wagner (1813-1883), en un dibujo de Fuencisla del Amo.

El biógrafo Martin Gregor-Dellin recrea la impresión del estreno, fuera de los nerviosismos menudos que agobiaban a la familia Wagner:

«Después de la representación, una parte de los artistas, miembros del Patronato y críticos, se encaminó, bajo una lluvia vigorosa, al hotel Fantaisie de Donndorf. Angelo Neumann tenía a su lado, en la mesa, a Eduard Hanslick. «El temido crítico vienés», cuenta Neumann, «aún abrumado por la notable emoción que le había producido *Parsifal*, permanecía sumido en un silencio extraño». Durante la velada, August Förster, director del teatro de Leipzig, dijo de repente, con voz llorosa: «Ya veréis, Wagner va a morir». Todo el mundo se quedó estupefacto y Neumann preguntó qué había querido decir. Förster respondió que un hombre que había creado una obra semejante no podía vivir mucho tiempo, había terminado y debía morir pronto. La emoción que este incidente despertó, tardaría mucho tiempo en disiparse.» (2).

Richard Wagner, que había nacido el 22 de mayo de 1813, en Leipzig (el mismo año que Giuseppe Verdi, que nació el 10 de octubre), moriría, efectivamente, poco después del estreno de su última obra, unos meses más tarde, el 13 de febrero de 1883, en el palacio Vendramin de Venecia (un mes y un día más tarde, muere en Londres Karl Marx; el 3 de julio, en Praga, nace Franz Kafka).

Parsifal, su última obra, venía festándose mucho tiempo atrás. En 1843, en Dresde, empezó a perfilarse una obra que fluyó, durante 39 años, como



La ceremonia del descubrimiento del Graal, en la escena segunda del acto primero de **Parsifal.** *La escenografía, presentada en el Festival de Bayreuth, de 1956, es de Wieland Wagner.*

un río subterráneo. Y como tantos ríos subterráneos, indescifrables.

Todo puede decirse de *Parsifal*, casi todo se ha dicho ya. Cada interpretación conduce a un remolino donde gira otra interpretación distinta. Los minuciosos razonamientos, las detalladas matizaciones terminan en una conclusión, que *se presta*, a su vez, a nuevos debates, a distintas polémicas. *Parsifal*, recién nacido que por estas fechas celebra su primer siglo, puede observarse como un bebé sonrosado y pletórico, precioso, que respira en paz sumergido en el más diáfono de los sueños, en la más luminosa de las penumbras, apoyando su cabecita en la almohada suavísima y cubierto apenas por un edredón de plumas –y, también, también, es *Parsifal* la apoteosis del cadáver, la permanencia de un hedor que no pasa, que no se disuelve en el aire, que ninguna brisa arrastra, que ningún perfume sofoca; el triunfo de la muerte, un cuarto de agonizante cruel que obsequia a sus allegados con una agonía que ha durado ya 100 años y que durará más, que durará siempre.

Las raíces

Claude Lévi-Strauss resume las distintas teorías sobre el origen del mito del Graal:

«Unos han dirigido su mirada hacia Egipto y la Grecia antigua y encuentran en los relatos del Graal un eco de cultos antiquísimos ligados a la muerte y la resurreción de un dios. Ya se trate de Osiris, de Atos, de Adonis, o incluso del culto de Demeter, la visita al castillo del Graal ilustraría, en forma de vestigio, una iniciación desprovista de rito de fertilidad. Otros proponen, un origen cristiano, que conciben, a su vez, de muy diversas maneras. En el plano litúrgico, el cortejo del Graal podría evocar la comunicación de los enfermos, o algún rito bizantino, como la «gran Entrada» de la Iglesia Griega en donde un sacerdote hiere simbólicamente el pan de la Eucaristía con un cuchillo llamado "Santa Lanza". También se ha pretendido que la historia del Graal simbolizaba el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento, el castillo encantado sería el templo de Salomón, la copa (o piedra), que produce alimento, se identifica como las Tablas de la Ley y el maná, mientras la lanza es prolongación de la vara de Aaron (...). Otra exégesis se inspira en tradiciones persas, que hablan de un personaje mítico que decidió combatir contra las potencias celestiales al frente de un destacamento de demonios. Herido al caer a tierra, tuvo que esperar, enfermo, a que su nieto reanudase el combate, lo ganara y le devolviera la santidad, todo a la vez. Esta fábula remite sin duda a una teoría de los filósofos herméticos del Egipto helenístico, transmitida a Occidente por los Arabes, según la cual la sabiduría divina habría descendido a la tierra en un gran cráter donde basta con zambullirse para obtener el conocimiento supremo: verdadero bautismo del intelecto (...). Sería extraño que el psicoanálisis no interviniera en el debate: disfruta viendo en la lanza un símbolo fálico, y en el Graal un símbolo sexual femenino, con tanta convicción que determinadas versiones unen ambos símbolos en el contacto de la primera cuya punta reposa en el segundo.» (3).

Lévi-Strauss sigue recorriendo la larga lista de posibles influencias (mitología céltica: el Graal es un recipiente maravilloso; la impotencia sexual o decadencia moral del soberano acarrea la ruina de su reino; llegada de un visitante desconocido que libere al pueblo del maleficio), hasta recordar la que se acepta como fuente más directa de Wagner, la obra de Wolfram von Eschenbach, que apareció a comienzos del siglo XIII.

«Para Wagner, Wolfram era una figura familiar. Lo sacó a escena en *Tannhäuser*, encontró en las últimas

PARSIFAL

páginas de su *Parsival* el tema de Lohengrin, se le pasó por la cabeza que el héroe de la búsqueda del Graal saliera en *Tristan e Isolda.* Durante los cuarenta años que transcurrieron entre la primera idea de *Parsifal* y su representación, el poema de Wolfram no ha cesado de acuciarle.» (4).

Wolfram se inspiró y copió la obra de Chrétien de Troyes (siglo XII), sobre «Perceval, le Gallois», permitiéndose Wagner, asimismo, toda clase de modificaciones, como la referente al nombre: «la etimología caprichosa de *fal, parsi,* falsamente derivada del árabe, que Wagner tomó de un autor alemán de comienzos del siglo XIX, Görres. Parzival es Perceval: el que **perce le mystère du val** («atraviesa el misterio de valle»), a cuyo fondo se oculta el castillo del Graal.» (5).

Wagner, en una carta a Mathilde Wessendonk fechada el 30 de mayo de 1859, explica su visión particular:

«El Graal, ahora, según mi concepción, es el cáliz de la Última Cena, en el que José de Arimatea recogió la sangre del Salvador crucificado. Qué terrible significación adquiere así la situación de Amfortas frente a este cáliz misterioso; él, que sufre una idéntica herida causada por la lanza de un rival en una apasionada aventura de amor, debe buscar su salvación, la única posible, en la consagración de la sangre que brotó un día de la herida del Salvador, cuando moría en la Cruz renunciando al mundo, liberándolo, ¡sufriendo por él! La sangre por la sangre, la herida por la herida –pero qué abismo entre ambas! ¡En éxtasis de adoración ante el cáliz maravilloso, que se enrojece con un fulgor supremo, dulcísimo! Amfortas siente que su vida se renueva y que la muerte es incapaz de aproximarse. Vive, vive de nuevo y la herida fatal, más terrible que nunca, hurga en su propia herida. ¡Incluso la adoración resulta dolorosa! ¿Dónde está el final?; ¿dónde el alivio? ¡Los sufrimientos de la humanidad durarán eternamente! Parsifal es indispensable como el deseado salvador de Amfortas; si Amfortas aparece en su justa perspectiva, adquiere un interés trágico tan poderoso que resulta casi imposible situar a su lado una segunda figura principal, papel que, sin embargo, corresponde a Parsifal, si se pretende evitar su aparición en escena como una especie de indiferente *deus ex machina.* Así que hay que situar en primer término el desarrollo de Parsifal, su suprema purificación, predestinada por su naturaleza contemplativa y profundamente compasiva. Y para ello, debo concentrarlo todo en tres situaciones principales, de muy denso contenido, de modo que el tema profundo y múltiple sea tratado clara y distintivamente: tal es, en efecto, la característica esencial de mi arte. ¿Y voy a emprender tamaña empresa? ¡Qué Dios me proteja!» (6).

La atmósfera religiosa entusiasta, arrebatada, observada en sus literalidad, ha dado pie tanto a violentos rechazos como a la sospecha de que Wagner se había *convertido* al cristianismo.

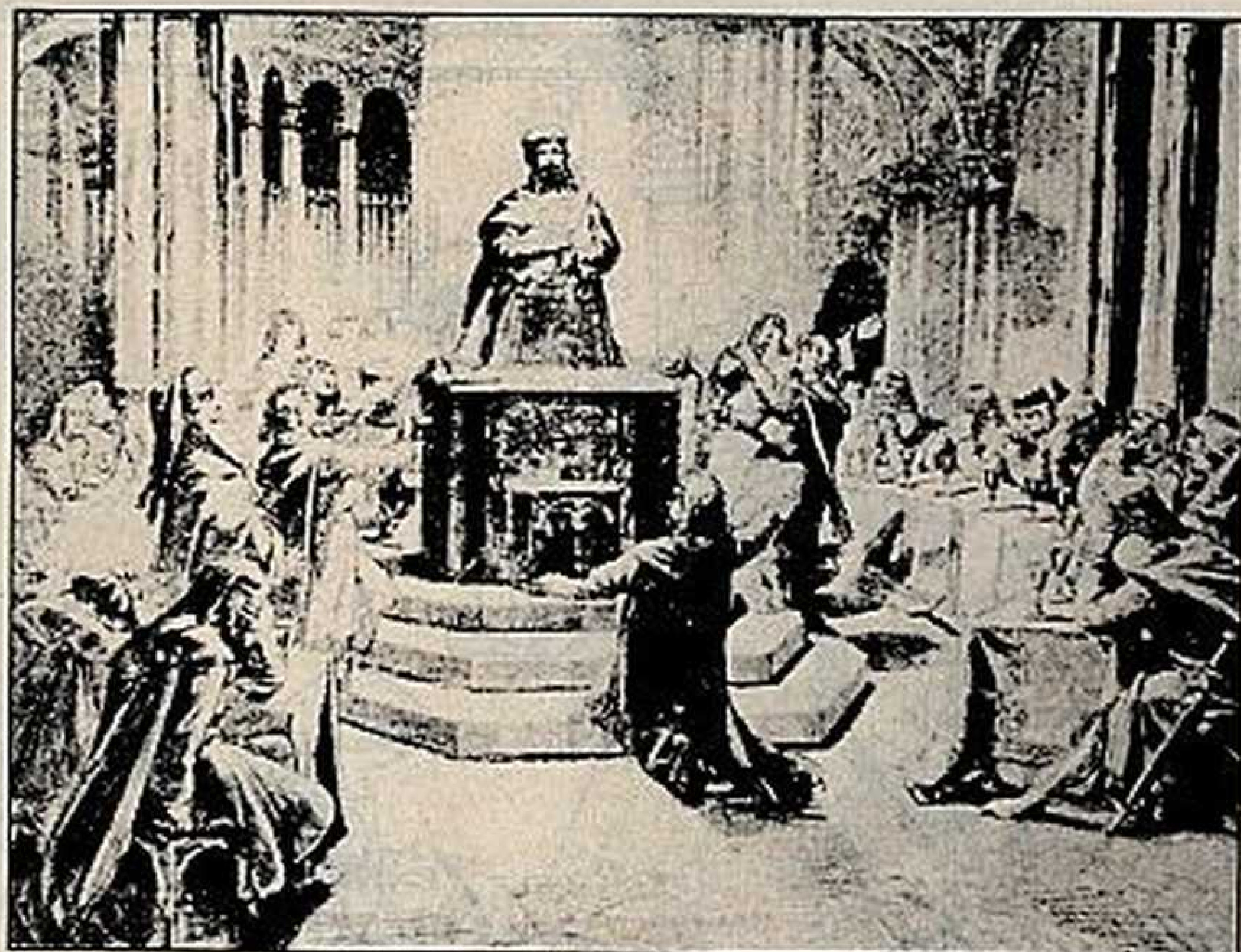
Nietzsche arremete contra la castidad del héroe:

«*Parsifal* es, *par excellence,* un tema de opereta. ¿O se trata de un gesto de Wagner, como una risa superior y secreta, que se burla de sí mismo, ¿el triunfo de su última libertad de artista, de su transcendencia de artista?; ¿un Wagner capaz de *reírse* de sí mismo? Me gustaría poder creerlo. Porque ¿qué sería *Parsifal* tomado en serio? (...). Una obra de perfidia, de venganza rastrera, que envenena en secreto las fuentes de la vida. Es una *obra perversa.* Predicar la castidad es incitar a la negociación de la naturaleza. Desprecio a todo el que no considere *Parsifal* como un ultraje a las costumbres.» (7).

Wagner no es un trémulo converso:

«No puede decirse que Wagner se haya "convertido" al cristianismo en su vejez (...). Como Tolstoi, Wagner es ante todo un *espíritu religioso,* sin que su religión revista, en definitiva, un carácter *confesional,* del tipo que sea. Y si en *Parsifal* utiliza símbolos cristianos, es simplemente porque resulta perfectamente natural dentro de una obra basada en una leyenda cristiana de la Edad Media. Pero su inspiración no es menos caballeresca que cristiana, y no se apoya, necesaria ni exclusivamente, en una referencia litúrgica o en la tradición de la ceremonia ritual. La búsqueda del Graal se liga así al ciclo de las novelas artúricas, donde encontramos una mezcolanza de temas, entre los que aparece un aspecto esencial del cristianismo, que es la *ascesis:* la veneración a los santos, que Wagner encontró en la lectura de Dante y de Calderón, y que debía también a la influencia de Liszt y Cósima, así como la visión del cristianismo como religión de la ascesis y de la piedad hacia la regeneración del hombre –allí donde Nietzshe no verá sino hipocresía y debilidad, sustituyendo al Redentor por Dioniso y Zaratustra–, se traducen en una visión nueva del *papel de Cristo,* al que nos acercamos (como dice Wagner en *Heorismo y cristianismo)* con un sentimiento de veneración única y un estremecimiento sagrado porque adivinamos en él lo que constituye la unidad de la raza humana, a saber: la





Dos dibujos que representan escenas del estreno de **Parsifal** *en Bayreuth el 26 de julio de 1882. A la izquierda, el jardín de los hechizos, según una litografía italiana; sobre estas líneas, un dibujo de Doepler.*

facultad de sufrimiento consciente.» (8).

Los contrarios

Rastrear los orígenes del mito, medir el grado y el carácter de la religiosidad que empapa sin duda la ópera, apuntar la radicalidad del elogio y del rechazo, descorre la cortina sobre un paisaje intrincado, cuya dificultad no consiste en la ausencia de rutas ni en la proliferación de senderos, sino en una *imposible* combinación de ambas tribulaciones.

No puede decirse que en *Parsifal* falten pistas. La reunión de elementos muy dispares permite seguir, a la vez, muy diferentes vericuetos. Como una bifurcación que ofreciera un haz de direcciones que, transitadas al mismo tiempo, abocaran todas ellas en lugares ciertos, provistos de fisonomía, nombres y habitantes. El peregrino que se adentre en *Parsifal* llegará a muchos destinos simultáneamente. Un viajero que pretenda ir a una ciudad, a un pueblo o a un riachuelo, comprobará que se encuentra en la ciudad, el pueblo y el riachuelo. Quien prefiera los azares de una aventura a través del desierto como más apetitosa, dada la estación que nos visita, que el oleaje de una ruta marítima, se encontrará, en *Parsifal*, que el bergantín avanza por un oleaje de dunas, el tifón es de arena la isla desierta, como imagen del alivio y el aislamiento, resulta tanto un montículo arenoso como una laguna; la palmera o el cocotero que marca la linde del mar y la playa es un tronco idéntico al que señala la frontera entre el océano de arena y el charquito de agua azul intenso. Un veraneante tradicional que entretuviera la cercanía del verano con el tictac de un dilema pasado de moda («¿Mar o montaña?»), debía renunciar a las delicias de la indecisión. En *Parsifal* encuentra el mar y la montaña, la mística y la blasfemia, el amor filial más cristalino y el más turbulento incesto, una voluptuosa invitación a la castidad y un estricto ruego que tiende al goce de los sentidos, enviados de quién sabe qué nimbos celestes (como Parsifal que reúne a sus méritos de salvador la apetencia de un puesto vitalicio, como rey-bedel perpetuo del Graal) y héroes procelosos que están deseando dejar de serlo (como Amfortas, heredero del santo Job en su fatiga por la desmesurada duración de las llagas, y tatarabuela de cualquier viejo decrépito de Samuel Beckett que está deseando acabar de una vez), brujas que actúan como madres y perversas dotadas de la más abnegada pasión (Kundry), besos lascivos que despiertan, en su misma turbulencia obscena y a través precisamente de la pureza de su exceso, las más sublimes renuncias.

Decir que *Parsifal* es una obra ambigua resulta pobre optimismo. Asegurar que es de «extraordinaria riqueza» es arrojarla a una nebulosa que su precisión no merece.

Como ha quedado esbozado aquí, cabe el análisis, la exégesis, la síntesis y el portazo. También encontrará un asiento cómodo el que se contente con instalarse sobre una «interpretación personal» que se presta incluso a presumir de «ecléctica».

Aunque una voz que habla de la «Redención del Redentor» y de un sitio «donde el tiempo se convierte en espacio», una música que precipita en una misma arteria sangres de muy diferentes procedencias y categorías (la de un cisne herido, la de Cristo, la de una herida que se resiste a plegar sus labios, la que mana de un flujo menstrual que perfuma y hiede) tienda a, conocidas las teorías, reseñadas las interpretaciones, respetados los agudos y sabios estudios, resquebrajarse como una catedral roída por un único gusano, resucitar como un descubrimiento inagotable, embriagar como un tónico venenoso, consolar con la insidia de una aguja de ganchillo, irritar por lo magnífico y enfurecer por lo efectista, como un lago que recibe con aromática y fresca tibieza, como una piscina vacía bajo un trampolín de treinta metros. El padre que por fin murió, la amada que por fin se vislumbra, el horror como un viejo amigo. Un viejo amigo de la plenitud. ■ **A. del A.**

Notas:

(1) Cósima Wagner, *Journal*, Tomo IV, p. 367, Gallimard, París, 1979.

(2) Martin Gregor-Dellin, *Richard Wagner*, pp. 805-806, Librairie Artheme Fayard, París, 1981.

(3) Claude Levi-Strauss, *De Chrétien de Troyes a Richard Wagner*, trabajo publicado en el número 38/39 de la revista «L'Avant Scène de la Opéra», dedicado a *Parsifal*, p. 8.

(4) Idem. p. 11.

(5) Idem. En el acto segundo, cuando aparece Kundry, inicia la escena de seducción nombrando a Parsifal. El no conoce su nombre: «¿Es a mí, sin nombre, a quien se nombra?» Y Kundry, bellísima, explica: «Tú, sencillo y casto, *Fal, parsi* –tú, casto y sencillo, Parsifal. Al morir en tierras de Arabia, Gamuret, tu padre, llamó así a su hijo, encerrado aún en el claustro materno».

(6) Recogido en el número de la revista citado en la sección de Correspondencia Escogida, p. 4.

(7) Citado por Edouard Sans en su trabajo «La leçon de Parsifal de la redemption a la régénération», revista citada, p. 28, nota 9.

(8) Idem, p. 21.

QUINO























757

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

MAYO

20

Aún quedan varios días para que acabe el festival de cine de Cannes. Es un suplicio esta calma. Siempre viendo películas, charlando con amigos, contemplando el mar... No hay quien lo aguante. Sólo hace unos días se rompió la paz y aparecieron cien manifestantes portando pancartas contra el régimen militar de Turquía. Fue una manifestación sosa porque la Policía se limitó a procurar que los coches no interrumpieran la improvisada revuelta. En Cannes no saben hacer las cosas.

En Madrid, en cambio, la intervención policial en la manifestación que apoyaba la huelga general de Getafe, ha dado como resultado tres heridos. Y no son muchos teniendo en cuenta las recientes movidas de la Policía (las del Rastro y las verbenas de San Isidro siguen sorprendiendo a quienes siempre se sorprenden; hoy, por ejemplo, se han encerrado en su colegio profesional más de cien abogados como protesta por esas actuaciones.

La huelga general de Getafe donde los despedidos de ese gran cinturón industrial de las cercanías de Madrid son ya nueve mil, no es más que la lógica reacción de quienes ven amenazados su suelo y condenados a la larga lista del paro. La empresa Kelvinator, una de las más fuertes, ha decidido también eliminar de su nómina a buen número de empleados, y la gente de Getafe, dispuesta a impedir su hambre, ha salido hoy a la calle una vez que ha cerrado la ciudad, para que España se entere de su problema. Pero la Policía, el gobernador civil de Madrid, no toleran esas informaciones. Tres heridos.

En Cannes, ya digo, las cosas funcionan de otra manera, y de ahí que nos cueste trabajo a los españoles explicar a los compañeros de prensa de otros países, que nuestra democracia tiene aún visos de tiempos pasados. No lo entienden. Observan las ganas oficiales de entrar en la OTAN, con las Malvinas bullendo y Gibraltar detenido, y hacen preguntas incontestables. Además, claro, existe el sector folklórico de periodistas extranjeros que sólo se fijan en la furia española contra el Papa. Como en Alba de Tormes han querido linchar al Clemente del Palmar de Troya y hace unos días fue también un español quien protagonizó el ataque anual a Juan Pablo II, creen que la manía de matar papas es una tradición semejante a la taurina.

Nos cuesta trabajo, pues, hablar con los extranjeros. No hay palabras biensonantes para justificarles que los empresarios quieren continuar su campaña electoral en Andalucía a pesar de la expresa prohibición de la Junta. Todo el mundo sabe que las elecciones del próximo domingo serán ganadas por los socialistas, y los empresarios corren a desvelar las supuestas corruptelas que el PSOE entronizará en su bien guardada Andalucía. (Las campañas continuan asegurando que ningún ganador se aliará con su enemigo: Escuredo no mantendrá relaciones con el PSA y no con el PSOE como bobamente se publicaba en mi pasado «diario», desorientando a quienes no saben leer por encima de erratas y confusiones tipográficas; como no aprendan pronto, tendrán que dejar de leer en castellano). Los empresarios andaluces reivindican, pues, para sí la libertad de expresión. ¡Hay que joderse! ■

21

Las declaraciones de UCD dan por segura su propia derrota en Andalucía. Pío Cabanillas se cuida en salud diciendo que «hay que saber perder tanto como hemos sabido ganar», Landelino Lavilla asegura por su parte que no habrá cambios en UCD a pesar de cualquier resultado y hasta Calvo Sotelo se atreve a asegurar que no modelará a sus ministros. De modo que habrá que seguir aguántandoles la confusión y el aburrimiento.

Confusión, por ejemplo, la de las investigaciones sobre la posibilidad de la planta minera de Cala. La empresa Metra-Seis asegura que dicha planta obtendría un 12 por ciento de rentabilidad, lo que tranquilizará ya a Calvo Sotelo que había prometido solucionar el conflicto sin conocer la opinión de quienes consideran que la planta de «Pellets» no es buen negocio. Los mineros, más que hartos, prometen una huelga para el próximo lunes como no obtengan de una puñetera vez una respuesta positiva. ■

22

Tiene un duro fin de semana Calvo Sotelo. Su campaña electoral le exige definirse ante los problemas de este país y dice, por ejemplo, que el ingreso de España en la OTAN no se verá afectado en ningún sentido por la guerra de las Malvinas (que ayer comenzó ya a establecerse en términos sangrientos: los ingleses han conseguido desembarcar en seis puntos del archipiélago), pero nada dice el presidente respecto a la paralización de las conversaciones con Estados Unidos para renovar los acuerdos. Nadie dice nada al respecto y sólo el Partido Comunista pide la «inmediata paralización» de las bases.

En Cannes, donde no hay películas españolas, nos inquieren, pues, sobre todas las cosas que nos pasan. El juicio del 23-F alimenta las expectativas de los extranjeros, empeñados aún muchos, en que la figura exótica que para ellos significa un guardia civil tiene relación con el folklore andaluz. Por nuestra cuenta, tratamos de encontrar temas similares en sus países, pero pronto reconocemos que la prisión de que ahora goza Sofía Loren por no haber pagado parte de sus inpuestos, es un tema bastante menor. ■

23

Hoy, domingo, ignorantes desde aquí de lo que ocurre en Andalucía, sólo tenemos tiempo para calcular qué ocurriría con una victoria del PSOE. Llegan algunos a la sorprendente conclusión de que podría ser peligroso que no ganaran los franquistas en un ambiente tan tenso como el que provoca ahora el juicio del frustrado golpe de estado. Es decir, que por miedo a que algo ocurriera, lo mejor es que sólo finjamos que existe una oposición, pero prevenirnos siempre de que pueda acceder al poder. Una aberración de este tipo tiene difícil explicación ante nuestros colegas foráneos que, asombrados de cuanto nos oyen, optan por ir al cine aunque sea a repetir la película de Antonioni «Identificación de una mujer», tan esperada en Cannes como rechazada luego por quienes creemos que el famoso director de «Blow up» hace años que dejó de entender realmente lo que se cuece en nuestro mundo. ➧

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

Seguimos los españoles hablando de lo nuestro, conocedores de que España es inexplicable, porque nos asombramos también —¡hasta nosotros!— de que el gobernador civil de Sevilla haya prohibido con antelación al resultado de las elecciones cualquier muestra de alegría callejera (por si gana el PSOE, claro; de otra forma, caben pocas alegrías) y de que el gobernador civil de Almería se haya apresurado también a suspender un acto popular con el que se quería recaudar fondos para los familiares de los tres muchachos muertos por miembros de la Guardia Civil. No hacen más que prohibir. ■

24

Pero ni aun si logran ganar. El PSOE se ha hecho, lógicamente, con Andalucía, colocando al partido del Gobierno en una situación grotesca. Calvo Sotelo e Iñigo Cavero no se amedrentan, sin embargo, con esta evidencia y contiúan, impasibles, declarando que UCD es un partido necesario. Aunque hasta Fraga les haya vencido.

Nos llegan estas noticias arropadas con la declaración del capitán general de Sevilla instando a las Fuerzas Armadas a que respeten el resultado de las elecciones andaluzas. ¿Por qué no iban a hacerlo?, preguntan los franceses, interrogantes también respecto al sentido de las declaraciones de Santiago Carrillo cuando ha dicho que el PCE ha perdido varios puntos respecto al resultado de las elecciones generales anteriores «porque ha primado el voto útil». Tratamos e explicarlo: don Santiago cree que parte de su electorado, de sus militantes incluso, ha decidido cambiar de partido. Está demasiado indignado para hacer valoraciones realmente autocríticas. Como Rosón, cuando asegura que la derrota de UCD y la relativa victoria de AP se deben a la campaña propagandística de los empresarios andaluces, quienes, por su parte, aseguran que van a respetar también el gobierno socialista que surge de los votos. ■

25

De todas formas no nos creemos que sólo haya polémica. Sería este el primer festival cinematográfico que acabara sin que en España ocurriera un disparate; durante los últimos, al menos, había siempre sorpresas brutales. Regresamos, por lo tanto, con un extraño vacío. Sabemos ya que los premios finales de Cannes han correspondido a las mejores películas presentadas (lo que también significa una excepción), es decir «Missing», de Costa-Gavras y «Yol», de Guney, ex aequo en la Palma de Oro, «La noche de San Lorenzo», de los Taviani en el premio especial del jurado que tiene la misma categoría, y un premio de consolación para Antonioni en el que se cita el conjunto de su obra porque esta última película no sería premiable por sí sola con un poco de rigor en el jurado.

En seguida, no obstante, nos topamos con lo habitual: en los periódicos del avión leemos que el teniente coronel Tejero ha hecho una nerviosa declaración de náufrago cuando el juez le ha preguntado si tenía algo que decir antes de dejar el juicio visto para sentencia: «Quiero manifestar a gran parte de los mandos militares mi desprecio por su cobardía» (Hay gente que le ha aplaudido, señoras enjoyadas que gritaron «traidores» a quienes juzgaban la causa, expulsiones y barullo). El juicio ha terminado sin que hayamos sabido mucho más de lo que el vídeo mostró desde el principio. García Carrés, que estuvo en la sombra, asegura que no hubo atentado contra la seguridad del Estado puesto que el Estado ni estaba ni está seguro. Milans dice que la situación del 23-F era idéntica a la de julio del 36, y el coronel San Martín confirma en su alegato que hay mandos militares que conocían la preparación del golpe de estado y que no han sido encausados.

Regresamos, pues, a España: en el juicio que se celebra contra Emilio Hellín por el asesinato de Yolanda González, se denuncia la vinculación de un policía y, sobre todo, la de David Mártinez Loza que, según el acusado, fue quien ordenó el «interrogatorio» de la joven militante del Partido Socialista de los Trabajadores; en aquella época, Mártinez Loza era jefe nacional de Seguridad de Fuerza Nueva.

Comprendemos también que ya estamos en casa cuando leemos que la Policía ha arremetido contra una manifestación de chabolistas madrileños que quieren que se construya un puente aéreo para que los coches no les maten más al cruzar la calle: hay, como de costumbre, varios heridos,.

En Televisión entrevistan a Soledad Becerril para que explique su fracaso en las elecciones andaluzas, sin que nadie le pregunte, de camino, por su inculta manera de expulsar directores generales y de conducir así la cultura del país.

Mientras tanto, en una calle de Madrid, se ve a Calvo Sotelo comprarse unas gafas nuevas, impasible, supongo, ante la petición de los suaristas de que abandone la dirección de Unión de Centro Democrático. ■

26

Encuentro a mis amigos cabizbajos y sedientos de noticias que no huelan a tanto paréntesis de historia muerta. Creen ellos que su aburrimiento nace de la decepción que ayer tuvieron al reencontrar tan viejos a Simon y Garfunkel en el concierto que dieron en Madrid. Contagian pronto su apatía, y empiezo a recordar los estúpidos temas sentimentales que vivía yo antes de salir fuera un poquito. Hasta la perra crea problemas, mirando con celos al oír eso de Cannes. ■

27

Y hoy ya, la tertulia improvisada de las noches se crispa al hablar del artículo de despedida que Martín Prieto ha publicado en «El País»; entienden algunos, con más pasión que lógica, que cuando dice que militares y periodistas «son de idéntica cuerda, madera, madre, carne de aventura, arranques imprevisibles, gestos heróicos», trata de calmar los ánimos enfrentados, echando para atrás del esplendido tono objetivo y lúcido con que relató sus crónicas anteriores. Martín Prieto parece conformarse al decir que «lo importante era que el juicio se celebrara» (...). «Eso era una hipótesis a principios de febrero y ya es, un axioma»; es eso precisamente lo que otros encuentran de significativo y grave del artículo al entenderlo como anuncio de que no habrá condenas que nos parezcan suficientes para los golpistas: «Se cuenten como se cuenten las cosas, el caso es que se han sentado por tres meses ante un Tribunal y, excepción hecha de las anécdotas, han pasado por esa nada deshonrosa horca caudina.»

Los ánimos quieren planfletos, y Martín Prieto nos sorprende matizando: «El nuestro no es un Ejército golpista; es un Ejército estupefacto a la espera de un objetivo profesional» aunque «de las sentencias, ahora en sus vísperas, este país espera el final de la saga de los generales bonitos, la erradicación de los espadones y la remisión de los visionarios militares (o de cualquier otro oficio, que los hay) al juez de guardia».

Dibujan al periodista recogiendo sus papeles de Campa-

mento «(Siento náuseas, me da asco, me pongo malo, me voy», dice la viñeta), y él nos advierte que este juicio ha sido todo y que no es poco.

Pesa más este tema que el de la dimisión de Rojas Marcos como secretario general del PSA o el del inicio en Huesca del juicio contra los familiares de Juan Vilá, que murió mientras dormía, de un disparo directo. ■

28

Es un juicio que también ha quedado hoy visto para sentencia, convencido el fiscal de que una hija menor de la víctima, de catorce años, fue quien disparó contra el padre en connivencia con toda la familia, harta de soportar a un hombre autoritario (militaba en Fuerza Nueva), que crispó más sus ánimos cuando empezaron a irle mal los negocios.

Un tiempo, pues, de espera: ¿qué condenas habrá para el 23-F?, ¿habrá condenas?; ¿reaccionará el Gobierno ante la petición del PSOE de aplazar el ingreso en la OTAN ahora que la guerra de las Malvinas parece complicarse más allá de las previsiones de Calvo Sotelo?, ¿le habrán dado a éste sus nuevas gafas para ver mejor las cosas?

Según cuentas «off the record» los políticos recibidos estos días por el presidente, nada sabe éste de lo que puede hacer sobre el futuro político de su partido, tan maltrecho en las elecciones de Andalucía que hoy, contenta, se va al Rocío. Tampoco sabe muy bien qué hacer don Leopoldo con el resto del país.

Por esperar, hasta esperamos la prometida avalancha de personal para el Mundial-82, prólogo de la que también promete el Papa, empeñado como está en hacernos una visita en octubre.

Mientras todo esto llegue, en la feria del Libro inaugurada hoy, pueden comprarse las novedades que entretengan hasta que algo suceda por algún sitio: la divertida novela de Eduardo Mendoza «El laberinto de las aceitunas» es la primera en caer. Seguirán «La algarabía», de Semprún, «Sangre de amor correspondido», de Puig y los libros que publican Apuleyo Mendoza y García Rico, el primero sobre sus conversaciones con Gabriel García Márquez, el segundo con Fernández Ordóñez. Por admiraciones pasadas, compro también la recopilación que Rosa Montero ha hecho de sus mejores entrevistas de entonces. ■

29

Indiferente a mis lecturas, el Papa se ha ido a Londres. Piensa afianzar sus reconciliaciones con la Iglesia anglicana, pero tiene tambien que definirse ante el conflicto de las Malvinas: le pide a la Thatcher «renuncias racionales», ante el estupor de los argentinos, que también recibirán al Papa, en su viaje más breve, la próxima semana. La guerra avanza a favor de los británicos, que hoy han «tomado» Puerto Darwin y establecido sus reales a ochenta kilometros de Puerto Argentino, que ellos, desde Londres, llaman Port Stanley.

Uno lee y uno espera, mientras llega la noticia sorprendente de que la actriz Romy Schneider ha muerto en París, sola, raramente. No estábamos al borde de entrar en la OTAN como ahora, cuando la vimos por vez primera en aquellas comedietas ñoñas, de chantilly, que nos hablaban de princesas y hadas. Pero estábamos peor. Romy creció lejos de nosotros: cuando volvimos a saber de ella, años después, era ya una mujer atractiva y adulta que interpretaba películas que aquí no siempre nos dejaban ver.

Ha sido, de cualquier manera, un mito de nuestra generación. Más ella que Marilyn, que nos cogió aún muy niños. A Romy le tocó una época en la que los mitos ya no eran tan importantes. Algunos lo lamentan, pero a mí me parece cojonudo. Pobre Romy. ■

30

Durante el domingo, las emisoras de radio, sin empleados suficientes, buscan con afán quien les hable de ella, y acostumbrados a cubrir con el trabajo de otros su obligación de informar. Pero no las oímos, porque a la noticia de la muerte de la actriz se añade hoy el rumor de que serán muy bajas las condenas para quienes dieron el golpe de estado de febrero (fallido, pero golpe; no un «intento de golpe» como repetidas veces dice la televisión y algunas radios)... «El País», incluso, aparece con un editorial que confirma esos rumores, advirtiéndo a los jueces que las sentencias «señalarán el divorcio o el ayutamiento entre Fuerzas Armadas y sociedad civil».

Es un domingo que vive de las llamadas telefónicas, comentando unos la desaparición del mito, preocupados los más por estos rumores agores que no vienen sino a prolongar las sugerencias que en su día hiciera Martín Prieto. Dicen también los amigos que puede quedar aún toda una semana para conocer los auténticos veredictos. Los más optimistas consideran imposible que haya condenas más bajas que las pedidas por el fiscal, apoyando ese criterio en la realidad de que nada ocurrió ayer en Zaragoza, en el homenaje a la bandera que presidió el Rey, a pesar de los augurios que hablan de una «operación Sadat».

Pero pierden su buena fe cuando se enteran, de sopetón, que hemos entrado hoy en la OTAN, como con vergüenza, sin anunciarlo, aprovechando que la gente se ha ido al campo. ■

JUNIO

1

No hemos entrado en la NATO, dice Paco Umbral, «por conveniencias entrategicas, por pactos internacionales, por referendum nacional o por inminencia de la guerra de las galaxias. Hemos entrado por un cabreo». El cabreo de Calvo Sotelo, que aumentó con su fracaso andaluz, el cabreo de ver cómo ascienden las cotizaciones políticas de Adolfo Suárez, el cabreo de no saber por dónde salir. Este país es así de miserable.

Felipe González anuncia que convocará un referéndum sobre este furtivo ingreso en la NATO si accede al poder en las próximas elecciones que, numerosos políticos aseguran por otra parte, se celebrarán antes de que acabe el año. El propio Calvo que dice que no habrá tales elecciones, se preocupa en señalar que UCD no planteará coaliciones electorales (con Fraga, se supone). ¿Tan seguro está de ganar él solo? Quizá se haya animado con la victoria en Colombia de Belisario Betancourt, vencedor sobre el liberal López Michelsen, que proponía conversar con los guerrilleros para tratar de detener su violencia: dicen que el Ejército se negaba a tolerar ese plan y por ello ha influido en la victoria de Bentancourt, defensor oral de la democracia pero poco respetuoso de ella, al decir de sus críticos (este mes se celebrará en Cartagena de Indias un festival cinematográfico al que me han invitado: ¿se verán más claras desde aquí las tribulaciones de don Leopoldo?

El caso es que a nosotros nos ha metido en la OTAN a esperar a que nos hostien por cual-

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

quier parte, y eso es lo que importa. (Gran Bretaña no acepta detener la guerra de las Malvinas sin una previa rendición argentina; Reagan se viene a Europa a reunirse con los otros seis países ricos en Versalles y con sus amigos de la OTAN en Bonn donde incluso verá por vez primera a Calvo Sotelo, en ese ejercicio de nueva imagen que el americano lleva al límite.

Ha muerto el novelista Juan Antonio de Zunzunegui.

Sigue sin haber sentencia del 23-F. ■

2

La hay, en cambio, en el caso del asesinato de Juan Vila: su viuda es condenada hoy a 28 años de prisión y a 26 la hija mayor; hay condenas también para los demás implicados. ■

3

También se conoce ya la sentencia sobre el asesinato de Yolanda González. Emilio Hellín e Ignacio Abad son condenados a treinta años de cárcel cada uno, mientras que el que era jefe nacional de seguridad de Fuerza Nueva cuando se cometió el crimen, hace ahora veintiocho meses, David Martínez Loza, lo ha sido a seis años de prisión. Ellos tres integraban, junto a otros dos condenados ahora a seis años de cárcel, el llamado Comando 41, *encargado de asesinar a Yolanda; otros comandos similares fueron denunciados por Hellín ante el Tribunal, pero ninguna acción investigadora se ha iniciado por ello.*

Es posible que mañana se conozca el resultado del juicio del 23-F porque 18 de los encausados han sido trasladados a la penitenciaría de Alcalá de Henares. Allí aguardarán lo que todo el mundo da por hecho: las sentencias bajas, quizá mínimas. La atención se centra ya en la reacción que el Gobierno tenga cuando conozca oficialmente el veredicto. Todos los periódicos apuntan en ese sentido. El recién renacido «Informaciones», que ayer publicaba su nuevo primer número, dice hoy que «el Gobierno ha procurado intensamente evitar el compromiso del recurso contra las sentencias. Toda la preocupación del ministro Oliart se dirigió durante el curso del proceso a plasmar en la conciencia publica la idea de que aquellas serían lo suficientemente severas como para dejar la valoración del Tribunal en el nivel que la gravedad de los hechos reclamaban». Una referencia a las declaraciones del teniente general Lacalle Leloup a la revista «Reconquista», que «El Alcázar» quiso destacar en su posible sentido crítico son consideradas, sin embargo, por Lorenzo Contreras en «Informaciones», como «una apelación a la unidad de las Fuerzas Armadas».

Otras declaraciones prolongan la sentencia con violencias verbales. Carlos Garaikoetxea que ha declarado al diario francés «Sud Ouest», que «ETA es un movimiento de liberación nacional manipulado por elementos marxistas leninistas», tiene que matizar ante las emisoras de radio esta observación, junto a la que más destacan los periódicos españoles: «poseo la convicción moral —dijo el presidente del gobierno vasco— de que la tortura continúa practicándose todavía en las comisarías». Garaikoetxea, que se lamenta de la precipitada síntesis del periódico francés, matiza ahora que «secuestrar, encerrar en un agujero y dar un tiro en la nuca es también una terrible tortura». ■

4

Desde ayer se conocen las condenas, pero fui incapaz de escribir una línea. Hubo un despiste entre quienes conozco, felices algunos de los titulares que adjudicaban treinta años de cárcel y expulsión del Ejército a Milans y Tejero sin saber que el resto de las sentencias no están a esa altura, no corresponden a la gravedad del delito. Se absuelve a Cortina, a los capitanes y a los ocho tenientes de la Guardia Civil, al no valorar en estos la consideración de «obediencia debida»: si el golpe hubiera triunfado, serían héroes; al fracasar, son absueltos: no es mal negocio intentar derrocar la legalidad.

Maruja Torres, la tan vehemente como lúcida periodista, pone hoy la música del «No-Do» en su contestador automático: época obliga. Sale a comprar «El Alcázar» a hora muy temprana, pero ya se han agotado. ¿Quién lo ha comprado?, pregunta Maruja ¿«ellos» o nosotros? Aunque nada de extraordinario dice hoy ese periódico, el morbo del personal le ha reglado un acierto.

Veintidós de los procesados permanecen en el Ejército: sólo siete son expulsados. García Carrés, único representante de la trama civil, es condenado a dos años (pacíficamente ha cumplido ya uno); Armada, Torres Rojas y Pardo Zancada tienen seis años de cárcel cada uno; los otros quince condenados no superan, en sus penas individuales, los tres años de prisión.

Adolfo Suárez publica hoy en «El País» un artículo («Yo disiento», se llama, intentando hacer historia), en el que considera que «las sentencias no protegen de manera suficiente los derechos del pueblo español. El rigor no consiste en concentrar las responsabilidades, sino en castigar adecuadamente a todos los culpables». El ex presidente considera que una situación como la que significan las sentencias puede dar origen al miedo colectivo. «Ho hay libertad bajo el miedo, no hay derechos ciudadanos bajo el miedo, no se puede gobernar bajo el miedo». (...). «Es preciso dejar muy claro —concluye más tarde— que en España no existe un poder civil y un poder militar. El poder es sólo civil. Atentar contra este hecho es subvertir el orden institucional, hacer prevalecer la fuerza contra la legitimidad, tratar de usurpar la jerarquía cívica en aras de una presunta disciplina que se podría ejercer contra los supremos intereses del pueblo».

La protesta de Suárez no hace sino coincidir con la inquietud generalizada, Pilar Urbano, que ha hecho unas serias crónicas del proceso desde las páginas de «ABC» dice que «La democracia vigilante, desde hoy, está profundamente preocupada. Y yo también». Tú, y todos, Pilar. Las centrales sindicales han hecho comunicados de repulsa por las condenas; los partidos políticos, con excepción de Alianza Popular, no han dudado tampoco en manifestar su descontento con las decisiones de los jueces; UCD incluso, en la poco fascinante presencia de Iñigo Cavero, ha declarado en televisión su intención de recurrir contra la sentencia, tal como la legalidad permite al Gobierno. ■

6

No hay posibilidad de hablar de otra cosa. He visto hasta gente asustada que piensa en un posible lugar donde vivir con menos inquitud.

La condena oficial señalaba una petición al Rey para que conmutara las penas de treinta años impuestas a Milans y Tejero por otras de veinte, sin que

ello implique variante alguna sobre las penas accesorias. Los condenados (los delincuentes, según la definición acuñada en «Hora 25», ante el escándalo —y el miedo— de quienes no se atreven a utilizar las palabras con corrección: delinquieron tal como la sentencia reconoce; son, pues, delincuentes), han rechazado esa posibilidad. No están, sin embargo, en condiciones de aceptar o rechazar nada. Ningún otro condenado podría opinar tanto al respecto.

El ambiente es, pues, tenso, aunque Martín Prieto insiste, desde «El País» en valorar los aspectos positivos del juicio: «El bebedor optimista estimará que la botella está medio llena y el depresivo que se encuentra medio vacía. La botella de las sentencias admite también las dos contemplaciones por más que los ciudadanos estén en su derecho de querella llena. Y tampoco es cosa de dar una fiesta a los amigos por cuanto después de recibir una paliza el agresor ha tenido el detalle de dejarnos con vida, pero sea poco o mucho hay que admitir el esfuerzo y la violencia que el Ejército se ha hecho a sí mismo (...). El juicio ha evidenciado a unos hombres enredados en disputas, vanidades, ambiciones personales, mentiras, muchas mentiras, temores egoístas, todo un muestrario de los más villanos defectos de la pequeña burguesía española. Y esta desmitificación también hay que colocarla en la botella.» ■

7

Hacemos rarezas. Maruja se ha quitado las estrellas de la cara y ha decidido, otra vez, vivir feliz. A Carmela, aplatanada, le han cortado la luz. Eduardo se ha comprado un vídeo para salir aún menos y Pedro, el parado, filosofa a su manera sin emborracharse solo.

El mismo día de las sentencias asesinaron en Bilbao a un coronel de Infantería y hoy matan en Santurce al dueño de un almacén de vinos.

Israel ha invadido el sur del Líbano.

Mucha gente hoy, con el pesimismo en el grito, se va a Torrejón a protestar por el ingreso de España en la OTAN. ■

8

Naturalmente, las cosas siguen. «El Alcázar» propone una colecta entre sus lectores para reunir el dinero que Tejero debe pagar: millón y medio, Arte-España decora la celda de Milans y Juan Luis Cebrián, desde su periódico, cree no equivocarse si dice «que la condena al jefe de la conspiración, pese a la ridícula sanción a otros rebeldes y a la increíble absolución de los tenientes, puede marcar el final de los pronunciamientos en España si el poder político sabe en esta hora imponer su voluntad» aunque algo escéptico es el director de «El País» en ese condicional cuando le recuerda a Adolfo Suárez «que él mismo no fue capaz de destituir al general Milans de la Capitanía de Valencia con ocasión de unas declaraciones suyas claramente anticonstitucionales»; la crítica de Cebrián se extiende a otros políticos: «Hemos visto protestar —dice— a Felipe González por la adulación al Ejército, pero nadie le ha adulado tanto en los últimos años como el socialista Enrique Múgica. Hemos visto preocuparse al Gobierno porque es preciso reformar el Código de Justicia Militar. Pero él es el mayor responsable de que no se haya hecho.» ■

Este toque de atención se diluye en la tertulia nocturna, alimentada ahora por el alivio del calor, donde algún borracho ilustrado juega a los vaticinios sobre las próximas elecciones, dado que los democristianos de UCD están ahora dispuestos a aliarse con Fraga, y muchos comunistas, por su cuenta, se inquietan por el significado del retraso que sufre la próxima reunión del Comité Central de su partido.

Son comentarios, sin embargo, que pasan rápidamente a un segundo plano cuando alguien llega a la reunión, convencido de que la Junta de Jefes de Alto Estado Mayor ha publicado un documento ante la reacción de desagrado que, en algunos círculos militares, se ha hecho evidente por la respuesta política a las sentencias del 23-F. Como es lógico, el rumor llega entremezclado de informes alarmistas, capaces de aguarle a uno la noche. La borrachera se despeja de golpe y vuelvo a casa tal como había salido. ■

9

La noticia, efectivamente, viene hoy en los periódicos, aunque sea gracias a una filtración. La orden de la JUJEM señala tres puntos claros: la defensa de la legalidad y la consiguiente obediencia al poder judicial que deben las Fuerzas Armadas, su obligación de respetar las condenas, y una advertencia sobre «los comentarios de cualquier género que entrañen menosprecio a la actuación del Consejo Supremo de Justicia Militar». La inquietud que suelen producir estas notas tranquilizadoras, se compensa hoy con la sorpresa de leer una noticia que asegura que un cuñado de Calvo Sotelo fue herido en el Congreso el famoso 23 de febrero. El rebote de una bala le alcanzó en la pierna derecha, y hasta hoy, nada ha dicho el accidentado porque, dice, «ni se le pasó por la cabeza».

Causa asombro suponer que el presidente del Gobierno conocía un dato, importante sin duda para considerar la gravedad de aquel delito, que no fue expuesto al Tribunal. Es imposible, digo yo, debe ser un error, aunque los periódicos no lo pongan en duda. Al rector de un país no se le puede pasar una cosa así.

Se nos acaba el humor. Más aún cuando hoy, ante el debate que sobre el síndrome tóxico se inicia en el Congreso, 2.000 afectados por el aceite de colza han convocado una manifestación que no han podido ni terminar: su propia debilidad física se lo impedía. En el interior del Congreso, mientras tanto, Ciriaco de Vicente pedía lo mismo que las víctimas: más investigación y más castigo a los culpables, aunque él mismo forme parte del comité parlamentario encargado de esas gestiones.

Se va alimentando así nuestra larga sensación de tercermundismo que comenzó hace siglos, y que hoy mismo tiene una forma de contraste con el porte relajado de un hombre de otro lugar, Trudeau, primer ministro canadiense (a ese país pertenecen las banderas, Marichu), que visita España para «intensificar las relaciones económicas bilaterales». Lo nuestro, se nota en seguida viéndole comportarse, va para largo.

Ni elegir tantas lecturas como antes podremos, porque la editorial Bruguera se ha declarado en suspensión de pagos, y Seix Barral ha sido engullida por Planeta. Venía Bruguera publicando una serie de títulos clásicos que han aprovisionado mi biblioteca para los largos años de paro que se avecinan: hace años, también alimentó nuestras infancias con el hambre de Carpanta, el surrealismo de «Pulgarcito» y la advertencia sobre las fantasías de las solteronas Gilda. ■

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

10

No es mala prueba de que nuestro arreglo es lento cuando ya se sabe que el pleno de la colza no ha desvelado las irregularidades administrativas, gracias, entre otras cosas, a un curioso cambio de voto de diez diputados (¿de UCD?) que, electrónicamente opinaban que sí y en voz alta, que no. En conclusión, la gestión del ministro de Sanidad y Consumo no ha sido alterada, aunque se hayan acordado setenta medidas administrativas para paliar los efectos del envenenamiento masivo.

Esto, pues, dura. Televisión no lo dice, pero sabe qué sí, que hasta ella misma va a durar aunque en el Congreso acabe viéndose la moción que algunos partidos presentan contra la gestión de Robles Piquer. Son numerosos hasta los diputados de UCD que creen que el trabajo de Robles no es correcto y que por la publicidad (subliminal y no) que televisión ha desarrollado en favor de Fraga Iribarne, han perdido las elecciones andaluzas. El Gobierno mantendrá, de cualquier forma, a Robles, porque en la legalización de la arbitrariedad tiene parte de su fuerza. Televisión les ha salido rana, muchos ucedeos se marchan del partido buscando listas electorales más rentables y hasta Antonio Garrigues anuncia la creación de su propio grupo, pero el Gobierno se cree fuerte.

El PCE, por su parte, ha dado hoy el campanazo: Santiago Carrillo ha dimitido como secretario general. Quienes creían hace meses que en el partido no quedaría más que él se han quedado perplejos al comprobar que ni él mismo queda. La lenta disolución del PCE es ya motivo de negras humoradas, especialmente entre quienes militaron en su base o simpatizaron con el partido. Creen la mayoría de ellos que se trata ahora de una maniobra de Carrillo para hacerse aún más fuerte en el Comité Ejecutivo frente a la oposición que representan Marcelino Camacho, que quiere unas CC.OO. independientes, y Nicolás Sartorius, que pide amnistía para los disidentes expulsados.

Gran parte de esos disidentes se reúnen alrededor de la ARI (Asociación para la Renovación de la Izquierda), sin pretender una competencia electoral con la izquierda, según se anuncia. Pilar Brabo, de su Junta Directiva, presenta en el Parlamento algunas enmiendas sugeridas por la ARI en torno a la reforma del Código de Justicia Militar. Hablo con algún miembro oscuro de la Asociación que explica, bobamente, que su espíritu es el de no sé qué canción de John Lennon. (Hay una mesocracia política en la izquierda que vive de mitos y recuerdos, glorificando una década que vivió sin comprenderla pero a la que ahora se acoge porque sigue sin entender la década de ahora).

De momento, como realidad contundente, ahí están los israelíes, a veinte kilómetros de Beirut, exigiendo su rendición, tras haber volado más de veinte aviones sirios. ■

11

Reagan y Breznev se consultan para saber qué hacen con el Líbano. Los diez mil muertos civiles que la guerra ha provocado estos días, parecen que les inquieta. Pobres. Momentos antes o después de que Reagan utilizara el teléfono rojo, Reagan presenció en directo el triste discurso de Calvo Sotelo ante los quince representantes de los países miembros de la OTAN. Aseguró don Leopoldo que se encontraba satisfecho de haber cumplido su palabra cuando amenazó con meter a España en la Alianza Atlántica; nada dijo el presidente de otras promesas. En rueda de prensa celebrada también en Bonn, Calvo Sotelo aseguró que las relaciones de su gobierno con la JUJEM son excelentes.

Con tan feliz augurio, tenemos ocasión de entristercernos por la inesperada muerte de Rainer Werner Fassbinder, el más prolífico director de cine alemán, desaparecido en plena efervescencia creativa, con muchos proyectos por hacer, justo ahora, cuando a sus treinta y seis años, podía comenzar una nueva etapa cinematográfica, más serena y reflexiva. Fassbinder, con más de cuarenta películas en tan pocos años, ha sido un extraño caso en la historia del cine; su capacidad de agresión se ha repartido a lo largo de todos sus títulos, provocando tanta admiración por su coraje como irritación por su pretenciosidad. «Las amargas lágrimas de Petra von Kant», «La ley del más fuerte», «El matrimonio de María Braun» o «Todos nos llamamos Alí», serán, entre otros, imprescindibles títulos para entender la vida alemana de posguerra. Dice Jaime Figueras que, por encima de su visión política, Fassbinder aporta datos fundamentales para conocer, desde dentro, la evolución de la clase media de aquel país.

Llueven artículos periodísticos sobre la obra del director, escritos muchos de ellos con claro desconocimiento de su obra. «Diario 16» publica una encuesta entre cineastas españoles, de los que destaca: Oscar Ladoire, el director de «A contratiempo» y de algún corto firmado con pseudónimo, al asegurar que ninguna película de Fassbinder le aportó nada, que su cine es lamentable y que su muerte probablemente afecte a los productores que le pagaban tres o cuatro películas al año, pero poco más. Insisto al posible lector de este diario: Ladoire es el guionista de «Opera prima» y director de «A contratiempo». ■

12

El estupor por cuanto se lee es más duro de lo que parece. Quienes no nos interesamos mucho por el Mundial de Fútbol que comenzará mañana, buscamos libros que leer y botellas que llevarnos a la boca; algunos, con tanto alcohol como lecturas, me aseguran, muy serios, que el balance del panorama que, por un lado interpreta Reagan en su viaje a Europa y Juan Pablo II en Argentina y, por otro, la guerra contra la OLP que los israelíes continúan a pesar del alto el fuego, amenaza con una nueva contienda mundial: «Es inminente, nos quedan dos años», dicen. Coinciden en el agorero panorama con la manifestación multitudinaria que hoy se ha convocado en Nueva York como protesta por el progresivo rearme nuclear.

¿Y el PCE? Carrillo se niega a que Sartorius dimita, pero también a negociar con los comunistas expulsados y a relevar del Comité a los miembros de la «vieja guardia» que, a juicio de Sartorius, envejecen la imagen y la eficacia del partido. Camacho, por su parte, considera que hay que renovar la cúpula del partido y aceptar en su seno a los disidentes: «la solución dice, es que vuelvan todos y no se marche nadie». ■

13

No llegó la sangre al río. Ocurrió lo previsible. Carrillo sigue gobernando el PCE y Sartorius mantiene su dimisión. Justifica el se-

cretario general su voluntad de continuar porque, «no tiene derecho a abrir una crisis, en este momento y ante unas elecciones generales». Para el PCE nunca fue el momento. Todo, pues, como antes.

No queda más remedio que ver la televisión. Emite hoy el acto inaugural del Campeonato de Fútbol (una especie de demostración sindical narrada por Matías Prats, como siempre, que acaba con un virtuoso número de mil jovencitos componiendo la paloma de la paz). Es la coartada para que los borrachos de cada día tengan hoy un tema apacible de conversación. Sin embargo, acaba siendo tan agresiva: como de costumbre a ninguno le importa el tema, pero es bueno para destapar agresiones viejas. El realizador de televisión se vio negro para colocar la cámara en lugares donde no se evidenciara la ausencia del público que se daba por seguro, y contrasta su torpeza con la sobriedad e inteligencia con que Mercedes Vilaret narró a toda España el desarrollo de la actuación en Barcelona de Miguel Ríos, Ana Belén y La Trinca, actuación del «Cultural '82» que, por otra parte, estuvo a punto de concluir en tragedia por la torpeza del alcalde de la ciudad y de su intermediario, Luis del Olmo, que quisieron interrumpir a Ríos para advertir al personal de que se moviera menos. Vilaret hizo un espléndido trabajo es, naturalmente, una veterana realizadora de televisión que no ha tenido nunca las facilidades que su seriedad merece.

Me aburre, de cualquier manera, la conversación de los colegas de esta noche, y me vuelvo a retirar, como cada día, con la impresión de que no debía haber salido. Ya en casa, leo que Txomin Iturbe, presunto máximo responsable de ETA militar, ha sido detenido en Francia. ■

14

Me despierto, ya lunes, mucho más casto que la víspera. No hay posibilidad de darle una alegría a este cuerpo desde hace decenios, pero el gobierno, tan preocupado de temas trascendentales, ha hecho público un decreto por el que se controla la venta de publicaciones y objetos «que afecten a los principios básicos de la moral sexual colectiva». O sea, que ni la imaginación permiten ya.

Mientras tanto, cuatro explosiones se producen esta noche en Madrid. Entendí que eran destrozos de la perra insomne, tales fueron los excesos (alcohólicos) de anoche. Pero no. Presumiblemente fueron grupos de extrema derecha, buenos conocedores de las dependencias secretas de organismos militares, víctimas de las bombas, quienes se lanzaron a mostrar su descontento con las reacciones habidas ante las condenas del 23-F: su estrategia es conocida: convencer a las Fuerzas Armadas de que no tienen más remedio que insistir en el golpe.

Criterio que muchos consideran común a sus enemigos del antagónico extremo, asesinos hoy de un guardia civil en Pasajes. La novedad del atentado reside en que se realizó desde 150 metros de distancia, de un disparo certero.

(Mientras tanto, la Policía detiene a veinte pacifistas que habían organizado en la Plaza Mayor, de Madrid, una sentada en protesta por la reciente adhesión de España a la OTAN.)

Sigue el Mundial. Los futbolistas españoles percibirán seis millones de pesetas cada uno sólo por pasar la primera fase de la competición. Con esa información, el personal se desinteresa bastante del juicio que hoy comienza en Almería contra los guardias civiles que provocaron la muerte de los tres inocentes muchachos santanderinos. El acusador particular, Darío Fernández, promete presentar pruebas que justifiquen su criterio de que se trató de asesinato con premeditación. ■

15

No tiene tiempo el abogado de mostrar sus pruebas. Puede más en él la sorpresa de ver a los acusados vistiendo uniforme cuando, al tratarse de un juicio civil, lo tienen expresamente prohibido. El acusador particular interroga al primer encausado, teniente coronel Castillo, quien sigue manteniendo la teoría de que las tres víctimas eran miembros de ETA aunque no sólo la investigación posterior haya mostrado ya que fue una sospecha falsa, sino porque, y esto es lo más sorprendente, ninguno de los muchachos correspondía a las descripciones y datos que presumiblemente la Guardia Civil tenía respecto a los auténticos etarras. Ni su documentación ni su actitud podían hacer pensar en ello. El teniente coronel, sin embargo, insiste todavía.

El estupor por estas noticias, brevemente sintetizadas en televisión, sigue conservando un discreto segundo plano de la actualidad. Hoy es protagonista el final de la guerra de las Malvinas con la rendición de las tropas argentinas. Los últimos combates habían sido ya cuerpo a cuerpo y aún vemos en fotografías cómo los soldados de ambos países eran, por término medio, muchachos veinteañeros a los que se obligó a morir en una guerra idiota que pocos, o ninguno, apoyarían. El absurdo se compensa por la tranquilidad del final y la alegría de los argentinos exiliados, que hoy beben con nosotros, satisfechos, a pesar de todo, por el evidente descalabro de Galtieri, que mucho tendrá que esforzarse ahora para seguir esquivando la fuerza de la creciente oposición de su país. «Es un boludo, que creyó que podía engañar durante toda la vida al pueblo argentino», dice el doctor amigo, empeñado hoy en que las extrañas manchas melancólicas que me aparecen en cualquier parte son producto del temperamento de la primavera.

La perra y yo le miramos escépticos, con el mismo rostro, pues, con que seguimos la preparación del debate parlamentario que hoy se celebra para intentar destituir a Robles Piquer, ese hombre, ¿recuerdas Lela?, que nos prohibió unos programas sobre el último cine español sin que los productores se dieran cuenta de que eran ellos los prohibidos y no nosotros, porque en definitiva, los fragmentos de sus películas fueron los que inquietaron a los funcionarios de Prado del Rey. Nada protestaron esos productores y poco hicieron los del comité parlamentario donde estaba Pilar Brabo, que hoy dimite del PCE para acogerse al grupo mixto. ■

16

Resulta, Lela, que en Madrid había prostíbulos y nosotros no lo sabíamos. Los anuncios que aparecen en la prensa no deben ser verdad porque, ahora, dicen han descubierto el único prostíbulo existente. Lo que más sorprende, Lela, es que el personal se haya sentido molesto porque las trabajadoras lograran cada día buenos dividendos, como si eso afectara en algo a la cuestión que tanto les preocupa. No he entendido bien lo que dicen por la radio, ya que el atronador ruido de los helicópteros que están sobrevolando la ciudad impide oír con corrección. De modo que olvido este tema porque, entre otras ➡

EL DIARIO (PUBLICO) DE DIEGO GALAN

cosas, no quiero. Lela, que te parezcas al difunto (y entrañable) Troylo.

Se acabó, de momento, el follón de las Malvinas. Insiste la radio en ello dando una grabación extraordinaria: la de los argentinos frente a la casa rosada, repitiendo con seguridad y ritmo, a coro, con fuerza, palabras malsonantes que se refieren a la honorabilidad de las madres de los padres de la Patria o sea, de las abuelas. Una bocanada de aire fresco en ese noticiario tenso que coloca en un buen lugar la reseña del Pleno del Congreso en el que se ha aplazado la moción contra Robles Piquer porque oportunamente se han retrasado en la votación 29 diputados socialistas, y muy en último la noticia de la nueva huelga de hambre de los vecinos de Marinaleda, ahora en protesta por la escasez de agua. Ese pueblo sevillano, en paro, olvidado, tiene que recurrir a pozos quizá contaminados para combatir la sed.

Y en Sevilla, capital, se ve el juicio contra los ingenuos y bientencionados autores del documental «Rocío», Fernando Ruiz y Ana Vila, por las declaraciones que en la película hacía Pedro Gómez Clavijo (también procesado), contra el padre del querellante. Una limitación a la libertad de expresión toda vez que el defensor no ha podido presentar a los testigos que conocían la verdad de los hechos relatados en la película.

Sigue siendo Andalucía la protagonista de nuestras extravagancias. Sangrientas extravagancias, que en el juicio de Almería se concretan hoy en la declaraciones del teniente coronel de la Guardia Civil Castillo Quero que normalmente responde que «no sabe» lo que Darío Fernández le pregunta; a veces, ni siquiera tiene ocasión de demostrar su ignorancia porque el juez no considera oportunas las preguntas del abogado; por ejemplo: «¿pero usted no se da cuenta que utilizando el sistema que usted empleó pueden correr la misma suerte que las tres víctimas tanto la primera autoridad del país como la más humilde persona?». Todos, Darío. ■

17

No autorizan a la reconstrucción de los hechos. Las respuestas de Carlos Castillo Quero son contradictorias, débiles, a veces absurdas. Pero tanto su defensor como los de los demás inculpados, consideran que esa reconstrucción habría que hacerla «con viento y lloviznando» como si la tragedia de Almería tuviese causas climatológicas. No se puede saber, sin embargo, cómo es posible que el coche en el que viajaban, esposadas, las víctimas, pudiera realizar una maniobra que despertara la sospecha de quien dirigía la vigilancia del traslado hasta el punto de ordenar disparar a las ruedas y, como consecuencia, acribillar a sus ocupantes.

No estoy para más historias. Se han detectado algunos artefactos en Valladolid, también dirigidos contra el CESID, y Alfonso Guerra asegura que no fue el PSOE quien retrasó en los temas del día el de la sustitución de Robles Piquer. Son problemas confusos, y mis manchas primaverales aumentan de volumen. Elijo médico no argentino. ■

18

Quien me asegura que todo es consecuencia del pelo: un champú y un gorrito de goma. Cuando lo pido en la farmacia, la gentil dependienta, sonrojada, me da una caja de preservativos. La risa no compensa su turbación: acabo de descubrir la ola de pornografía que nos invade.

¿Y la izquierda, dónde está la izquierda? Su nueva ausencia en el Congreso permite que UCD (UC ¿qué?, dice Carmen Rico Godoy en «Diario 16»), saque a flote una ley-remiendo que cubra el espacio de la recién retirada LAU. Dicen las lenguas viperinas de la nocturnidad borracha que el PSOE no quiere que el gobierno pierda para así retrasar en lo posible las nuevas elecciones. Aquí, todos tenemos miedo.

Sobre todo, en esa reunión diaria de la que tanto hablo. Aún no he descubierto quién transmite los rumores, pero cuando llego (si llego) se habla ya de la confusa noticia de la jornada. Hoy el tema se centra en el arresto de dos miembros del Consejo Supremo de Justicia Militar que querían paliar la condena de los procesados del 23-F con simples arrestos domiciliarios. El teniente general Gómez de Salazar, presidente en funciones de dicho Consejo, utilizó su voto para negar esa posibilidad; los ahora arrestados tuvieron, según el comunicado oficial, expresiones irrespetuosas, en términos graves, faltando al respeto y la subordinación debidos al presidente. ■

19

Pero hoy se entiende menos esa noticia. Resulta que ha habido reuniones militares en los últimos días, de las que la prensa no informó adecuadamente, que los atentados contra las dependencias del CESID pueden ser debidos al Servicio Central de Documentación creado por Carrero Blanco, y que diluvian en la redacción de los periódicos noticias confusas sobre la situación militar, de forma que su posible publicación dé por válidos en los cuarteles lo que no son más que rumores. Un ambiente, pues, hermético, del que sólo destaca como dato incuestionable el regreso del general Alvarez Rodríguez a la presidencia del Consejo Supremo de Justicia Militar: justo un día después del desplante de su suplente ante los miembros que ayer le discutieron. Que el PSOE esté intentando no aumentar la crisis del partido del Gobierno parece ahora, con estos datos, menos criticable; es una postura que va más allá de la simple negligencia.

Se ha nombrado a Ruiz Giménez como «defensor del pueblo» y se ha destituido, en Argentina, a Galtieri, pero no reconfortan lo suficiente estas novedades. Opto por aceptar la invitación al festival de cine de Cartagena de Indias, en Colombia, provocando envidias entre mis amistades, pero procurándome un respiro tenue, de avestruz, seguramente inútil, necesario, que cualquiera hubiera aceptado.

Lo siento, Lela. ■

20

Lela ya se quedó en manos cariñosas a las que lamer. Aún me queda un respiro, antes de lanzarme a la noche larga del Atlántico, para ver cómo «hemos» ganado a Yugoslavia, y escuchar los claxons que pasean por Madrid: la sonería es la misma que la de las vísperas de la Plaza de Oriente. ¿Habrá alguna relación? Por lo menos, el equipo político español tendrá nuevos ánimos para negociar con Mitterrand, que llega el 22, y plantearle claramente las cosas de los vascos y del Mercado Común. La gran pauta española que indicó ya don Juan Tenorio cuando se fue a París: «a reñir con los franceses —y a adorar a las francesas». También vamos a Lisboa a explicarles a los ingleses lo que ocurre con Gibraltar, que no acaban de entenderlo.

Menos mal que, al salir, alguien me dice que en Colombia acaban de levantar el toque de queda. Podré salir de noche. ■

EL MUNDIAL ESTA AQUI, OIGA.



SER

la Radio.
Aquí está el Mundial.



Nadie puede decir tanto con dos letras.

J&B